

El libro de la muerte

ANÓNIMO



Querido lector,

Cuenta la leyenda que *El libro de la muerte* fue creado para dejar constancia de los nombres de esta. Cierta personaje lo maldijo con tal de conjurar en él a sus enemigos. Todos murieron en las fechas que constan en el libro. Por eso te lo advertimos: cada página que pases, cada capítulo que leas, te acercará a la muerte. Kid Bourbon ataca de nuevo, y esta vez no conseguirás escapar tan fácilmente.

En Santa Mondegá, una adolescente corre por sus calles huyendo de un vampiro extrañamente maquillado. Al refugiarse en la biblioteca, descubre a Kid Bourbon sobre el cadáver de un chico.



Anónimo

El libro de la muerte

Novela (probablemente)

El libro sin nombre - 4

ePub r1.5

Titivillus 27.07.2019

Título original: *The Book of Death*

Anónimo, 2012

Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



EL LIBRO SIN NOMBRE:

Las tapas y páginas de *El libro sin nombre* se crearon con madera de la cruz de Jesucristo. Cualquier vampiro que toque parte de la cruz, muere. El libro es un arma crucial en la guerra contra los no muertos.

EL OJO DE LA LUNA:

El Ojo de la Luna es una piedra preciosa azul de increíble poder. Cualquiera que lleve esa gema se hace inmortal. También se utiliza para dominar la órbita de la luna, manipular el clima, sanar heridas y transformar a los vampiros de nuevo en humanos.

EL CEMENTERIO DEL DIABLO:

El Cementerio del Diablo es una zona del desierto a la que se acude para hacer tratos con el diablo. En ese cementerio están enterrados los cadáveres no muertos de muchos de los que vendieron sus almas a cambio de fama y fortuna.

EL LIBRO DE LA MUERTE:

El libro de la muerte se creó para listar los nombres de los fallecidos. El faraón egipcio Ramses Gaius maldijo el libro para poder escribir en él los nombres de sus enemigos. Todos murieron en las fechas que el libro especifica.

Querido lector,

Has abierto El libro de la muerte.

Las apariencias engañan. Lee con atención.

ANÓNIMO

Prólogo

Una adolescente corría por los oscuros y sucios callejones de Santa Mondegá. Oía tras ella a su perseguidor, sus pasos apagados en la nieve caída. No se había atrevido a mirar atrás desde que lo viera salir de las sombras para arrojarse sobre ella. Había visto claramente el blanco de sus ojos, destacados entre los manchurrónes de pintura negra que le cubrían casi toda la cara. Vestido todo de negro, al principio parecía una sombra gigantesca con ojos. Pero entonces se fijó en sus dientes: enormes colmillos de vampiro. Y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

No podía gritar pidiendo ayuda, porque en la calle había más vampiros que humanos. Algo gordo estaba pasando en la ciudad, y gritar solo hubiera servido para atraer más no muertos. Necesitaba algún escondrijo seguro. Al salir a toda prisa del callejón a una de las calles principales de la ciudad vio el lugar donde podría refugiarse.

La biblioteca municipal de Santa Mondegá.

Cruzó la carretera a toda velocidad y subió por los escalones de la entrada principal. Las puertas estaban abiertas de par en par, como invitándola a pasar. Ella no perdió tiempo. Irrumpió en el vestíbulo de suelo de mármol y techos muy altos. El lugar debería resultarle familiar, porque sus padres se habían pasado meses animándola a ir a la biblioteca a estudiar para los exámenes. Justo delante de ella se alzaban unas grandes puertas dobles de madera, cerradas con una cadena y un candado. Eso le dejaba una sola opción, de manera que echó a correr hacia la escalera de la izquierda.

Al subir iba dejando un rastro de nieve. Si el vampiro la seguía, la localizaría fácilmente. Sabía que al esconderse en la biblioteca se arriesgaba a quedar acorralada, pero no podía huir del vampiro toda la vida. Acabaría por alcanzarla. Si se parecía en algo a los vampiros de Crepúsculo, sería capaz de saltar por los

aires, cubriendo con facilidad largas distancias, y la atraparía cuando se le antojara. Tal vez aquel vampiro en particular estaba disfrutando del placer de la caza, excitado por el pánico que sin duda notaba en sus erráticos jadeos.

Al final de las escaleras, se arriesgó a echar un vistazo a su espalda. No había ni rastro de su perseguidor. A lo mejor había renunciado a la caza, o había encontrado una víctima más fácil. Fuera como fuese, no estaba dispuesta a quedarse para comprobarlo. Entró a trompicones en la enorme sala de libros, esperando encontrar un laberinto de pasillos en el que esconderse. No había nadie en el mostrador de recepción, ni señales de que persona alguna estuviera buscando libros entre las altas estanterías. Justo delante de ella había una zona abierta, llena de mesas y sillas, también desierta.

Se precipitó hacia la sección de Referencia y se agachó tras las estanterías. Aquella zona estaba oscura, y aunque eso probablemente no sería óbice para un vampiro, le pareció la mejor opción. Por lo menos eso pensaba, hasta que vio algo al otro extremo del pasillo que le heló la sangre en las venas.

En el suelo, en un charco de sangre, yacía el cadáver de un chico. Le habían aplastado la cabeza hasta convertirla en una pulpa ensangrentada. Pero mucho más inquietante resultaba el hombre que se inclinaba sobre él, un hombre del que ella había oído rumores. Iba cubierto de la cabeza a los pies con un largo manto negro y tenía la capucha echada sobre la cabeza. Era Kid Bourbon. Advirtió que tenía las manos empapadas de la sangre del chico.

Tras quedarse mirando fascinada aquellas manos ensangrentadas, Caroline alzó la vista. Y se cruzó con su mirada. Se quedó clavada, el cuerpo y el cerebro paralizados ante aquel notorio asesino. Vio horrorizada que Kid Bourbon se incorporaba y se metía la mano en el interior de su manto negro, de donde sacó una enorme pistola con la que le apuntó a la cabeza. El punto rojo de un visor láser brilló justo entre sus cejas. Caroline pensó que acababa de tomar su último aliento, cuando, antes de apretar el gatillo, Kid Bourbon pronunció dos palabras con una voz muy grave y peculiar que parecía salir de las profundidades del infierno:

—Al suelo.

Caroline siguió petrificada un instante. Pero al cabo reaccionó y se agachó, enterrando la cabeza entre las rodillas de sus tejanos azules. Se tapó las orejas y cerró los ojos.

¡BANG!

El estruendo del disparo fue casi ensordecedor, incluso con los oídos tapados. Todavía resonaba en la enorme sala cuando ella se apartó las manos de las orejas. Oyó a sus espaldas el golpe de un cuerpo al caer al suelo, pero se quedó aún unos segundos agachada antes de abrir despacio los ojos y mirar a Kid Bourbon. El asesino había vuelto a guardar la pistola y miraba el cuerpo ensangrentado del chico muerto.

Caroline se levantó despacio. Detrás de ella, tirado en el suelo, estaba el vampiro que la había perseguido por las calles. Menos una gran parte de la cabeza, donde se abría un enorme agujero del que salía humo. La sangre se extendía por el suelo formando un creciente charco. Caroline se apartó de él y se volvió hacia Kid Bourbon.

—Gracias —masculó—. Llevaba persiguiéndome mucho tiempo. No sé quién es.

Kid no respondió. Caroline se acercó un paso y habló en voz más alta.

—¿Tú sabes qué está pasando? —preguntó—. ¿Han matado los vampiros a ese chico?

Kid parecía haberse olvidado de ella, pero al oír su voz alzó la vista.

—El tipo que te perseguía era un panda.

—¿Un qué? ¿Un panda?

—Sí.

Caroline se quedó callada un momento. Aquello no tenía sentido.

—La pintura negra en la cara, en torno a los ojos, significa que es un miembro del clan de los vampiros Panda. O al menos lo era hasta que le volé la puta cabeza.

Caroline oyó sus palabras, pero estaba distraída mirando el cuerpo del chico.

—¡Ay, Dios mío! ¡Es Josh! Va a mi colegio. ¿Le han hecho eso los pandas?

—No. Este no es el estilo de los vampiros.

—¿Entonces quién ha sido?

Kid se metió de nuevo la mano en el manto, sin hacerle caso, y sacó la pistola con la que había matado al vampiro. Parecía a punto de usarla de nuevo. Se acercó a Caroline, con la vista fija más allá de ella, como si no estuviera allí. La chica se apartó hasta pegar la espalda contra la estantería que tenía detrás, en un esfuerzo por mantenerse lo más alejada posible de Kid. Pero él pasó de largo, rozándole la pierna suavemente con la túnica. Se detuvo al final del pasillo y miró a ambos lados, con el arma preparada para disparar.

—¿Es seguro salir? —preguntó vacilante Caroline.

—Para mí sí.

—¿Puedo ir contigo? Me da miedo ir sola.

Él la fulminó con la mirada.

—Estarás más segura aquí.

Caroline señaló el cadáver.

—¿Y el que mató a Josh?

Kid ya se encaminaba hacia la salida.

—El hombre que mató a Josh ya se ha ido —respondió sin detenerse.

—¿Tú sabes quién ha sido? ¿Lo vas a matar?

—Está en mi lista.

Las alcantarillas rebosaban de lluvia, aguas fecales y sangre. En el inquietante silencio que se había apoderado de la ciudad, eran los últimos restos de la matanza que se había desatado en Santa Mondegga en las últimas veinticuatro horas. Asolado por los truenos, los relámpagos y la muerte, Halloween nunca había sido más caótico. Lo cual ya era mucho decir en Santa Mondegga.

De haberse tratado de cualquier otra ciudad, la policía y la prensa habrían tomado las calles en busca de pistas y testigos. Pero si quedaba algún policía vivo, no resurgiría hasta que amaneciera. La ciudad normalmente bullía de vampiros, un alto porcentaje de los cuales eran agentes de policía. Pero aquella noche tanto policías como vampiros (y particularmente los vampiros policía) habían sido víctimas de la carnicería. Los residentes de Santa Mondegga despertarían en una ciudad desprovista de fuerzas de la ley.

A las cuatro de la mañana dos figuras deambulaban por las fantasmagóricas calles, una pareja joven que se mantenía entre las sombras. La chica, de poco más de veinte años, llevaba unos tejanos y una sudadera gris. Las manchas de sangre de su ropa se veían negras en la oscuridad. La sangre era casi toda suya. Le manaba de una herida en el cuello que escondía bien bajo su largo pelo oscuro. Su compañero, un joven de edad parecida, era el causante de la herida. La había transformado en una criatura de la oscuridad, como él mismo, justo después de la medianoche.

Desde entonces recorrían la ciudad y acababan de pasar varios minutos en las sombras junto a la comisaría, escenario de una de las matanzas más desagradables, buscando señales de vida en el interior.

El chico, Dante Vittori, salió por fin de entre las sombras. La luz de las farolas destacó las manchas de sangre de su camisa azul de policía, que llevaba por fuera de unos pantalones azul oscuro. Hizo una señal a su compañera para

que se uniera a él. La comisaría parecía totalmente desolada y desierta. Dante echó a andar descaradamente hacia ella, seguro de que cualquier cosa que pudiera acechar en su interior no se atrevería a hacerle nada. Su amiga Kacy salió detrás de él.

—No estoy segura de que este sea el mejor sitio en el que estar ahora mismo —comentó, mientras Dante subía ya por las escaleras de cemento que llevaban a las puertas de cristal de la comisaría.

—Confía en mí —replicó él, abriendo la hoja de la derecha—. Aquí hay algo que te va a gustar. —Echó un vistazo tras la puerta para ver si había alguien.

Kacy no se mostró muy convencida.

—Como no sea una cura para volvernos normales, dudo que vaya a gustarme.

—Venga. Aquí no hay nadie. —Dante mantuvo la puerta abierta para que pasara.

Kacy se detuvo en el umbral. El vestíbulo estaba destrozado, y reinaba un silencio fantasmagórico. Dante se dirigió hacia el ascensor, pasando por delante de varias mesas vacías. Tanto las mesas como las paredes y gran parte del suelo estaban cubiertos de sangre. Junto a la pared de la derecha yacía el cadáver de un agente al que le faltaba la mitad de la cabeza.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Kacy, sorteando el cuerpo.

—El monje Peto lo noqueó.

—¿El monje al que decapitaron?

—Sí, Peto. Era un buen tipo.

—Espero que la policía encuentre al que le cortó la cabeza.

—Seguro que no encuentran ni la cabeza.

Kacy miró el cadáver con el ceño fruncido.

—¿Cómo ha acabado este tío así, si Peto solo le pegó?

—Cuando Peto lo noqueó, Kid Bourbon le pegó un tiro en la cabeza para asegurarse de que no despertaría.

—Estupendo. —Kacy echó un último vistazo al cadáver y siguió a Dante hacia el ascensor—. ¿Y dónde está ahora Kid? ¿Podemos dar con él? ¿Nos ayudará?

—Qué va. El Monje utilizó el Ojo de la Luna para ayudar a Kid a recuperar su alma o lo que fuera. El tío primero se puso rarísimo, luego se largó y nos dejó ahí tirados.

—Hijo de puta.

—Sí. Aunque yo no se lo diría a la cara.

Dante pulsó el botón del ascensor, y en cuanto este se puso en marcha, Kacy advirtió un espantoso hedor en el aire.

—¿Qué coño es ese olor?

—Mierda.

—¿Qué?

—Que huele a mierda.

Se oyó un tintineo y se abrieron las puertas del ascensor, cuyas paredes estaban cubiertas de sangre y mierda.

—¡Joder! —Kacy se llevó la mano a la boca, retrocediendo, no solo por el horror de aquella visión, sino también por el hedor.

—¿Ves? —Dante señaló las manchas marrones—. Mierda. Kid empaló por el culo a un policía con la escopeta y le voló las tripas. Salió mierda disparada por todas partes. Un asco.

—¿No podemos subir por las escaleras?

Dante entró en el ascensor y pulsó un botón.

—Entra ya. Es solo mierda. Y sangre. —Echó un vistazo a un rincón que Kacy todavía no veía, y añadió—: Y un testículo, parece ser. Un huevo peludo que te cagas.

—Yo voy por las escaleras. ¿A qué piso vamos?

—Al sótano.

—Pues nos vemos allí.

Kacy se precipitó hacia una puerta a su derecha que llevaba a las escaleras. Bajó a la carrera y llegó al sótano varios segundos antes que el ascensor. Se trataba de un vestuario abandonado que había visto mejores tiempos y pedía a gritos bastante modernización y una buena limpieza. Varios bancos de madera estaban clavados a las paredes, con sus taquillas de metal gris abiertas encima de ellos. El suelo estaba cubierto de sangre, como el del vestíbulo, y marcas negras quemadas. Y al igual que el ascensor, apestaba a mierda y muerte. Una enorme cantidad de sangre manchaba también las paredes, pero se trataba de sangre seca que no satisfaría el ansia que Kacy comenzaba a sentir. Solo con verla, no obstante, se le levantó un hambre increíble.

Se oyó de nuevo el tintineo del ascensor y salió Dante, mirando alrededor.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Kacy.

—Hay algo que te puede gustar. O más bien que necesitamos.

—¿Como qué? ¿Unos calzoncillos sucios? —replicó ella, pasando la vista

por el asqueroso vestuario.

Dante le dio un beso en la mejilla y se acercó a una hilera de taquillas para mirar en el suelo bajo el banco de madera. Unas veinte taquillas más allá se agachó, metió la mano debajo del banco y sacó un paquete escondido. Entonces miró sonriendo a Kacy. Dos de sus dientes se alargaron despacio hasta convertirse en diminutos colmillos.

—¿Qué es eso?

—Toma. —Dante le tiró el paquete.

Mientras volaba, Kacy se dio cuenta de que era una bolsa de líquido. Un líquido oscuro. Lo atrapó ágilmente y en cuanto lo tuvo en las manos supo que estaba sosteniendo una bolsa de sangre. Solo con verla se le aceleró el pulso.

Notó que sus propios colmillos de vampiro se alargaban, y se vio poseída por un ansia incontrolable. De pronto, sin pensárselo dos veces, se llevó la bolsa a la cara, la desgarró con unos dientes afilados como cuchillas y comenzó a echarse la sangre en la boca con tal ímpetu que la gran mayoría se le vertía por la cara y el cuello. Pero cada gota que lograba deslizarse por su garganta le provocaba una sensación como nunca había conocido. Parecía correrle por las venas adrenalina pura, y se vio perdida en su propio ser. Cerró los ojos y dejó que aquella conmoción de lujuria y poder fluyera por todo su cuerpo. Por un instante se sintió una con el universo, pero ajena a todo lo que la rodeaba, hasta que notó que Dante le agarraba la mano.

—Eh, déjame un poco.

Abrió entonces los ojos y respiró hondo. Dante cogió la bolsa y, al igual que ella, en cuanto tuvo la sangre en las manos pareció perder todo dominio sobre sí mismo. Se la vertió en la boca y experimentó la misma sensación orgásmica. Después de terminar con los últimos restos, Dante se quedó quieto, respirando despacio, parpadeando, con una expresión de extremo placer en el rostro como Kacy no había visto jamás. Y de pronto se hizo consciente de que ella misma esbozaba una radiante sonrisa. A lo mejor eso de ser un vampiro no estaba tan mal.

—Ha sido increíble, ¿verdad?

—Increíble —convino Dante—. Cuando te mordí para convertirte en vampiro bebí un poco de tu sangre, pero vamos, ¡nada parecido a esto! No te lo tomes a mal, ¿eh?

—Tranquilo.

—La mierda esta es mejor que la heroína.

—¿Tú cuándo has probado la heroína?

—Nunca. Era una forma de hablar.

Kacy se pasó los dedos por la mejilla y se chupó un hilillo de sangre.

—¿De dónde ha salido esta sangre? —quiso saber—. Deberíamos conseguir más.

Dante se encogió de hombros.

—La encontramos aquí abajo antes. Uno de los vampiros que mató Kid Bourbon la llevaba en el bolsillo, y la escondimos debajo de las taquillas. Nunca me imaginé que me la estaría bebiendo unas horas después.

Kacy advirtió que en la bolsa había un adhesivo blanco que había sobrevivido al desgarró de sus dientes.

—¿Qué pone ahí? —preguntó señalándolo.

Dante alisó la bolsa. El adhesivo era una etiqueta con letras negras.

—Dice que es la sangre de un tal Archibald Somers —contestó.

—Archibald Somers, ese nombre me suena. ¿Quién era?

—Ni idea, pero podría pasarme el día bebiendo su sangre. Nunca había sentido nada igual.

Kacy se mostró de acuerdo.

—Ha sido increíble. ¿Dónde podemos conseguir más?

Dante se quedó un momento sumido en hondos pensamientos, lo cual era inusual en él. Dante no solía tener nada que ver con hondos pensamientos.

—Creo que ya sé dónde —dijo por fin.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En el club La Ciénaga. Es de Vanidad, el líder del clan de las Sombras. Podría echarnos una mano. A lo mejor hasta tiene un poco de sangre para nosotros.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Creo que sí. Vaya, yo ya formo parte de su clan. Todos los demás Sombras están muertos, de manera que seguramente se alegrará de verme, sobre todo ahora que te tengo a ti. Fijo que me agradece que le lleve a un nuevo miembro.

—Pero ¿sabrá que anoche andabas con Kid Bourbon y el Monje?

—Solo hay una manera de averiguarlo. Vamos a verlo.

Kacy echó un vistazo al reloj.

—Ya pasan de las cuatro. ¿No hay que preocuparse de si sale el sol?

—No. El sol sale todos los días, ¿no?

—No, idiota. Quiero decir que si estamos en la calle cuando salga el sol,

¿nos vamos a derretir o algo así?

—No tengo ni idea.

—¡Pues vámonos ya!

• • •

Volvieron por las escaleras a la recepción, donde seguía imperando un silencio fantasmagórico. Por suerte todavía estaba oscuro afuera. Mientras iban sorteando obstáculos y sangre de camino a la salida, un rostro apareció en las puertas de cristal de la entrada. Era un niño aterrado, de no más de ocho años, que aporreaba el cristal y parecía estar gritando algo como «¡Socorro!».

Antes de que Dante o Kacy tuvieran tiempo de reaccionar, otra figura salió de la oscuridad a la espalda del niño, lo agarró de la cintura y lo apartó de las puertas. Un segundo después tanto el niño como su asaltante se habían desvanecido.

—Joder. ¿Tú has visto eso? —preguntó Dante.

Kacy intentó procesar la imagen en su mente. Había sucedido todo muy deprisa.

—¿Has visto quién se ha llevado al niño?

Dante asintió.

—Sí. Menuda puta mierda. Supongo que no somos los únicos vampiros que andan por ahí a estas horas de la noche.

—¿Tú habías visto antes a ese tío?

—Sí, pero solo contigo. Y entonces no era un vampiro.

Beth se despertó en una cama cálida y acogedora. Más cálida que de costumbre porque la había compartido con JD, que por fin estaba con ella después de dieciocho años de separación. No recordaba haberse despertado nunca tan feliz. Había dejado que él se durmiera antes solo para poder mirarlo, sabiendo que era real, que había vuelto con ella. Se frotó los ojos y dio media vuelta para mirarlo otra vez. Pero el edredón al otro lado de la cama estaba apartado, y JD había desaparecido.

Le dio un brinco el corazón. ¿Habría sido todo un sueño? ¿De verdad había aparecido JD al fondo del muelle donde ella le esperaba, donde le había esperado todas las noches de Halloween durante tantos años?

Intentó pensar, pero tenía la cabeza embotada habiéndose despertado tan temprano. Las cortinas estaban echadas y fuera todavía reinaba la oscuridad. Beth tocó la cama al otro lado. Aún estaba caliente. Decidió que no podía haberlo soñado. No era posible. Todo había sido de lo más real, desde el primer momento en que lo vio hasta que se quedó dormida entre sus brazos.

Advirtió que había un pequeño paño marrón en la otra almohada y se lo acercó a la cara para verlo bien. En el centro había cosido un oscuro corazón rojo, y en el centro del corazón, con letras azules, las iniciales JD.

Fue un alivio saber que no se estaba volviendo loca. Aquella era la prueba de que la noche anterior no había sido un sueño. Pero ¿qué significaba aquel paño? ¿Quería decir que JD se había marchado? ¿Sería una especie de nota de despedida?

Se levantó de un brinco de la cama, envolviéndose en el edredón. El dormitorio de pronto se le antojaba frío y vacío, cuando solo momentos antes era tan cálido y lleno de vida. Rodeó la cama y abrió la puerta para asomarse, pero no vio señales de vida en el diminuto salón del apartamento. Justo cuando

empezaba a sucumbir al pánico, temerosa ante la idea de volver a quedarse sola, se abrió la puerta principal y entró JD, con los mismos tejanos, la misma camiseta negra y la misma chaqueta de cuero que llevaba cuando apareció en el muelle la noche anterior. En cuanto advirtió la cara de preocupación de Beth, se apresuró a calmarla con una sonrisa.

—Lo siento, ¿te he despertado?

Beth suspiró de alivio.

—Creí que te habías marchado.

—No, solo he salido a tomar un poco de aire. No podía dormir.

Se quitó la chaqueta y la tiró sobre el respaldo del pequeño sofá verde, luego se dejó caer en él, cogió el mando del televisor y lo encendió. Apareció en la pantalla una película de acción de madrugada.

Beth se sentó también en el sofá, cerrándose bien el edredón para no quedarse fría. Le dio un beso en la mejilla.

—Por un momento pensé que lo de anoche había sido un sueño. No veas qué susto.

—A lo mejor fue un sueño. Igual todavía estas soñando.

—Pues entonces espero no despertarme nunca.

Él le devolvió el beso.

—No es un sueño, te lo prometo. He vuelto. Y he vuelto para quedarme.

—No te puedes imaginar lo que me alegra oírte decir eso. Por un momento me ha dado la terrible impresión de que habías venido solo por una noche. De que a lo mejor tenías una chica en cada puerto.

—Pues sí, tengo una chica en cada puerto. Viajo en circuitos de dieciocho años. Y tú eres mi chica en Santa Mondegá.

Beth le dio un empujón de broma.

—¿Qué más quisieras!

—Te prometo que si me voy a alguna parte, tú te vienes conmigo.

—Por ahora, ¿por qué no te vienes a la cama? Está muy fría sin ti.

—Claro. Pero iba a ver las noticias un rato.

Sintonizó un canal local de informativos en el que un presentador en un estudio leía las últimas noticias con semblante serio y voz más seria todavía. Beth frunció el ceño.

—Un momento. ¿De qué están hablando?

Una franja se deslizaba al pie de la pantalla anunciando:

CIENTOS DE MUERTOS. KID BOURBON VUELVE A MATAR.

—¡Dios mío! Espero que no haya muerto nadie que yo conozca.

Pero como para confirmar sus peores temores, el presentador anunció que una de las víctimas de Kid Bourbon era su jefe en el museo, Bertram Cromwell. Beth se llevó la mano a la boca, horrorizada. Cromwell era la única persona de la ciudad a la que podía llamar de verdad un amigo.

—¡No me lo puedo creer! Cromwell era el hombre más bueno de la ciudad. Y gracias a él tengo un trabajo. Y ahora Kid Bourbon lo ha asesinado. Su esposa estará destrozada. ¡Es espantoso!

JD le frotó la espalda.

—Tal vez sea una señal de que debes dejar el museo. De hecho, ¿por qué no nos marchamos de una vez de esta mierda de villorrio?

Pero Beth apenas le oyó. Solo podía pensar en Bertram Cromwell y su familia.

—Espero que cojan a Kid y lo manden a la silla eléctrica.

JD la estrechó contra él.

—Yo creo que Kid estaba matando a todos los vampiros locales. Dudo que tenga nada que ver con el asesinato de Cromwell.

—¿Vampiros? —Beth salió de pronto de sus tristes pensamientos—. ¿Como esa cosa que nos atacó aquella vez en el muelle?

—Sí.

—Pero ¿aquello era de verdad un vampiro? Quiero decir, que después de aquello nunca he vuelto a ver otro. Empezaba a pensar que eran imaginaciones mías.

—La ciudad estaba plagada. Seguro que ahora están todos muertos.

—Sí, pero Kid Bourbon sigue suelto, y es una amenaza mayor que los vampiros, creo.

El boletín informativo indicaba lo contrario.

ÚLTIMAS NOTICIAS... FUERZAS ESPECIALES LOCALIZAN Y MATAN A KID
BOURBON

JD la estrechó de nuevo y la besó con más firmeza que antes.

—¿Lo ves? Estás a salvo. Kid Bourbon está muerto, se acabó. Y los vampiros, lo mismo. No hay nada que temer.

Beth forzó una sonrisa, acordándose de pronto del paño con el corazón bordado. Lo tenía en la mano.

—Dejaste esto en tu almohada.

—Es para ti.

—¿Qué es exactamente?

JD tardó un momento en contestar.

—¿Tú qué crees que es?

—Un paño con tus iniciales.

—Entonces es eso.

—Pero es algo más —insistió ella, dándole un empujón—. Era una señal para que supiera que ibas a volver, ¿no?

JD sonrió.

—Sí. Tú guárdalo, que yo siempre volveré a por él. Y no tendrás que volver a esperar dieciocho años, te lo prometo.

—¿Entonces me lo puedo quedar?

—Es todo tuyo.

Beth miró el corazón bordado en el paño. Ahora poseía algo de JD que tenía significado. Solo con tenerlo en la mano se sentía segura. Mientras estuviera en su poder, JD le pertenecía.

El club La Ciénaga era mucho más impresionante de lo que su nombre sugería. Kacy esperaba encontrarse un bar cutre metido en un callejón, pero resultó ser un edificio de cinco plantas en la parte sur de la ciudad, situado en la esquina de una calle. Cuando se acercaban a la entrada principal, algo cayó suavemente delante de ellos.

—¿Es nieve? —preguntó Kacy.

—No puede ser —contestó Dante—. En Santa Mondegga no ha nevado nunca.

—¿Entonces qué demonios es?

—No lo sé. Pero vamos a darnos prisa. —Empujó la puerta negra, que se abrió fácilmente—. Normalmente por aquí rondan un montón de tíos siniestros, de manera que no te alejes.

—Genial.

Subieron varios tramos de escaleras sin ver un alma. Ni un solo tío siniestro. Ni siquiera un fan de Depeche Mode. Estaba tan desierto como las calles.

—Esto está muerto —susurró Kacy.

—Qué raro. La última vez que vine había vampiros por todas partes haciendo de todo. ¿Dónde se habrán metido?

Les contestó una voz por encima de ellos.

—Se han ido a la Casa de Ville.

Los dos se detuvieron al instante y alzaron la cabeza. Un vampiro con el pelo negro por los hombros, unas gafas de sol y una perilla bien cuidada les miraba desde unas cuantas plantas más arriba. Dante lo reconoció al instante.

—Hey, Vanidad, ¿cómo va eso?

Kacy reconoció la ropa del vampiro. Tenía la misma chaqueta de cuero que le habían dado a Dante cuando se infiltró en el clan de las Sombras unos días

antes. Debajo llevaba una sencilla camiseta negra y completaba el atuendo con unos tejanos negros y unas botas de caña baja.

—¡Subid! Os daré ropa limpia. Y me cuentas qué diablos has estado haciendo toda la noche.

Cogidos de la mano subieron hasta el rellano donde habían visto a Vanidad, aunque cuando llegaron, el vampiro estaba ya en una enorme sala de billares, con numerosas mesas por todas partes y una barra larga junto a una pared.

—Por aquí —indicó Dante—. He estado aquí antes. Tuve una pelea con unos Payasos el otro día.

—¿Por qué no me sorprende?

Vanidad estaba junto a una de las mesas de billar en el centro de la sala. Sobre ella había dejado un par de cazadoras de cuero con las palabras LAS SOMBRAS cosidas en la espalda con letras doradas. «Más hortera imposible», pensó Kacy, pero se guardó cortésmente su opinión. Cuando Vanidad se quitó las gafas de sol, dejó ver unos ojos como Kacy no había visto en su vida. Oscilaban entre tres colores distintos. Como una bola de discoteca, relumbraban del dorado al negro y luego al plateado, y al negro, y vuelta a empezar. Resultaban hipnóticos. Vanidad se la quedó mirando un momento antes de volverse hacia Dante.

—¿Quién es la chica?

—Una tía que acabo de conocer —contestó Dante. Kacy le soltó la mano y dejó que Dante se acercara a Vanidad para chocar los cinco—. Es una tía legal, te gustará.

Vanidad frunció los labios y miró a Kacy de arriba abajo.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Kacy.

—Kacy. Un nombre muy bonito —comentó, mirándola de nuevo de arriba abajo—. Y muy oportuna. Va a ser todo un éxito en la orgía de iniciación. A los chicos les encantará follársela.

Kacy notó que la sangre se le helaba en las venas, aún más que cuando se convirtió en vampiro unas horas antes.

—¿Cómo? —exclamó.

Vanidad sonrió.

—Era broma.

Kacy lanzó un gran suspiro de alivio y Dante se enjugó una gota de sudor de la frente. Era evidente que él también se había creído la broma pesada de Vanidad.

—Toma. —El vampiro le tiró a Kacy una cazadora—. Ponte esto. Tenemos que salir echando leches. Ramses Gaius ha convocado a todos los vampiros a la Casa de Ville.

—¿Para qué? —quiso saber Dante.

—Te habrás enterado de la que se ha liado esta noche, ¿no?

—Hemos oído que Kid Bourbon ha matado a un montón de gente —apuntó Kacy, evitando que Dante tuviera que revelar dónde estaba cuando estalló la matanza.

—Sí. Resulta que *Déjà Vu* era Kid Bourbon. ¿Tú lo sabías, Dante?

Dante se estaba poniendo la cazadora de cuero y fingió no haber oído la pregunta de Vanidad, mientras consideraba su respuesta. En ese momento era difícil saber si Vanidad estaba al tanto de que ya conocía este dato. En ese caso lo estaría poniendo a prueba.

Kacy volvió a intervenir:

—Lo hemos oído por la calle. Todo el mundo habla de eso.

—Nos ha jodido. Pero ¿os habéis enterado de que lo han cogido?

Esta vez Dante contestó de inmediato:

—¿En serio? ¿Han cogido a Kid Bourbon?

—Sí. Unos militares que Gaius contrató. Lo encontraron y le cortaron la puta cabeza.

—Mierda. —Dante no pudo disimular lo mucho que le había impresionado la noticia.

Pero a Kacy no le importaba tanto ni mucho menos. Le interesaba mucho más saber cómo le sentaría su nueva cazadora de cuero. Metió los brazos en las mangas y descubrió encantada que se le ajustaba a la perfección. Vanidad le tiró entonces unas gafas de sol.

—Que lo hayan matado probablemente nos ha salvado la vida —comentó—. Dudo que las autoridades estén ahora mismo muy contentas con nosotros.

—¿Entonces no deberíamos quedarnos aquí de momento? —sugirió Kacy, mirando las gafas y preguntándose si podría ver algo con ellas puestas.

—Ya tenemos bastantes problemas —replicó Vanidad—. Pero Kid Bourbon ha asesinado a cientos de vampiros esta noche, y eso significa que Gaius tiene poca gente ahora mismo. Está reuniendo un ejército de no muertos para tomar la

ciudad. El hecho de que apenas queden vampiros veteranos debería ser suficiente para mantenernos con vida.

—Pero ¿es seguro estar fuera ahora? —insistió Kacy—. Quiero decir... ¿no va a salir el sol pronto?

Vanidad negó con la cabeza.

—Gaius dice que no. Ha encontrado la manera de mantener nubarrones oscuros sobre la ciudad, de manera que de momento todos podemos salir de día.

—¿De verdad?

—Sí. Archie Somers intentó en vano durante años oscurecer los cielos de forma permanente. Gaius no ha tardado nada.

Kacy se animó.

—¿Quién es Archie Somers?

—Era el antiguo jefe. El principal chupasangre, uno de los caminantes originales.

Dante barbotó lo que Kacy estaba pensando.

—Acabamos de beber su sangre.

—¿Qué?

—Estábamos buscando en la comisaría víctimas potenciales y encontramos una bolsa de sangre con el nombre de Archie Somers.

—¿De Archie Somers? ¿Y dónde está esa sangre?

—Nos la bebimos toda.

Vanidad los miró suspicaz.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—No —le aseguró Dante—. Era de puta madre.

Vanidad suspiró.

—¿Sabes qué? Yo en tu lugar no iría por ahí contando eso. Como Jessica o Gaius se enteren de que vais diciendo esas cosas, Gaius os breará con los putos rayos láser que le salen de los dedos, y Jessica... bueno, Jessica os destripará vivos.

—¿Quién es Jessica? —preguntó Kacy alarmada.

—Ya la verás cuando lleguemos a la Casa de Ville. Pero antes tenemos que hacer unas cuantas paradas. A ver si podemos encontrar más miembros vivos de nuestro clan. Cuantos más seamos, más seguros estaremos.

—Genial —dijo Kacy, incapaz de disimular su falta de entusiasmo.

Vanidad volvió a ponerse las gafas y se encaminó a la salida. Kacy vio que Dante lo imitaba, de manera que ella también se las puso y le sorprendió

descubrir que veía con la misma claridad que antes, aunque estaba oscuro.

Vanidad saltó sobre la barandilla de las escaleras y desapareció de la vista. Kacy se asomó y lo vio caer suavemente al suelo varias plantas más abajo.

—¿Podemos hacer lo mismo? —le preguntó sorprendida a Dante.

Su amigo hizo una mueca.

—Supongo. ¿Voy yo primero?

—¡Más te vale!

Cuando estaba a punto de saltar sobre la barandilla, Kacy le agarró el brazo.

—Cariño, ¿nos vamos a unir a un ejército de vampiros?

—Eso creo.

—¿Tú estás seguro de lo que vamos a hacer?

—Bueno, de momento somos vampiros, yo digo que vayamos con la corriente.

—Pues yo no sé si estoy muy dispuesta a ir por ahí matando gente.

Dante la atrajo hacia él y le plantó un beso en la cabeza.

—Somos vampiros, churri. Hasta que encontremos el Ojo de la Luna y volvamos a convertirnos en humanos, yo digo que es mejor seguirles la corriente.

—Bueno, vale. Pero Vanidad ha dicho que el ejército de vampiros va a tomar la ciudad. ¿De verdad quieres formar parte de eso?

—No sé, chica, pero ahora que Kid Bourbon ya no está, no hay nada que pueda impedir a los vampiros tomar la ciudad. Por lo menos estaremos con el bando vencedor.

—Sí, pero todavía no puedo quitarme de la cabeza la imagen del niño aquel al que atraparon en la comisaría.

—Vaya, gracias, yo había conseguido olvidarme.

—Pues yo no puedo. Me sigue atormentando.

—Intenta pensar en otra cosa.

—¿Como qué?

—En béisbol.

Kacy suspiró.

—Lo que me inquieta no es solo esa imagen. Es lo que representa.

—¿Eh?

Dante no estaba entendiendo nada, de manera que Kacy se lo tuvo que aclarar.

—Yo jamás podría hacer daño a un niño. ¿Y si el ansia de sangre nos lleva a

matar niños?

—Tú nunca harías daño a un niño, Kace. Ni yo tampoco.

—Ya lo sé. Pero ¿y si cambiamos? Yo no quiero hacer daño a los hijos de nadie. Creo que quiero volver a ser humana.

Dante le dio un beso en la frente.

—Vale, churri. Te voy a decir una cosa, la próxima vez que veamos a un vampiro intentando matar a un niño le arranco la cabeza.

—Y yo te ayudo.

—Guay. Pero ahora nuestra prioridad es encontrar la manera de recuperar el Ojo de la Luna.

—¿Tienes algún plan?

—No. ¿Yo cuándo he tenido un plan? Los planes son para los pringaos.

En momentos así, cuando Dante hablaba con pasión pero sin noción alguna del peligro en el que se encontraba, Kacy recordaba por qué se había enamorado de él. Tal vez fuera un majadero insensato, pero era el hombre más valiente que había conocido.

—Te quiero —le dijo.

Dante le agarró el culo.

—Yo también te quiero. Este rollo de vampiros será solo temporal, ya verás.

Sánchez odiaba la nieve. Hasta ahora solo la había visto en televisión, pero ya con eso la odiaba. Y al despertarse el primero de noviembre después de los espantosos sucesos del día anterior, lo que menos le apetecía ver eran las calles cubiertas de nieve. Una densa nevada nocturna dejó una capa de cinco centímetros. Los niños estaban locos de alegría, haciendo muñecos de nieve por todas partes. Y alguien (Sánchez sospechaba del chico que repartía los periódicos) le había tirado una bola de nieve cuando iba hacia su coche. El pequeño cabrón. Lo único bueno del frío era que le dio ocasión de ponerse su chaqueta copia de *Top Gun*. La había comprado en Internet, pero en Santa Mondegá siempre hacía demasiado calor para poder salir con ella. Hasta ahora solo se la había puesto en su dormitorio, cuando fingía ser Tom Cruise delante del espejo.

Tardó algo más de lo normal en el trayecto al Olé Au Lait, donde iba a desayunar. En parte porque a causa de la nieve las calles eran algo más peligrosas, pero sobre todo porque se salió varias veces de la carretera para tirar varios de los muñecos de nieve que los niños habían hecho en las aceras.

Llegó a la cafetería justo después de las nueve. La experiencia le había enseñado que tenía que llegar temprano, antes de que aparecieran los parroquianos locales. Parecía que a los viejos no había nada que les gustara más que sentarse en las mesas de al lado y tirarse pedos mientras él intentaba comer.

Atravesó la puerta con una bolsa negra al hombro. Si quería desayunar esa mañana, tendría que pagar la deuda que tenía con Rick, el propietario del Olé Au Lait. El día anterior Rick le había llamado con una información útil, y a cambio Sánchez había acordado llevarle una botella de licor. Llevaba la botella en la bolsa, aunque en realidad esperaba que Rick no estuviera allí para aceptarla. En la bolsa llevaba también un libro que había robado de la biblioteca, llamado *El*

libro de la muerte. Pero lo cierto es que no le había ofrecido pista alguna sobre lo que esperaba. Tenía que averiguar más sobre Jessica o *El libro sin nombre*. De hecho, la única mención que se hacía de Jessica en el libro la había escrito Sánchez. Rick le había dado su nombre completo y también el de un amigo suyo llamado Ramses Gaius. Sánchez anotó estos nombres en una página en blanco del libro y luego realizó una búsqueda por Internet para averiguar algo más. Pero no encontró nada.

Al acercarse a la barra advirtió un desagradable olor a pis. Desplomado en una mesa junto a la ventana había un Santa Claus borracho. Parecía medio dormido, pero aún logró mascullar algo que sonaba como «dame algo». Sánchez lo ignoró y esbozó una falsa sonrisa para Rick, que estaba detrás de la barra contando billetes de la caja. Parecía de muy buen humor. No llevaba el uniforme habitual de cocinero, sino que iba vestido para salir, con unos tejanos y, maldición, una cazadora de cuero tipo *Top Gun* exactamente como la de Sánchez. El hijo de puta. Rick alzó la vista y esbozó una sonrisa igualmente falsa.

—Buenos días, Sánchez. Una cazadora muy bonita.

—Sí, la tuya también —contestó Sánchez, echando humo por dentro.

Rick echó un vistazo a la bolsa.

—Espero que lleves ahí mi botella de Jack Daniel's —dijo, ahora con una sonrisa radiante.

—Claro. Aquí la llevo.

—Pues dámela de una vez.

Sánchez metió la mano en la bolsa. La botella de Jack Daniel's se había hundido en el fondo, por debajo de *El libro de la muerte*. Sacó primero el grueso volumen y lo dejó sobre la barra.

—¿Eso qué es? —quiso saber Rick.

—Un libro que tengo que devolver luego a la biblioteca.

Rick leyó el título.

—¿*El libro de la muerte*? ¿De qué va?

Sánchez dejó la botella de *whisky* encima del libro.

—Pues la verdad es que no lo sé muy bien. Es una lista de nombres, en formato como de guía telefónica.

—Ah. —Rick parecía decepcionado—. Bueno, yo voy a ir a la biblioteca esta mañana. Si quieres lo devuelvo yo por ti.

—Pues sería genial. Pero no hace falta que lo devuelvas en el mostrador.

Solo déjalo en el estante, en la sección de Referencia.

Rick enarcó una ceja.

—¿Y eso por qué? ¿No lo sacaste de manera legal?

—Sí, pero es que escribí unos nombres en una de las páginas en blanco.

—¿Por qué?

—Porque no tenía en ese momento ningún papel.

—Bueno, tampoco es un crimen, ¿no?

—Pues la verdad es que sí. Pintar en un libro de la biblioteca se considera una ofensa bastante grave.

—¿Para quién?

—¿Tú has visto a la mujer que trabaja en la biblioteca?

Rick sonrió al entender lo que Sánchez quería decir.

—Sí. Menuda bruja, ¿eh?

Sánchez despreciaba a Ulrika Price y estaba totalmente de acuerdo con el calificativo de Rick.

—Eso es lo mejor que nadie ha dicho nunca de ella.

Rick abrió la botella de Jack Daniel's y olfateó.

—Huele a *whisky* bueno —comentó.

—¿Qué esperabas?

—Pensé que igual me traías el alcohol ese que destilas tú.

Sánchez se esforzó por mostrarse ofendido.

—No sé de qué me hablas.

—Claro. El Santa Claus del rincón huele a tu licor. —Lo cierto es que no le faltaba razón.

—En fin. Es hora de desayunar y yo tengo hambre —dijo Sánchez.

Rick lanzó un grito hacia la trastienda.

—¡Eh, Copito, cliente!

Copito, la camarera principal de Rick, apareció con el lápiz y el cuaderno. Llevaba el largo pelo castaño bien recogido en una coleta, y, como siempre, vestía el uniforme que Rick hacía llevar a todas sus trabajadoras. A Sánchez también le parecía estupendo. Consistía en un vestido negro corto con medias. Un atuendo que favorecía la figura pequeña de Copito.

—Buenos días, Sánchez —le saludó, con una radiante sonrisa—. ¿El plato número doce y un café doble?

—Sí, gracias, Copito.

La camarera señaló la mesa más alejada del Santa Claus que apestaba a

orina. Era evidente que conocía bien a Sánchez y sabía que le gustaba desayunar lo más lejos posible de otros parroquianos, sobre todo de los apestosos.

—Acabo de limpiarte la mesa y te he dejado un periódico —añadió con un guiño.

—Gracias.

Rick se metió bajo el brazo *El libro de la muerte* y rodeó la barra.

—Bueno, Copito, me voy al centro. Puedes marcharte cuando Sánchez termine el desayuno.

—¿Vas a cerrar temprano? —preguntó Sánchez.

—Ni siquiera habría abierto de no ser porque te ibas a pasar con mi botella de Jack Daniel's. —Rick puso el cartel de cerrado en la puerta y mientras salía se volvió para guiñarle el ojo a Sánchez—. No dejes que Copito te meta en ningún lío. —Y con esto salió a la nieve.

—Ahora mismo te llevo el café —dijo Copito—. Ponte cómodo.

Sánchez se acercó a la mesa, inusualmente limpia, junto a la ventana y miró con suspicacia a la camarera. ¿Le estaba haciendo la pelota para pedirle algo? Bajo el rubor natural de sus mejillas y aquellos ojos castaños y cálidos podía estar tramando algo. O esperando una propina.

—¿Cómo es que estás hoy tan contenta?

—Nada, que me alegro de verte, Sánchez. Después de la matanza de ayer me alegro de ver que no te cuentas entre las víctimas.

—Bueno, lo cierto es que sí tuve un encontronazo con Kid Bourbon y algunos hombres lobo.

—Sí, ya me han contado. Has sobrevivido a otro tiroteo. Tienes mucha suerte.

—No tanta. Kid Bourbon volvió a matar a todos mis clientes, el muy hijo de puta.

—¿Sería porque le echaste pis otra vez en la bebida?

Sánchez se sentó y echó un vistazo a los titulares de la primera página del periódico.

—Esta vez no tuve ocasión. Lo habría hecho, pero se lo acababa de servir todo a los hombres lobo.

En primera página, como era de esperar, aparecía la última carnicería. El número de muertes parecía elevarse esta vez a millares. Sánchez chasqueó la lengua, pensando en la cantidad de clientes que debía de haber perdido. Cuando alzó de nuevo la vista, advirtió que Copito estaba distinta. Seguía detrás de la

barra, con el mismo uniforme, pero se había quitado el delantal blanco y se había soltado el pelo, que ahora le caía sobre los hombros. Tenía un hermoso cabello largo y castaño, a tono con sus ojos. Sánchez no pudo evitar pensar que soltarse el pelo, trabajando en un establecimiento que servía bebida, resultaba en cierto modo antihigiénico. No obstante Copito hacía unas salchichas deliciosas, de manera que no dijo nada. Siguió leyendo el periódico, sacudiendo de vez en cuando la cabeza al leer detalles de la muerte de más clientes potenciales. Por fin la camarera se acercó con una taza de café.

—Eres la única persona con el valor de servir a Kid Bourbon una copa de pis —comentó.

Y entonces respiró hondo, lo cual hizo asomar su pecho sobre la parte superior del periódico de Sánchez, que lo había bajado para dar un sorbo al café.

No pudo evitar advertir que tenía un par de tetas espléndidas. Se las quedó mirando un momento fijamente, antes de acordarse de que le acababa de decir algo.

—¿Valor? —dijo en voz alta, sin poder disimular su pasmo. Tenía que estar drogada o algo. Pero se recuperó deprisa del inesperado cumplido e intentó hacerse el modesto—. Sí, bueno, hay quien tiene miedo de Kid Bourbon —comentó, meneando la cabeza—, pero yo no. Creo que sabe que más le vale dejarme en paz. No muestro ningún miedo delante de él, y pienso que eso lo respeta.

—¡Vaya! Deberías meterte en la policía, Sánchez. Les vendría bien contar con alguien como tú.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, la ciudad sería más segura, desde luego.

—¡Pues hazte poli! —Copito parecía verdaderamente ilusionada con la perspectiva.

—No, si yo me metería —replicó Sánchez, fingiendo leer el periódico mientras le echaba otro vistazo a las tetas—. De verdad, si hubiera plazas, sería el primero en entrar. Esta ciudad necesita que alguien limpie las calles.

—¡Genial! —Su voz subió un par de octavas. Copito dejó de golpe sobre la mesa un folleto blanco—. Mira, ¡te puedes apuntar hoy mismo!

Sánchez dejó de fingir que leía para mirar el papel. De inmediato le llamaron la atención las letras mayúsculas en el centro:

—Hoy tomaré los huevos fritos —pidió, esperando cambiar de tema.

—Ah, vale. Pero ¿qué te parece lo del folleto?

—Y las salchichas bien hechas, por favor.

—Muy bien. Pero dime, ¿qué te parece...?

—Y doble de beicon.

—Vale, ¿alguna cosa más?

—No, eso es todo.

Copito no se daba por vencida, para enojo de Sánchez.

—¿Ves? Ahora mismo tienen plazas abiertas para todo el mundo —comentó, señalando el papel—. Como medida temporal, hasta que puedan venir policías de verdad de fuera de la ciudad. Bueno, qué, ¿te vas a apuntar?

—Ah, oye, ¿te he dicho que quiero también unas tostadas?

—Siempre tomas tostadas.

—No, por si se te había olvidado.

Copito soltó una risita.

—Qué gracioso eres —le dijo, mirándole con aquellos enormes ojos llenos de esperanza—. En fin, ¿te vas a hacer poli o qué?

Sánchez suspiró.

—Me encantaría. Pero no tengo la altura necesaria. No doy la talla.

—No hay restricciones de altura. —Copito parecía más emocionada a cada instante.

—Pues entonces soy demasiado viejo.

—Tampoco hay restricciones por edad. Es genial, ¿eh?

—Tengo ficha policial.

—¡Que no importa! Mira, lee el folleto entero. Admiten a todo el mundo. ¡Es tu gran oportunidad!

No cabía duda alguna. Copito estaba drogada o algo. Nadie debería mostrar tal entusiasmo de buena mañana, y menos sirviendo el desayuno. A pesar de todo, Sánchez decidió seguirle la corriente de momento. Estaba dispuesto a decirle a Copito cualquier cosa que quisiera oír, con tal de poder desayunar en paz.

—Bueno, pues es una noticia estupenda —mintió—. Me pasaré por allí en cuanto termine de desayunar. Lo primerito, vamos.

—Genial. —Copito dio una palmada jubilosa—. Podemos ir juntos. Yo también me voy a apuntar. Lo vamos a pasar de miedo, ¿eh?

—¿Qué?

—Vamos en mi coche en cuanto desayunes.

—¿Eh?

—¡Qué emocionante! ¡Mi horóscopo decía que iba a pasar esto!

—Eh, espera un...

—De hecho, hoy te invito yo al desayuno. —Y con estas palabras Copito entró disparada en la cocina.

Sí que parecía ilusionada. Sánchez se dejaría invitar, puesto que era obviamente importante para ella. Pero cuando terminara de comer ya se le ocurriría la manera de escaquearse.

Dan Harker llevaba ya un día de perros. A primeras horas de la mañana lo habían convocado al despacho del alcalde y lo habían nombrado capitán del departamento de policía de Santa Mondegá. Y su primer día no iba a ser precisamente un camino de rosas. La mayoría de los agentes de la ciudad habían sido asesinados el día anterior, de manera que no contaría con mucha ayuda para encargarse de ningún delito. El alcalde había hecho todo lo posible para colaborar, colocando anuncios por toda la ciudad pidiendo a los ciudadanos que se enrolasen, pero eso solo significaba que ahora Harker tendría que pasarse buena parte del día reclutando agentes. Investigar la más reciente matanza de Kid Bourbon y sumar el recuento de víctimas iba a ser toda una faena. La única buena noticia era que, según varios testigos, Kid Bourbon había sido decapitado en el pasillo de un hotel poco después de medianoche, de manera que ahora los asesinatos tendrían que haber cesado.

Antes de dirigirse a la comisaría para presentarse como el nuevo capitán, primero tenía que pasarse por el museo local. El alcalde le había informado de que en el departamento de seguridad del museo tenían vídeos del sistema de vigilancia en los que aparecía Kid Bourbon asesinando al director, el profesor Bertram Cromwell.

Cuando llegó al museo, Elijah Simmonds, subdirector, salió a recibirlo a la recepción. Harker solo se había visto con Simmonds en una ocasión anterior, durante un evento benéfico organizado por Bertram Cromwell hacía ya más de un año. En aquel entonces ya le pareció un poco gilipollas. Llevaba un traje barato que le sentaba mal y una horrenda coleta que no le favorecía nada con esa cara tan alargada que tenía.

Simmonds le saludó con un cálido apretón de manos y una fugaz sonrisa, de manera que tampoco es que estuviera del todo exento de cualidades. Por

desgracia todavía llevaba la coleta y mantenía el mismo mal gusto para vestir. Pero su rostro no era tan enjuto. De hecho parecía estar saliéndole hasta papada.

Recorrieron un largo pasillo hacia la oficina de seguridad. Simmonds sorprendió al nuevo capitán de policía con una observación en la que Harker no habría caído:

—Usted y yo tenemos mucho en común.

—¿Como qué?

—Bueno, obviamente a los dos nos gusta vestir bien. —Simmonds sonrió y vaciló un momento esperando que Harker se mostrase de acuerdo. Esperó en vano. Harker llevaba un traje de tres piezas impecable, entallado a la perfección, a diferencia del traje gris mal cortado de Simmonds—. Y luego, claro, está lo más evidente —prosiguió el hombre por fin.

—¿Y qué es?

Simmonds abrió una puerta a la izquierda antes de contestar.

—A los dos nos ha caído un ascenso, por gentileza de la matanza de Kid Bourbon de ayer.

Harker le miró con desaprobación. El comentario era de muy mal gusto, dadas las circunstancias. Simmonds reconoció esa mirada.

—Naturalmente no es así como hubiera querido obtener el nuevo puesto. Habría preferido que Bertram Cromwell siguiera vivo, por supuesto, igual que estoy seguro de que usted tampoco habría deseado la muerte del anterior jefe de policía.

Simmonds entró en la oficina y mantuvo la puerta abierta para dejar pasar a Harker.

—El último capitán era un cretino de marca mayor, y me alegro de que esté muerto —sentenció Harker.

—Ah.

—¿Podría enseñarme las cintas de vídeo, por favor? Tengo un día muy ajetreado por delante.

—Claro.

Dentro de la oficina había un guardia de uniforme gris en una destartalada silla azul, delante de una batería de monitores montados en la pared. Era un individuo de anchos hombros, pelo rubio y ondulado y unos llamativos ojos azules. Simmonds le puso la mano en el hombro.

—James, ¿has podido hacer una copia de los vídeos del asesinato para la policía?

El guardia de seguridad se incorporó en la silla.

—Sí, señor, está todo aquí —informó, cogiendo un CD en su funda de plástico que había sobre la mesa.

Simmonds se lo ofreció a Harker.

—Gracias. —Harker echó un vistazo al grupo de monitores, que mostraban la grabación de las cámaras por todo el museo—. Dígame, James, ¿podría ponerme en pantalla el vídeo del asesinato? Me gustaría poder echarle un vistazo antes de marcharme, por si me surgen algunas preguntas. No quiero estar viéndolo a tres kilómetros de aquí, arrepintiéndome de no haberles preguntado nada.

—Por supuesto. —James presionó unas cuantas teclas del teclado que tenía delante y señaló un monitor a la izquierda—. Ahora mismo aparecerá en esta pantalla.

Harker se inclinó sobre su hombro para ver más de cerca las imágenes en blanco y negro. No tenían mucha claridad, pero pudo distinguir a Bertram Cromwell, que estaba sentado en una butaca de la sala de personal, viendo las noticias en un televisor. Al cabo de unos diez segundos, una figura encapuchada entró en la sala. Cromwell se levantó de la butaca y entabló un breve diálogo que no pudo oírse, puesto que la grabación del circuito cerrado no tenía sonido. La oscura figura encapuchada de Kid Bourbon sacó un machete de su túnica y Harker dio un respingo al verle hacer pedazos a Cromwell. Era la muerte más violenta que el nuevo jefe de policía había contemplado jamás, y eso que había visto no poca violencia en sus tiempos. Era una forma de lo más injusta de morir para un hombre decente. Al final del descuartizamiento, Kid se marchó tranquilamente.

James, el guardia de seguridad, pulsó otra tecla y la imagen quedó congelada en la pantalla, mostrando el cadáver de Cromwell en un charco de su propia sangre.

—Es peor cada vez que lo veo —se estremeció Simmonds.

—Sí, estoy seguro —dijo Harker. Algo le había llamado la atención en la parte inferior de la pantalla. Se lo quedó mirando de cerca un momento, recordando algo que había dicho el alcalde cuando hablaron ese mismo día—. ¿Ese reloj va bien? —preguntó, señalando el indicador de la hora en la esquina inferior del monitor.

James asintió.

—Sí. Las dos y treinta y siete. Creo que es más o menos correcto. Yo había

visto al profesor unos veinte minutos antes de eso. Le recomendé que se marchara a su casa, pero estaba totalmente absorto con las noticias, atento a las actualizaciones sobre los asesinatos y eso.

—Muy interesante —comentó Harker, frotándose el mentón—. Kid Bourbon fue asesinado poco después de la medianoche. Tenemos un montón de testigos que lo corroboran.

—¿De verdad? —se sorprendió Simmonds.

—Sí. Un grupo paramilitar le disparó y lo decapitó en un bloque de apartamentos. Yo había supuesto que Cromwell fue una de sus últimas víctimas antes de que acabaran con él. Esto complica mucho las cosas.

—¿Así que Kid Bourbon todavía está vivo?

Harker asintió.

—Eso parece. Bueno, me llevo este CD. Si Kid Bourbon sigue por ahí suelto, más vale que alerte a la prensa. El público tiene derecho a saber que las calles no son seguras.

—También podría informar a esos militares de que decapitaron al que no era. Harker sonrió.

—Espero que lo vean en las noticias antes de marcharse de la ciudad, si es que todavía siguen por aquí.

La nieve caía sobre Santa Mondegá por primera vez desde que Dante pudiera recordar. La miraba maravillado mientras Vanidad conducía el coche hacia la Casa de Ville.

—Mola el coche, ¿eh, preciosa? —le comentó Vanidad a Kacy—. Un Ford Ranger. Y nuevecito.

—Lástima que sea azul —replicó Kacy con tono aburrido, mirando por la ventana.

Desde el asiento trasero Dante sonrió irónico. Kacy no era de las que se dejaban impresionar por un coche que no fuera robado. De todas formas se alegraba de estar en el Ranger. Las carreteras eran más peligrosas que de costumbre. Y sobre la ciudad se estaban formando negros nubarrones. A lo lejos asomaba lo que parecía un enorme castillo militar.

—¿Eso qué coño es? —preguntó Kacy.

—Es la Casa de Ville.

—Pues es grande de cojones —comentó Dante.

—Ya puede serlo —dijo Vanidad—. Dentro de nada va a haber ahí una buena turba de vampiros.

Dante meneó la cabeza. El castillo de la Casa de Ville, que se iba agrandando cada vez más a medida que se acercaban, lo había dejado sin palabras por una vez.

Vanidad aparcó el Ranger en un enorme *parking* detrás del edificio principal y los tres se acercaron a la puerta de entrada, donde un vampiro que llevaba un curioso maquillaje negro en los ojos los dirigió hacia el salón principal.

La sala era magnífica, con un techo de cincuenta metros de altura y una balconada a lo largo de las paredes. En el otro extremo de la habitación se alzaban unas anchas escaleras de mármol que llevaban hacia el rellano y el

balcón. Era verdaderamente como un castillo. La única diferencia que Dante había advertido eran las evidentes cámaras de seguridad que grababan todos los movimientos. Las putas cámaras estaban por todas partes. La sala era ya un ruidoso hervidero. Cientos de vampiros se congregaban allí, charlando unos con otros.

—¡Joder! Desde luego se está organizando algo gordo —comentó Vanidad—. Vamos a quedarnos al fondo. Después de la movida de que *Déjà Vu* fuera Kid Bourbon, me parece que lo mejor es no hacerse notar mucho.

—No puedo estar más de acuerdo —replicó Dante.

La muchedumbre de vampiros parecía la audiencia de un concierto de *rock*. Se veía toda clase de tipos raros de extravagante atuendo, de todos los clanes vampíricos de la ciudad, todos congregados en aquella enorme sala mirando la escalera de mármol del fondo. Dante reconoció algunos de los clanes, como los Payasos, de los cuales había bastantes. Esta vez no había demasiados miembros de los Cerdos Mugrientos ni de los rastafaris del clan Terrores. Claro que tampoco había muchos Sombras. Aparte de Dante, Kacy y Vanidad, solo Pechugona y Cornamenta habían sobrevivido la reciente matanza. Los dos miembros femeninos de las Sombras estaban presentes, pero se había aventurado ingenuamente en la parte delantera de la multitud para ver bien lo que pasaba.

Ahora la mayoría del público parecía estar formado por lo que, según Vanidad, era el clan panda, al que pertenecía el vampiro que los había dejado entrar en el edificio. Todos llevaban pintado una especie de antifaz negro en la cara, lo cual les daba un aspecto de pandas humanos, por más que fueran pandas dentados sedientos de sangre. Uno de los otros clanes dominantes era la Peste Negra, un grupo que solía circunscribirse a las afueras de la ciudad. Todos llevaban atuendos negros tipo ninja, junto con máscaras negras que solo dejaban ver sus ojos y algo de piel negra alrededor. Eran sin duda letales predadores de la noche, pensó Dante.

Tras una espera de veinte minutos apareció en la parte superior de las escaleras la imponente y enorme figura de Ramses Gaius. Todas las conversaciones se acallaron dejando paso a un silencio. Dante reconoció de inmediato a Gaius y se estremeció al recordar cómo los había raptado a él y a Kacy hacía una semana. En aquel momento respondía al nombre de «señor E» y sostenía ser un agente de los Servicios Secretos. Le había confiado a Dante una misión consistente en infiltrarse en el clan de las Sombras para averiguar el paradero de Peto, el monje. Dante miró a Kacy por encima de las gafas, y ella

hizo lo propio. Era evidente que también había reconocido a Gaius como el señor E.

Dante dio un codazo a Vanidad.

—¿Es ese de verdad Ramses Gaius?

Vanidad asintió.

—Sí. No te interpongas en su camino, porque te haría trizas.

Gaius llevaba un refulgente traje plateado (igual que cuando Dante lo conoció) y unas gafas oscuras. Estaba calvo y su cuero cabelludo, de color oliva, se veía tan reluciente como una bola de billar. Tanto Dante como Kacy agacharon la cabeza con la esperanza de pasar desapercibidos al fondo de la muchedumbre.

—¡Eh! Esa que está detrás de él es su hija Jessica —informó Vanidad—. Un pedazo de tía. La reina de los vampiros.

Dante alzó la vista y advirtió que, en efecto, detrás de Gaius en las escaleras estaba nada menos que Jessica, la reina de los vampiros. La misma a la que le había descerrajado una lluvia de balazos en el Tapioca durante el eclipse el año anterior. Kid Bourbon andaba tras ella en aquel momento, de manera que Dante se había unido a él y al final la habían dejado por muerta. Más le valía procurar que ella tampoco lo viera.

Gaius alzó los brazos para llamar la atención de todos.

—Muchas gracias por venir. Os traigo grandes noticias. Después de todo lo que pasó ayer, cuando perdimos a un gran número de hermanos y hermanas a manos de ese cerdo de Kid Bourbon, ahora tenemos razones para alegrarnos. Poderosas razones.

Una oleada de murmullos recorrió la sala un instante antes de que Gaius prosiguiera.

—Anoche, poco después de las doce, capturamos y decapitamos a Kid Bourbon. ¡Se acabó!

Estalló entre el gentío un enorme clamor, que Gaius se apresuró a acallar.

—Ahora que tenemos el campo libre, es hora de que actuemos. Pronto podremos revelarnos al mundo. He puesto en marcha un plan que os permitirá a todos y cada uno de vosotros cazar de día. Se acabó el andar escondidos por los callejones y las discotecas por la noche. Pronto tomaremos la ciudad de Santa Mondegá. ¡Ha llegado nuestro momento!

Los vítores fueron aún más estrepitosos que antes. Tras silenciarlos de nuevo, Gaius prosiguió:

—Las fuerzas de policía han quedado muy mermadas, y ahora que Kid Bourbon ha muerto, quiero que todos estéis dispuestos a seguir mis instrucciones para tomar las calles. Habréis notado que está nevando y que hay una enorme formación de nubes sobre la ciudad. Esto, amigos míos, pronto será algo permanente.

Una vampira gritó desde la multitud:

—¿Cómo será eso?

Gaius se quitó las gafas y se oyó una gran exclamación colectiva, a la que se unieron Dante y Kacy. En la cuenca de su ojo derecho había una reluciente gema azul: el Ojo de la Luna.

—Sí, así es. Tengo de nuevo el Ojo de la Luna, que está en el lugar que le corresponde. —Le dio unos suaves golpecitos y sonrió—. Con los poderes del Ojo he agolpado todas esas nubes. En este momento calculo que el noventa por ciento de la luz solar sobre Santa Mondegga está bloqueado. Para mañana, espero que sea el cien por cien. Y así será para siempre. Ya no necesitamos un eclipse para que bloquee el sol, amigos míos. Ahora puedo hacerlo yo con el poder de mi Ojo. Cuando las nubes sean suficientes para impedir totalmente el sol, saldremos de entre las sombras y tomaremos la ciudad. La nieve incapacitará a nuestros enemigos, y en cuanto tengamos el completo control sobre Santa Mondegga comenzaremos a expandir nuestro imperio y aumentar nuestro número. Los humanos se criarán y se cosecharán para vuestro consumo. Ya sé que no os lo tengo que recordar, pero no os alimentéis de los niños de esta ciudad, porque los necesitaremos en el futuro. Vivirán sencillamente para crear más de su raza para nuestra futura supervivencia.

Se oyeron más murmullos entre la multitud, en su mayoría de aprobación. Gaius los acalló con un gesto.

—Y ahora os voy a pedir una cosa. Salid a las calles de Santa Mondegga y hablad con todos vuestros hermanos vampiros. Quiero que los hombres lobo sean también informados. Serán útiles aliados en los primeros días de nuestra conquista. Decidles que se congreguen todos aquí esta noche. Este será el punto de partida de nuestra guerra contra los seres humanos. ¡Mañana por la noche dará comienzo una nueva era en la que los no muertos dominarán el mundo! —Y al acabar el discurso lanzó un puño al aire y un gigantesco clamor se alzó entre la multitud. Los vampiros se chocaban los cinco unos con otros y se daban palmadas en la espalda. De hecho, todo eran sonrisas dentadas, excepto por Dante y Kacy. Kacy tiró del brazo de Dante para apartarlo de la muchedumbre.

—Tiene el Ojo de la Luna —dijo, aunque los clamorosos vítores apagaban casi del todo su voz.

—Ya lo he visto. No es que la situación fuera antes muy halagüeña, pero esto es peor de lo que imaginaba.

—¿Mucho peor?

—Fatal.

Kacy frunció el ceño.

—¿Fatal es peor que muy mal?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Pues ya me lo dirás cuando estés «muy» seguro.

Dante la miró por encima de las gafas con las cejas enarcadas.

—Te voy a decir de lo que estoy seguro. Si intentamos quitarle de la cara el Ojo de la Luna lo más probable es que nos mate. Pero si no conseguimos quitárselo será el fin del mundo.

Kacy miró la turbamulta de vampiros que los rodeaba.

—Pues sí que está esto fatal —masculló.

Al llegar a la comisaría su primera mañana como nuevo jefe de policía, Dan Harker se llevó una decepción al ver el estado en que se encontraba el lugar. Todavía imperaba el caos después de la matanza del día anterior. Aunque no había cadáveres a la vista, la zona de recepción seguía bañada de sangre, y el ascensor al fondo estaba cubierto de sangre y heces. Se lo quedó mirando asqueado y decidió subir por las escaleras al departamento científico de la tercera planta. La mayoría de los chicos del departamento habían sobrevivido a la matanza, y uno de ellos, William Clay, incluso se había presentado a trabajar. Harker se lo encontró en la primera mesa de la oficina.

Clay era un tipo alto y desgarrado, el típico científico sin habilidades sociales, de gafas redondas y una cabeza afeitada que disimulaba bien una calva incipiente. Llevaba la misma bata blanca de todos los días. Cuando Harker entró, Clay alzó la vista y de inmediato cerró una ventana del monitor del ordenador.

Harker le saludó cordial:

—¿Qué hay, Bill? ¿Te pillo en mal momento?

Clay sonrió.

—Qué va. Es que me has dado un susto. ¿Qué puedo hacer por ti, teniente Dan?

—A partir de hoy es capitán Harker, gracias.

—Ya lo sé. Era broma. Por cierto, enhorabuena. ¿Estás contento?

—Feliz de la vida.

—Seguro. ¿El sueldo es bueno?

—No está mal.

—Bien, porque ya sabes que los dos últimos capitanes fueron asesinados por Kid Bourbon. Esperemos que no ande buscando al tercero.

—¿Tú es que no ves las noticias? Kid Bourbon está muerto.

Clay lo miró por encima de las gafas.

—Pero no es verdad, ¿no? Se te nota en la cara.

Harker cerró la puerta de la sala y se acercó a la mesa.

—Parece ser que su muerte fue fingida. Una hora o así después de que lo decapitaran se presentó en el museo y asesinó a Bertram Cromwell.

—¿Cómo se puede fingir una decapitación?

—Pues coges a alguien que se parezca a ti.

—No estoy muy seguro de tener ningún amigo dispuesto a dar la cabeza para salvarme.

—Ni yo. Pero Kid Bourbon tenía uno. No tengo ni idea de quién era. Otro desconocido a engrosar la lista de víctimas, supongo.

—Entre las que se incluyen la mayoría de nuestros colegas —suspiró Clay.

—A algunos de los cuales no echaremos de menos.

—Qué bruto.

Harker se frotó el mentón. No le iba a resultar nada fácil comunicar aquella información sin que Clay lo tomara por loco, de manera que decidió soltarlo sin más:

—¿Tú sabías que el último capitán de policía era un vampiro?

—¿Qué?

—Que si sabías...

—No, si ya te he oído. —Clay frunció el ceño—. Acabas de insinuar que el capitán De La Cruz era un vampiro.

—No lo insinúo, lo afirmo.

Clay parecía estupefacto, sin saber muy bien si le estaba tomando el pelo.

—¿Quieres decir un vampiro vampiro? ¿De los que chupan sangre y se convierten en murciélagos?

Harker miró en torno a la sala y advirtió una silla de plástico que acercó a la mesa.

—No creo que lo de los murciélagos sea verdad, pero desde luego sí chupaba sangre.

—¿De verdad crees que andaba por ahí bebiéndose la sangre de la gente?

—No lo creo, lo sé.

—Corren constantes rumores de que hay vampiros en la ciudad, pero siempre pensé que como mucho se trataría de algún grupo de chalados de esos que beben sangre y fingen ser vampiros, o algo así.

—Pues es muy real.

Clay no parecía muy convencido.

—¿Así que podría haber matado a De La Cruz con un crucifijo o una ristra de ajos, por ejemplo? —preguntó con un atisbo de sarcasmo.

—Probablemente lo habría preferido, antes que ser asesinado como anoche.

—Sí, ya me he enterado. Una escopeta por el culo. Menuda mierda.

—Sí, su almuerzo está esturreado por todo el ascensor. Tendré que encargarme a algún pobre diablo que lo limpie.

—A mí no me mires.

—Pues entonces no me jodas. En fin, que no he venido a hablar contigo de ascensores cagados y culos de vampiro.

—¿Entonces qué puedo hacer por ti?

—Esta mañana me he pasado media hora en el ordenador viendo los archivos privados de De La Cruz. Y me ha llamado la atención un caso en particular en el que estaba trabajando. No acierto a imaginar por qué no ha salido en las noticias. En los archivos se indica que habló contigo del tema en un par de ocasiones. Quiero que me cuentes lo que sepas.

Clay se arrellanó en la silla.

—Es el caso del asesino de niños, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque me cabreaba mucho que De La Cruz nunca hiciera nada con ello. Y lo mismo que tú, no sé cómo el caso no llegó a los medios.

A Harker le gustó ver que a su colega le importaba aquello tanto como a él.

—Pues yo tengo una teoría. Creo que De La Cruz estaba protegiendo al asesino.

—¡No me lo puedo creer! Pero ¿por qué?

—Sospecho que se trataba de otro vampiro.

Clay arrugó el ceño.

—Sí, tendría lógica. Y las pruebas apoyarían esa teoría.

—Bien. Cuéntame, ¿qué tienes? ¿Muestras de ADN o algo?

—No exactamente. —Clay se volvió hacia su ordenador y comenzó a teclear mientras hablaba—. Sin embargo, se han cometido diecisiete asesinatos, que yo sepa.

—En realidad son más bien ochenta y seis.

Clay alzó una ceja.

—Ya te digo, diecisiete que yo sepa. Pero no tenemos ni una sola muestra de ADN: ni saliva, ni rastros de sangre, ni nada de nada. Lo único que tenemos para

relacionar los diecisiete asesinatos es...

Harker se le anticipó:

—¿La lengua verde y marcas de dientes en el cuello?

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te he dicho que he estado mirando los archivos de De La Cruz. Las marcas de mordiscos apuntan claramente a un vampiro, pero no entiendo lo de la lengua verde.

—Es una especie de veneno. Todos los niños fueron drogados con un brebaje verde inidentificable que provoca una parálisis casi instantánea. —Clay miró de nuevo por encima de las gafas, ya sin teclear—. Pero hay algo más. Algo que De La Cruz desechó como una coincidencia, pero que evidentemente es una gran pista en el caso.

Harker se incorporó en su silla.

—En doce de las diecisiete víctimas encontramos algo más. Pelos grises. Generalmente solo uno, a veces dos o tres, pero en varias ocasiones las víctimas tenían pelos grises bajo las uñas.

—¿Como si hubieran intentado defenderse antes de quedarse paralizados?

—Exacto.

—¿Y no puedes encontrar ni un poco de ADN de ese pelo?

Clay sonrió.

—Buena pregunta. De La Cruz se llevaba siempre todas las muestras de pelo para analizarlas él mismo, y nunca devolvió ninguna. Decía que yo no se las había dado, o me venía con cualquier otra excusa. Pero, por suerte, me quedé con la más reciente, sin decirle siquiera que la habíamos encontrado. Sabía que si le echaba el guante la haría desaparecer, de manera que me la quedé para analizarla yo mismo.

—¿Y?

—No es pelo humano.

Harker enarcó las cejas para enfatizar su sorpresa.

—¿Qué?

—Que no es pelo humano. Es pelo de cabra.

—¿Pelo de cabra?

—Pelo de cabra.

—¿Y?

—Y nada. Que es de cabra. El detective eres tú, no yo.

—Pues no sé... ¿Será una especie de trofeo o algo así? ¿Una firma que

identifica al asesino?

Clay se encogió de hombros.

—Ya te digo que el detective eres tú. Yo personalmente diría que el veneno verde y las marcas de mordisco eran suficiente firma identificativa, no hacía falta dejar además los pelos de cabra.

—Cierto. —Harker se rascó el mentón—. Entonces ¿por qué pelo de cabra? Supongo que podría ponerme a buscar a alguien que tenga cabras. Esto podría ser una pista bastante útil.

Clay sonrió.

—Sí. Lo único que tienes que hacer es encontrar a un vampiro que además sea pastor de cabras en su tiempo libre.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Joder, Harker, mira que estás espeso.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que tienes que buscar no es un pastor de cabras.

Clay giró la pantalla del ordenador para que el otro pudiera verla. Harker se la quedó mirando un buen rato, atónito ante la imagen de una persona a la que conocía de algo... Hasta que cayó en la cuenta y meneó la cabeza.

—Pues claro. Pelos de cabra. Me cago en sus muertos.

Ulrika Price se había encontrado numerosos problemas durante su época de bibliotecaria en jefe de la biblioteca de Santa Mondegga, pero ahora se enfrentaba a la que posiblemente era la peor crisis de su carrera. Había perdido *El libro de la muerte*. Ramses Gaius, su maestro, se lo había confiado para que lo guardase, con dos sencillas instrucciones: apuntar en él los nombres que le dijera y no perderlo bajo ninguna circunstancia.

El día anterior había anotado en él tres nombres, tal como Gaius le había indicado, pero había cometido la imprudencia de dejar el libro desatendido, y para cuando quiso ir a por él, había desaparecido. Se había pasado toda la noche dando vueltas, intentando repasar mentalmente los eventos del día anterior. Se había estrujado los sesos tratando de averiguar qué podía haber pasado. Por fin, a primeras horas de la mañana, había llegado a la conclusión de que su ayudante adolescente, Josh, un imbécil de marca mayor, tenía que haberlo metido en algún estante por error.

Por suerte al día siguiente la biblioteca estaba tranquila, con lo cual tuvo tiempo para buscar el libro. Pero se pasó dos horas buscando en vano. No había ni rastro de él.

Tras una última ojeada por la zona de su mesa, se dio por vencida y decidió llamar a Josh por ver si lograba sacarle una respuesta con sentido. Eran desde luego tiempos desesperados. Estaba confiada en que Josh, un verdadero retrasado, recordara algo del día anterior. Por lo general no se acordaba ni de los cinco minutos previos.

Marcó en el teléfono de la oficina el número de su casa, tamborileando impaciente en la mesa con un dedo largo y huesudo. Por fin, al cabo de unos ocho timbrazos, la madre de Josh contestó.

—¿Sí?

—Soy Ulrika Price, de la biblioteca.

—Me cago en la leche. Espere un momento, voy a por él.

La madre de Josh no solía perder el tiempo en cortesías con Ulrika. Las dos habían tenido un encontronazo en el pasado, después de que Ulrika describiera a Josh como un mandril sin cerebro en una de las revisiones escritas de su rendimiento en la biblioteca.

Ahora se oyeron al otro lado de la línea gritos, maldiciones y el ruido del teléfono al caerse, hasta que por fin le llegó la voz irritada de Josh.

—Hola, señorita Price.

—Hola, Josh, cretino. Necesito saber qué hiciste ayer con *El libro de la muerte*.

—¿El qué?

—Ayer había un libro en mi mesa. Se llama *El libro de la muerte*, y ha desaparecido. Lo has debido de meter en algún lado, o se lo habrás dado a alguien.

—Ah.

«Tan corto de entendederas como siempre», pensó Ulrika crispada.

—¿Bueno, qué? —le espetó—. ¿Qué has hecho con él?

—No me acuerdo.

—Intenta acordarte, por favor.

A esto siguió un breve silencio antes de que Josh respondiera.

—¿Era el libro de Barrio Sésamo?

—No. ¿Cómo se iba a llamar *El libro de la muerte*, si es de Barrio Sésamo?

—Sí, eso me preguntaba cuando lo coloqué en el estante.

Ulrika se animó de inmediato.

—¿Así que lo has visto?

—Sí.

—¿Cómo era?

—Pues un libro grande y negro que solo decía *El libro de la muerte* en la portada. Fue usted la que dijo que era de Barrio Sésamo.

—¿Y por qué iba yo a decir tal cosa?

—No lo sé, pero me dijo que lo pusiera de nuevo en las estanterías antes de marcharme anoche. Me acuerdo porque es lo último que hice.

Ulrika suspiró de alivio.

—Vale, así que pensaste que era el libro de Barrio Sésamo, de manera que puedo concluir que lo colocaste en un estante de la sección infantil, ¿no?

—No. Creo que lo metí en Referencias.

—¿Y por qué lo metiste allí?

—Porque ahí meto todos los libros.

—Gilipollas.

—Pero sí lo puse en la parte de la A, de Anónimo.

Ulrika hizo un gesto de irritación. Hablar con Josh era exasperante.

—Bueno, algo es algo. Gracias. Por cierto, no te molestes en volver a presentarte aquí a trabajar, Josh. Estás despedido.

—Me parece muy bien. ¿Es eso todo?

—Sí, adiós y gracias por tu incompetencia.

—Ah, señorita Price, una cosa más, antes de que se vaya.

—¿Qué?

—Huele usted mal.

Josh colgó y Ulrika descargó con saña el auricular contra el teléfono. Sin embargo, a pesar de la grosería de Josh y su general ineptitud, por lo menos ahora sabía dónde estaba el libro. Corrió a la sección de Referencia y repasó la parte de la A de Anónimo. Había libros bastante decentes escritos por autores anónimos, pero el único que le interesaba era *El libro de la muerte*. Por desgracia, después de repasar las estanterías durante diez minutos, no había dado con él. O Josh le había dado una información incorrecta, o alguien se había llevado prestado el libro. La única persona que había acudido a la biblioteca después de que Josh se marchara la noche anterior era Sánchez García, el camarero del Tapioca. Ulrika intentó recordar.

Sánchez había estado merodeando sospechosamente por la sección de Referencia y luego se había llevado un libro titulado *Guía del sexo anal para el hombre homosexual*, una elección curiosa, pensó ella entonces. Aunque Sánchez tenía pinta de ser un absoluto inepto con las mujeres, tampoco parecía gay. Muy al contrario, le había sorprendido mirándole el escote en varias ocasiones. Y vestía con un mal gusto increíble.

Corrió al ordenador de su mesa para ver si había habido alguien más por allí en torno a la hora en que Josh se marchó. En caso contrario, Sánchez sería el principal sospechoso de la desaparición del importante libro.

En cuanto se sentó, sonó el teléfono. Lo contestó con una impresionante cortesía, teniendo en cuenta lo irritada que estaba.

—Hola, biblioteca municipal.

—¿Ulrika?

Reconoció al instante la voz. Era Ramses Gaius. Un escalofrío le corrió por la espalda.

—Hola, Ramses —saludó, sin poder disimular la inquietud en su voz.

—¿Anotaste ayer en *El libro de la muerte* los nombres que te pedí?

—Claro.

—Léemelos, por favor. Necesito aclarar los nombres que eran.

—Ah... hum... —Ulrika intentó recordar los nombres que había escrito la noche anterior.

—Espabila —le espetó Gaius—. ¿Es que no has visto las noticias? Dicen que Kid Bourbon sigue vivo. Esto es importante. ¿Qué nombres anotaste?

Ulrika se estremeció. No se acordaba de los nombres, y mucho menos bajo tal presión.

—Uno era John Doe.

—Correcto.

—De los otros dos no me acuerdo.

—¡Pues míralos en el libro, joder!

Ulrika tragó saliva.

—Es que ahora mismo no lo encuentro.

—¿Qué?

—Creo que alguien lo ha sacado de la biblioteca.

—¿Que lo han sacado? ¿Desde cuándo coño dejas que la gente se lleve *El libro de la muerte*?

—Desde nunca. Es culpa de mi ayudante. Pero creo saber quién lo tiene y voy a buscarlo ahora mismo. Lo habré recuperado dentro de una hora.

Por el sonido de su respiración se notaba que Ramses Gaius estaba furioso.

—Si no tienes ese libro para la hora del almuerzo, enviaré a mi hija Jessica para que te ayude a buscarlo. Y debo decirte que a Jessica no le caes bien.

—Sí, señor.

Después de colgar, Ulrika se quedó quieta unos momentos, respirando hondo para calmar los nervios. Tenía menos de dos horas para recuperar el libro perdido.

—Buenos días, Ulrika —se oyó una voz masculina. Era Rick, del Olé Au Lait, que pasaba por delante de su mesa de camino a la salida.

Había estado tan absorta en su conversación con Ramses Gaius que ni siquiera lo había visto entrar. Rick le caía igual de mal que cualquier otra persona de la ciudad, de manera que lo ignoró hasta que estaba ya a medio

camino de las escaleras, en dirección a la salida. Solo entonces masculló entre dientes:

—Que te den por culo.

Su principal prioridad era recuperar urgentemente *El libro de la muerte*. Y su principal sospechoso era Sánchez García.

Beth había recibido temprano una llamada telefónica del nuevo director del museo, Elijah Simmonds. Aunque solo estaba al mando de manera temporal, tenía la autoridad para despedirla. Había insistido en que se pasara por el museo, por más que Bertram Cromwell le hubiera dado el día libre. Lo más probable es que fuera a despedirla de su puesto de limpiadora.

Cuando JD y ella llegaron, encontraron en la puerta un equipo médico que estaba levantando una camilla para meterla en una ambulancia. El rostro de la víctima estaba cubierto por una manta verde, pero Beth supo que se trataba de Bertram Cromwell. No necesitaba ver los sanguinolentos detalles. Solo la manta verde sobre el rostro del cadáver bastaba para conjurar en su mente todo tipo de desagradables imágenes.

JD le rodeó los hombros con el brazo y la estrechó mientras subían por las escaleras de la entrada principal del museo. Con ello la protegía de la visión del cadáver. Ella se sentía más segura con su brazo por encima, y menos fría. Llevaba un jersey azul sobre una camiseta blanca, pero con la súbita llegada de la nieve a Santa Mondegá el jersey no ofrecía el calor habitual. Notaba también el frío en las piernas, porque sus tejanos negros tenían varios rotos, y no por una cuestión de moda, precisamente. Eran sencillamente viejísimos y zarrapastrosos, y no tenía dinero para comprarse otros. Con el pelo suelto, que el viento agitaba, tenía en realidad un aspecto bastante moderno y chulo. Y estaba encantada, porque a JD parecía gustarle. Él llevaba la misma ropa de la noche anterior: tejanos azules, camiseta negra y cazadora de cuero. Beth esperaba hacer buena pareja con él. Y en el fondo estaba deseando que sus compañeros de trabajo los vieran juntos.

En cuanto entraron en el vestíbulo del museo, se les acercó un guardia de seguridad. Beth solo sabía que se llamaba James. Era un tipo fornido y

musculoso, y como a todos los guardias que habían trabajado allí, el uniforme gris se le quedaba un poco pequeño. Tal vez en este caso había sido decisión propia, porque el hombre tenía pinta de querer lucir sus enormes pectorales. Tenía veintipocos años, el pelo rubio y ondulado y unos hombros gigantescos. Una porra colgaba de su cinturón, pero daba la impresión de que no la necesitaba. Sus puños eran bastante grandes para encargarse de cualquier cosa.

—Beth, ¿te has enterado? —preguntó, con expresión preocupada.

—¿De lo de Cromwell? Sí. Es terrible, ¿verdad?

—Sí. Me he quedado de piedra. —James pareció advertir de pronto que no estaba sola. Miró un momento a JD y luego de nuevo a ella, bastante desconcertado—. De todas formas, ¿qué haces aquí hoy? ¿No tenías el día libre?

—Simmonds me ha llamado para pedirme que venga a verle, no sé para qué. James hizo una mueca.

—Ah. Está en su despacho, puedes subir directamente. Está solo.

—¿Dónde está su despacho? —Beth no recordaba que Simmonds hubiera tenido nunca un despacho.

—Es el de Cromwell. Por ahí. —James señaló un pasillo que Beth conocía bien.

Volvió a pensar en Cromwell, uno de los hombres más buenos que había conocido, en una ciudad llena de gente horrible. Había sido la única persona que la hizo sentir bien recibida en el museo. La idea de que hubiera sido brutalmente asesinado por un psicópata le resultaba insoportable. Se sintió más agradecida que nunca de haber recuperado a JD.

—Pobre Bertram. —Dio un hipido, a punto de echarse a llorar—. Era un hombre muy bueno.

—Sí. Pero Simmonds será un buen sustituto. Ya tiene grandes planes para el museo. Le va a pegar a esto una buena sacudida.

A Beth se le cayó el alma a los pies. Estaba segura de que iba a despedirla. Simmonds, ese gusano pretencioso que se pasaba el día rascándose los huevos, la odiaba. Cromwell había sido su único aliado en el museo.

JD le frotó la espalda.

—Oye, no te preocupes. Yo te acompaño —se ofreció.

—No puedes ir —objetó James—. Ahí solo puede entrar el personal del museo. Tendrás que esperarla aquí.

JD besó a Beth en la frente.

—¿Te parece que me quede aquí esperándote?

—Sí. —Beth fue incapaz de disimular su preocupación. Estaba a punto de enfrentarse a Simmonds y tendría que hacerlo sola—. Seguramente me va a despedir —susurró.

—Tú tranquila. Tienes que mostrarte segura. —JD le acarició el pelo y le dio un beso en los labios que por un instante devolvió a su rostro la sonrisa. JD sabía muy bien cómo hacerla sentir mejor con un sencillo gesto.

Beth respiró hondo, le apretó la mano y se dirigió hacia el antiguo despacho de Cromwell para ver a su nuevo jefe, Elijah Simmonds.

JD se la quedó mirando. Su lenguaje corporal era todo un poema. Era evidente que la entrevista con su jefe la tenía aterrada. En cuanto desapareció de la vista, James le dio una palmada en el hombro.

—No creo que tarde mucho, amigo. Simmonds suele ir al grano muy deprisa.

—¿La van a echar del trabajo?

—Probablemente.

—¿Por qué? ¿Qué tiene ese tal Simmonds contra ella?

James soltó una queda risita, casi para sus adentros.

—Tú no sabes nada de ella, ¿verdad? Es evidente que la acabas de conocer.

—Más o menos. ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

James volvió a palmearle el hombro.

—No te lo tomes a mal, colega. Mira, no ibas a tardar en saberlo, así que igual te lo puedo decir yo. En la ciudad se la conoce como Beth *la Chiflada*. No está muy bien de la cabeza.

—¿Cómo?

—De verdad, tío. Dile que quieres conocer a sus amigos.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa a sus amigos?

—¡Que no tiene ninguno! Beth no le cae bien a nadie. Mira, si quieres un consejo, yo te diría que te largues a toda mecha. Que ni te acerques a ella. —Bajó entonces la voz antes de añadir—: Mató a su propia madre.

JD asintió con la cabeza.

—Ya veo.

—Sí. Tú puedes conseguirte otra tía mucho mejor. —James le volvió a dar una palmada en el hombro—. Bueno, yo tengo cosas que hacer. Nos vemos, tío.

JD le siguió unos pasos.

—Espera un momento.

—¿Qué pasa?

JD le señaló el pecho.

—Tienes algo en la camisa.

Sánchez no sabía muy bien cómo había sucedido, pero el caso es que había terminado en un Volkswagen Escarabajo con Copito. E iba de camino a la comisaría para hacerse miembro del cuerpo de policía. No sería un agente de verdad ni mucho menos, pero si no lograba dar con una manera aceptable de salir de aquel atolladero, se iba a encontrar vestido de uniforme como uno de esos inútiles polis a tiempo parcial sin autoridad ninguna.

Copito, a ciento cincuenta kilómetros por hora, parloteaba sin parar sobre la ilusión que le hacía meterse a policía. Hablaba tan deprisa que no le dejaba meter ni una palabra de canto. Sánchez tuvo que aceptar que lo llevara ella en su Volkswagen después de descubrir consternado que unos chicos la habían tomado con su coche en la puerta del Olé Au Lait y le habían rajado las cuatro ruedas. «Sin que mediara provocación alguna», pensó.

Copito le prometió dejarlo en el taller de neumáticos, pero ahora era evidente que su idea era pasarse primero por la comisaría. Como plan de contingencia para evitar unirse al cuerpo, Sánchez estaba dispuesto a sacar la vieja excusa del «dolor de espalda».

Copito conducía como hablaba, a toda velocidad. Aquella chica no se detenía ante nada: ni semáforos en rojo, ni señales de *stop*, ni transeúntes, ni muñecos de nieve, nada. Se limitaba a esquivarlos o a pasarles por encima. Su charla constante le habría provocado un buen dolor de cabeza en circunstancias normales, pero de momento era incapaz de concentrarse en nada que no fuera su culo bien apretado y las manos aferradas al salpicadero. Y para hacer el trayecto más aterrador, el asiento de copiloto del viejo Volkswagen blanco no tenía cinturón de seguridad.

De manera que Sánchez se sintió en realidad aliviado cuando llegaron a la comisaría. Copito condujo por el carril contrario unos cien metros antes de hacer

un trompo totalmente innecesario con el coche y aparcar a la perfección justo delante de la puerta. Durante la maniobra, Sánchez se había aferrado con tal fuerza al salpicadero que se le habían puesto los dedos blancos. Tenía los ojos muy abiertos en una expresión de puro terror y necesitaría respirar hondo un buen rato para que se le quitara esa cara de susto.

Copito apagó el motor.

—Vamos, Sánchez. —Le dio un suave golpecito en el brazo, como si él estuviera fingiendo aquel miedo.

—Creo que hemos viajado en el tiempo —masculló Sánchez.

—Qué gracioso eres —comentó Copito, dándole otro golpe—. Venga, déjate de bromas. Vamos a entrar antes de que sea demasiado tarde.

Sánchez, desde luego, estaba deseando salir del coche, hasta ahí llegaba. Pero no tenía ningunas ganas precisamente de entrar en la comisaría. Cuando la sangre empezó a fluir de nuevo por sus dedos, apartó las manos del salpicadero y fue a abrir la puerta. Copito ya había salido del coche para cuando él logró mover el culo. Una vez fuera respiró hondo, se puso la mano a la espalda y comenzó a frotársela despacio, fingiendo dar respingos de dolor.

Copito se mostró genuinamente preocupada.

—¿Estás bien?

—Es una vieja herida de guerra. No sé si voy a poder subir por esos escalones.

—Oh. —La expresión de Copito era pura decepción, pero antes de que pudiera decir nada, un agente de policía bajó a la carrera por los escalones de la comisaría. Era un tipo de aspecto duro, de unos cuarenta y cinco años y una abundante y bien peinada melena castaña. Y también vestía con mucha elegancia, para ser policía: unos pantalones negros y una camisa blanca con chaleco negro. A Sánchez le sorprendió ver a un oficial en tan buena forma, teniendo en cuenta la obligatoria dieta de donuts que seguían religiosamente todos los chicos del cuerpo.

—¿Tiene usted los papeles de ese vehículo, señorita? —gritó el oficial, acercándose a Copito.

Entonces Sánchez lo reconoció: se trataba de Dan Harker, un detective bastante decente y trabajador que jamás había subido por el escalafón como se merecía. Si no recordaba mal, era uno de los polis más inmunes a la corrupción, no tan fácilmente abierto a los sobornos como la mayoría. Se había pasado por el

Tapioca en numerosas ocasiones para interrogar a Sánchez sobre diversos crímenes sin resolver.

Al oír su voz, Copito se volvió.

—Hola, señor Harker. —Ella también lo conocía. El Olé Au Lait tampoco quedaba exactamente exento de crímenes.

—Copito, conduces como una maldita chiflada. Ahora mismo te podría multar por conducción peligrosa y estacionamiento prohibido —la reprendió Harker.

Sánchez asentía con la cabeza, totalmente de acuerdo, aunque frenó en seco el movimiento cuando le pareció que Copito le miraba de reojo.

—Lo siento, Dan —sonrió Copito—. Hemos venido a apuntarnos a la policía y esperaba impresionarte con mi habilidad al volante. Se me dan muy bien las persecuciones a toda velocidad.

La expresión desaprobadora de Harker se desvaneció.

—Ah. Bien. Quiero decir, excelente. Sois los dos primeros en venir. Pasad. Os voy a dar los formularios para rellenar.

—Yo tengo la espalda tocada —dijo Sánchez, frotándosela de nuevo entre respingos de dolor.

Harker no le hizo ni caso.

—Hay un incentivo de mil dólares —informó a Copito— para las dos primeras personas que se apunten.

Al oír esto Sánchez se animó considerablemente, mirando alrededor. Solo había unas pocas personas en la calle, pero no tenía sentido esperar que una de ellas echara a correr y entrase en la comisaría antes que él. De manera que se enderezó, salió de la carretera helada a la acera cubierta de nieve, subió los escalones de dos en dos y atravesó las puertas de la comisaría.

—Pues sí que tiene ganas —comentó Harker.

Copito corrió escaleras arriba también.

—Los dos estamos ansiosos por cumplir con nuestro deber.

Sánchez retrocedió horrorizado al ver el estado de la comisaría. Un caos sangriento. De hecho, toda ella era el enorme escenario de un crimen. Las paredes y el suelo estaban cubiertos de sangre. Y olía como en el Tapioca tras una noche de *curry*. Harker entró detrás.

—Esto está hecho un desastre —comentó, adelantándose con brío—. Uno de vuestros primeros trabajos será limpiar todo esto. Los de científica ya han

recogido todas las evidencias y ahora alguien tiene que limpiar la sangre de las paredes.

—Eso a Sánchez se le dará muy bien —aseguró Copito.

—Cierto —convino Sánchez. Había limpiado sangre y orina de las paredes del Tapioca en numerosas ocasiones. Y por mil dólares estaba dispuesto a limpiar lo que fuera.

Harker sonrió y sacó de un cajón del mostrador de recepción un grueso libro azul.

—Necesito primero que firméis el registro —indicó, abriendo el tomo—. Tenéis que firmarlo todos los días, y eso os da la autoridad para detener, intimidar y acosar a los ciudadanos como os apetezca. Vais a recibir mil dólares cada uno por ser los dos primeros. Luego, el sueldo habitual, quinientos dólares al día.

Sánchez cogió un bolígrafo de la mesa antes de que Copito pudiera llegar al mostrador. Rellenó unos cuantos datos y firmó.

—¿Cobramos en efectivo? —le preguntó a Harker.

—El primer día sí. Luego ya por transferencia bancaria.

—Perfecto.

Mientras Copito procedía a anotar sus datos, Harker retrocedió unos pasos y miró a sus dos nuevos agentes de arriba abajo.

—Bien —dijo frunciendo el ceño—. Voy un momento arriba a buscaros unos uniformes. El tuyo será fácil, Copito, tienes una talla normal. Pero a ti, Sánchez, puede que tarde un rato en encontrarte unos pantalones.

—Tengo la talla mediana —se defendió Sánchez.

—Y yo soy astronauta —replicó Harker—. Pero te encontraré unos pantalones, no te preocupes. A ver, mientras estoy arriba, podéis ir empezando. Copito, tú te encargas del mostrador de recepción. Atiende las llamadas telefónicas o a quien venga a poner alguna denuncia. Si no sabes muy bien qué hacer, les dices lo que se te ocurra.

Copito parecía verdaderamente entusiasmada.

—¡Perfecto! —sonrió.

Harker se volvió hacia Sánchez.

—Tú puedes empezar limpiando el ascensor. Ahí en el rincón tienes un cubo y una fregona. El cubo ya está lleno de agua y jabón. Lo único que tienes que hacer es...

—Sé pasar una fregona, gracias.

—Bien. Entonces espero que el ascensor esté como una patena para cuando baje.

Harker dio media vuelta y se encaminó a la puerta de las escaleras. Sánchez le hizo una mueca a su espalda y lo imitó mascullando entre dientes.

—¿A que es emocionante? —dijo Copito.

—Emocionantísimo —replicó Sánchez sarcástico, mientras cogía la fregona y el cubo. Fue con ellos al ascensor y lo llamó apretando el botón. Las puertas se abrieron de inmediato, y Sánchez se vio asaltado por el hedor a mierda. El ascensor estaba cubierto de sangre, sesos y mierda del suelo al techo. Estaba peor que los servicios del Tapioca después de la noche del sábado. Meneando la cabeza asqueado, Sánchez comenzó a fregar el suelo. Desde luego no iba a ser una tarea breve. Solo para quitar aquella peste harían falta semanas.

Cuando llevaba dos minutos fregando, oyó que alguien se acercaba al mostrador a su espalda. Y luego una voz femenina que reconoció de inmediato.

—Me gustaría denunciar el robo de un libro de la biblioteca —declaró Ulrika Price. La muy bruja.

Sánchez se puso en una zona ya limpia del ascensor y se dio la vuelta. Su mirada se cruzó al instante con la de Ulrika. Era evidente que la bibliotecaria había venido directamente del trabajo, porque llevaba una rebeca de lana marrón sobre un vestido de flores, el atuendo estándar de las bibliotecarias insoportables. La mujer se inclinaba ominosa sobre la mesa. Copito estaba sentada frente a ella, de espaldas a Sánchez. Los penetrantes ojos verdes de Ulrika se abrieron como platos al verlo.

—Ha sido él —siseó—. ¡Es el ladrón!

Sánchez meneó la cabeza.

—No, yo no he sido —masculló.

Ulrika rodeó el mostrador y Copito se puso en pie.

—Ahí detrás no puede pasar.

Sin apartar los ojos de Sánchez, Ulrika le dio un empujón a Copito en la cara, tirándola de nuevo sobre la silla. Luego, para espanto de Sánchez, abrió la boca dejando ver unos crecientes colmillos de vampiro. Tal como lo había sospechado, aquella perra era una vampira. Y ahora mismo lo estaba mirando como si se lo fuera a merendar.

Solo había una cosa que hacer: pulsar el botón del ascensor y salir cagando leches de allí. Sánchez miró los botones. Todos estaban cubiertos de mierda, menos el último. El del sótano. Lo pulsó seis veces en menos de un segundo, y a

través de las puertas que ya se cerraban vio que los pies de Ulrika se levantaban del suelo. Se había echado a volar hacia él con la boca bien abierta y los colmillos en ristre.

Cuando Beth llegó al despacho de Cromwell, le entristeció ver que ya habían cambiado la placa de la puerta. Ahora rezaba: SIMMONDS, en mayúsculas plateadas sobre el fondo negro. Llamó dos veces y no tardó en oír la voz de su nuevo jefe:

—Adelante.

Beth giró el pomo de bronce a un lado y otro, pero la puerta no se abría, de manera que tiró de ella con fuerza, sin dejar de girar el pomo a un lado y otro. Nunca se acordaba de si la puerta se abría hacia dentro o hacia fuera. Por fin descubrió que se abría al empujar y girar el pomo a la derecha a la vez. Entró en el despacho con un suspiro de alivio y cerró a su espalda.

Simmonds estaba sentado en la butaca de cuero negro tras la reluciente mesa de roble. Y se lo veía muy satisfecho de sí mismo, incluso para su propio estándar como el Petulante Mayor del Reino. Tenía el pelo rubio recogido en la tradicional y grasienta coleta estilo Steven Seagal.

—Hola, Elijah —sonrió Beth vacilante.

—Para ti soy el señor Simmonds, Lansbury —replicó el otro fríamente.

Ella se acercó a una de las dos sillas junto a la mesa.

—No te molestes en sentarte —le espetó Simmonds con un gesto despectivo—, no vamos a tardar mucho.

—Ah... vale.

—Es terrible lo de Bertram, por supuesto, pero la vida sigue. Espero que no estés muy afectada.

—¿Lo dice en broma? El señor Cromwell era un hombre magnífico.

—Sí, pero la palabra clave es «era». Por desgracia ahora está muerto, pero el museo no. Y yo, como nuevo director, voy a tener que realizar todos los cambios que Cromwell no tuvo las agallas de hacer.

Beth asintió con la cabeza, sabiendo lo que iba a oír.

—Tenemos que recortar gastos, y me temo que eso significa que algunos empleados van a perder el trabajo.

—Ay, Dios. ¿Cuántos?

Simmonds hizo una mueca.

—Esperaba que no me lo preguntaras. Básicamente solo necesitamos perder a uno, y, bueno, eres tú. Se te pagará hasta el final de la semana, pero preferiría que te marcharas ahora mismo.

A Beth se le cayó el alma a los pies. Sabía lo que iba a pasar desde el momento en que se enteró de la muerte de Cromwell.

—Creo que mi contrato estipula que se me pagaría hasta el final del mes si perdiera mi puesto.

Simmonds meneó la cabeza.

—Menuda cara tenemos, ¿eh? —le espetó con expresión asqueada—. Bertram Cromwell está muerto, asesinado a manos de Kid Bourbon, a sangre fría, con un machete, y tú solo piensas en ti misma y cómo sacar provecho de tu contrato.

Beth se quedó horrorizada.

—No, no es eso.

—Pues eso parece, Lansbury. Joder, a veces me das asco. No te basta con haber matado a tu madrastra, sino que ahora quieres pisotear la memoria de un gran hombre como Bertram Cromwell, después de todo lo que hizo por ti.

—Eso no es justo.

—Denúncialo al sindicato.

—No sabía que teníamos un sindicato.

—No lo tenemos. Y ahora, largo. No puedo soportar mirarte siquiera. Sinceramente, ¿nunca se te pasó por la cabeza disimular un poco esa cicatriz de tu cara para venir al trabajo? A todo el mundo le molesta tener que verla.

Beth notaba las lágrimas agolparse en sus ojos. La cicatriz era muy honda en muchos sentidos. Pero intentó mostrarse afectada, para no dar a Simmonds la satisfacción de ver que le había hecho daño.

—No es más que una cicatriz.

—Sí, pero esa cicatriz representa la lucha de tu madrastra intentando defenderse cuando la mataste a puñaladas. Es espantoso, espantoso. No sé cómo tienes la sangre fría de andar por ahí exhibiéndola así.

Beth no tenía respuesta. Una lágrima le surcó la mejilla, deslizándose por su

cicatriz hacia la comisura de la boca. Simmonds señaló la puerta y bajó la vista a unos papeles de su mesa, dando por finalizada la entrevista.

—Márchate —dijo—. Aquí hemos terminado.

A Beth le temblaba el labio. Ser despedida era una experiencia humillante en el mejor de los casos, pero que la ridiculizaran de aquella manera era ya demasiado.

—¿Y qué pasa con mi uniforme y mis cosas? ¿Qué tengo que...?

Simmonds alzó la vista.

—¿Sigues aquí? —le espetó.

—Sí, es que...

—Por Dios bendito, no me irás a montar una escena, ¿no? Porque te juro que si hay algo que no soporto es que venga la gente a mi oficina a montarme un numerito. Si quieres un drama, métete en un club de teatro o lo que sea, pero en mi oficina, no.

Beth dio media vuelta. No podía soportarlo más. Agarró el pomo y siguieron unos tres o cuatro incómodos segundos mientras forcejeaba con él, antes de que se abriera la puerta.

Por suerte logró salir antes de estallar en sollozos. Que un abusón como Simmonds la humillara de esa manera había sido demasiado. Soportar malos tratos no era más fácil de adulta. Su único consuelo era que ahora, a diferencia de otras veces, por lo menos tenía a JD, que le ofrecía su hombro para llorar o una palabra amable que la hacía sentirse mejor. Volvió por las escaleras al vestíbulo, enjugándose las lágrimas, con la esperanza de no tener muy mala pinta cuando JD la viera.

Pero lo que se encontró en la recepción la hizo olvidar de inmediato sus lágrimas. JD seguía allí, sonriendo. Pero en el suelo, a sus pies, estaba James, el guardia de seguridad. Beth se apresuró hacia él. Yacía totalmente inmóvil en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a JD, alzando la vista. Su tono ponía de manifiesto su evidente preocupación por el guardia.

—Creo que se ha desmayado. —JD se encogió de hombros—. ¿Cómo ha ido la entrevista?

—Tiene la cara llena de sangre —insistió Beth, inclinándose para mirar más de cerca el rostro ensangrentado de James—. ¿Eso cómo ha sido?

—Le sangraba la nariz. Creo que se ha desmayado al ver su propia sangre.

Beth frunció el ceño.

—Pero parece que tiene la nariz rota, y los ojos hinchados.

—Sí. Qué raro. Bueno, ¿qué te ha dicho tu jefe?

—Me ha despedido.

JD le apartó con dulzura el pelo de la cara. Se notaba que había llorado.

—Es solo un trabajo, no vale la pena llorar por eso. Ahora ya no tenemos motivos para quedarnos en esta mierda de ciudad.

—No es el despido lo que me ha dolido tanto, sino cómo me ha despedido.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

Beth dio un sorbido. De nuevo estaba a punto de echarse a llorar.

—Me ha dicho que mi cicatriz molesta aquí a todo el mundo, y que debería ser más considerada y tapármela.

—Cabrón hijo de puta.

JD salió disparado en dirección al despacho.

• • •

Simmonds se alegró de perder de vista a Beth Lansbury. Ahora que el museo estaba bajo su control, no había necesidad ninguna de emplear a mujeres con la cara desfigurada. Se estremecía al pensar que Cromwell había cometido la estupidez de contratarla, siendo además una asesina. Una imagen nefasta para el museo. Una asesina desfigurada trabajando en él. Pues bien, se había acabado. Y despedirla había sido divertido también. Todavía se estaba felicitando por haberla hecho llorar cuando se abrió de golpe la puerta del despacho e irrumpió un tipo furioso.

—¿Tú quién eres? —preguntó.

—¿Tú eres Simmonds?

—Sí, y te lo voy a preguntar otra vez. ¿Quién eres?

—Soy JD, el que ha venido para meterte tu propia cara por el culo.

Simmonds suspiró con un gesto irritado.

—¿Has venido a montar una escena? —dijo con toda tranquilidad—. Porque de ser así, voy a llamar a seguridad.

JD se acercó a la mesa de Simmonds y se inclinó sobre ella para invadir su espacio personal.

—Seguridad está tirado en el suelo con la nariz rota.

—Así pues sí has venido a montar una escena. Pues te voy a decir una cosa. Sé karate. —Simmonds demostró unos lentos movimientos de karate con las manos—. Estas manos son armas letales.

En esas JD lo agarró por el cuello, levantándolo del asiento, de manera que sus dos caras quedaron muy juntas.

—Intenta usar ahora esas manos —gruñó.

Simmonds tragó saliva y contestó con toda la valentía que logró reunir:

—Sal de mi despacho antes de que llame a la policía.

—¿Te crees que es gracioso burlarte de alguien porque tenga una cicatriz en la cara? ¿Qué tal si te rajo a ti toda la cara y luego me cachondeo de ti?

Simmonds sonrió y señaló con la cabeza la puerta a la espalda de JD.

—No me obligues a avergonzarte delante de tu novia.

JD volvió la cabeza. Beth estaba en el umbral. Simmonds advirtió que había llorado. Se la veía tan apocada e insegura de sí misma como siempre. Aquella chica era de verdad patética. Simmonds no alcanzaba muy bien a imaginar cómo había sido capaz de asesinar a nadie. Parecía demasiado tímida para eso.

—JD, déjalo —suplicó Beth—. No pasa nada. No vale la pena.

JD miró a Simmonds. Pareció ir a decir algo, pero al final le soltó despacio y de mala gana el cuello. El director se dejó caer en su butaca de cuero con una sonrisa de satisfacción.

—Que sepas que ahora tengo mucha influencia en esta ciudad —se jactó.

—Me importa tres co...

Pero Beth le interrumpió.

—JD, por favor, vámonos. No quiero tener problemas con la policía.

—¿Ves? —le espetó Simmonds—. Con su ficha criminal no puede correr riesgos, y tú tampoco deberías. Escucha a Tony Montana, que sabe muy bien de qué habla.

JD arrugó el ceño.

—¿Cómo acabas de llamarla?

—Tony Montana. Aquí todo el mundo la llama así. Ya sabes, Cara Marcada.

Antes de que JD pudiera arrojarle contra Simmonds, Beth le agarró el brazo.

—Por favor, vámonos —suplicó—. Me alegro de no tener que trabajar aquí ya. A ti no te gustaría que estuviera trabajando para este tipo, ¿no?

—No. Pero me sentiría mejor si le doy una paliza.

—Pero yo no. No quiero perderte otra vez. Si le das una paliza, te van a detener. Anda, vámonos.

JD clavó la mirada en Elijah Simmonds unos momentos antes de que Beth se lo llevara de allí. Pero logró hacer un último comentario, mascullado entre dientes pero bastante alto para que Simmonds lo oyera.

—Esto no se acaba así.

Simmonds esbozó una enorme sonrisa.

—Sí, muy buena —gritó, mientras los otros se marchaban sin cerrar la puerta—. Nos vemos, JD. Por cierto, ¿JD qué significa? ¿Jodido Despojo?

JD no contestó. Simmonds se levantó a cerrar la puerta y volvió a sentarse a su mesa, felicitándose por haber podido ejercer una vez más su recién adquirido poder. Se volvió hacia el ordenador para ver si anunciaban en las noticias locales su nombramiento como nuevo director del museo. Las noticias mencionaban el fallecimiento de Bertram Cromwell, pero no el nombre de Simmonds. Leyendo el artículo se encontró un boletín de última hora:

SE HA ENCONTRADO GRABACIÓN DE VÍDEO DE KID BOURBON.

PARA VERLO PULSE EN EL ENLACE.

Simmonds esperaba encontrarse con el vídeo que le había dado al capitán Dan Harker, pero lo que vio fue una grabación de Kid Bourbon entrando en la comisaría con otros dos tipos vestidos de policías. Uno de ellos era Dante Vittori, un antiguo empleado del museo. Pero no fue eso lo que de verdad le llamó la atención. Había reconocido también la cara de Kid Bourbon. Era JD, el hombre que acababa de salir de su despacho con Beth Lansbury.

Aunque las puertas del ascensor se habían cerrado antes de que Ulrika Price llegara a estar cerca siquiera, Sánchez sabía que solo contaba con una breve tregua. Después de pulsar el botón que lo llevaría al sótano, tenía dos opciones. Podía salir cuando se abrieran las puertas y echar a correr, o quedarse en el ascensor y pulsar uno de los botones cubiertos de mierda para subir a las plantas más altas. El problema era que si Ulrika llamaba al ascensor desde la planta baja, las puertas se abrirían al llegar y se le echaría encima. Y lo único que tenía para defenderse era una fregona sucia. También tenía el tiempo en contra, de manera que al final decidió salir en el sótano.

Se encontró con unos vestuarios abandonados, también cubiertos de sangre. Manchaba sobre todo el suelo, pero también había salpicado las paredes y las taquillas. Retrocedió hacia estas últimas, sin dejar de mirar el ascensor por si volvía a subir. Se estaba quedando arrinconado, con la única protección de una fregona húmeda llena de sangre, mierda y algo de agua jabonosa.

Al cabo de unos segundos oyó el ruido del motor y el ascensor comenzó a subir. Siguió alejándose de él, sin apartar un ojo de la puerta de las escaleras, por si Ulrika aparecía por allí. No veía ni un solo escondrijo decente. Sus opciones parecían limitadas a las taquillas o los bancos. Y Sánchez no cabría ni por asomo dentro de una taquilla, ni debajo de un banco llegado el caso.

Volvió un momento la vista y comprobó que se dirigía hacia unas duchas comunitarias. Era una posibilidad. Tal vez si abría todos los grifos podría crear una nube de vapor en la que esconderse, ¿no? Si Ulrika venía a por él, podría golpearla con la fregona y salir corriendo. Un poco traído por los pelos. No era un plan del que se sintiera muy orgulloso, Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Y por qué tardaba tanto Ulrika en bajar al sótano? ¿Estaría matando a Copito?

Maldición. Se había olvidado de Copito en sus prisas por escapar de Ulrika. Si asesinaba a Copito, tendría que buscarse otro coche para llegar a su casa, si es que conseguía salir de allí de una pieza. Y además Copito preparaba unos desayunos cojonudos. Odiaba la perspectiva de tener que buscarse la fritanga de por la mañana en otro lugar que no fuera el Olé Au Lait.

Mientras consideraba todos los asuntos triviales que se le venían a la cabeza, se dio de espaldas contra un interruptor en las duchas y se oyó un chirrido a su espalda. Se dio la vuelta bruscamente y vio que la pared se deslizaba hacia un lado. Se había abierto un compartimento secreto. ¡Menudo golpe de suerte! Una clara señal de que las infrecuentes visitas de Sánchez a la iglesia habían dado su fruto.

La habitación secreta era de hecho bastante grande. Y había en ella una mesa grande, pero sin sillas. Sánchez estaba a punto de felicitarse por haber encontrado tan buen escondrijo cuando se dio cuenta de que no veía por ninguna parte un interruptor que cerrase de nuevo la pared. No servía de nada estar en una habitación secreta si todo el mundo podía verla.

Se puso a buscar frenético alguna clase de interruptor, pero no parecía haber nada ni remotamente parecido. A lo mejor moviendo la mesa se ponía en marcha algún mecanismo... La empujó de espaldas y vio que se deslizaba fácilmente. Pero en ese momento se abrió el ascensor al otro lado de los vestuarios y Ulrika salió disparada. Vio a Sánchez de inmediato.

—¿Dónde está mi libro, ladrón hijo de puta? —chilló.

Sánchez empujó con todas sus fuerzas y consiguió pegar la mesa a la pared, pero no pasó nada. La puerta secreta seguía abierta. Ulrika se lanzó contra él a toda velocidad. Sus pies se despegaron del suelo y echó a volar con los brazos extendidos. Sánchez había visto en su época cosas bastantes desagradables, pero una bibliotecaria chiflada volando hacia él era la peor de todas, sin lugar a dudas. Agarró con fuerza la fregona y alzó el culo sobre la mesa detrás de él. Luego se puso de pie sobre el tablero y tendió la fregona para defenderse de la vampira. Ulrika aterrizó en la entrada de la habitación secreta con una mueca desdeñosa.

—¡Esa fregona no te va a salvar! —siseó.

—¡Está manchada de mierda! —le advirtió Sánchez—. ¡Y te voy a dar con ella en la cara! ¡Atrás!

Pero aquello no detuvo a Ulrika, que se elevó una vez más para arrojarle contra él. Sánchez se preparó para el impacto, y le lanzó un golpe con la fregona desde lo alto de la mesa. Con la práctica que tenía manejando fregonas, logró

alcanzarla en toda la cara con la parte más asquerosa. Esto la desequilibró, deteniendo su ataque. Aterrizó de pie, y Sánchez se preparó para una nueva embestida.

Ulrika tenía la cara cubierta de sangre, mierda, jabón y, curiosamente, un grano de maíz. Se limpió la mayor parte con su mano larga y huesuda.

Sánchez advirtió de nuevo:

—Esta fregona tiene mierda para toda una vida. Si te acercas un paso más, te la planto en los zapatos, zorra.

Ulrika bajó la cabeza y dobló las rodillas para formar un blanco más pequeño y poder esquivar los golpes de la fregona mientras encontraba la mejor manera de atacar. No tardó en dar con ella. Se arrojó contra la mesa y tiró con todas sus fuerzas de una de las patas. Sánchez le golpeó de nuevo la cara con la fregona, pero Ulrika no cedió. La fuerza del tirón movió la mesa bruscamente, haciendo que Sánchez perdiera pie y cayera. Para no darse de bruces contra el suelo, tuvo que maniobrar con la fregona, de manera que su cara aterrizó sobre ella para amortiguar el golpe. Oyó un espantoso ruido húmedo y los restos que quedaban en la fregona se le esparcieron por toda la cara.

Pero no tenía tiempo de quedarse allí quejándose. Sin soltar el palo, se puso en pie y advirtió que Ulrika, a su izquierda, se lanzaba de nuevo hacia él. Blandió la fregona hacia sus pies, como había amenazado. Si tenía que caer, se llevaría con él los zapatos de aquella bruja. La fregona conectó, efectivamente, con los zapatos rojos de lesbiana y desequilibró a Ulrika lo justo para que Sánchez tuviera tiempo de dar media vuelta y echar a correr. Sabía que lo más probable era que ella lo atrapara antes de que pudiera llegar al ascensor, pero tenía que intentarlo.

Corrió frente a las hileras de taquillas todo lo que le daban las piernas. Por desgracia no le daban para mucha velocidad, y la fregona dificultaba particularmente las cosas. Solo había pasado tres casillas de una fila de veinte cuando tuvo que enfrentarse de nuevo a Ulrika, que había saltado por encima de él para aterrizar delante, bloqueando su única vía de escape. Su expresión era asesina, a pesar del rostro cubierto de mierda. Llevaba el pelo desgreñado y sus ojos chispeaban odio. Aquella perra estaba negra de verdad. Sánchez no tuvo más remedio que volver a blandir la fregona. Pero esta vez Ulrika fue mucho más rápida. Agarró el palo y se la arrancó de las manos. Luego la tiró al suelo y mostró una vez más sus colmillos de vampiro. Con un siseo de furia se arrojó contra él. Sánchez se agachó, alzando un brazo para defenderse, pero todo fue en

vano. Ulrika se le echó encima tirándolo al suelo, donde lo inmovilizó con una rodilla contra su espalda.

Sánchez se quedó sin aliento, incapaz de seguir luchando. Entonces advirtió el aliento de la vampira junto a su cara.

—Nunca me has gustado, Sánchez. ¡Y ahora dime qué has hecho con *El libro de la muerte*!

—No sé de qué me estás hablando —protestó él.

—No vas a poder mentirme cuando te destroce la yugular —gruñó ella.

—Lo tiene Rick, del Olé Au Lait.

—Mentira.

—De verdad.

Ulrika le agarró por el pelo y le alzó la cabeza con tal brusquedad que casi le parte el cuello.

—No te creo —dijo, husmeándole el cuello en busca de un buen sitio para morder—. Yo huelo las mentiras, ¿sabes?

—¿Seguro que no es la mierda de la fregona?

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —siseó ella—. Pues vamos a ver lo graciosa que es tu sangre.

Sánchez cerró los ojos, preparándose con un estremecimiento para el dolor que iba a sentir. Ulrika lanzó otro espantoso siseo animal junto a su oreja. Y a continuación se oyó un suave golpe. Luego otro siseo más largo. Un siseo casi ensordecedor. Y Sánchez notó de pronto que tenía la espalda ardiendo. Aquella sensación le duró poco más de dos o tres segundos, mientras cobardemente yacía con los ojos cerrados esperando el momento de la verdad.

Otro suave golpe, y algo aterrizó en su espalda. Entonces oyó la voz de Copito detrás de él.

—¿Estás bien, Sánchez?

—¿Eh?

Sánchez abrió los ojos. Copito estaba de pie junto a él, sacudiéndole el polvo a un grueso libro de tapas duras.

—¿Qué coño...? —preguntó en voz alta, pasmado al no ver ni rastro de Ulrika Price—. ¿Dónde se ha metido la psicópata de la bibliotecaria?

Copito se metió el libro bajo el brazo y le tendió la otra mano para ayudarlo a levantarse. Sonreía y parecía contentísima.

—¿Qué está pasando aquí? —volvió a preguntar Sánchez.

—Le di en la cabeza a esa bruja con el libro —explicó Copito, tendiendo el

enorme volumen.

—¿Y dónde ha ido a parar?

—Estalló en llamas y luego se convirtió en cenizas. Mira —indicó, señalando unas cenizas negras, la mayoría de las cuales yacían en el suelo, aunque sin duda una parte estaba en la espalda de Sánchez.

—¿Qué coño...? —El camarero seguía sin entender nada.

—Este libro mata vampiros, supongo —dijo Copito, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿cómo lo sabías?

—No lo sabía. Mi horóscopo decía hoy que debería utilizar un libro para algo más que para leer.

—¿Y haces todo lo que te dice tu horóscopo?

—Desde luego. Rijo mi vida según el horóscopo de Big Busty Sally.

—Pues bendita sea Sally. ¿También te dijo que bajaras a buscarme a los vestuarios?

Copito se echó a reír.

—No. Es que seguí a Ulrika hasta aquí para ver si podía ayudarte. Cuando llegué, la tenías encima. Entonces vi este libro, que sobresalía de una de las taquillas, y me acordé de mi horóscopo, así que se lo tiré a la cabeza. Y en cuanto la tocó, la bruja entró en combustión espontánea.

Sánchez se sacudió el polvo.

—¡Guau! ¿Y eso lo has hecho por el horóscopo? —insistió, sin poder disimular su estupefacción.

—Bueno, en parte. Pero además tú y yo somos un equipo. Tenemos que mirar el uno por el otro. Tú la trajiste hasta aquí para que la tuviéramos arrinconada, ¿no?

Sánchez tosió un poco.

—Pues... sí. Claro. Tenía que alejarla de ti, para que pudieras escapar. Sabía que me seguiría hasta aquí.

—Qué listo eres, Sánchez. Te daría un beso, pero parece que tienes caca en la cara.

—Da igual —replicó él, enjugándose el rostro—. Pero la próxima vez no tardes tanto en venir.

—Lo siento. Me da miedo pensar qué habría pasado si no llego a dar con el libro. Ahora mismo podríamos estar muertos.

No le faltaba razón. El descubrimiento del libro había sido un increíble golpe

de suerte.

—Pero ¿qué tiene ese libro? —se preguntó Sánchez en voz alta.

—A lo mejor los vampiros son alérgicos a los libros —sugirió Copito.

—Era una bibliotecaria.

—Oh.

—Sí. Esa mujer ha puesto sus sucias manos en todos los libros de la ciudad. De manera que me imagino que ese que tienes debe de ser algo especial. Un libro que mata vampiros, ¿eh? Podría valer una fortuna. ¡Podríamos subastarlo en eBay!

Era evidente que Copito no estaba de acuerdo, a juzgar por su expresión.

—Si de verdad es un arma mortal contra los vampiros, creo que prefiero mantenerlo en secreto. Ulrika estaba buscando un libro y te iba a matar por él. Voy a mirar un poco en Internet, a ver si encuentro algo sobre esto. ¡Lo que menos nos hace falta ahora es que vengan más bibliotecarios por aquí!

Tenía razón.

—La situación es difícil —comentó Sánchez—. Se ha hecho de noche. Podría haber vampiros por toda la ciudad. A lo peor está a punto de pasar algo gordo.

Copito hizo una mueca.

—En ese caso este libro podría ser lo más importante del mundo. De momento vamos a mantenerlo en secreto.

A pesar de lo que podrían dar a entender las apariencias, Silvinho era un gran amante de la cultura y las artes. Un hombretón vestido con uniforme militar, con una cresta de pelo de quince centímetros. Desde luego no tenía el aspecto del típico aficionado al arte. Pero después de cumplir con la última misión de la Compañía de las Sombras, que consistía en decapitar a Kid Bourbon, quería ir al Museo de Arte e Historia de Santa Mondegá antes de salir con su equipo de la ciudad. Le gustaba la vida de mercenario. Había pasado años en zonas en guerra, matando hombres tras las líneas enemigas, y a menudo pasaban varios meses sin que pudiera ver ni una sola obra de arte. Por suerte su nueva vida de mercenario, viajando por el mundo con sus camaradas de la Compañía de las Sombras, le ofrecía la oportunidad de ver el mejor arte que el mundo podía ofrecer, entre decapitación y decapitación.

Estaba en una de las muchas salas del museo, admirando un magnífico y colorido cuadro de Eugene Delacroix, cuando sonó su móvil. La pantalla indicaba que se trataba de su jefe, Toro, de manera que contestó sin vacilar.

—¿Qué hay, jefe?

—¿Has visto las noticias?

—No.

—Ya. Pues resulta que el tío al que decapitamos anoche no era Kid Bourbon. Nos equivocamos de persona.

—¿Entonces a quién nos cargamos?

—A un tipejo que se le parecía.

Silvinho hizo una mueca.

—Vaya por Dios. Una pena que no nos diéramos cuenta antes de dispararle y cortarle la cabeza.

—Ya, bueno, yo ya lo he superado. ¿Dónde estás ahora mismo? Te necesito de vuelta en la Casa de Ville.

Silvinho miró los cuadros de las paredes para recordar que estaba en un lugar de gran belleza.

—Estoy en el museo. Tienen unos cuadros magníficos.

—¿El Museo de Arte e Historia?

—Sí. ¿Por qué? ¿Hay otro museo por aquí?

—No, pero según el informativo, Kid Bourbon estuvo allí poco después de las dos de esta madrugada y se cargó al director.

—Ah. ¿Quieres que pregunte un poco por aquí, a ver si alguien sabe algo?

—Sí. Pregunta si las cámaras de vigilancia grabaron el asesinato. Y averigua si Kid Bourbon tenía algún motivo para matar al director. Podría ser una pista que nos llevara hasta él, o hasta su siguiente víctima.

—Entendido, jefe. ¿Alguna cosa más?

—Lláname si averiguas algo. Si no, dirígete directamente a la base.

—Muy bien. Hasta luego.

Silvinho colgó y echó un último vistazo al Delacroix antes de volver de mala gana al vestíbulo. Allí vio a un guardia de seguridad con la nariz muy hinchada y los ojos morados. El hombre parecía estar pasando un mal día y estar deseando marcharse a su casa. Era el tipo perfecto para interrogar.

—Perdona —comenzó, acercándose a él. Miró la placa que tenía en el pecho—. James. Me llamo Silvinho y pertenezco a las Fuerzas Especiales de los EE.UU. Tengo entendido que Kid Bourbon se pasó por aquí anoche, ¿es eso cierto?

El guardia no reaccionó precisamente con mucho entusiasmo.

—¿Me enseña la identificación?

—Claro. —Silvinho se sacó la cartera del bolsillo, y de ella, un carnet plastificado que James estudió con suspicacia.

—¿Cómo sé que no es falso?

—Si quieres puedo dejarte inconsciente en unos tres segundos. ¿Me creerías entonces?

Dio la impresión de que James iba a desafiarle a cumplir sus amenazas, pero después de frotarse con cuidado la nariz partida, le devolvió el carnet a Silvinho.

—Le llevaré al despacho de Elijah Simmonds. Él responderá a sus preguntas. Aunque ya se lo ha dicho todo a la policía, y les ha dado las cintas de las cámaras de seguridad.

—¿Hay una grabación de los hechos?

—Sí. Si el jefe da el visto bueno, le haré una copia.

Silvinho sonrió, le dio una palmada en el hombro y un buen apretón.

—A ver qué te parece, me indicas dónde está el despacho de tu jefe y mientras hablo con él me haces una copia de las grabaciones. Así ahorramos tiempo, ¿eh?

Apretó el hombro de James un poco más, y fue todo lo que hizo falta para que el guardia de seguridad accediera a la propuesta.

—Es por ese pasillo —señaló—. Al final está el despacho de Simmonds. No tiene pérdida. Su nombre está en la puerta.

—Gracias. Nos vemos aquí en un rato.

Silvinho le soltó el hombro y se dirigió hacia el despacho, que, efectivamente, estaba donde James le había indicado. Llamó dos veces a la puerta y giró el pomo para abrirla sin esperar respuesta. Se encontró a Elijah Simmonds sentado a una mesa con el ordenador portátil delante de él. El director se sobresaltó al ver entrar a un soldado gigantesco con una cresta rosa.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Es usted Simmonds?

—Sí.

—Soy Silvinho, de las Fuerzas Especiales. Vengo por lo de Kid Bourbon. ¿Le importa que le haga unas preguntas?

Simmonds dio la vuelta al ordenador.

—Kid Bourbon —dijo, señalando un rostro en la pantalla—. ¿Se refiere a este tipo?

—¿Es ese?

—Sí.

—No es una imagen muy buena, ¿no?

—No. Pero me ha bastado para reconocerlo. Ese hombre ha estado en este despacho hace unos minutos.

—¿Cómo?

—Acababa de despedir a su novia y vino a reprenderme por ello. Intentó montar una escena y terminó haciendo el ridículo.

—¿Kid Bourbon tiene novia?

—Sí. Y a cambio de la recompensa que han ofrecido en televisión por cualquier información que conduzca a la detención de Kid Bourbon estoy más que dispuesto a darle la dirección de su casa.

Silvinho se sacó de la chaqueta un cuchillo con la empuñadura de hueso. La hoja tenía casi treinta centímetros y los bordes serrados. Pasó por el filo el dedo índice con la vista clavada en el director. Simmonds se puso debidamente nervioso.

—No es necesaria la violencia —se apresuró a decir—. Solo quiero la recompensa que han ofrecido.

—Olvídate de la recompensa —gruñó Silvinho—. O me das la dirección o te corto los putos huevos.

Beth miraba por la ventanilla del coche el hielo y la nieve que caía del cielo. Desde que terminase la tormenta de la noche anterior, no había dejado de nevar y ahora una capa de cinco centímetros cubría las calles. Los nubarrones que se habían formado eran los más oscuros que había visto en su vida, y parecían cubrir el cielo entero. De vez en cuando algún rayo de sol se abría paso entre ellos aquí y allá, pero en general Santa Mondegga había quedado envuelta en la oscuridad.

JD conducía despacio su mega coche negro V8 Interceptor por las carreteras heladas, y Beth se sentía de nuevo como una adolescente. Eso era lo que deberían haber hecho los dos en los años de instituto. Salir por ahí en su coche, dar paseos por el muelle, charlar, divertirse. Pero en su vida nada había salido según lo planeado y ahora que se veía sin trabajo, le preocupaba no poder pagar el alquiler del apartamento. Seguramente sobreviviría unas semanas, pero ¿luego qué? ¿Pedirle a JD que le ayudara con las facturas? ¿O pedirle que se mudase con ella? ¿O irse ella a su casa? De todas formas, ¿dónde vivía? No había sido muy explícito sobre dónde había estado ni qué había hecho los últimos dieciocho años. Viajar, sobre todo, sostenía, y no aclaró más.

Como para compensar tantas malas noticias, en la radio del coche fueron sonando villancicos durante todo el trayecto, si bien interrumpidos a veces por boletines de noticias, uno de los cuales anunciaba que Kid Bourbon seguía vivo. A pesar de todo, la cadena de radio local había asumido un temprano aire festivo a la vista de la nieve, aunque solo había pasado un día desde Halloween y quedaba todavía bastante para Navidad.

JD no había abierto la boca desde que Judy Garland comenzó a cantar *Have Yourself a Merry Little Christmas*. Ahora que el tema se iba acabando, se oyó por encima la voz del *disc-jockey*. Beth reconoció a Mad Harry Hunter, una

estrella local de la radio que tenía la irritante costumbre de arrastrar todas las palabras. Interrumpió el final de la canción con el anuncio de la que policía estaba alistando nuevos agentes, a los que pagaba una sustanciosa cantidad diaria hasta que pudieran llegar refuerzos de otras ciudades. Beth consideró la posibilidad de unirse al cuerpo.

—A lo mejor debería intentar meterme en la policía —comentó, esperando saber qué pensaba JD de ello antes de decidir nada.

—Que le den por culo a la policía. Un puñado de cabrones corruptos —masculló, sin apartar la mirada de la carretera helada. Estaba en muy mal estado y además plagada de charcos de hielo y baches, muchos de los cuales quedaban ocultos bajo la nieve, haciendo que el peligro fuera mayor de lo habitual. Además había coches aparcados a cada lado, dejando muy poco espacio para maniobrar y sortear los obstáculos. Lo único bueno es que apenas había tráfico.

—Pues parece que están muy desesperados —prosiguió Beth—. Y yo ahora me he quedado sin trabajo. Puede que valga la pena que me apunte, aunque sea por lo menos unos días.

—Sí.

JD no parecía muy interesado, pero Beth siguió con el tema.

—Kid Bourbon mató anoche a muchos oficiales. Las calles no están seguras si no hay un número de patrullas bien visibles.

—Esos oficiales se llevaron su merecido.

El tono de JD ponía de manifiesto una auténtica falta de compasión por los oficiales muertos y sus familias. Parecía no darse cuenta de lo más importante: que aunque algunas de las víctimas podían habérselo merecido, habrían dejado atrás hijos o parejas que estarían sufriendo. Beth se acordó una vez más de Bertram Cromwell.

—¿Y Cromwell? ¿También se lo merecía? —preguntó.

—Quién sabe.

—Yo sí lo sé. No se lo merecía —le espetó ella. JD parecía de pronto muy distante, como si no estuviera escuchando—. ¡Espero que atrapen a ese Kid Bourbon y lo condenen a la silla eléctrica!

—Calla un momento. —JD subió el volumen de la radio.

Se oyó a Harry Hunter, que anunciaba nuevas noticias en el caso de Kid Bourbon.

«La cadena local ha obtenido unas grabaciones de Kid Bourbon tomadas anoche de la comisaría. Pueden ver los vídeos en las noticias o en nuestra página

web de Radio SM. Se advierte a cualquiera que vea al hombre de las imágenes que se mantenga apartado y llame a la línea directa de Kid Bourbon. El número es...».

JD apagó la radio antes de que Harry Hunter pudiera dar el teléfono.

—Vaya. Voy a ver esos vídeos cuando llegue a casa —dijo Beth—. ¿Qué cara tendrá Kid Bourbon?

—Seguramente será como cualquiera de esta ciudad —replicó JD—. Las grabaciones en blanco y negro no sirven para nada.

—A pesar de todo me gustaría ver la cara del hombre que asesinó a Cromwell anoche.

JD parecía agitado. Se frotó el mentón y tardó un momento en contestar.

—¿Sabes qué? Ahora que te has quedado sin trabajo, ¿por qué no nos largamos de este agujero? Podríamos irnos hoy mismo, ahora mismo.

A Beth le sorprendió lo repentino de la proposición.

—¿Cómo? ¿Marcharnos de Santa Mondegga?

—Sí. Yo solo he vuelto por ti. Y ahora que nada te ata a este sitio, no sé por qué no podemos largarnos, empezar una nueva vida en otra parte. En algún sitio donde no haya putos vampiros, para empezar.

—¿De verdad?

—Sí. A menos que se te ocurra una buena razón para que nos quedemos.

A Beth le encantaba la idea. Marcharse de Santa Mondegga y viajar por el mundo, viendo distintos lugares con JD, habría sido un sueño muy lejano para ella hacía tan solo veinticuatro horas. Pero ahora ese sueño podía hacerse realidad.

—Bueno, ¿y cuándo piensas que nos marchemos?

—Ahora es el mejor momento.

—Sería genial, pero mi casero necesita que le avise con cuatro semanas de antelación si me voy de la casa.

—Que le den por culo al casero. No puedes pagarle si estás en Nuevo México.

—¿Nos vamos a Nuevo México?

—¿Por qué no? Podemos ir a donde quieras. Cualquier sitio es mejor que esto.

—Eso es cierto.

Habían llegado al bloque de apartamentos de Beth. JD detuvo el coche frente a la puerta y apagó el motor. Se volvió entonces hacia ella con una expresión

absolutamente seria.

—Sí. Ve a hacer una maleta con lo más esencial. Me paso a recogerte en una hora.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Ir a por mis cosas.

JD le dio un beso en los labios, un beso largo que la hizo decidirse del todo.

—Venga, antes de que cambie de opinión.

—¿Estás seguro? ¿De verdad?

—Sí.

—Pero yo necesito más de una hora para hacer el equipaje.

JD suspiró.

—¿Qué tienes que te vaya a hacer falta viajando? Puedes dejar casi todo atrás. Tráete solo lo esencial y los objetos personales sin los que no puedas vivir.

Beth sonrió y lo besó.

—Bueno, la mayoría de mis muebles o son del casero o no valen gran cosa.

—Genial. Entonces quedamos así. Empieza a hacer las maletas de inmediato. No hay tiempo para ver la tele ni para un café, ¿de acuerdo? Tú recoge tus cosas y nos largamos de aquí en una hora.

—Vale. Una hora.

—Si no estás lista cuando vuelva, me marchó sin ti.

Beth se sacó del bolsillo de los tejanos el pañito que le había dado esa misma mañana.

—Todavía tengo esto, ¿recuerdas? —sonrió.

JD miró el paño con una fugaz expresión de tristeza que borró al instante con una sonrisa. Pero Beth la había visto, y notó que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Pasa algo con este paño? Se te ha puesto una cara muy triste por un momento.

JD sonrió de nuevo.

—No pasa nada. Es una tontería, de verdad. Me lo hizo mi hermano Casper. No se le daban nada bien los trabajos manuales, y estaba de lo más satisfecho cuando hizo eso.

Beth abrió de nuevo el paño y se fijó en las letras JD bordadas. Era una labor muy de aficionado, pero saber que tenía un valor sentimental le añadía encanto.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó—. Yo no llegué a conocerlo, ¿no?

—Lo asesinaron.

—¡Dios mío! Lo siento muchísimo. ¿Cómo fue?

—Preferiría no hablar de ello. Pero ese paño es lo único que tengo para recordar que existió. No queda ninguna otra cosa. Ni fotos ni nada.

A Beth se le hizo un nudo en la garganta y se sintió fatal por haber sacado el tema.

—Lo siento mucho, JD —murmuró, mirando algo avergonzada el paño que tenía en las manos.

—No te preocupes. —JD le acarició la mejilla—. Ahora ya sabes por qué volveré siempre a por ti mientras tengas eso. Cuídalo bien.

—Sí, te lo prometo.

—Estupendo. —JD miró un momento el retrovisor, como si hubiera visto algún movimiento—. Y ahora date prisa. Acuérdate de que solo tienes una hora.

Beth abrió la portezuela del coche.

—Estaré lista —aseguró, guardándose de nuevo el paño.

Salió a la nieve y echó a correr por los escalones de la entrada. Se quedó un momento mirando contra del cielo oscuro el edificio en el que había vivido los últimos ocho meses. Era un bloque gris y deprimente de seis plantas. Desde luego no iba a echarlo de menos. Se rebuscó las llaves en los bolsillos, con la nieve azotándole la cara y las manos. Cuando por fin las encontró, saludó a JD para indicarle que ya las tenía. Al ver su gesto, él puso en coche en marcha y un segundo después se alejaba por la calle.

Beth giró la llave en la cerradura y apenas oyó el chasquido con el ruido del aguanieve que tamborileaba en las ventanas. Por fin abrió y entró en el frío portal. No era precisamente el más acogedor del mundo. El suelo era de madera tosca, y la anticuada escalera estaba cubierta por una moqueta amarilla. Los escalones eran tan altos que no solía utilizarlos para subir a su piso en la cuarta planta, de manera que aunque el viejo ascensor al fondo del portal era una trampa mortal, se dirigió hacia él.

El ascensor tardó en llegar treinta segundos, que se restaron a la hora con la que contaba para hacer el equipaje. Cuando se abrieron las puertas apareció un vecino de la cuarta planta, un anciano negro llamado Jerry Rockwell. Era un viejo borracho y apestoso, un ex policía de más de setenta años que de alguna manera se las había apañado para pimplarse una botella de *whisky* al día sin que le hubiera pasado factura. Sencillamente parecía siempre a un día de la muerte. Tenía un cutis grisáceo de aspecto insano, a juego con sus pantalones grises y el

mohoso jersey verde que llevaba. Pero a Beth en realidad le caía bien a pesar de sus defectos, porque siempre se mostraba cortés y servicial y, mientras hubiera bebido, estaba de buen humor.

—Hola, señor Rockwell. ¿Cómo está usted? —saludó, pasándose la mano por el pelo para quitarse la nieve. La desaliñada apariencia de su vecino la había hecho consciente de pronto de la suya propia.

—Muy bien, gracias, Brenda. ¿Todavía está lloviendo?

—Me llamo Beth.

—Da igual. ¿Sigue lloviendo?

—Me temo que es peor. Ahora nieva y graniza.

Rockwell salió tambaleándose al portal. Apestaba a alcohol. Tuvo que ir apoyándose contra la pared para encaminarse a la puerta.

—Tenga cuidado, señor Rockwell —advirtió ella—. Las calles están muy resbaladizas. Tal vez sea aconsejable no salir de casa de momento.

—Me he quedado sin *whisky*. Llevo toda la mañana esperando que deje de llover y ya no puedo esperar más.

—No está lloviendo, está nevando.

—Da igual.

Beth advirtió que se cerraban las puertas del ascensor y tendió rápidamente la mano para impedirlo. Cuando entró, pulsó el botón de la cuarta planta y se volvió hacia Rockwell, que caminaba despacio hacia la puerta. Cuando llegó parecía que se iba a caer de bruces, pero consiguió agarrarse al pomo y recuperar el equilibrio. Por fin tiró de la puerta, y esta se abrió con tal fuerza que le golpeó en la cara y lo tiró al suelo. Alguien debía haber empujado desde fuera. Beth estaba a punto de salir corriendo en su ayuda cuando una figura apareció en el umbral. Era un gigantón, empapado por el aguacero. Su rasgo más distintivo era una larga cresta rosa de mohicano en la cabeza afeitada. Se quedó mirando a Jerry Rockwell, que yacía aturdido en el suelo.

—¿Estás bien, viejo? —preguntó el gigante.

Rockwell respondió algo que sonaba como:

—He aterrizado con los huevos.

El hombre del pelo rosa se inclinó para ayudarlo, pero de pronto se apartó tapándose la nariz.

—Joder, viejo, vaya peste.

Mientras las puertas del ascensor se cerraban, el hombre cruzó por un instante la mirada con Beth. Ella se dio cuenta de que era uno de los cuatro

soldados que había visto en el Tapioca la noche anterior, y por su expresión era evidente que también la había reconocido. Echó a andar hacia el ascensor, pero antes de que llegara las puertas se cerraron.

Beth no tenía ni idea de qué hacía aquel hombre en su bloque, pero no le gustaba nada y se alegró de no tener que compartir el ascensor con él.

Vanidad se había separado de Dante y Kacy poco después de la reunión de la mañana en la Casa de Ville. Tenían que atender otros asuntos antes de ir a La Ciénaga. Le habían dicho que todavía tenían la ropa en la habitación de no sé qué hotel, de manera que Vanidad les dejó solos y se marchó con Pechugona y Cornamenta a buscar más miembros de su clan.

Por desgracia no había hecho más que empezar cuando recibió una llamada telefónica y le ordenaron acudir al despacho del gran Ramses Gaius. Le habían dicho que era urgente, de manera que no tuvo tiempo de ponerse un traje ni nada elegante para impresionar al nuevo jefe, y tuvo que presentarse con la cazadora de cuero de las Sombras, lo cual no era probable que causara muy buena impresión.

Llegó al despacho de Gaius sabiendo que sus días bien podían estar contados. Era el jefe del clan en el que se había infiltrado Kid Bourbon, cosa que no iba a hacerlo muy popular con la jerarquía vampírica. Gaius tenía un serio problema para dominar su rabia, y Vanidad podía estar a punto de ser objeto de sus iras. Esperaba tener tiempo de justificarse antes de que Gaius dictara sentencia. La Historia mostraba que el antiguo faraón de Egipto era un asesino inclemente que no solía ofrecer a sus víctimas tiempo para excusarse. Corría el rumor de que podía absorber y controlar fuentes de energía, lo cual le daba el poder de lanzar electricidad desde sus manos. Vanidad esperaba no ser testigo de primera de una demostración de tal poder.

Una vampira del clan de los pandas hacía guardia en la puerta del despacho de Gaius. Era una hembra de complexión atlética que no estaba nada mal. Vanidad intentó mostrarse seguro de sí mismo.

—Hola. Me han llamado a ver a Ramses Gaius.

La expresión de la vampira era inescrutable.

—Pasa, te está esperando.

—Gracias. —Vanidad respiró hondo, esperando que su cara no traicionara sus nervios.

Antes de abrir la puerta, se sacó de la chaqueta un espejito de mano y fingió mirarse en él. La chica panda meneó la cabeza.

—Eres un colgado —dijo, esbozando por fin una juguetona sonrisa.

Vanidad siguió mirando el espejo sin hacer caso, acariciándose la perilla y metiéndose el pelo oscuro y ondulado detrás de las orejas. Siendo un vampiro, no podía reflejarse, pero el numerito del espejo tenía su efecto con las mujeres.

—¿A lo mejor podríamos salir a cenar algún día? —propuso, guiñando el ojo a la chica.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo salir con un tío que lleva un espejo de mano. Eres demasiado vanidoso.

—No te creas —replicó Vanidad, intentando no parecer ofendido—. Este espejo es una antigüedad, hecha a mano en Egipto por un poderoso brujo. Es indestructible. Ni siquiera una cara tan fea como la tuya podría romperlo.

La chica panda suspiró.

—Si te cortan la cabeza mientras estás ahí dentro lo pediré como recuerdo. Pasa ya, flipado.

Vanidad se guardó el espejo y añadió un último comentario mientras abría ya la puerta:

—Ahora entiendo por qué te han puesto los dos ojos morados.

Gaius estaba sentado a su mesa en el despacho, con el mismo traje plateado que llevaba durante su enardecedor discurso en el salón principal. También seguía llevando las gafas de sol. Su piel de tono oliváceo no daba indicación alguna de que fuera un miembro de pleno derecho de los no muertos.

Ninguna criatura de la noche tenía normalmente un bronceado tan saludable.

Excepto tal vez Vanidad, que nunca le había hecho ascos a una fina capa de maquillaje bronceador.

—Buenos días, señor Gaius —saludó cortés nada más entrar.

La chica panda cerró la puerta a su espalda, sobresaltándolo.

—Siéntate, por favor. —Gaius señaló una silla frente a él.

Vanidad se sentó y se quitó las gafas, mientras Gaius se arrellanaba en su butaca.

—La has cagado bien —comenzó.

—Ya lo sé. —Vanidad alzó las manos en gesto defensivo—. Pero si me deja...

—En circunstancias normales, ya estarías muerto. Lo sabes, ¿verdad?

—Esperaba despertarme con la cabeza de un caballo en mi almohada.

—¿En lugar de una cabeza de alce?

—¡Eso es solo un rumor!

Gaius se quitó las gafas y las tiró sobre la mesa. Vanidad intentó de nuevo no quedarse mirando el resplandeciente ojo azul, que tenía una pinta rarísima. Habría querido que Gaius se pusiera de nuevo las gafas oscuras.

—Estás vivo porque me caes medio bien. Eres el único tío de la ciudad que tiene los ojos más raros que yo —prosiguió Gaius—. Y según tengo entendido, se te da muy bien pelear.

—Gracias.

—Pero Kid Bourbon se ha infiltrado en tu clan.

Vanidad asintió con la cabeza.

—Así es, señor. Y solo puedo pedir perdón por ello. Era muy difícil detectarlo. En realidad es un vampiro y todo, y puesto que no sabíamos qué aspecto tenía Kid Bourbon, no teníamos manera de saber que era él.

Gaius metió la mano bajo la mesa y cogió algo del suelo que dejó en la mesa delante de Vanidad. Era una cabeza que Vanidad reconoció a duras penas.

—¿De quién es esa cabeza? —preguntó Gaius.

Vanidad hizo una mueca de horror ante la cabeza reseca.

—Es Obediencia.

—¿Obediencia? —Gaius no parecía muy convencido.

—Sí. Está bastante machacado, pero el tatuaje de GILIPOLLAS en la frente no deja muchas dudas. No es un tatu muy frecuente.

Gaius frunció el ceño.

—¿Y por qué va vestido como Kid Bourbon?

Vanidad se encogió de hombros.

—Yo eso ni lo sabía.

—Me han dicho que Kid Bourbon utilizaba en tu clan el nombre de *Déjà Vu*.

—Eso dicen, pero yo no he visto a *Déjà Vu* desde que se armó la gorda ayer. Pensé que era a él a quien habían decapitado.

—Eso pensábamos todos. Pero acabas de confirmarme que decapitamos al que no era. Dime, ¿sabes dónde puedo encontrar a *Déjà Vu*?

—No. Para mí que ha desaparecido. El hijo de puta asesinó al resto de mi clan. Con la excepción de Pechugona, Cornamenta y un par de nuevos miembros: Dante y Kacy.

—¿Cómo?

—Que solo quedamos un puñado de miembros de las Sombras, y dos de ellos son nuevos.

—¿Has dicho Dante y Kacy?

Vanidad advirtió la irritación en la voz de Gaius.

—Sí. ¿Los conoce?

—Esos dos idiotas tenían que estar muertos. ¡Se suponía que su nombre estaba en *El libro de la muerte*!

—No entiendo nada. ¿De qué me está hablando?

—Yo mismo contraté a Dante Vittori para que intentara dar con el monje que se ocultaba en uno de los clanes. No es ni siquiera un vampiro. Le inyecté suero para que pudiera infiltrarse bien sin llamar la atención. Joder, Vanidad, has tenido a todo el mundo escondido en tu clan. Desde luego no vales una puta mierda a la hora de detectar impostores. A su novia ni siquiera le inyectamos el suero. ¿Y no te has dado cuenta de que no es una vampira?

Vanidad se tironeó de la perilla.

—Qué raro, porque no hay duda de que son vampiros. Si hasta me dijeron que anoche bebieron la sangre de Archie Somers.

Ahora era Gaius quien no entendía nada.

—¿Cómo?

—Sí, a mí también me pareció muy raro. Por lo visto encontraron una bolsa de sangre con una etiqueta con el nombre de Archie Somers. En la comisaría. No saben cómo había llegado hasta allí.

Gaius se levantó de la butaca con expresión de auténtica furia.

—Tú sabes lo que me hizo Somers, ¿verdad? —bramó.

—Eeeeh... ¿casarse con tu hija contra tu voluntad? —sugirió Vanidad, con toda la cautela del mundo, sabiendo que había en ello un elemento de verdad.

—Archie Somers, cuando era más conocido como Armand Xavier, me traicionó. Es el responsable de que me drogaran y me dejaran momificado durante cientos de años en esa puñetera tumba del museo.

—Ah. Ya veo que no es un amigo precisamente.

—¡Ni de puta coña! Cuando lo mataron, se rompió la maldición que pesaba sobre mí y fue entonces cuando pude salir libre de la tumba del museo.

—Bueno, me alegro de que la historia tenga un final feliz.

Gaius ignoró el comentario y se quedó mirando un momento en torno a la sala, sumido en sus pensamientos.

—Esto es muy interesante —dijo por fin—. Por lo menos no bebieron su sangre en el Santo Grial. Lo sé porque lo tengo en el armario de mis trofeos.

—¿El Santo Grial? ¿En serio?

—Sí, aunque no es asunto tuyo. Lo importante es que jamás pensé que tendría la oportunidad de vengarme de Armand Xavier. Pero ahora me dices que su sangre fluye por las venas de Dante Vittori y la novia esa quejica que tiene. Es mi oportunidad de vengarme de Xavier y de esos dos irritantes mocosos. ¿Dónde están ahora?

—Les dije que se podían venir a La Ciénaga conmigo. Ahora mismo se dirigían al hotel en el que se hospedaban, porque la chica quería coger algo de ropa limpia. Cuando hayan hecho las maletas, iban a La Ciénaga. ¿Quiere que los traiga aquí?

Gaius hizo un gesto displicente con la mano.

—No, no será necesario. Tengo mejores planes para ellos. De momento, gánate su confianza. Es tu ocasión de redimirte, Vanidad. De hecho, es posible que ganes mucho más que un perdón. Podrías ascender mucho por la jerarquía si me ayudas con esto.

Vanidad había renunciado hacía tiempo a toda esperanza de trepar por la organización de Gaius. La posibilidad de adquirir más poder y los beneficios que ello implicaría se le hacían de lo más apetecible.

—Muy bien —contestó, intentando reprimir una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué tiene pensado?

—De momento sigue con ellos como si nada. Utiliza tu legendario encanto hipnótico. Cuéntales los rollos que tengas que contarles y a ver si puedes llevarlos al Museo de Arte e Historia de Santa Mondegá. Les tendré mi vieja tumba preparada. Luego Armand Xavier, y esos dos idiotas que mantienen viva su sangre, van a saber lo que es estar encerrado en una tumba durante cientos de años.

—¿Los va a hacer momificar?

—Genial, ¿no te parece?

Vanidad se permitió por fin dar rienda suelta a su radiante sonrisa.

—Me gusta. Es malvado a más no poder.

—Pues sí —dijo Gaius, con tono más serio—. Pero te digo una cosa, como la

cagues en esto, como me jodas o como sospeche siquiera que no estás dando la talla, te arranco las tripas y las cuelgo a secar por las paredes de esa mierda de discoteca que tienes. Es tu última oportunidad, pedazo de gilipollas, y tienes al diablo respirándote en el cogote. ¿Está claro?

—Claro como el agua. No le voy a decepcionar. De hecho, estoy deseando hacerlo.

—Bien. Y ahora ya te estás largando de mi despacho, capullo.

Beth salió del ascensor en la cuarta planta, donde se encontraba su apartamento de un dormitorio, al final del pasillo. Echó a andar hacia él con paso más rápido de lo habitual y el corazón martilleándole de emoción. Su nueva vida con JD fuera de Santa Mondegá comenzaría en menos de una hora. Daba vueltas en la cabeza a las cosas que necesitaba llevarse y cuáles podía dejar atrás. Una nueva vida con JD, lejos de allí, era un sueño que pensaba jamás se haría realidad. Todavía recordaba la maravillosa sensación, dieciocho años atrás, cuando se besaron por primera vez. A eso siguieron dieciocho años de infierno, incluidos diez años en prisión por el asesinato de su madrastra. Los tribunales no habían tomado en consideración el hecho de que el asesinato fuera en defensa propia. Su madrastra la había atacado con un cuchillo, causándole la terrible cicatriz que llevaba en la cara como constante recordatorio. Pero, en la reyerta, su madrastra se había caído sobre el cuchillo, abriéndose el cuello.

Se había alarmado al ver entrar en el edificio al soldado con la cresta rosa. No tenía razones para sospechar que iba tras ella, pero era muy consciente de que no sabía qué enemigos podía haberse ganado JD a lo largo de los dieciocho años que habían pasado separados. En las pocas horas que llevaban juntos, Beth había estado tan contenta de haberlo recuperado que no se atrevió a preguntarle por qué había tardado tanto en volver, ni qué había estado haciendo. Si a eso se le añadía que no le cabía duda de que JD había tenido algo que ver con el guardia de seguridad del museo que yacía inconsciente, estaba paranoica perdida.

Ya en la puerta de su casa tuvo que forcejear para hacer entrar la llave en la cerradura, de la prisa que tenía por salir de aquel pasillo. Tras unos segundos que se hicieron eternos, logró abrir. Pero justo cuando entraba en el apartamento, oyó una voz a su espalda:

—Perdone, señorita. Estoy buscando a una persona. ¿Podría ayudarme?

Era el gigantón de la cresta rosa, que se acercaba a ella con paso rápido y una encantadora sonrisa.

—Pues... claro. ¿A quién busca?

El hombre no respondió de inmediato. Siguió acercándose a ella y solo cuando estaba ya a muy poca distancia dijo:

—A Beth Lansbury. Eres tú, ¿verdad?

Beth sintió el impulso de meterse de un brinco en su casa y cerrar la puerta, pero no logró decidirse. Técnicamente no tenía nada que temer de aquel hombre. Mostraba unos modales amistosos, y se encontraban en un pasillo común. Si intentaba hacerle cualquier cosa, solo tendría que gritar.

—Eh... sí. Soy Beth Lansbury.

El hombre se detuvo delante de ella.

—¿También conocida como Beth *la Chiflada*? —preguntó con una sonrisa.

—¿Eh?

—Así te llamó el camarero ese gordo del Tapioca la otra noche.

—Ah.

—Dice que mataste a alguien. ¿Es cierto?

—Hum... ¿Quién eres?

Aquel interrogatorio la estaba poniendo nerviosa. ¿Quién era aquel tipo? ¿Y qué quería de ella? ¿Corría peligro, o no era más que alguien que había escuchado demasiados cotilleos sobre ella?

—Huy, perdona. Me llamo Silvinho —aclaró, ofreciéndole la mano—. No pretendía asustarte. Seguramente no ha sido la mejor manera de presentarme, ¿no?

Beth le estrechó la mano con muchas dudas.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—Estoy buscando a JD. ¿Está aquí?

Todavía no le había soltado la mano, aunque ya no se la estrechaba.

—¿JD? —dijo ella, intentando poner un tono neutro que no dejara ver si lo conocía o no.

—Sí. Me han dicho que lo conoces. Soy un viejo amigo suyo. ¿Anda por aquí?

—No vive aquí.

—¿Y sabes dónde puedo encontrarlo?

Beth no sabía muy bien qué contestar. ¿Estaría metido JD en algún lío?

¿Sería estúpido revelar que pasaría a recogerla al cabo de una hora? Transcurrieron unos violentos segundos mientras ella sopesaba su respuesta. Pero antes de que pudiera balbucear uno de sus «hummm», una voz contestó por ella desde el pasillo.

—Estoy aquí.

Era JD. Había subido por las escaleras igual que Silvinho y ahora se acercaba a ellos. El gigantón soltó la mano de Beth y se giró bruscamente hacia él.

—¿Tú eres JD?

—Sí. ¿Y tú quién eres? ¿Y qué coño llevas en la cabeza?

Silvinho echó atrás los hombros y adoptó una postura agresiva. Su aire jovial había desaparecido.

—¿Qué significa JD?

—¿A ti qué leches te importa?

—¿Sabe aquí tu amiguita que tu cara sale en todos los informativos?

JD se detuvo a dos metros de Silvinho.

—¿Quién te envía? —gruñó, con una voz grave que Beth no le había oído nunca.

—Toro.

—Toro por los cojones.

—No, Toro Thompson.

Fue como si el nombre de Toro Thompson los encendiera a los dos. Silvinho embistió de pronto a JD, para espanto de Beth. Pero JD lo esquivó y respondió con un puñetazo en el estómago de Silvinho. El gigantón no pareció acusar el impacto, y devolvió el golpe, alcanzando a su oponente en la cabeza. JD retrocedió a trompicones, a punto de caerse al suelo.

—¡PARAD! —gritó Beth.

Pero ellos siguieron atacándose como si no la hubieran oído. Silvinho era el más alto y fuerte de los dos. Tenía unos bíceps enormes. JD le lanzó otro golpe a las rodillas, pero el gigantón lo inmovilizó con una llave y lo hizo girar levantándolo del suelo antes de lanzarlo contra la pared. JD se limitó a utilizar la pared como si fuera un trampolín para arrojarlo de nuevo contra su enemigo, estrellándolo contra la pared de enfrente. Silvinho volvió a rodearle el cuello con su brazo descomunal. Parecía capaz de estrangularlo sin esfuerzo.

Beth no sabía qué hacer. Tenía un bate de béisbol debajo de la cama, por si alguna vez entraban ladrones. No tenía ninguna intención de utilizarlo, pero si

podiera cogerlo y blandirlo con aire amenazador, tal vez lograría que Silvinho se marchase. Entró como una exhalación y atravesó a la carrera el salón y el pasillo hasta llegar al dormitorio. Se tiró al suelo junto a la cama y tanteó hasta dar con el bate de madera. Lo sacó y se puso en pie casi a la vez. Y volvió a salir corriendo, sin saber muy bien qué iba a hacer con el bate. Pero cuando llegó a la puerta principal, se frenó en seco. La pelea prácticamente había terminado.

Silvinho estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, y su cara era una masa de pulpa sanguinolenta. JD, de pie junto a él, blandía un largo cuchillo de mango de hueso y la hoja afiladísima.

—¿Quién coño te envía? —gruñó a su enemigo caído.

A Beth se le pusieron los pelos de punta al oír esa voz cargada de veneno.

—No voy a decirte nada —balbuceó Silvinho, escupiendo sangre.

Al ver la escena, Beth se acordó de aquella ocasión en que era ella la que estaba tirada en el suelo mientras su madre blandía un cuchillo con intención de matarla. La sacudió un escalofrío. Y entonces JD hizo algo que ella nunca olvidaría. Se inclinó y hundió el cuchillo en el cuello de Silvinho, hendiendo justo su nuez de adán. A Beth se le subió repentinamente el estómago a la garganta y tuvo que vomitar. Cayó de rodillas esparciendo vómito por todo el suelo. La imagen de la hoja penetrando en el cuello de Silvinho le daba vueltas y vueltas en la cabeza. ¿Cómo podía haber hecho algo así JD? ¿Era de verdad el mismo hombre por el que había estado suspirando dieciocho años? ¿Un asesino a sangre fría?

Por fin se puso en pie. JD seguía mirando el cadáver del hombre al que acababa de asesinar. Todavía sostenía el cuchillo y tenía las manos empapadas de sangre.

—¿Qué has hecho? —balbuceó Beth, notando en la boca el sabor a vómito—. ¡Lo has matado!

JD se dio la vuelta despacio. Tenía también sangre en la cara y la respiración algo agitada...

—Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo —dijo, con aquella desconocida voz grave—. Te lo explicaré por el camino.

Beth meneó la cabeza sin poder creerse nada de todo aquello y miró boquiabierto el cadáver en el pasillo.

—Lo has apuñalado —masculló—. Le has clavado un cuchillo en el cuello —insistió, alzando la voz—. ¿Por qué? Ya no podía defenderse.

—Tú le clavaste un cuchillo a tu madrastra, ¿no?

Beth tragó saliva con sabor a vómito.

—¿Qué?

—Se lo clavaste, ¿no?

—¡En defensa propia! —De pronto se sentía furiosa con JD. Aquel no era el hombre que creía conocer. ¿Cómo podía haber hecho aquello? ¿Y acaso no le importaba?

—Yo lo he hecho por ti —contestó él.

—Yo no te lo he pedido.

—Nos habría matado a los dos.

—Eso no lo sabes.

—No podía correr ese riesgo. Tenía que morir.

Beth miró de nuevo el cadáver de Silvinho.

—Lo has matado sin inmutarte siquiera.

JD asintió con la cabeza.

—Sí. En otros tiempos podía haberlo matado de un puñetazo. Se me daba de miedo. Pero ya no soy un asesino. Esto ha sido también defensa propia.

—¿Que ya no eres un asesino? Pero ¿tú habías matado antes?

—Sí. Es una larga historia.

—¿A quién has matado?

JD se inclinó para limpiar el cuchillo en la camisa de Silvinho.

—A vampiros, más que nada. A algunos hombres lobo también. A unos cuantos zombis. Y a unas cuantas personas que me cabrearon. Pero todo eso forma parte del pasado. Ya no me dedico a matar.

Beth se había quedado atónita ante la indiferencia con que hablaba de todo aquello. Y a pesar de haber confesado otros asesinatos, no daba muestra ninguna de arrepentimiento.

—Pero ¿por qué matabas? ¿Eras un asesino a sueldo o algo así?

—No, nada parecido.

Beth señaló a Silvinho.

—¿Por qué ha dicho que has salido en las noticias? —Pero en cuanto hizo la pregunta, Beth supo la respuesta—. ¡Ay, Dios mío! Tú eres...

—Ya no.

—Eres... —No era capaz ni de decirlo en voz alta.

JD se encogió de hombros.

—Oye, no exageremos. Pero sí, yo era...

Pero Beth lo interrumpió:

—No.

—Sí.

—No. No puede ser.

—Si no es para tanto. Además, ya no soy así.

—Eres Kid Bourbon. ¡Has matado a Bertram Cromwell!

—No, no fui yo. —JD se acercó a ella, todavía con el cuchillo, ahora limpio, en la mano.

Beth alzó el bate en actitud defensiva.

—¿Dónde estabas esta mañana? Cuando me desperté ya te habías marchado. Me dijiste que habías salido a tomar el aire. ¿Dónde fuiste?

—A dar un paseo, nada más.

—Dios mío, Dios mío. Fuiste a matar a Cromwell, ¿cierto?

Por eso querías que nos marcháramos de la ciudad, ¿verdad? Tu cara sale en todas las noticias. Querías que me marchara contigo antes de que averiguara quién eres realmente.

—Beth. —La voz de JD había recobrado de pronto su serenidad—. Beth, deja ese bate. Venga, que nos tenemos que ir. Si este tío ha dado contigo, vendrán más. Te encontrarán y te matarán.

Beth retrocedió blandiendo el bate para mantener a JD apartado.

—No eres el hombre que yo pensaba. —Volvió a mirar por última vez el cadáver de Silvinho—. Creo que ya no quiero estar contigo. ¿A mí también me vas a clavar el cuchillo en el cuello?

—Anda, no seas tonta. Yo jamás te haría daño. Ya no me dedico a matar. Este tío ha sido una excepción.

Beth respiró hondo.

—Pero tú le atacaste primero. Él no me había hecho nada. Solo me estaba preguntando por ti.

JD pareció perder la paciencia.

—¡Venga ya! —exclamó—. No seas tan ingenua. Míralo. Solo con verlo está claro que este tío es mal asunto.

Beth meneó la cabeza.

—Mira cómo estás. —JD tenía la cara, la camisa y las manos empapadas en sangre. Y mantenía una postura agresiva con el cuchillo todavía en ristre. Tenía toda la pinta de ser el asesino en serie del que había oído hablar en las noticias.

De pronto la sirena de un coche patrulla hendió el ruido del granizo y la nieve en la calle. JD tendió la mano hacia Beth.

—Venga, tenemos que salir de aquí. Viene la policía.

Ella se apartó horrorizada.

—No pienso volver a huir del escenario de un crimen. Y mucho menos contigo. ¿Cómo has podido hacer esto?

JD avanzó hacia ella, sin retirar la mano que le tendía. Beth retrocedió hasta su apartamento.

—Déjame en paz. Yo no voy a ninguna parte contigo.

—¡Que viene la puta policía! Tenemos que largarnos. ¡Venga!

Pero Beth negó con la cabeza una vez más.

—Lo has estropeado todo. —Entonces se sacó de los tejanos el paño que JD le había dado antes y lo tiró al suelo a sus pies—. Ya te puedes quedar con eso. No quiero que tengas ninguna razón para volver a por mí. Adiós, Jack.

Mientras él se quedaba mirando el paño, Beth le cerró la puerta en las narices. Un segundo después, JD la aporreaba, chillando:

—¡Beth! ¡Piénsalo un momento! La mitad de los policías de esta ciudad son vampiros, y los que no, son unos cabrones. Lo sabes perfectamente. Y a mí me conoces.

—¡No!

JD suspiró exasperado y asumió un tono de voz más sereno.

—Escucha, voy a recoger unas cosas y volveré dentro de una hora, como teníamos planeado. Tómate ese tiempo para reflexionar. Es cierto que salgo en todas las noticias, así que tengo que marcharme de la ciudad, contigo o sin ti.

Beth notó las lágrimas correr por sus mejillas. Todos los años que estuvo esperando el regreso de JD habían sido un tiempo perdido. Dieciocho años desperdiciados en la falsa creencia de que un tipo al que había conocido una noche en un baile de Halloween era su alma gemela. Había estado enamorada de un hombre del que no sabía nada. Un hombre que había resultado ser Kid Bourbon, un famoso asesino en serie, un inclemente asesino de inocentes.

—Vete, Jack —sollozó—. Y no te molestes en volver dentro de una hora. No voy a cambiar de opinión. No quiero volver a verte nunca en la vida.

Había pasado una hora desde que Copito y Sánchez achicharrasen a Ulrika Prince en los vestuarios debajo de la comisaría. Copito se había llevado el misterioso *El libro sin nombre* a la recepción y lo había escondido en un cajón. Habían acordado no contar a Dan Harker ni a nadie lo que había sucedido. Al fin y al cabo, técnicamente acababan de asesinar a la bibliotecaria. No había testigos y por suerte tampoco había cadáver. De todas maneras, ni Sánchez ni Copito estaban dispuestos a que corriera por la ciudad la noticia de que habían matado a una vampira, y encima seguramente una vampira de cierta importancia en la comunidad de no muertos.

Sánchez se había quedado en el vestuario haciendo lo posible por eliminar cualquier evidencia. Si su habilidad con la fregona era tan buena como él creía, ninguno de los otros oficiales descubriría nunca lo sucedido. Era muy consciente de que los vampiros se habían infiltrado en la policía, de manera que era vital mantener la discreción sobre la muerte de Ulrika. Claro que, según se oía, no es que quedaran muchos oficiales todavía vivos. Los que no estaban en las calles demostrando que todavía seguía habiendo presencia policial en Santa Mondega, andaban por las plantas superiores probablemente ocupados con el papeleo. Aunque Sánchez sospechaba que en las plantas superiores había donuts gratis y el resto del cuerpo estaba alegremente poniéndose las botas.

Cuando acababa de terminar de fregar toda la mierda y la sangre del ascensor, apareció el capitán Harker. Llegó al vestuario por las escaleras y le tiró una bolsa de basura negra llena de ropa que alcanzó a Sánchez en el pecho antes de aterrizar en el suelo.

—Ahí está tu uniforme, Sánchez. Como tienes una talla fuera de lo común, tendrás que apañarte con eso mientras te hacemos uno a medida.

—Gracias —dijo Sánchez, temiendo lo que podía encontrarse en la bolsa.

Harker entró en el ascensor.

—Has hecho un gran trabajo —comentó, buscando en las paredes alguna evidencia de la sangrienta matanza de la noche anterior. Una vez comprobado que todo estaba impoluto, empujó a Sánchez hacia las taquillas—. Ponte el uniforme y luego ven a verme a la recepción. —Pulsó un botón del ascensor y las puertas se cerraron tras él.

Sánchez se quedó a solas con una bolsa de basura que contenía su nuevo uniforme de agente de la ley. La abrió esperando algo muy inferior al uniforme de los otros oficiales. Y tenía razón. Resultaría inferior para la mayoría de la gente, pero no para él. Estaba deseando ponérselo para ver cómo le sentaba. Era un uniforme *beige* de patrullero de carretera, con un sombrero Stetson y una porra. Los pantalones le quedaban algo ajustados y corrían el peligro de rasgarse por el culo si se inclinaba demasiado, pero aun así molaban. La camisa también le apretaba y le marcaba las carnosas tetas más de lo que le hubiera gustado, pero con la placa de Patrulla de Carretera en el bolsillo derecho era una pasada. El sombrero le quedaba perfecto, lo cual era muy agradable. Pero lo mejor del uniforme eran sin duda las gafas de espejo. Aunque estaba en un sótano y fuera nevaba, Sánchez no pensaba quitárselas en ningún momento.

Después de pasearse un rato de un lado al otro de los vestuarios, citando frases de Harry el Sucio, entró por fin en el ascensor y, mientras subía, se miró en el espejo. Sí que tenía una pinta profesional. Cuando se abrieron las puertas, vio que no era el único con un uniforme nuevo. Copito estaba de espaldas a él, inclinada sobre el mostrador, obviamente buscando algo. Llevaba un uniforme azul estándar. También le quedaba ajustado, pero en plan bien. Desde luego le quedaba mejor que lo que llevaba Sánchez. De hecho, con el culo así en pompa, Sánchez advirtió de pronto que Copito estaba en magnífica buena forma. Unas piernas fantásticas, un culo estupendo. De hecho, estupenda toda ella.

Salió del ascensor pavoneándose y dándose golpecitos en la pierna con la porra. Al oírlo, Copito se dio la vuelta a la vez que cerraba con el pie derecho el cajón de su mesa.

—¡Cómo vienes! —exclamó sonriendo—. Pareces Poncharello, de la serie esa de la tele. ¿Cómo se llamaba?

—*CHiPs*.

—Eso es. ¡Estás clavadito a Erik Estrada!

Sánchez se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Y tú pareces Heather Locklear cuando salió en *T. J. Hooker*.

A Copito se le iluminó el semblante.

—¿De verdad?

—Sí. El uniforme de camarera que llevabas siempre no te hacía justicia. ¡Estás tremenda!

El cumplido obviamente le gustó, a juzgar por la expresión radiante de Copito.

—¿Sabes? —comentó con sorna—, como llevas esas gafas oscuras, no sé si me estás tomando el pelo o no.

—Por eso las llevo puestas.

De pronto Sánchez se dio cuenta de que estaban flirteando. ¿Cómo podía ser? Copito estaba como un tren, sobre todo ahora con ese uniforme, ¿cómo es que estaba tonteando con él? Las tías buenas no le hacían ni caso, a no ser que quisieran una copa gratis en el Tapioca. Muy raro. Definitivamente tenía que vigilarla de cerca, decidió. Sobre todo su culo.

Copito pareció sospechar que Sánchez se estaba preguntando por el paradero de *El libro sin nombre*, porque dio una patada al cajón de su mesa.

—El libro está ahí —informó—. Luego preguntaré por ahí, a ver si en las leyendas de vampiros hablan de libros mágicos o algo así. Me voy a meter también en Internet, para averiguar quién lo escribió.

—Pues buena suerte. Creo que te sería más fácil averiguar quién escribió la Biblia.

—De todas formas vale la pena intentarlo —insistió Copito.

Pero Sánchez apenas la oía. Otra cosa reclamaba su atención, otra cosa mucho más importante. Alguien acababa de entrar en la comisaría por las puertas de cristal, alguien a quien reconoció al instante. La mujer de sus sueños.

Jessica.

Iba vestida totalmente de negro y estaba tan despampanante como siempre. Su pelo oscuro brillaba como con luz propia, y su piel blanca lechosa era tersa como la seda. Sánchez había temido no volver a verla nunca, desde que desapareció de su habitación en el Tapioca, donde la había tenido escondida y a salvo durante meses, mientras recobraba la salud. Pero en cuanto salió del coma, hacía poco, desapareció mientras él había salido a comprar. Era un verdadero alivio verla viva de nuevo. Y le alegraba especialmente que hubiera aparecido cuando él llevaba un uniforme supermolón de patrullero de carretera. Si pudiera hacerse también con una moto, resultaría irresistible para cualquier mujer.

—Jessica —dijo, encaminándose tranquilamente hacia ella—. ¿Dónde te

habías metido? Me tenías preocupado. Pensé que Kid Bourbon te habría atacado otra vez.

Era evidente que ella no lo había reconocido de inmediato, pero sí reconoció su voz. Y sonrió. Una buena señal. Se acercó a él con su habitual y atractivo paso cimbreado.

—Bueno, bueno, ¿qué tal, Barrigotas? —saludó, dándole unas palmaditas en la tripa—. ¿Cómo va eso?

—Genial. ¿Cómo tienes hoy la memoria? ¿Estás con amnesia otra vez? Porque deberías saber que nos hemos hecho bastante íntimos.

Jessica sonrió de nuevo.

—Tengo la memoria estupenda. ¿Cómo iba a olvidarme de ti, Sánchez, después de todo lo que has hecho por mí?

Era una señal más que buena. Y lo más probable es que estuviera de nuevo disponible. Su anterior amante, Jefe, había sido asesinado el mismo día en que ella cayó en su último coma, de manera que por fin parecía haber llegado su oportunidad.

—¿Has venido solo a verme? —preguntó él.

—En realidad he venido para denunciar un robo.

Se oyó entonces la voz de Copito detrás de Sánchez.

—Para eso estamos aquí. Por favor, tome asiento, señorita.

Jessica se sentó frente a la mesa de Copito.

—¿Y tú quién eres, guapita?

—Oficial Munroe —contestó Copito, con tono profesional—. ¿Y usted es?

Sánchez contestó por ella:

—Jessica Xavier.

Jessica volvió la cabeza y lo miró con suspicacia.

—¿Cómo sabes mi apellido?

Era una buena pregunta. Sánchez había contratado los servicios de Rick, del Olé Au Lait, para que recabara información entre algunos de sus sórdidos contactos en la prensa. Pero era mejor no admitir eso.

—Hablas en sueños —mintió, agradecido de llevar las gafas oscuras, que evitarían que sus ojos le delataran.

Copito escribió el nombre en el ordenador y al oír que Jessica hablaba en sueños alzó la vista.

—¿Es que dormís juntos?

Jessica la miró sonriendo.

—Huy, sí, nos hemos acostado muchas veces. Sánchez es una fiera en la cama, ¿no lo sabías?

—Pues no.

Sánchez frunció el ceño. Jamás se había acostado con Jessica. ¿A lo mejor ella creía que sí? Desde luego le estaba dejando más que bien delante de Copito. ¿Significaba eso que Jessica iba detrás de él? Si de verdad pensaba que se habían acostado, estaba claro que Sánchez tenía una oportunidad.

—Lo nuestro tiene historia —comentó como si nada.

—Vale. —Copito no parecía muy convencida—. Bien, dígame, señorita Xavier, ¿cuál es el robo que quería denunciar?

—Un libro.

Sánchez se espabiló al oír hablar de otro libro robado, y se apresuró a preguntar:

—¿Qué libro es?

Jessica no apartaba la mirada de Copito, que seguía tecleando en el ordenador.

—Se llama *El libro de la muerte*.

Sánchez se quedó pasmado. Jessica buscaba el mismo libro que Ulrika Price. El libro que él mismo había robado pero que luego había dado a Rick para que devolviera a la biblioteca. ¿Por qué Jessica denunciaba su robo?

Copito conservó la calma, sin dar señal alguna de que, igual que Sánchez, era muy consciente de que Ulrika había denunciado también el robo, y que otro libro la había convertido en polvo y cenizas. Unas cenizas que estaban ahora en el cubo de la basura.

—¿Y sabría decirme de dónde fue robado? —preguntó.

—De la biblioteca municipal.

Copito siguió tecleando un momento, antes de preguntar:

—¿Trabaja usted allí?

—No.

—¿El libro era suyo?

—Sí.

—Entonces ¿por qué estaba en la biblioteca?

—Porque me gusta tenerlo allí.

Copito se mostró desconcertada.

—¿Ha preguntado por él a los bibliotecarios?

—La bibliotecaria jefe es una bruja.

Sánchez asintió.

—Exacto. Bien que se haya ido a tomar por culo.

Jessica se volvió bruscamente en su silla.

—¿Cómo dices? ¿Es que la has visto?

—Eeeeh, bueno... en fin...

Copito salió al rescate.

—Es que salían juntos.

Sánchez arrugó el ceño. ¿De qué coño estaba hablando Copito? Jessica se volvió hacia ella, nada convencida.

—¿Que qué? —preguntó, fulminándola con la mirada.

Copito se encogió de hombros.

—Pues sí. Ya conoces a Sánchez. Todo un mujeriego. En cuanto conoció a Ulrika, la volvió loquita. Pero la mujer resultó ser un pelín psicópata, así que hace poco rompió con ella. ¿Verdad, Sánchez?

Sánchez asintió.

—Ya digo que era una mala bruja. A tomar por culo.

Jessica los miró con suspicacia un momento.

—Vale —dijo por fin—. Pero si la veis, me gustaría saberlo. Podría tener el libro que ando buscando.

—Por supuesto —prometió Copito—. ¿Podría describir el libro?

—Un volumen grande, negro, de tapa dura.

—¿Ya está? ¿Solo negro?

—Por lo que sé, sí. En realidad no lo he visto nunca.

—¿Cómo que no lo ha visto nunca? —se sorprendió Copito—. ¿No decía que el libro era suyo? ¿Cómo no va a saber cómo es?

—En realidad es de mi padre. Es una reliquia familiar que algún día será mía por derecho.

Copito dejó de teclear y frunció los labios, pensativa.

—Mire, señorita Xavier —dijo por fin—, no quisiera parecerle obtusa, pero vamos a ver, si no es más que un libro con las tapas negras y nunca lo ha visto, ¿no sería más fácil ir a una librería y pedir otro?

—No existe otro. Es el único ejemplar que se ha editado.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura —insistió Jessica, con una cierta irritación en la voz.

Sánchez intentó apaciguar los ánimos:

—¿Y no estará disponible en formato digital? —sugirió.

—¡NO ESTÁ DISPONIBLE EN NINGÚN PUTO FORMATO! —bramó Jessica.

—Pero no estaría de más comprobarlo, ¿no? —insistió Sánchez.

Jessica respiró hondo.

—Es un libro escrito a mano. Tiene siglos de antigüedad. Y vale mucho dinero. Por lo menos para mí. Os lo digo porque ofrezco por él una recompensa de cincuenta mil dólares.

A Sánchez se le iluminaron los ojos.

—¿Cincuenta mil pavos?

—Sí, cincuenta mil.

—¿Y de dónde has sacado tanta pasta?

—Mi padre es rico —contestó Jessica, más que irritada por el interrogatorio—. Si recuperas el libro, tráemelo. Estaré en la nueva casa de mi padre, a las afueras de la ciudad.

Copito se puso a teclear de nuevo.

—¿Podría darme la dirección, por favor?

—Sí. Es la Casa de Ville.

Sánchez se quedó de piedra. La Casa de Ville era la antigua casa de El Santino, el barón del crimen recientemente fallecido. Era prácticamente un castillo, de aspecto siniestro. Quien pudiera permitirse vivir ahí debía de tener una fortuna. Una auténtica fortuna.

Antes de que pudiera hacer ningún comentario, entró el capitán Harker por la puerta al fondo del vestíbulo, con un papel en la mano izquierda. Se dirigió directamente hacia Sánchez.

—Eh, Sánchez, tengo un trabajo para ti.

—¿El qué?

—Se ha producido un asesinato en la Calle 48. La ambulancia ya está allí. Según los vecinos, el novio de la mujer del apartamento 406 le rebanó el cuello a un no sé quién. Entérate de quién es ese novio y a ver si puedes averiguar adónde se fue. La mujer es Beth Lansbury. ¿Crees que puedes hacerlo y conseguirme algo útil?

Sánchez se encogió de hombros.

—Bueno, supongo. Beth *la Chiflada*, ¿eh? ¿Quién iba a imaginar que tenía novio?

—Yo no, desde luego. —Harker le dio el papel y las llaves de un coche que se sacó del bolsillo—. Aquí tienes las llaves de tu coche patrulla, el número

siete. Está aparcado ahí detrás. Y la dirección está en ese papel. Si hay algún agente de uniforme por las cercanías de la zona, ya lo enviaré a que te releve.

Sánchez echó un vistazo a la nota.

—¿Se sabe quién era la víctima?

—No era del barrio. Un tipo con una cresta de mohicano de color rosa, por lo visto. Probablemente un asunto de drogas.

Jessica pareció animarse al oír esto.

—¿Has dicho un tipo con una cresta rosa?

—Sí. Vaya pintas, ¿eh?

—¿Cómo se llamaba?

Harker frunció el ceño, intentando acordarse.

—Los enfermeros dijeron que se llamaba Silver o algo así.

—¿Silvinho?

—Eso es. ¿Lo conoces?

—Lo conocía. —Jessica se puso en pie—. Era una auténtica bestia. No hay por aquí mucha gente capaz de acercarse a él lo suficiente como para clavarle un cuchillo en el cuello.

—Pues alguien lo hizo —declaró Harker.

Jessica le arrebató a Sánchez el papel de la mano.

—Bien. Voy contigo, Sánchez. Me gustaría conocer en persona a esta Beth Lansbury.

Menuda suerte. Sánchez no se lo podía ni creer. Aquella era una señal inequívoca de que Jessica quería estar con él. Seguro que era por el uniforme. «A las tías les molan los uniformes», pensó. Era solo su primer día como agente de policía y ya se iba a llevar a Jessica de pareja. Aquello iba a ser el principio de algo muy grande.

Sánchez nunca había conducido un coche patrulla. Había ido varias veces en el asiento trasero, pero eso de estar a cargo de la sirena y las luces azules era una pasada. Y encima con Jessica de pasajera, era ya el no va más.

—Eh, Jessica, mira —dijo, avanzando muy despacio por una calle helada. Se acercó a la acera, donde una anciana caminaba dificultosamente por la nieve con un bastón, intentando no caerse. El coche se acercó a muy pocos metros detrás de ella, Sánchez pulsó un botón en el salpicadero, y la sirena sonó de pronto a un volumen ensordecedor. La anciana pegó un brinco del susto, se resbaló en el hielo y se cayó de espaldas con un grito de dolor. Sánchez apagó la sirena y salió disparado con el coche, dándole un codazo a Jessica, que meneaba la cabeza con desaprobación—. Qué risa, ¿eh? —comentó.

—Para troncharse —replicó ella—. ¿Qué tal si ahora nos vamos ya al escenario del crimen?

—Sí, buena idea. Pero si ves más viejos, dame un toque. O niños. O gatos.

Jessica lanzó un suspiro.

—¿Sabes, Sánchez? En momentos así me extraña muchísimo que sigas soltero. Eres un partidazo.

—Ya, bueno. —Sánchez se enderezó las gafas de sol—. Estos últimos meses que te he estado cuidando para que salieras del coma no he tenido tiempo para nadie más.

—Vaya por Dios.

—Pues hay otra mala noticia. ¿Sabías que a tu antiguo novio, Jefe, le pegaron un tiro en la cara durante el eclipse del año pasado?

—¿Ah, sí?

—Sí. Estará bien jodido.

—No puede estar jodido si está muerto.

—Yo lo estaría.

—Pues vale.

Jessica no pareció inmutarse por la muerte de Jefe. «Es lo que pasa si te tiras meses en coma», pensó Sánchez. Aquello era definitivamente su oportunidad para defender su propio caso.

—Bueno, supongo que ahora que Jefe está muerto, tú también estás libre, ¿no? A lo mejor podríamos quedar tú y yo...

Jessica miraba por la ventanilla del coche.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Como quieras.

Sánchez pisó el freno al llegar a un semáforo en rojo y el coche patinó antes de detenerse por fin, justo antes de pasárselo. Jessica seguía mirando por la ventanilla.

—Me pregunto qué nos vamos a encontrar cuando lleguemos a la escena del crimen —comentó Sánchez.

—Sangre, seguramente. Si de verdad se trata del Silvinho que yo conozco, aquello será una carnicería. No es precisamente presa fácil, y no hay mucha gente en esta ciudad capaz de haberlo matado.

Cuando el semáforo se puso en verde, Sánchez puso el coche en marcha y condujo esta vez con algo más de cuidado.

—Oye, ¿y de qué conocías tú a ese Silvinho? ¿Y quién iba a querer matarlo?

—Kid Bourbon.

—¿Tú crees?

—Sí. —Jessica señaló hacia la carretera—. Ya casi hemos llegado. Veo una ambulancia junto a ese edificio. Debe de ser ahí.

Sánchez se fijó también, y, sí, a unos cien metros más allá había una ambulancia con las luces encendidas y una muchedumbre agolpada en la calle a pesar de que estaba nevando.

—¿Dónde coño voy a aparcar? —masculló, buscando con la mirada.

—Aquí. —Jessica señaló un espacio en el lado opuesto al de la ambulancia.

—Ah, buen sitio. Y además en la puerta del Donut Pringoso.

A pesar de que montó la rueda delantera en la acera, consiguió aparcar sin más problemas. Jessica abrió de prisa la portezuela.

—¿Por qué no vas a por unos donuts? —sugirió saliendo del coche—. Yo voy a subir al apartamento de esa tal Beth Lansbury a ver si hay moros en la costa. Tú puedes ver si el asesino se escapa mientras compras los donuts.

—Buena idea —dijo Sánchez encantado—. ¿Qué donuts te gustan?

—Sorpréndeme.

Sánchez salió del coche, contento de llevar su nuevo sombrero Stetson para protegerse de la nevada, que por fin parecía estar amainando un poco. Para cuando llegó a la acera, Jessica había desaparecido. Era evidente que no le apetecía nada quedarse allí fuera con ese tiempo.

Había una buena multitud en torno a la ambulancia en la puerta de la torre Remington, pero a los médicos no se los veía por ninguna parte. Había también otro coche patrulla más abajo en la calle, lo cual era un alivio, porque así Sánchez no sería el primer oficial en llegar al escenario del crimen y por lo tanto las posibilidades de cagarla se reducían. De todas formas lo más importante ahora era calcular para cuántos donuts le alcanzaba el dinero. El tipo de la tienda tenía pinta de ser también un entusiasta de la bollería. Y de la cerveza y la *pizza*. Era un tío bajo y gordo de pelo castaño rizado, corto por arriba y largo por los lados. Su camiseta sucia de EL DONUT PRINGOSO se le ajustaba de tal manera a las lorzas que parecía que se la hubieran pintado en la piel. Era obvio que el tío se zampaba todos los beneficios.

—¿Tienes alguna oferta especial? —preguntó Sánchez, acercándose al mostrador.

—Yo recomiendo la Caja Gorda.

—¿Y eso qué es?

—Una caja de diez donuts a elegir por cinco pavos.

—De puta madre. Me llevo una.

Sánchez se pasó unos cinco minutos decidiendo qué donuts llevarse. La variedad de la oferta era impresionante, hasta el punto de que al final compró dos cajas, una para llevarse al escenario del crimen y otra para guardarla en el coche patrulla para más tarde.

Para cuando había metido la caja en el coche y cruzaba la calle hacia la multitud de mirones en la puerta de la torre Remington, había dejado de nevar. Jessica no había vuelto y los camilleros tampoco habían sacado ningún cadáver.

—Abran paso, por favor. Oficial de policía.

Sánchez se sacó la porra para ir apartando a la gente hasta llegar al edificio. La puerta del portal estaba entreabierta. Para evitar aplastar los donuts, la abrió con el culo y una vez dentro la cerró de una patada para que no entrase nadie más.

En el pasillo hacía casi tanto frío como fuera en la calle. «¡Menuda mierda de apartamentos son estos!», se dijo. Volvió a guardarse la porra en el cinto y abrió la caja de donuts. Sacó uno glaseado de color rosa y le dio un mordisco. Estaba tan bueno como esperaba. La siguiente decisión: ¿escaleras o ascensor? Se acordó entonces de la peste del ascensor de la comisaría y optó por las escaleras. Además, por las escaleras tardaría más y podría comerse por lo menos otros dos donuts antes de llegar a la cuarta planta. A lo mejor hasta tres.

Cuando por fin llegó, lo recibió un silencio espeluznante. Si aquella era la planta en la que se había cometido el asesinato, ¿por qué estaba tan silenciosa? Debería de ser un hervidero de mirones, enfermeros y policías. Salió de las escaleras a un largo pasillo al final del cual se divisaba el escenario del crimen. El cadáver de un tío con el pelo rosa estaba tirado contra la pared. Incluso desde allí se veía que el tipo estaba hecho un asco. En el suelo había muchísima sangre, y también en la pared. Sánchez se metió el resto del tercer donut en la boca y volvió a sacar la porra, listo para la acción.

Se acercó despacio por el pasillo. Las paredes le recordaban a las del Tapioca después de la típica visita de Kid Bourbon. Estaban cubiertas de sangre y apestaban a muerte. Solo el ruido de sus propios pasos rompía aquel sobrenatural silencio. ¿Dónde coño se había metido Jessica? ¿Y Beth *la Chiflada*? La puerta de su apartamento estaba entreabierta, pero dentro tampoco se oía nada. Sánchez se acercó un poco más, sin saber qué se iba a encontrar dentro. Con la espalda pegada a la pared se asomó a la rendija de la puerta. No vio nada de interés, pero hubiera dado algo por tener una pistola en lugar de una porra. Por fin decidió dar una patada a la puerta, que cedió con un crujido. Nada. Dio otra patada, esta vez más fuerte, manteniendo las distancias por si acaso. Ahora la puerta se abrió del todo y Sánchez contó hasta tres antes de asomarse con la porra en ristre.

Barrió con la vista el apartamento. Nada se movía, de modo que bajó la porra y entró. Y se quedó con la boca abierta al ver aquella carnicería. Era un verdadero baño de sangre.

El Hotel Internacional Santa Mondegga estaba tan impresionante como siempre, lo cual no era moco de pavo teniendo en cuenta que Peto, el Monje, había sido decapitado en el vestíbulo la noche anterior. Y, por supuesto, que Dante le había pegado un tiro en la cabeza a Robert Swann al pie de las escaleras principales. Si a eso se le añade la minucia de que Kacy había disparado a la agente Roxanne Valdez en la cara en uno de los pasillos de las plantas superiores, había que decir que el lugar presentaba un aspecto notable. Nadie habría podido imaginar lo sucedido allí en las últimas veinticuatro horas.

El vestíbulo estaba algo más tranquilo de lo habitual, pero lo mismo sucedía en casi toda Santa Mondegga, sencillamente porque la población había disminuido considerablemente de la noche a la mañana. Dante se acercó al mostrador seguido de Kacy. Reconoció a Benito el recepcionista, que llevaba el asqueroso uniforme rosa que el propio Dante tuvo que llevar también el tiempo que estuvo allí empleado.

—Hola, Benny —saludó alegremente—. He perdido la llave de mi habitación, ¿podrías darme otra?

Benito se mostró razonablemente contento de verlo. Lo cierto es que siempre se habían llevado bastante bien.

—Te costará veinte dólares —informó, con tono de disculpa.

—No pasa nada. Ponlo en la cuenta de la habitación.

—Muy bien.

Benito pulsó unas teclas en el ordenador y sacó de un cajón una tarjeta que le ofreció a Dante.

—Intenta no perder esta también. La multa sube a treinta dólares la próxima vez.

—Gracias.

Cuando Dante se volvió, Kacy ya se dirigía hacia las escaleras.

—¿No quieres ir en el ascensor? —le gritó.

—No. ¿Tú sí?

Dante lo consideró un segundo. Los ascensores eran un mal asunto en Santa Mondegá.

—No. Voy contigo.

Mientras la seguía por las escaleras, admirando su culo la mayor parte del trayecto, se preguntó qué se encontrarían en su habitación. ¿Estaría tal como la dejaron? ¿Estaría la policía investigando las muertes de Robert Swann y Roxanne Valdez? ¿Quedarían vivos bastantes policías para investigar nada? Su nombre aparecía en todas las facturas, y en la *suite* solo se suponía que estaban Kacy y él, de manera que no había razón para que nadie estuviera buscando pruebas en su habitación.

Cuando llegaron se alegró de ver que no había cambiado gran cosa, aparte de que habían hecho las camas.

—Coge solo lo más necesario —indicó a Kacy, sabiendo que no estaría nada dispuesta a dejar atrás demasiadas prendas de su vestuario.

Por supuesto ella le hizo un caso más bien nulo y procedió a llenar una maleta enorme de ropa. Tenía la maleta abierta en la cama y trasteaba en los cajones de una cómoda. Y parecía estar cogiéndolo todo. Dante, por otra parte, hizo una maleta más pequeña solo con un par de calzoncillos, dos tejanos y unas cuantas camisetas.

—Recuerda que no vas a necesitar nada de abrigo —señaló, viendo que Kacy sacaba de los cajones un forro polar—. No vamos a pasar mucho frío estos días.

Kacy vaciló un momento, pero luego dobló el forro y lo metió en la maleta.

—Si volvemos a ser humanos, vamos a necesitar toda la ropa de abrigo que podamos conseguir. Con lo de la nieve y todo eso.

¡Maldita sea! No le faltaba razón. Dante se puso a rebuscar en los cajones donde guardaba su ropa de abrigo.

—¿Sabes, Kace? A veces me parece que eres más lista que yo.

—¿A veces?

—Sí. Y esta es una de esas veces.

—¿Lo dices en serio? ¡Pero si no eres capaz ni de atarte los putos cordones de los zapatos si no te ayudo!

—No llevo zapatos de cordones.

—Y ya sabemos por qué.

—Vale. Pues si eres tan lista, ¿cómo es que soy yo el que tengo que pensar un plan para quitarle de la cara el Ojo de la Luna al tío ese?

—¡Porque fuiste tú quien nos metió en este puto lío!

—¿Y qué?

Kacy lanzó un suspiro.

—A lo mejor a Vanidad se le ocurre algo.

—Podemos preguntarle.

—Tú no, pero yo sí.

—¿Por qué?

—Porque puedo hacer uso de mis encantos con él.

—¿De tus encantos? ¿Y cómo, exactamente? —preguntó Dante, con bastante suspicacia.

—No me refiero a eso. Quiero decir que seguro que sabe cosas de Gaius. A lo mejor si me hago un poco la loca con él podría averiguar algo útil.

—¿Algo útil? ¿Como qué?

—Pues como que a lo mejor Gaius tiene un perro al que saca a pasear él solo.

—¿Un perro?

—Era un ejemplo, hombre. Mira, si tenemos una oportunidad de robar ese Ojo, será cuando Gaius esté solo o, mejor aún, cuando esté dormido.

Dante se rio sarcástico.

—Vaya chorrada.

—Vete a la mierda. —Kacy le tiró en broma unos calcetines enrollados—. Solo estoy intentando pensar en posibilidades.

—Ya lo sé, churri. Estaba de broma.

Dante cerró la maleta, seguro de que llevaba suficientes cosas. Vio de reojo algo en uno de los cajones abiertos que contenía la ropa del ahora fallecido Robert Swann. Era una botella de un líquido claro y una jeringa. Lo reconoció inmediatamente. Se trataba del suero que había bajado la temperatura de su cuerpo lo suficiente para moverse entre vampiros sin ser detectado. Antes de convertirse en un vampiro de verdad, claro. La jeringuilla se había utilizado para administrar las inyecciones del suero.

—Mejor nos llevamos esto —comentó.

—¿Por qué?

—Porque... bueno, no es algo que se encuentre por ahí. ¿Y quién sabe? Igual

volvemos a necesitarlo.

Kacy hizo una mueca.

—No puedo imaginar ninguna razón por la que fuéramos a necesitarlo.

—Bueno, yo ahora mismo tampoco, pero las cosas pasan por algo, ¿sabes?

—¡No me digas! —exclamó la otra sarcástica.

—Pues sí.

—Pues dame una sola razón por la que pudieras necesitar ese suero. Venga, a ver si das con una.

Dante se rascó el mentón con cara de estar pensando, una cara que no ponía muy a menudo. Por fin contestó, aunque no muy seguro.

—¿Y si conseguimos el Ojo y nos curamos? Si fuéramos otra vez humanos, podríamos necesitar el suero para escapar de los vampiros de la ciudad.

Kacy lanzó una exclamación.

—¡Madre mía! Acabas de decir algo sensato.

Dante frunció el ceño.

—Pues es verdad. ¿Verdad?

—Sí. Eso es una señal de que vamos a salir de esta. ¡Quién sabe qué otros milagros podrían ocurrir!

Dante se metió la jeringuilla en un bolsillo interior de la chaqueta y el frasco de suero en un bolsillo de los tejanos.

—Venga, vámonos. ¿Lo tienes todo? —preguntó.

Kacy echó un último vistazo en torno a la habitación antes de cerrar su maleta. Estaba todo relativamente en orden y no parecía haber evidencia alguna a la vista de que hubiera pasado nada raro. El único problema posible era que dejaran atrás alguna ropa de Robert Swann, pero tampoco era demasiado preocupante.

Volvieron por las escaleras a la recepción. Para cuando llegaron, Kacy se quejaba del peso de su maleta.

—¿No me la puedes llevar? —gimió.

—¡Pero qué hablas! Tenemos un puto paseo de tres kilómetros hasta La Ciénaga.

—Joder. Yo no puedo andar tanto.

—Vale. ¿Y si voy a pillar un coche del *parking*? Nos ahorraría mucho tiempo y energía.

—Totalmente de acuerdo —dijo Kacy—. No sé tú, pero yo me siento un poco débil. Me iría muy bien beber algo, no sé si me entiendes.

Dante sí que la entendía. También él volvía a sentir la sed de sangre humana. ¿En eso consistía ser un vampiro, en el ansia constante de la emoción de beber sangre?

—Yo también tengo una sed del carajo —comentó, dirigiéndose ya al aparcamiento trasero.

Una vez allí echó un vistazo a los coches disponibles. El *parking* estaba bastante lleno. Los coches se alineaban en hileras de veinte y había unas diez hileras.

—¿Ves alguno que te guste en especial? —le preguntó a Kacy.

—¿Lo dices de broma? Están todos cubiertos de nieve. Todos parecen iguales.

—También es verdad. Entonces elijo yo.

No tardó un instante en decidirse.

—Espérate aquí, y estate atenta por si aparece algún policía. Vuelvo en un segundo con el coche.

Dejó su maleta a los pies de Kacy y se perdió entre los vehículos. Kacy sabía que se le daba muy bien robar coches. Podía ser bastante estúpido, y carente de capacidades tan sencillas como la discreción, pero era capaz de entrar y hacerle un puente a un coche en menos de treinta segundos.

Su confianza en él demostró estar bien fundada cuando oyó el ruido de un motor. Un momento después un vehículo se acercaba a ella. Kacy se dio un golpe en la frente exasperada al ver al volante el rostro sonriente de Dante.

Había elegido un coche patrulla.

El vehículo se detuvo junto a ella y Dante bajó la ventanilla.

—Echa ahí detrás el equipaje y sube —le dijo, haciendo sonar sin querer la sirena al ir a subir de nuevo la ventanilla.

Sabiendo que no había tiempo para discutir o señalar la estupidez de robar un coche de policía, Kacy subió sin decir nada, y no tardaron en salir del *parking* del hotel a las calles heladas de la ciudad.

—¿No podías haber elegido algo menos discreto? —preguntó por fin.

—Siempre quise llevar un coche de policía.

Cuando iban por la calle principal en dirección a La Ciénaga, la radio cobró vida con un chisporroteo y se oyó una voz fuerte y clara.

—Aquí el detective Sánchez García, pidiendo refuerzos. Estoy en la cuarta planta de la torre Remington en la Calle 54. Tengo aquí unos cadáveres sin identificar y hay sangre por todas partes. Creo que los asesinatos acaban de

cometerse y el asesino todavía podría encontrarse en las proximidades. Estoy solo. Por favor, envíen refuerzos porque si no yo me largo de aquí cagando leches. —Se produjo una pausa y luego añadió—: Tengo donuts.

Dante y Kacy se miraron un instante y Kacy dio voz a lo que ambos estaban pensando.

—Acaba de decir que había sangre por todas partes. Sangre fresca. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Sí. Sangre fresca. Y no tendríamos que matar a nadie.

—La torre Remington nos queda solo a un par de manzanas.

Dante pisó a fondo el acelerador.

—Llegamos en dos minutos —aseguró.

El charco de sangre se extendía poco a poco hacia los pies de Sánchez, que volvió a mirar un momento al muerto del pelo rosa. El pobre diablo tenía el cuello rebanado y todavía le manaba sangre sobre la camisa. Pero lo suyo parecía haber sido una fiesta, en comparación con la mujer justo al otro lado de la puerta del apartamento 406. Sánchez le calculaba unos treinta y pocos años, pero tenía la cara tan destrozada que no podía saberse muy bien. Le habían sacado los ojos y estaba cubierta de sangre medio seca. Tenía la barbilla un poco gorda, pensó tontamente. Y también llena de sangre, sin duda debido en parte al hecho de que le habían arrancado la lengua. Una rápida ojeada reveló que no era la única víctima. Había otros dos cadáveres en la sala, ambos en similar estado. Pero ni rastro del asesino. Ni, por cierto, de Jessica.

A la mujer muerta le habían rasgado la blusa y se veían furiosas cuchilladas en su pecho. De hecho, Sánchez estaba bastante seguro de que uno de sus pezones estaba en el suelo junto a sus pies. En una inspección más atenta de la blusa advirtió que llevaba en ella el logotipo del hospital local y la palabra MÉDICO bordada en letras verdes en el bolsillo del pecho. Con sus nuevas habilidades detectivescas, Sánchez llegó a la conclusión de que los cadáveres pertenecían al equipo de la ambulancia.

Los otros dos cuerpos estaban también bastante destrozados. Uno de ellos, con un uniforme blanco de médico, estaba a gatas con la cabeza incrustada en el televisor. Otro, un negro, yacía boca arriba en posición crucificada, mirando al techo. Bueno, habría estado mirando si tuviera ojos, pero se los habían arrancado y lo único que quedaba eran dos cuencas vacías. Su uniforme blanco estaba tan manchado como el de la mujer sobre la que Sánchez estaba pasando. No era de extrañar que el sitio apestara horriblemente. Por lo menos uno de los muertos se había cagado encima, pensó Sánchez. La peste era tal que le dieron ganas de

echar un buen chorro de ambientador Frescor del Bosque. También era de notar que en el apartamento hacía tanto frío como en la calle. La razón del frío se hizo evidente cuando una fuerte ráfaga de viento abrió las cortinas.

—Pero ¿a qué gilipollas se le ocurre dejar las ventanas abiertas con este tiempesito? —se preguntó en voz alta, aferrando con fuerza el extremo de su porra.

Entonces, detrás del sofá, advirtió otros dos cadáveres, dos hombres con el uniforme azul de la policía.

—¿Qué coño?

Ninguno tenía heridas de bala. Aquello le recordó al asesinato de su hermano Thomas y su mujer, Audrey. Los había encontrado muertos en un estado similar el año anterior. Los dos agentes estaban bañados en sangre, les faltaban los ojos y las lenguas tampoco es que se les vieran. Pero ¿qué había pasado allí? Se inclinó sobre el cuerpo más cercano para verlo de cerca. Era un gordo de más de cuarenta años, obviamente amante de los donuts, con el pelo cano. En una funda junto al tórax llevaba una pequeña pistola. Sánchez se guardó la porra y deslizó los dedos por la culata, esperando no mancharse de sangre. Por fin sacó la pistola de la funda y le echó un buen vistazo. Estaba bastante limpia de sangre, por lo menos la culata, de manera que la sostuvo con firmeza en la mano derecha. Si había un asesino por allí suelto, tenía que estar listo para apuntarle y por lo menos fingir que podía disparar. Su pericia con las armas de fuego era más bien inexistente, pero más le valía llevar pistola, aunque fuera para dar el pego, que no llevarla.

Buscando alguna otra cosa que pudiera serle de utilidad advirtió que el agente tenía también una radio en el cinto.

Sánchez había querido tener una radio desde que era pequeño, y viendo que el muerto no la iba a necesitar, le pareció lógico quedarse con ella. Se la guardó en el cinto junto con la porra. Luego siguió con su inspección del escenario del crimen.

—¿Jessica? —llamó vacilante—. ¿Jessica? ¿Estás ahí? ¿Hola? ¿Hay alguien?

La única respuesta que recibió fue otra ráfaga de viento que hinchó las cortinas color crema. A su derecha estaba la cocina, y en el rincón una puerta abierta daba a un estrecho pasillo. Al final de ese pasillo había una puerta cerrada. Con la pistola en la mano, Sánchez decidió investigar. Podía encontrar allí más cadáveres, o al propio asesino. Pero cabía la lejana posibilidad de que

Jessica estuviera allí, de manera que merecía la pena echar un ojo. ¿Y dónde se había metido Beth Lansbury? ¿Sería ella la que se los había cargado a todos? Al fin y al cabo estaba como una cabra. Y aquel era su apartamento.

Al salir al pasillo advirtió otra puerta a la izquierda. ¿Un cuarto de baño, tal vez? Giró despacio el pomo, con la pistola lista, por si acaso. La puerta se abrió hacia dentro con un crujido, y justo delante de él apareció un retrete blanco. Con sus nuevas dotes de detective dedujo que se trataba, efectivamente, de un cuarto de baño. Y allí no había señales de violencia, ni siquiera restos de mierda dentro del retrete. Miró detrás de la puerta y le alegró ver que no había nadie escondido. Salió pues de allí y siguió avanzando de puntillas hacia el fondo del pasillo.

A estas alturas el corazón le martilleaba en el pecho y su respiración era más ruidosa de lo que habría querido. Temiendo lo que pudiera encontrar, respiró hondo, abrió la puerta de golpe y retrocedió de un brinco, apuntando con la pistola hacia la habitación, por si las moscas. Nada. No se oyó ni un ruido, y todo lo que veía era una pared azul al fondo y el pie de una cama a la derecha. Entró muy despacio. Allí no había nada de interés. Solo una cama hecha, una cómoda y un vestidor. A la habitación no había llegado la carnicería del salón. Con un suspiro de alivio se metió la pistola en los tejanos, a su espalda, salió del dormitorio y cerró la puerta.

El asesino parecía haber huido, posiblemente al ver que Sánchez llegaba para investigar. De manera que estaba solo en el apartamento. Sería un buen momento para llamar pidiendo refuerzos, barruntó. Se sacó la radio del cinto y habló en la frecuencia policial.

—Aquí el detective Sánchez García, pidiendo refuerzos. Estoy en la cuarta planta de la torre Remington en la Calle 54. Tengo aquí unos cadáveres sin identificar y hay sangre por todas partes. Creo que los asesinatos acaban de cometerse y el asesino todavía podría encontrarse en las proximidades. Estoy solo. Por favor, envíen refuerzos porque si no yo me largo de aquí cagando leches. —Sabiendo que nadie acudiría sin un incentivo decente, añadió—: Tengo donuts.

Pero lo primero era lo primero, y ahora que comenzaba a remitir la descarga de adrenalina provocada por la búsqueda de Kid Bourbon por el apartamento, se estaba meando vivo. Volvió al aseo, levantó la tapa del retrete y se abrió la bragueta. Nada aliviaba mejor una situación tensa que verter al mundo su caldo especial. Mientras escuchaba el sonido del pis cayendo en el agua de la taza, se preguntó una vez más qué habría sido de Jessica. A lo mejor se había escapado

por una ventana abierta del salón. Era una posibilidad. Era una joven de muchos recursos. De hecho, igual estaba colgada del repecho de la ventana esperando que él acudiera al rescate, ¿no? Desde luego valía la pena echar un vistazo.

Cuando terminó se abrochó la bragueta y al ir a tirar de la cadena notó que se le caía la pistola que llevaba metida en el cinto. No, se la estaban quitando.

Huy.

Oyó un chasquido. Alguien había quitado el seguro del arma.

Mierda.

Con el ruido de fondo de la cisterna, Sánchez se dio la vuelta lentamente. Detrás de él, apuntándole con la pistola a la cara, había un hombre ataviado con unos tejanos y una camiseta blanca bajo una chaqueta negra de cuero. No era su atuendo habitual, pero aun así Sánchez lo reconoció de inmediato. Era Kid Bourbon.

Levantó las manos en gesto de rendición. Kid Bourbon siempre tenía la misma mirada asesina, de manera que Sánchez confió en que siguiera la racha de suerte que le había hecho sobrevivir a todos sus encuentros con él. El rostro de Kid Bourbon mostraba verdadera furia. A lo mejor es que vivía allí, ¿no? En ese caso, Sánchez confió en que no advirtiera la salpicadura de pis que había producido al no apuntar bien en el retrete. Lo único que hacía falta era presionar ligeramente el gatillo de la pistola, que estaba inconvenientemente apuntada hacia su cara, y sería su fin.

Kid Bourbon habló primero.

—¿Dónde está Beth? ¿Qué coño ha pasado aquí? —Miró a Sánchez de arriba a abajo y añadió—: ¿Y por qué coño vas vestido de policía gay?

Sánchez se quedó más bien desconcertado por las preguntas. Seguro que Kid Bourbon tenía que saber más que él de lo que había sucedido allí, ¿no? Al fin y al cabo, él tenía que ser el asesino, ¿no?

—¿Por qué me preguntas a mí? Quiero decir, ¿no te has cargado tú a esta gente? ¿Y a Jessica también? ¿Qué has hecho con ella?

Kid Bourbon se quedó atónito.

—¿Qué?

—Jessica. Que dónde está. Vino por delante de mí, pero cuando llegué ya no estaba, y había un montón de muertos por el suelo. ¿Qué has hecho con ella? ¿Y por qué estás empeñado en matarla?

Kid Bourbon bajó la pistola.

—¿Jessica ha estado aquí?

—Pues sí. ¿Es que no la has visto?

—La maté durante el eclipse el año pasado. Está muerta.

—No. Yo la cuidé hasta que se puso bien. Ahora está bien. O por lo menos lo estaba. Pero no doy con ella. Debe de estar aquí, por alguna parte.

Kid Bourbon alzó de nuevo la pistola para apuntarle a las narices.

—¿Dónde coño está Beth?

—¿Beth *la Chiflada*?

—¿Cómo?

—Beth Lansbury.

—Sí, Beth Lansbury. ¿Dónde está?

Sánchez se encogió de hombros.

—Yo qué sé. No estaba aquí cuando llegué.

Kid Bourbon bajó la pistola y salió del baño, en dirección al dormitorio al final del pasillo.

—Ahí no hay nada —informó Sánchez—. Acabo de mirar.

Kid Bourbon abrió la puerta para echar un vistazo él mismo. Sánchez bajó los brazos y se asomó para ver qué pasaba. Un momento después Kid Bourbon volvía furioso por el pasillo. Sánchez se retiró de nuevo al interior del baño. Kid pasó de largo y entró en el salón. Por suerte no parecía que matar a Sánchez se contara entre sus prioridades. Y también parecía que no tenía ni idea de lo que había sido de Jessica. La única explicación es que al ver a Kid Bourbon hubiera huido por alguna ventana.

Con mucho cuidado volvió de puntillas al salón, tratando de no hacer movimientos bruscos. Kid Bourbon miraba por la ventana las calles alfombradas de nieve. Al oírlo, se volvió hacia él.

—¿Tú has abierto esta ventana? —preguntó.

—No —contestó Sánchez, levantando de nuevo las manos—. Ya estaba abierta cuando llegué. ¿Hay algo ahí fuera?

—Solo unas huellas en la nieve.

—Supongo que Jessica se te ha vuelto a escapar.

Kid Bourbon meneó la cabeza.

—Y se ha llevado a Beth.

—Se han escapado las dos, ¿eh?

Kid Bourbon señaló los cadáveres tirados por el suelo.

—¿Tú quién crees que ha matado a estos capullos?

Sánchez pensó que era una pregunta con trampa.

—Pues tú, ¿no?

—Pero ¿eres gilipollas o qué? Se los ha cargado Jessica, a todos.

—Eso es una chorrada.

—No es una chorrada.

—Vale.

Kid Bourbon volvió a mirar hacia la calle mientras se sacaba de los tejanos un móvil para marcar un número. Era la oportunidad de Sánchez. Había otro policía muerto en el suelo, que podía llevar encima otra pistola. Ahora que Kid estaba distraído y mirando por la ventana, Sánchez se acercó al cadáver y tanteó queriendo sacar la pistola de su funda sin llamar la atención. El ensordecedor estallido de un trueno lo sobresaltó. A esto siguió el resplandor de un relámpago y el martilleo del granizo sobre las escaleras metálicas al otro lado de la ventana. Kid seguía mirando sin inmutarse, con el móvil en la oreja. Sánchez tiró de la pistola, que salió limpiamente de su funda. Era su oportunidad. Tenía el corazón acelerado y le temblaban las manos. ¿De verdad se iba a atrever? ¿Iba a disparar a Kid Bourbon por la espalda, y salvar a Jessica de sus iras de una vez por todas? Respiró hondo y alzó la pistola para apuntar a la nuca de Kid. Pero antes de poder apretar el gatillo oyó un pitido a su espalda. Era un móvil.

Kid Bourbon se giró bruscamente. Pero pasó por delante de Sánchez sin hacerle ni caso. Se agachó junto al sofá para coger el móvil que había en el suelo. Por lo visto todavía no se había dado cuenta de que Sánchez estaba armado. El rechoncho camarero-policia volvió a apuntarle al cuello y se preparó para disparar.

Kid estaba leyendo un mensaje en el móvil. Y el contenido lo puso negro, obviamente, porque tiró el teléfono contra la pared y habló sin mirar a Sánchez siquiera.

—Deja esa pistola, gilipollas.

Sánchez bajó la pistola, pero no la soltó.

—¿Ese móvil de quién es?

—De Beth. Se ha ido. Se ha largado, joder. —Y se volvió hacia Sánchez con expresión desesperada—. La próxima vez que decidas curar a alguien intenta comprobar primero si es un vampiro, pedazo de imbécil.

—¿Eh?

—Dame la pistola.

Sánchez tendió el arma y Kid Bourbon se la arrebató bruscamente y se puso a mirar si estaba cargada, algo que Sánchez no había hecho. Tras comprobar que

sí lo estaba, preguntó:

—¿Dónde vive Jessica?

Sánchez se encogió de hombros.

—Ni idea.

Kid Bourbon le apuntó a la cabeza.

—Vive en Cinnamon Street.

—Última oportunidad.

—La Casa de Ville. Dijo que se alojaba en la Casa de Ville.

Kid Bourbon le dio un buen empujón en el pecho, estrellándolo contra la pared. A continuación salió por la ventana.

—¿Adónde vas? —preguntó Sánchez.

—¿Tú qué crees?

Kid desapareció por fin y Sánchez lanzó un suspiro de alivio, mirando los cadáveres en el apartamento. Era imposible que Jessica hubiera matado a esa gente. Ni tampoco podía ser una vampira, como había insinuado Kid. Ya habían informado de que un hombre había matado a Silvinho, de manera que la única explicación lógica era que ese mismo hombre había matado también a los otros. Y ahora iba a matar a Jessica. Sánchez tendría que avisarla. Y conseguirle también *El libro de la muerte*.

Cuando aparecieron las luces azules de la ambulancia junto a la torre Remington, Dante sacó el coche patrulla de la carretera para meterse por un callejón. Aparcó junto a unos contenedores de tamaño industrial y apagó el motor.

—¿Por qué aparcamos aquí? —preguntó Kacy.

—Por discreción.

Kacy soltó una exclamación y le agarró la mano.

—¡Ay, Dios mío! ¡Eres como Skynet!

—¿Qué?

—Que has cobrado conciencia de ti mismo.

—¿De qué me estás hablando?

—Has aprendido a ser discreto. No te puedes ni imaginar lo orgullosa que estoy de ti ahora mismo.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Un poquito.

Dante apartó la mano y salió del coche. Para cuando Kacy salió también, él ya estaba en la boca del callejón, mirando hacia la calle. Kacy se asomó por encima de su hombro. Una multitud de gente se arracimaba en torno a la ambulancia, aunque no había señales de médicos ni enfermeros.

—¿Tú qué crees? —preguntó Kacy—. ¿Vale la pena ir a echar un vistazo?

Dante no contestó. Miraba fijamente algo al otro lado de la calle. Kacy no advirtió allí nada inusual.

—¿Qué pasa?

Dante salió de entre las sombras del callejón y señaló un coche.

—Es el coche de Kid Bourbon. Anda por aquí.

—Entonces eso explica la ambulancia. Seguramente ha matado a alguien.

—Eso espero. Si vuelve a ser el mismo de siempre y anda matando a gente inocente, podría ser un aliado muy útil. Vamos a echar un vistazo al coche, a ver si puedo abrirlo.

Kacy no estaba muy segura de los beneficios de abrir por la fuerza aquel coche, pero sabía que a Dante le encantaba hacerlo. Lo siguió mirando a un lado y otro por si alguien se fijaba en ellos, sabiendo que Dante abriría el coche en cuestión de segundos.

Efectivamente, Dante cogió la manija de la puerta del coche negro y no tardó en estar dentro. Cuando Kacy subió también, Dante ya estaba haciendo un puente.

—¿Por qué lo vas a poner en marcha?

—Si podemos esconderle el coche, no podría largarse sin nosotros.

—¿Kid Bourbon haría eso?

—Digamos que sus antecedentes no son buenos.

—¿Y si vuelve y te pillan?

—No le importará. Creo.

Kacy cerró la portezuela. La nieve seguía cayendo abundantemente. Sospechaba que de no ser una vampira estaría muerta de frío.

—Date prisa, ¿quieres? No me apetece que nos pillen.

Un segundo después el motor se ponía en marcha.

—Mira cómo suena —comentó Dante—. Es un coche de putísima madre.

De pronto apareció una figura en la ventanilla de Dante y la puerta se abrió de golpe.

—¡CUIDADO! —chilló Kacy.

Antes de que Dante pudiera decir nada, una manaza lo había agarrado del pelo para sacarlo del coche. Kacy salió de un brinco, rodeó el coche a la carrera y se encontró a Dante tirado en la acera a los pies de un tipo. Dante alzó la vista hacia ella.

—Kace, te presento a Kid Bourbon.

Kid ignoró a Kacy y cogió la mano de Dante.

—¿Tú qué coño haces robándome el coche? —preguntó, levantándolo del suelo.

—Te estábamos buscando, tío —contestó Dante mientras se sacudía la nieve.

—¿Por qué? ¿Qué quieres? —Kid Bourbon retrocedió un paso para mirarlos bien—. ¿Y cuándo coño te has convertido en vampiro?

—Anoche. Justo después de que me dejaras tirado.

—¿Qué pasó?

—Que me mordió un puto chupasangre. Se suponía que tenías que venir conmigo a rescatar a Kacy de los cabronazos del Servicio Secreto, ¿te acuerdas?

Kid se encogió de hombros.

—Lo siento, tío. Tenía otras cosas que hacer.

—Sí, ya, pues ahora somos unos putos vampiros, ya ves. Y así nos vamos a quedar como no le quitemos el Ojo de la Luna al pollo ese, Ramses Gaius.

—¿Ramses Gaius?

—Sí, una especie de momia. Es el que dirige ahora el cotarro por aquí. Está planeando tomar la ciudad y luego el mundo. Anda reuniendo un ejército gigantesco de no muertos.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Porque esta mañana nos convocaron a la Casa de Ville, que es donde se está montando todo el tinglado.

—¿La Casa de Ville?

—Sí.

—Mierda. ¿Y hay allí todo un ejército de vampiros?

—Sí. Y van a meter en el ajo también a los hombres lobo.

Kid se estaba poniendo nervioso.

—Pero ¿no maté a todos los putos vampiros ayer?

—Se ve que no, obviamente. Te cargaste a la mayoría de las Sombras, los Cerdos y los Terrores, pero quedan un mogollón de los pandas y de los Peste Negra.

—Odio a esos putos pandas.

Kacy decidió intervenir, esperando obtener respuesta a la anterior pregunta de Dante.

—Bueno, ¿puedes ayudarnos a quitarle a Gaius el Ojo de la Luna o qué?

Kid frunció el ceño.

—¿Cómo coño ha conseguido una momia echarle el guante al Ojo de la Luna?

—Se lo quitó a Peto —contestó Dante.

—¿El monje?

—Sí.

—¿Y ahora dónde está?

—Le han cortado la cabeza.

—Bien —dijo Kid—. Ese monje era un gilipollas.

—¿Puedes ayudarnos o no? —insistió Kacy.

—Ya tengo mis propios problemas. Mi novia está muerta o a punto de estarlo. Si está viva, estará en la Casa de Ville. —Echó a andar hacia su coche y añadió—: Y por lo que acabáis de decirme, aquello va a ser una puta fortaleza.

Dante se apartó para dejar que Kid llegara al coche.

—Es una mierda que tengan secuestrada a la novia de uno, ¿eh? —comentó.

—Pues sí. —Kid se metió en el coche y fue a cerrar la portezuela, pero Dante se lo impidió.

—Espera un momento. ¿Quieres que te echemos una mano para rescatar a tu chica?

—No.

Kacy se inclinó sobre el coche.

—Si te ayudamos, ¿nos ayudas tú a quitarle a la momia esa el Ojo de la Luna?

Kid Bourbon los miró a ambos, obviamente considerando la oferta.

—No vais a conseguir ese Ojo —sentenció por fin—. Es imposible que Gaius os deje siquiera acercaros a él.

—Entonces tendremos que matarlo, ¿no? —replicó Dante.

—Pues buena suerte. —Kid tiró de la puerta para cerrarla, pero Dante seguía agarrándola con fuerza, para su evidente irritación—. ¡Suelta la puerta de una puta vez, tío!

—Ciérrala si puedes —le desafió Dante.

Kid Bourbon tiró con fuerza, pero la portezuela no se movió. Dante era más fuerte que él y no le costó trabajo sujetarla.

—¿Ves? Nos necesitas tanto como nosotros a ti. Ya no eres la bestia de otros tiempos. ¿Recuerdas que anoche utilizaste el Ojo de la Luna para convertirte en un tío normal?

—Suelta la puerta.

—Ahora soy más fuerte que tú. Y calculo que Kacy también. Si quieres recuperar a tu novia, nos vas a necesitar. Y para matar a Ramses Gaius te vamos a necesitar a ti.

A Kid Bourbon pareció molestarle bastante aquello de que ya no era la bestia de otros tiempos. Una vez que aceptó que Dante no le iba a dejar cerrar la puerta, dejó de tirar.

—Entrad —dijo.

A Kacy no hubo que decírselo dos veces. Salió disparada hacia el lado del copiloto.

—¡Me pido delante!

—Tu chica es rápida, ¿eh? —le dijo Kid a Dante.

Kacy se quedó esperando pacientemente, mientras la nieve se asentaba en su pelo, a que Dante entrara en el asiento trasero. Por fin se sentó ella también y cerró la puerta. Kid Bourbon sacó el coche de la cuneta y aceleró por el medio de la carretera. El hielo, la nieve y algo de granizo se estrellaban contra el parabrisas, impidiendo casi por completo la visibilidad. Kacy tomó la súbita decisión de ponerse el cinturón de seguridad. Cuando ya llevaban en marcha un par de minutos, hizo una cortés observación:

—¿La Casa de Ville no está en dirección contraria?

—Sí. Tenemos que parar un momento en un bar.

—¿Por qué?

—Porque necesito una copa.

El trabajo de policía estaba resultando ser bastante cansino. Sánchez se había pasado otra hora en el apartamento de Beth Lansbury explicándole a otro oficial exactamente qué creía que había sucedido allí. Un equipo de informativos de la cadena local había aparecido también para informar de los asesinatos. Les concedió una breve entrevista y explicó que Kid Bourbon había asesinado a todo el mundo y había huido asustado cuando llegó él. Todos parecieron quedar bastante impresionados y Sánchez se moría de ganas de verse en las noticias de la tarde, ensalzado como un héroe. Ya era hora de recibir algún reconocimiento por sus servicios públicos.

Regresó a la comisaría a primeras horas de la tarde y se encontró a Copito todavía sola en la recepción. Estaba sentada a la mesa, leyendo un libro y no le vio llegar. Solo cuando Sánchez se encontraba a pocos metros de ella, alzó la vista.

—Hey, Sánchez, ¿cómo ha ido?

El camarero se quitó el Stetson y se enjugó el sudor de la frente. Aunque no había mucha luz en la comisaría, mantuvo las gafas de sol porque molaban. Se abanicó con el sombrero unas cuantas veces y meneó la lengua en la boca queriendo crear una cierta tensión antes de contarle sus aventuras a Copito. Por fin, ya convencido de que Copito estaba desesperada por saber qué tenía que decir, comenzó a narrar los trepidantes sucesos de la tarde.

—Bueno, perdí a Jessica, me tropecé con Kid Bourbon y vi un mogollón de cadáveres. Ya sabes, lo de siempre.

Copito se mostró debidamente impresionada.

—¿Lo dices en serio? ¿Quién ha muerto? ¿Y qué ha pasado con Kid Bourbon?

Sánchez plantó sus abundantes nalgas al borde de la mesa.

—Los muertos eran los de la ambulancia, un par de polis y el tío del pelo rosa.

—Dios mío. ¿De verdad?

—Sí. Tuve que llamar a otra ambulancia. Y luego tuve que conceder una entrevista a la prensa, ¿sabes?, porque piensan que soy un héroe y eso.

—¡Vaya! ¿Vas a salir esta noche en las noticias?

Sánchez se encogió de hombros.

—Puede ser.

—Guay. Espero que recordaras todos los detalles. Y no olvides que tienes que escribir un informe para el capitán.

—¿Tú crees?

—Es el protocolo, ¿no?

—Bueno, al final apareció uno de la científica y dejé que limpiara él todo el desaguisado. Seguramente hará él el informe. Yo hago uno si me lo pide el capitán Harker, pero es un caso cerrado. Kid Bourbon mató a todo el mundo y se largó por la ventana cuando yo llegué. Creo que lo asusté.

—¡Vaya! ¡Menudo día has pasado!

—Bueno, igual que cualquier otro.

Copito metió un marcador de cuero negro en el libro que estaba leyendo y lo cerró para dedicar a Sánchez toda su atención.

—Bueno, ¿y qué ha pasado con Jessica? ¿La has perdido?

—Entró antes que yo. Debió de ver a Kid Bourbon y seguramente huyó por si intentaba matarla otra vez.

—¿Tú crees que está bien?

—Supongo que se habrá vuelto a la Casa de Ville.

—No se te ocurrirá ir allí esta noche, ¿verdad? Ahora que Kid Bourbon anda suelto otra vez. ¡Y con los vampiros!

Sánchez meneó la cabeza.

—No, esta noche no. Primero voy a recuperar *El libro de la muerte*. Eso la animará mucho, si aparezco mañana por allí con el libro que anda buscando.

—¿Y crees que lo vas a poder encontrar? —preguntó Copito, nada convencida.

—Lo tenía esta misma mañana.

Ella se echó a reír.

—¡Qué gracioso eres!

—No, en serio. Lo saqué prestado de la biblioteca. —Se calló de pronto y

miró alrededor por si alguien estaba escuchando—. Pero sin ficharlo.

Copito lanzó una exclamación.

—¡Dios mío! ¡Eres tú el que lo robó!

—¡Chiss! —Sánchez miró de nuevo en torno a él—. Esta mañana se lo di a Rick para que lo devolviera a la biblioteca, justo antes de que me hicieras el desayuno.

—Pero ¿por qué se lo diste a Rick?

—¿A ti qué te parece? Para no tener que enfrentarme a las iras de la bruja de Ulrika.

—Ah, claro, claro.

Copito respiró hondo con los dientes apretados, como un mecánico a punto de dar el presupuesto para unos frenos nuevos.

—Pues yo en tu lugar me cuidaría de que no me vieran con *El libro de la muerte* —le advirtió.

—¿Qué quieres decir?

Ella señaló el grueso volumen de tapa dura que había estado leyendo con tanta concentración cuando Sánchez entró en la comisaría.

—En este libro se habla un poco de él.

—¿Sí? ¿Y qué dice?

Copito lo abrió y comenzó a buscar entre las páginas.

—Dice que es un antiguo libro egipcio que se utilizaba para registrar los nombres de los muertos —explicó, mientras seguía buscando la página en concreto—. También cuenta que había un antiguo faraón de Egipto que dominaba las artes oscuras, y que por lo visto encontró la manera de escribir en él los nombres de los muertos antes de que murieran.

Sánchez se bajó de la mesa para mirar el libro sobre el hombro de Copito.

—¿Y eso cómo lo podía hacer?

Copito encontró por fin el pasaje que buscaba.

—Mira —señaló—. Aquí dice que escribía los nombres de sus enemigos en *El libro de la muerte*. Según esto, sus enemigos quedaban condenados a morir en la fecha especificada en el libro.

Sánchez se rascó el mentón, pensativo.

—*El libro de la muerte* que le di a Rick estaba lleno de nombres, y en la parte superior de cada página había una fecha, pero estaban todas en números romanos o algo y no las entendí.

Copito meneó la cabeza.

—¿Y no te parece que un libro así debería ser destruido?

—No sé. —Sánchez señaló con la cabeza el libro que tenían en la mesa—. ¿Qué libro es este que estás leyendo?

—El que utilicé para matar a la bibliotecaria.

—¿Y cómo se llama?

—No tiene nombre.

Sánchez se apartó bruscamente de la mesa.

—¡Joder! ¿Estás leyendo *El libro sin nombre*?

—Sí.

—¡Joder, joder! ¡No me habías dicho que era *El libro sin nombre*!

—¿Y qué? ¿Qué pasa?

—Que ese libro salió en las noticias hace un tiempo. Todos los que lo habían leído habían muerto. La policía no llegó a averiguar por qué. Ayer mismo estaba buscándolo yo en la biblioteca cuando me llevé en cambio *El libro de la muerte*.

—Ya he leído como unas cien páginas. ¿Eso significa que me voy a morir?

—Puede ser. No lo sé.

—Qué raro, ¿no?

—¿El qué?

—Que existan dos libros que por lo visto provocan la muerte.

Sánchez se quedó pensando un instante.

—Sí, supongo —dijo por fin.

—¿Cuál crees que será el peor? —preguntó Copito.

—Me imagino que los dos son bastante chungos.

Copito hizo una mueca. Parecía verdaderamente preocupada.

—Creo que prefiero haber leído unas cien páginas de *El libro sin nombre* antes de que aparezca mi nombre escrito en *El libro de la muerte* —decidió por fin.

Sánchez se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo del pecho para ver mejor *El libro sin nombre*.

—¿Le has hablado de esto al capitán Harker? —quiso saber.

—No. Está muy ocupado con el caso de un asesino de niños. Lleva saliendo todo el día en las noticias, hablando de eso.

—Un asesino de niños, ¿eh?

—Sí. Alguien se está dedicando a envenenar niños para dejarlos sin sangre.

—Un puto vampiro, seguro.

—Fijo. Harker calcula que podría haber cientos de víctimas, huérfanos en su

mayoría.

—Bueno, pues tenemos suerte de ser adultos, ¿eh? —apuntó Sánchez, buscando algo positivo en la perturbadora noticia.

—Pero es terrible, ¿no crees?

—Desde luego. ¿Qué va a pasar cuando se quede sin niños que matar? Podría pasar a los adultos. Correríamos peligro.

Copito frunció el ceño.

—Pues yo espero que lo intente con nosotros. Tenemos el libro este que mata vampiros, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Buena idea —reconoció Sánchez. Copito parecía a veces bastante lista, para ser una camarera. Entonces se miró el reloj—. La biblioteca ya estará cerrada. Iré mañana por la mañana para devolver otro libro que me llevé ayer. Y ya que estoy allí buscaré *El libro de la muerte*.

—Voy contigo —se ofreció Copito.

—No te preocupes, no hace falta.

—Podrías pasarte primero por el Olé Au Lait y desayunamos juntos.

Sánchez volvió a ponerse el sombrero, sopesando la oferta. Era evidente que Copito quería participar de la recompensa que se ofrecía por devolver *El libro de la muerte* a Jessica. Se puso también las gafas de sol, para que sus ojos no lo traicionaran.

—Bueno, vale. Nos vemos allí a las nueve mañana por la mañana.

—¡Genial! —Copito siguió parloteando de esto y lo otro mientras Sánchez salía ya de la comisaría. No tenía la más mínima intención de pasarse a desayunar por el Olé Au Lait. Su prioridad era ir a la biblioteca a primera hora.

Hacía mucho tiempo que Kacy no ponía el pie en el Tapioca. El local no había cambiado mucho. Seguía siendo un tugurio infecto. Las paredes eran de un color amarillo asqueroso, aquello apestaba a tabaco y aunque no había mucha gente, todos parecían criminales. La única diferencia notable consistía en que esta vez no había un tío gordo sirviendo las copas.

Siguió a Dante y Kid Bourbon hasta la barra. Antes de que llegaran siquiera a sentarse, Kid pidió a la camarera:

—Un *bourbon*. Y llena el vaso hasta arriba.

La chica puso sobre la barra un vaso de *whisky* y comenzó a llenarlo hasta el borde con una botella de color marrón sucio de Jim Beam.

Dante dio un codazo a Kacy.

—Ya verás lo que pasa cuando se lo haya bebido. Lo más seguro es que esos cuatro tíos de la mesa del rincón acaben listos de papeles.

Kace echó un vistazo a la mesa en cuestión y vio a cuatro tipejos grasientos y patibularios bebiendo cerveza. Cruzó la mirada con uno de ellos y la apartó de inmediato. Kid Bourbon había tirado un billete de cinco dólares a la camarera.

—Quédate con el cambio —masculló.

Mientras la chica abría la caja registradora en un extremo de la barra, Kid bebió un largo trago y se quedó mirando el vaso, inspeccionando sus contenidos. No estaba particularmente limpio, y el *bourbon* no parecía muy especial, pero se lo llevó a los labios y apuró la copa. Luego dejó el vaso con un golpe seco sobre la barra. Según todo lo que había oído de él, Kacy esperaba que se convirtiera en un psicópata gigante o que sacara un arsenal de armas. Lo que en realidad sucedió fue de lo más decepcionante. Se quedó sencillamente mirando el fondo del vaso vacío, sumido en sus pensamientos.

—No siento nada —dijo por fin—. Algo ha cambiado. Ahora mismo debería estar mirando a esos cuatro tíos del rincón y decidiendo cómo los voy a matar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dante.

—Que no se me ocurre ninguna buena razón para cargármelos.

—¿Desde cuándo necesitas tú una razón?

—Desde ahora.

Kacy señaló una mesa junto a la entrada.

—¿Por qué no nos sentamos y lo hablamos? —propuso.

Los tres se sentaron en las desvencijadas sillas de madera.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —preguntó Kacy, con aire comprensivo.

—No me siento igual. —Kid Bourbon parecía desconcertado—. Antes, cuando bebía, notaba una buena descarga de adrenalina. ¿Sabes eso que te dan ganas de matar a todo el que ves?

—Pues no, la verdad.

—Bueno. El caso es que era como si algo me poseyera cuando bebía. Me invadían los recuerdos del momento en que maté a mi madre.

—¿Mataste a tu madre? —exclamó Kacy, sin poder disimular su horror.

—Se había convertido en vampira. Me suplicó que la matara. Pero yo tenía que beber antes algo. Me trasegué una botella de *bourbon* y le metí unas seis balas en el corazón. Después de eso lo único que me hacía sentir vivo era beber *bourbon* y matar. Sobre todo a vampiros.

—¿Y ya no sientes eso?

—No. No desde que...

Había dejado la frase a medias, pero Dante la terminó por él:

—No desde que utilizó anoche el Ojo de la Luna para recuperar su alma. Ahora es un tío normal. Tiene una conciencia, como todo el mundo.

Kid se sacó de la chaqueta un paquete de tabaco. Cogió un cigarrillo con los dientes, absorbió con fuerza hasta encenderlo y volvió a guardarse el paquete.

—Hay algunas chorradas que todavía puedo hacer —comentó—. No vayáis a pensar que no sirvo para nada. Todavía sé todo lo que sabía antes. Lo único es que he perdido un poco de mi rabia interna.

Dante se fijó en él. Sí que parecía un tío de lo más normal. Algo en él había desaparecido, y no era solo el manto oscuro con la capucha. Algo faltaba en sus ojos. Aquellos ojos reflejaban antes desprecio por todo y por todos, pero ahora parecían los ojos de cualquier persona. Sin darse cuenta de lo que hacía, Dante meneó la cabeza con desdén.

—¿Y ahora cómo vas a ayudarnos a matar a Ramses Gaius y recuperar el Ojo de la Luna? —preguntó.

—No se puede matar a Gaius.

—¿Por qué no?

—Has dicho que tiene el Ojo de la Luna incrustado en la cara. Forma parte de él, como un latido o un organismo vivo que le confiere su fuerza, de manera que es totalmente inmortal. Aparte de una momia. Esas cosas no mueren. Solo hay una forma de acabar con él.

—¿Cuál? —preguntó Kacy.

—Hay que enviarlo de vuelta al lugar de donde viene.

Kacy miró a Dante, que no parecía tener ni idea de lo que Kid Bourbon estaba hablando.

—¿Y de dónde viene?

Kid exhaló el humo del cigarrillo por la nariz.

—De una tumba. Hay que envolver al cabrón en vendas y enterrarlo vivo en una tumba.

—Lo dices de coña, ¿no? —dijo Kacy.

—No. Y por eso vais a necesitar mi ayuda.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? —preguntó Dante, antes de que Kacy tuviera ocasión de hablar.

—Voy a salir de la ciudad un tiempo. ¿Podéis vosotros ir a la Casa de Ville para reuniros conmigo mañana?

—Sí —contestó Dante—. Estuvimos allí esta misma mañana. Aquello es enorme y está lleno de putos vampiros. Y supervigilado, además. No sé muy bien cómo piensas meterte allí. No te lo tomes a mal, pero como no vuelvas a ser el de antes, no llegarás ni a la puerta. En este momento allí solo se admite a los no muertos.

—¡Un momento! —interrumpió Kacy—. Sí que podría entrar si es un vampiro.

Dante enarcó una ceja.

—¿Quieres convertirlo en un vampiro?

—No hace falta.

—¿Eh?

Kacy dio un golpecito a Dante en la pierna.

—Le damos el suero ese que cogimos del hotel.

Dante pareció comprender por fin.

—Buena idea.

—¿Qué suero? —quiso saber Kid Bourbon.

Dante se sacó del bolsillo el frasco y la jeringuilla y los deslizó sobre la mesa. Kid Bourbon se los quedó mirando ceñudo.

—¿Eso qué coño es?

—Lo que te hará pasar de la puerta.

—¿Me lo quieres explicar mejor? Porque no tengo ganas de leerte la mente.

—Este es el suero que me bajaba la temperatura de la sangre cuando andaba de incógnito entre los vampiros. Gracias a este suero no me detectaban. Ponte una inyección antes de llegar a la Casa de Ville y pensarán que eres uno de ellos.

Kid Bourbon miró de cerca el frasquito.

—Contigo no dio tan buen resultado —aseguró—. Yo te detecté de inmediato, cuando supuestamente ibas de incógnito.

—Bueno, puede ser. Pero el resto del clan se lo tragó. Vale la pena intentarlo.

—Bueno —accedió Kid—. ¿Tienes un móvil?

—Yo sí —terció Kacy.

Kid se guardó la jeringuilla y el frasco y se sacó del bolsillo un móvil que le tendió a Kacy.

—Mete ahí tu número, para que pueda llamarte si me hace falta.

Dante le dio un golpecito en el brazo.

—¿Qué quieres que hagamos mientras te esperamos?

—A ver si podéis averiguar qué ha sido de mi chica. Si sigue viva quiero saberlo. Si está muerta también quiero saberlo. Me mandáis un texto, ¿vale?

—Vale —prometió Kacy.

—¿Y Gaius? —dijo Dante—. Está montando un ejército del copón en la Casa de Ville. ¿Cómo nos vamos a enfrentar a eso? Podría haber un millón de vampiros para cuando tú llegues.

—Eso déjalo en mis manos.

—Sí, normalmente eso haría. Pero ahora mismo no es que se te vea precisamente capaz de aniquilar a un ejército, si no te importa que te lo diga.

—Pues sí que me importa, ya que lo dices.

—Lo siento, pero digo las cosas como las veo.

—Mañana las verás de otra manera. —Kid Bourbon se levantó de la mesa—. Ahora mismo tengo una conciencia. En cuanto me libre de ella, volveré a ser el de antes. Nos vemos.

Cuando ya se encaminaba a la salida, Kacy le preguntó:

—¿Y adónde vas ahora exactamente?

Kid se detuvo junto a la puerta y se volvió hacia ella. Se puso unas gafas de sol que se sacó del bolsillo y contestó con unas palabras que no significaron nada para Kacy:

—Al Cementerio del Diablo.

Veinticuatro

Gaius irrumpió en su despacho y se encontró a Jessica sentada en su butaca de cuero con los pies sobre la mesa. Sus botas altas de piel negra descansaban sobre su cuaderno favorito. Iba toda vestida de negro, como de costumbre, con un profundo escote que dejaba ver una generosa porción del canalillo, para disgusto de su padre.

—¡Más te vale haber encontrado *El libro de la muerte*! —bramó.

—No —contestó ella como si nada—. Tengo algo mejor.

—Lo dudo muchísimo.

Ella señaló hacia un sofá color crema pegado a la pared. Una mujer estaba tirada en él, boca abajo, con unos gastados tejanos rotos de color negro y una rebeca azul. No era la clase de escoria que Gaius esperaba ver en su despacho.

—¿Quién coño es esa que está en mi sofá?

—Beth Lansbury.

—¿Quién es Beth Lansbury?

—La del sofá.

—Muy graciosa. En serio, ¿quién es Beth Lansbury y qué hace en mi despacho, durmiendo la siesta en mi sofá?

Jessica quitó los pies de la mesa y se levantó sonriendo.

—Aquí la chica es la novia de Kid Bourbon.

Gaius enarcó una ceja y esbozó media sonrisa.

—No me digas.

—Sí.

—¿La has matado?

—Nah. ¿Para qué? Mira lo que les pasó a esos tres polis gilipollas que se cargaron a su hermano.

—Vale. ¿Entonces qué hace aquí en mi despacho?

—Hace de rehén. Si Kid Bourbon la quiere tanto como yo creo, intentará rescatarla. Cuando aparezca, le daremos a elegir, su vida o la de ella.

Gaius no mostró gran entusiasmo.

—Sigo sin ver por qué eso es mejor que devolverme *El libro de la muerte*.

—Te estás volviendo un gruñón.

—De eso nada.

—Sí. Y un paranoico también. Has llevado ese Ojo en la cara demasiado tiempo y te está volviendo paranoico, como la última vez que lo llevaste.

Gaius la miró con suspicacia.

—¿Quién va diciendo que estoy paranoico? —rugió.

—Solo yo.

—¿Seguro?

Jessica suspiró.

—¿Ves? No me digas que no estás paranoico. Ese Ojo ejerce muy mala influencia sobre ti. Tienes que quitártelo de vez en cuando, una hora o dos, si no, te pones de lo más vengativo y tomas malas decisiones basadas en tus patéticas rencillas personales. Por eso tuviste problemas hace tantos años y por eso acabaste momificado durante siglos. ¡Quítatelo y piensa por ti mismo, coño!

—Ya pienso por mí mismo, cojones. Y ahora, ¿vamos a matar a la tía esa del sofá o qué?

Jessica fue a darle a Beth un golpe en la espalda. Al ver que no se movía, se volvió sonriendo hacia Gaius.

—Cálmate, padre, y escúchame un momento. Antes de dormirla conseguí sacarle cierta información. Ni siquiera sabía que su novio era Kid Bourbon, hasta hoy, cuando mató a Silvinho. Ella lo conocía por otro nombre, su auténtico nombre.

—¿Y cuál es?

—Jack Daniel's. Qué horterada, ¿eh?

Gaius asintió con la cabeza.

—Pues sí. Por fin sabemos su nombre, pero hemos perdido el puto libro. ¿Es que aquí nada sale según lo planeado?

—Pues no, por eso siempre es bueno tener un plan B. —Jessica se inclinó para acariciarle el pelo a Beth—. Tienes puesta demasiada fe en ese libro, padre. Con Beth como cebo, podemos matar a Kid Bourbon sin preocuparnos de si su nombre está o no en tu precioso libro.

Gaius se sentó en su butaca con un enorme suspiro.

—Jessica, querida, yo no quiero *El libro de la muerte* sencillamente para matar a Kid Bourbon. Kid Bourbon no es más que un incordio. Podría matarle fácilmente con mis propias manos. Necesito ese libro para cosas mucho más importantes.

—¿Como qué?

—Es un seguro. Una vez esté formado mi ejército de no muertos y ponga en marcha mi plan para conquistar el resto del mundo, los líderes del mundo libre intentarán acabar con nosotros con armas nucleares y todo tipo de mierdas parecidas. Pero una vez que les demuestre que lo único que tengo que hacer es escribir sus nombres en mi libro para matarlos, esos líderes no tardarán en aceptar mi modo de pensar. Los tendré a todos en el bolsillo y podremos hacer lo que nos dé la gana en cualquier país. Nuestro ejército no necesitará luchar contra nadie. Nos limitaremos a viajar por el mundo a nuestro antojo, conquistando.

Jessica se mostró sorprendida.

—¡Vaya! No sabía que tuvieras unos planes tan ambiciosos. Me has dejado impresionada.

—Normal que te impresione. Ahora, sin embargo, no hay señales ni del libro ni de Ulrika Price. Lo cual me recuerda que en algún momento me tengo que pasar por la biblioteca para matarla.

Jessica meneó la cabeza.

—¿Ves? Ya te me estás poniendo otra vez vengativo.

—Ay, cállate. Si a ti tampoco te gusta Ulrika Price. Pensé que te alegraría librarte de ella.

—No sabemos si a la muy perra le habrá dado por tener ideas y habrá decidido escribir nuestros nombres en el libro. Me pasma que te fiaras de ella para dejárselo, con lo paranoico que eres. A lo mejor hasta lo ha vendido y se ha largado de la ciudad.

Gaius rechinó los dientes exasperado.

—Como no hago más que repetirte, tenemos que recuperar *El libro de la muerte*. Son momentos difíciles. Con todos los asesinatos producidos en la ciudad, solo es cuestión de tiempo antes de que el resto del mundo descubra que Santa Mondegga es un hervidero de vampiros. Y en cuanto el mundo sepa de nosotros, todos los gobiernos empezarán a mandarnos ejércitos. Nos volarán en pedazos antes de que podamos ponernos siquiera en marcha. Así que, sí, por más genial que sea que hayas secuestrado a esta mujer, no es ni de lejos tan

importante como recuperar *El libro de la muerte* antes de que el mundo se entere de lo que estamos tramando.

—Vaya por Dios. —Jessica hizo un gesto de contrariedad—. En ese caso no te va a gustar nada esto.

—¿El qué?

—Pues digamos que salimos en todas las noticias.

Gaius se notaba cada vez más agitado. Se pasó la mano por la cabeza calva. De haber tenido algo de pelo se lo estaría arrancando en ese mismo momento.

—¿Qué me estás diciendo? —gruñó.

—Pues que han estado pasando un boletín en el canal de noticias locales durante la última hora. Y está provocando bastante indignación pública.

Gaius respiró hondo por la boca y exhaló despacio por la nariz.

—¿Y qué dicen? ¡Habla de una vez!

—Hay un asesino de niños suelto.

—¿Y eso a mí qué me importa?

—Te importa porque por lo visto las víctimas fueron todas envenenadas y tienen marcas de mordisco en el cuello. Se murmura que es la obra de vampiros. No es que hayamos sido precisamente muy discretos en los últimos tiempos, pero que alguien ande ahora matando niños ya es llamar mucho la atención.

Gaius descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Me cago en la leche! —gritó—. Esto lo va a joder todo. ¡Como la noticia llegue a los informativos nacionales, nos van a enviar tropas de todos los putos países del mundo! ¿Quién está haciendo esto?

—Bueno, esa es otra. Según el boletín, algunos de los niños asesinados tenían pelo de cabra debajo de las uñas.

—¿Pelo de cabra?

—Sí.

Gaius suspiró.

—Debería haberlo sabido, joder.

Jessica se metió la mano en el escote y sacó el móvil que llevaba allí escondido. Pulsó unos cuantos botones y se lo tendió a su padre.

—Aprieta el botón de llamada.

Gaius le arrebató bruscamente el teléfono y llamó. Sonó dos veces antes de que alguien contestara.

—¿Diga?

—Hombre, muy buenas. Aquí Ramses Gaius. ¿Hay algo que quieras

decirme?

Se produjo un incómodo silencio al otro lado de la línea.

—No —contestó el otro por fin—. No, creo que no.

Gaius ya no pudo contener su ira.

—¡SALES EN TODOS LOS PUTOS INFORMATIVOS, GILIPOLLAS!

—Huy.

—Sí, «huy». Me prometiste que nada de niños. Y menos mientras estoy planeando la dominación mundial. ¡Me has desobedecido por última vez!

—Lo siento. Pensé que estaba siendo discreto.

—Tú eres tan discreto como un pedo en una biblioteca.

—¿Eh?

—Me cago en la leche —se exasperó Gaius—. Llevo ya un puto día de perros. *El libro de la muerte* ha desaparecido, Kid Bourbon anda suelto por ahí y ahora, encima, ¡solo hablan de ti en las noticias por estar matando niños!

—¿*El libro de la muerte* ha desaparecido?

—Sí, pero eso no es asunto tuyo.

La voz al otro lado de la línea cobró algo más de seguridad.

—Yo sé quién lo tiene. Te lo podría conseguir.

—¿En serio?

—Sí. Pero si te lo consigo, ¿puedo seguir matando niños?

—Claro, claro. ¿Quién tiene el libro?

—Un idiota de aquí. Ahora mismo lo tengo a un tiro de piedra. Me resultará facilísimo recuperarlo.

Rick llevaba un día agotador. Como Copito se había unido al cuerpo de policía, había tenido que cerrar el Olé Au Lait casi toda la jornada. Y con la faena de intentar encontrarle una sustituta, apenas había contado con cinco minutos de tiempo libre. Según una estúpida ordenanza municipal, no podía evitar de ninguna forma que Copito se metiera en la policía en una situación de emergencia.

Cuando terminó con todas sus tareas extra, cerró la puerta del Olé Au Lait y salió de nuevo a las calles nevadas. Los nubarrones que habían cubierto la ciudad las últimas veinticuatro horas no mostraban señales de irse a despejar. No le había importado mucho la lluvia torrencial o los truenos de la noche anterior, pero la nevada constante durante el curso del día era una auténtica putada. Desde luego estaba pasando algo raro de cojones en la ciudad. Muchos niños se quejaban de que había un conductor que iba atropellando todos los muñecos de nieve que construían por las calles. También habían acudido numerosos ancianos al hospital por haberse caído a causa del hielo.

Al llegar la noche las calles estaban desiertas, lo cual no era de extrañar. Era tarde, estaba oscuro y era un puto peligro andar por ahí. A pesar de los rumores de que un mogollón de vampiros habían sido asesinados en Halloween, a Rick todavía le preocupaba que quedaran unos cuantos acechando por ahí. Al pensarlo se alzó el cuello del impermeable.

Su apartamento solo quedaba a una manzana del Olé Au Lait y por lo general no tenía miedo de que un vampiro lo atacara. Cualquier cliente suyo que saliera tarde podía esperar hacer de alimento de los inmortales, pero siendo el dueño de la cafetería, a Rick por lo general lo dejaban en paz. Si algún vampiro lo mataba, el bar se cerraría. Igual que ninguno de los no muertos atacaba nunca a Sánchez, Rick sabía que estaba a salvo porque necesitaban la sangre de sus clientes. Si se

cerraba el Olé Au Lait, no iría nadie a tomarse un café por la noche. Si se cerraba el Tapioca, habría menos idiotas borrachos por ahí.

Al doblar la esquina al final de la manzana estuvo a punto de resbalar en una tapa de alcantarilla oculta bajo una capa de hielo negro. Por suerte no había nadie para verle tambalearse, excepto el vagabundo ebrio vestido de Santa Claus, tirado en la puerta de una tienda al otro lado de la calle. Parecía dormido. La barba blanca había adoptado un color gris horrible y llevaba el disfraz rojo manchado de agua, nieve, hielo y sin duda alcohol derramado de la botella que tenía sobre el regazo, metida en una bolsa de papel marrón.

—Pobre tipejo —masculló Rick entre dientes. Tenía que ser una época verdaderamente desesperada para aquel sin techo en particular. Solo era noviembre, de manera que el tipo tenía que esperar otro mes antes de que a la gente le empezara a dar pena y le echara unas monedas en plan espíritu navideño.

Para cuando llegó a su casa, estaba calado hasta los huesos y congelado gracias a los vientos gélidos. Bajó a la carrera los cinco escalones de cemento que llevaban a la puerta principal por debajo del nivel de la acera. Rebuscó en el llavero la llave apropiada, esforzándose por cogerla con los dedos congelados. Cuando por fin lo logró, la puerta se abrió con un chasquido. El pasillo al otro lado estaba caldeado y en la casa hacía mucho menos frío que la calle. Puso las manos en el radiador junto a la pared. Estaba caliente, pero sin duda habría que subirlo aún más antes de que acabara la noche. Tenía los zapatos empapados, con todo tipo de mugre pegada a las suelas. Se los limpió en el felpudo y se volvió para cerrar la puerta.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía visita. Y no de pinta muy agradable. Se encontró con un gigantón vestido de rojo que se lanzaba contra su puerta con las fauces abiertas, dejando ver unos enormes colmillos de vampiro.

—¡Mierdaaaaaaaaaaaaaa!

Una manaza sucia le tapó la boca, silenciando cualquier grito de socorro. Rick tenía ahora delante los enloquecidos ojos negros de un vampiro vestido de Santa Claus. Lo que un momento antes había parecido un sin techo borracho totalmente inofensivo era ahora un psicópata chupasangre. Y el hijo puta parecía sediento. Era muy fuerte y no le costó empujar a Rick de nuevo al pasillo sin dejar de taponarle la boca con la mano. Rick abrió unos ojos como platos al ver de cerca los densos hilillos de sangre en la poblada barba gris del intruso.

Santa Claus tiró de él, enganchó una pierna en torno a las rodillas de Rick y

le dio un empujón que lo tiró de espaldas al suelo. A continuación cerró la puerta principal de una patada con sus pesadas botas negras.

—Soy propietario del Olé Au Lait —balbuceó Rick, esperando salvarse con eso.

—Ya lo sé —gruñó Santa Claus—. Y te va a dar igual.

Rick se fijó en su verdugo. Era sin duda un tipo aterrador. Detrás de la sucia barba gris tenía una cara enrojecida y amoratada. Y a menos que llevara un relleno en el traje, también estaba gordo. Pero tenía unos brazos impresionantes y la cabeza del tamaño de una calabaza. El gorro rojo de Santa Claus era extra grande y la parte superior colgaba junto a su mejilla izquierda.

—Por favor —dijo Rick, con su voz más suplicante y desesperada—. Soy un buen tipo, lo juro.

Santa Claus se inclinó sobre él.

—He conocido muchos niños últimamente que han sido buenos todo el año. No por eso se salvaron, y tú tampoco te vas a salvar.

Rick le agarró la barba. Pero aquella no era forma de hacerle daño, porque al tirar, se quedó con ella en la mano. Era una barba falsa, hecha con pelo de animal y sujeta por un elástico. Desprendía un desagradable olor a cabra.

—Por favor —volvió a suplicar—. Te daré lo que quieras, pero déjame.

—Puedes empezar diciéndome dónde está *El libro de la muerte*.

—¿*El libro de la muerte*?

—Sí. Esta mañana lo tenías. Te vi con él en el Olé Au Lait. ¿Dónde está?

Rick tragó saliva.

—Lo devolví a la biblioteca —balbuceó, con la barba gris frotándole la cara.

Santa Claus se le acercó todavía más, para ver si Rick estaba diciendo la verdad. El olor a alcohol rancio de aquel monstruo era mareante.

—Ya he estado en la biblioteca —dijo por fin—. Y por lo visto sigue faltando.

—Es que no se lo entregué a la bibliotecaria. Me limité a dejarlo en la sección de Referencia.

—¿Por qué? ¿Por qué no se lo diste a la bibliotecaria?

—Lo estaba devolviendo por mi amigo Sánchez, que me había dicho que lo sacó sin permiso, de manera que tenía que meterlo en el estante yo mismo.

Santa Claus le dio una bofetada.

—¡No te creo! —ladró.

—Podemos ir juntos por la mañana y te enseño dónde lo puse.

El gigantón se sentó sobre el pecho de Rick, inmovilizándolo en el suelo.

—Acabas de decir que está en la sección de Referencia. Puedo encontrarlo yo mismo.

—Vale, vale. Entonces todo está bien, ¿no? ¿Me puedes dejar ya?

Santa Claus se sacó de la chaqueta roja una bolsa de papel marrón, y de ella una pequeña petaca plateada. Con la otra mano le tapó la nariz a Rick y le apretó la cabeza contra el suelo. Luego le puso la petaca en los labios.

—Abre bien. ¡Te va a gustar!

Sus pulmones estaban a punto de explotar y Rick, sin poder respirar, se vio presa del pánico. No tuvo más remedio que abrir la boca esperando inhalar algo de aire. Pero, en lugar de eso, vio aterrorizado que el vampiro vestido de Santa Claus le pegaba la petaca a los labios y le hacía tragar un líquido verde y caliente, con un cierto regusto a limón no del todo desagradable. Desde luego mejor que la orina que Sánchez le había servido a lo largo de los años. Por fin el chupasangre dejó de verterle aquel líquido y le soltó la nariz, permitiéndole respirar un poco. Rick tosió y se atragantó, con el gusto del líquido en la garganta y la nariz. Para su sorpresa, Santa Claus se apartó, aliviando por un momento la presión en su pecho.

Rick respiró hondo, pero de inmediato volvió a notar tensión en el pecho. Le sobrevino una sensación de calor, relativamente agradable tras el frío de la calle y el ahogo de hacía un instante. Pero aquel calor duró solo un momento. Fue seguido de un entumecimiento que le corrió de los hombros a los pies en cuestión de segundos. Intentó decir algo, preguntar qué estaba pasando, pero ni la boca ni la lengua le respondieron.

Santa Claus se quitó el gorro rojo, dejando a la vista un pelo abundante, oscuro, sucio, grasiento. Esbozó entonces una sonrisa que mostró sus enormes colmillos de vampiro.

—Lo que estás sintiendo ahora mismo es una forma de parálisis provocada por lo que acabas de beber. Quiero que te quedes aquí disfrutando mientras me pongo a trabajar contigo. Normalmente reservo esto para los niños, pero a ti te considero un caso especial. Vas a sentir todo el dolor mientras te saco la sangre de las venas. Pero no podrás hacer absolutamente nada. Solo tardaremos unas horas. —Sonrió con expresión maligna y añadió—: Feliz Navidad.

Veintiséis

Kacy se despertó de un sueño muy profundo. Estaba metida en la cama, desnuda, en una habitación que no conocía. Además tenía resaca, y en cuanto empezó a recordar los eventos de la noche anterior supo por qué. Después de dejar el Tapioca y a Kid Bourbon, Dante y ella habían ido en busca de sangre fresca, y descubrieron que era mucho más difícil de encontrar de lo que esperaban. Ninguno quería matar a un inocente para beber su sangre, de manera que después de intentar sin muchas ganas atacar a desconocidos, habían vuelto a La Ciénaga con las manos vacías. Pero resultó que no tenían que haberse preocupado, porque Vanidad guardaba unas botellas de sangre fresca tras la barra de la sala de billares.

Cuando llegaron allí se encontraron toda una fiesta en pleno apogeo. Vanidad había invitado a los otros supervivientes del clan de las Sombras y a otros cuantos vampiros. Era un anfitrión generoso, de manera que durante toda la noche hubo barra libre de «Bloodweiser», una bebida a base de sangre diseñada para imitar a la cerveza Budweiser. No resultó ni muchísimo menos tan satisfactoria como la sangre de Archie Somers, pero al menos les calmó un poco el ansia.

Kacy consideró que Vanidad era un tipo razonable y bastante encantador. Sabía organizar una fiesta y hacer que los invitados se sintieran bien recibidos. Y tampoco le pareció tan aterrador como pensaba que sería un vampiro. Aunque claro, últimamente también ella era un vampiro y tampoco se consideraba una psicópata sedienta de sangre.

Junto a ella, en la cama, Dante seguía durmiendo. Kacy se dio una ducha sin despertarlo. Dante nunca había sido precisamente madrugador, sobre todo cuando se había pasado la noche bebiendo, de manera que Kacy pudo hacer todo el ruido que quiso sin preocuparse de molestar.

La habitación que Vanidad les había dado estaba en la última planta de La Ciénaga. No tenía ventanas, seguramente para que los vampiros que despertaban en ella no tuvieran por desayuno un inesperado rayo de sol.

Después de secarse el pelo y ponerse unos cómodos tejanos y una camiseta roja, decidió bajar a ver si la nevada había arreciado. Abrió la puerta del salón y se asomó para ver si Vanidad andaba por allí. Efectivamente, estaba en un sofá, de espaldas a ella, viendo algo en la enorme pantalla de televisión de la pared. Por suerte no era porno y no tenía los pantalones bajados. Llevaba un albornoz escarlata y unas zapatillas a juego, desde luego no el atuendo que uno esperaría en un aterrador vampiro.

En la pantalla aparecía un vídeo casero de la celebración de una boda. A Kacy le encantaban las bodas, de manera que salió al salón y cerró sin hacer ruido la puerta del dormitorio. A pesar de todo Vanidad la oyó, porque se giró bruscamente hacia ella.

—Ah, hola —pareció sorprenderse—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

—¿Y Dante?

—Sigue dormido. Seguramente todavía tardará una hora o dos en despertarse.

—Sí, es que anoche se lo pasó bien. Bueno, los dos parecíais divertiros.

—Sí, fue la bomba. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Vanidad esbozó una sonrisa irónica.

—Bueno, os estuvimos oyendo follar un rato, y luego los demás se fueron a su casa a dormir.

Kacy se sonrojó. La lujuria provocada por la sangre que bebieron les había hecho perder las inhibiciones y echar un polvo tan energético como ruidoso en la habitación de invitados de Vanidad. Al recordar algunas de las burradas que había berreado en el apogeo de la pasión, Kacy decidió que más le valía cambiar de tema. De pronto vio en la pantalla un rostro que reconoció.

—¿Ese eres tú? —preguntó.

—Sí. —Vanidad cogió el mando a distancia para apagar el televisor.

—¿Es el día de tu boda?

—Pues sí.

—¡Vaya! ¿Te importa si veo el vídeo contigo un rato?

Vanidad se mostró sorprendido, pero dejó el mando de nuevo en la mesa.

—Bueno, si quieres. Pero no es que sea muy emocionante ni nada de eso.

Kacy se fijó en la novia. Era una chica muy guapa de pelo castaño, de unos veinticinco años. El novio, Vanidad, tenía un aspecto muy parecido al de ahora, solo que iba más elegante, con un traje negro, camisa blanca y corbata de pajarita.

—Tu mujer es muy guapa —comentó Kacy, sentándose al borde del sofá.

—Sí, es verdad.

—¿Todavía estáis juntos?

—No. Ella no quiso convertirse en vampiro —explicó, con una profunda tristeza en la voz.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Vanidad apretó la tecla de PAUSA del vídeo justo cuando su novia y él se besaban ante la cámara.

—Yo entonces no era vampiro. Un hijo de puta me mordió durante la luna de miel. Emma, mi mujer, no quiso convertirse también en vampiro, de manera que tuve que largarme de allí cagando leches para no morderla. Le prometí que algún día, cuando encuentre la cura y me vuelva otra vez humano, iré a buscarla.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hace cuatro años.

Kacy intentó imaginar lo que serían cuatro años sin Dante. No muy agradable, decidió. Se quedó con la vista fija en la pantalla unos momentos antes de hacerle a Vanidad otra pregunta personal:

—¿Y Emma? ¿Qué hace ahora?

Vanidad miraba la pantalla en una especie de estupor.

—Nunca se ha vuelto a casar ni nada, pero ahora tiene veintinueve años, la misma edad que yo. Dentro de unos meses cumplirá treinta, pero yo me voy a quedar siempre en veintinueve. Nuestro sueño de envejecer juntos murió el día que me mordieron.

—Lo siento mucho.

—Sí, yo también. Dante tiene mucha suerte de contar contigo, pero tú has hecho un gran sacrificio al convertirte en uno de nosotros.

—Ya lo sé. Fue una decisión tomada sin pensar, la verdad. Pero no puedo vivir sin Dante. Llevamos juntos desde siempre.

—Se nota —sonrió Vanidad—. Cuando la otra noche dijo que te acababa de conocer, supe de inmediato que mentía. Se os ve muy cómodos el uno con el otro.

Kacy se dio cuenta de que se había mostrado un poco demasiado abierta y sincera con Vanidad. Pero no había podido evitarlo. Notaba una conexión con él. Era el único amigo vampiro que había hecho de momento, y entendía lo que ella y Dante estaban pasando. Aunque sin duda habría matado a mucha gente para sobrevivir como vampiro, Vanidad parecía lleno de remordimientos, no necesariamente por los asesinatos, sino porque no tenía posibilidades de recuperar su antigua vida.

—Si pudieras volver a ser humano, ¿lo harías? —preguntó—. ¿Volverías con tu mujer?

—Sin dudarlo. Odio ser vampiro. Daría cualquier cosa por volver a ser humano.

Kacy respiró hondo y soltó lo que tenía en la cabeza:

—¿Tú sabías que el Ojo de la Luna te puede hacer humano otra vez?

Vanidad sonrió.

—Sí. Pero Ramses Gaius jamás permitiría que ninguno de nosotros lo utilizara. Créeme, si pudiera dar con la forma de quitarle de la cara el Ojo de la Luna, lo haría. El problema es que me mataría antes de que me acercara siquiera.

—Pero ¿no sería genial tener en nuestras manos el Ojo de la Luna?

—Sí, pero olvídalo, de verdad.

—¿Por qué?

—Porque sería un suicidio.

—Pero si pudiéramos conseguirlo, podrías recuperar tu humanidad y volver con tu mujer.

Vanidad frunció el ceño y se quedó un momento mirando la imagen congelada en la pantalla: su mujer y él. Luego apagó el televisor con el mando a distancia.

—¿Dante y tú estáis dispuestos a arriesgaros?

Kacy se encogió de hombros.

—Si fuera posible, me gustaría intentarlo. ¿A ti no?

Vanidad clavó la vista en la pantalla negra, sumido en sus pensamientos. Por fin respiró hondo y se volvió hacia Kacy.

—¿Sabes qué? Creo que sé la manera de hacernos con el Ojo. Pero es muy peligroso.

Kacy era toda oídos.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Me han dicho que Gaius va a ir al museo esta noche. Tiene pensado

limpiar el Ojo de la Luna con una máquina especial de pulir diamantes que tienen allí. Si pudiéramos, no sé cómo, estar allí cuando se quite el Ojo de la cara, a lo mejor podríamos hacernos con él. Los tres, Dante, tú y yo, podríamos conseguirlo, creo. Será nuestra única oportunidad, porque Gaius no se va a quitar ese Ojo muchas veces.

—¡Dios mío! —exclamó Kacy, emocionadísima—. ¿De verdad crees que tenemos alguna oportunidad?

Vanidad asintió despacio, casi como si se estuviera convenciendo a sí mismo.

—Pues, ¿sabes qué? Que creo que sí, que podríamos conseguirlo. Sin el Ojo, Gaius no es nada. No supone una amenaza para nada. Entre los tres podríamos con él sin problemas.

Kacy se levantó de un brinco.

—¡Sí! —chilló—. ¡Voy a despertar a Dante ahora mismo para contárselo!

—Vale.

Kacy corrió al dormitorio, y en cuanto desapareció de la vista, Vanidad se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Ramses Gaius. Gaius contestó al primer timbrado.

—¿Qué quieres? —le espetó.

—Está hecho. Esta noche los tendré a los dos en el museo. No te puedes imaginar lo fácil que ha sido.

Sánchez llegó a la biblioteca pasadas las nueve, y a la carrera subió por los escalones de la entrada principal. Llegó a las grandes puertas de madera justo cuando se estaban abriendo. Josh, ayudante de la ahora finada Ulrika Price, abrió la hoja derecha y estaba con la izquierda cuando Sánchez entró como una exhalación. El chico dio un respingo al notar la ráfaga de aire frío. Su uniforme de bibliotecario consistía únicamente en unos pantalones negros y una fina camisa blanca, de manera que la ráfaga tenía que haberlo atravesado hasta los huesos. Parecía además bastante sorprendido de ver llegar a alguien tan temprano, sobre todo alguien como Sánchez, que no era precisamente un ávido lector.

—Buenos días, Sánchez —saludó, con todo el pelo de punta gracias al viento del exterior.

—Buenos días, jovencito —respondió Sánchez, con tono oficial en la voz—. Pero para ti soy el detective García. Vengo para un asunto oficial de la policía.

Josh parecía sorprendido, pero miró a Sánchez de arriba a abajo, sin duda admirando su uniforme. Luego se encogió de hombros.

—Claro, detective. ¿Se trata de Ulrika Price?

—No, ¿por qué lo dices?

—Bueno, porque ha desaparecido. Se supone que yo ya ni trabajo aquí, porque me despidió ayer por la mañana.

—Qué perra.

—Sí. Pues por lo visto poco después de despedirme desapareció de la faz de la tierra. Y pensé que si se la ha declarado persona desaparecida, la policía querría tal vez interrogarme.

Sánchez se quedó pensando un momento antes de contestar.

—Vale, pero yo no he venido a eso. Aunque si Ulrika ha sido asesinada imagino que serás el primer sospechoso en cualquier investigación, de manera que más te vale no salir de la ciudad.

—Sí, señor. Entonces ¿en qué puedo ayudarle ahora?

Sánchez se dirigió hacia la escalera de la izquierda, que llevaba a la primera planta y la sección de Referencia.

—No me hace falta ayuda, gracias. Solo he venido a buscar un libro necesario para una investigación.

—¿Qué libro es?

—No es cosa tuya.

Subió deprisa por las escaleras y dejó a Josh detrás, que en ese momento colgaba el cartel de ABIERTO en la entrada. La planta superior de la biblioteca tenía el mismo aspecto sobrecogedor de siempre. Había incontables pasillos llenos de libros y muchas mesas y sillas donde los estudiantes podían sentarse a leer gratis. En la última visita, Sánchez se había llevado *El libro de la muerte* escondido dentro del pantalón para que Ulrika Price no lo viera. Esta vez no necesitaría hacer tal cosa. Ahora era un agente de la ley y Ulrika Price no estaba en su puesto.

Los muchos estantes de la sección de Referencia subían hasta el techo, llenos de libros de tapas duras sobre todo tipo de aburridos temas. Por suerte los libros estaban ordenados por autores en orden alfabético. Bueno, más o menos. Sánchez se dirigió directamente a la primera hilera de estantes y se puso a buscar entre los lomos de los libros de los autores de la letra A. La sección de Referencia parecía ser el cementerio donde Josh arrojaba todos los tomos inclasificables que no sabía dónde colocar. Además de no estar muy ordenados precisamente, también se veían numerosos libros que no eran de referencia. Sánchez fue ojeando los títulos hasta dar con uno de autor anónimo. Se llamaba Colores Primarios. Un poco más allá en el mismo estante vio otros volúmenes con el mismo «Anónimo» impreso en el lomo, y otros sin nombre ninguno. Le pasmaba que alguien pudiera ser tan idiota como para tomarse la molestia de escribir un libro y luego olvidarse de poner su nombre.

Había títulos muy diversos, algunos de los cuales pertenecían a la colección de «Guías para el hombre homosexual». En su última visita, Sánchez había elegido por error la *Guía del sexo anal para el hombre homosexual*, y había terminado llevandoselo prestado para que Ulrika Price no se diera cuenta de que

a la vez estaba robando *El libro de la muerte*. La guía no tenía que devolverla hasta al cabo de otra semana, de manera que la había dejado en el Tapioca. De hecho no estaba muy seguro de cómo iba a devolver aquello, solo por la vergüenza que suponía que le vieran con ese libro.

Tras repasar más de cien libros, por fin dio con las conocidas tapas negras de *El libro de la muerte*. El título estaba escrito con letras blancas ya muy desvaídas. El corazón se le aceleró en el pecho. Allí estaba, un vale de cincuenta mil dólares de recompensa y un lugar en el corazón de Jessica. Si aquello no la impresionaba, es que nada la impresionaría.

Sacó el libro de donde Rick lo había encajado el día anterior, lo apoyó en uno de los estantes y lo abrió más o menos por la mitad. Sí, sin duda era el libro que buscaba. Estaba lleno de nombres, tal como recordaba. Pasó unas cuantas páginas hasta llegar donde él mismo había escrito el nombre de Jessica junto con otros dos. Miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie lo veía y arrancó la página lo más discretamente posible. Hizo con ella una bola y se la metió en el bolsillo del pantalón.

Todo parecía haber salido a la perfección. Con un suspiro de alivio se metió el libro bajo el brazo, recorrió con paso seguro el pasillo y salió a la zona abierta de la recepción. Josh, sentado tras el mostrador, le saludó con la cabeza al verlo.

—¿Ha encontrado lo que buscaba, detective?

—Sí, gracias.

—¿Puedo preguntar qué es?

Sánchez se lo pensó. Esta vez no tenía nada que ocultar.

Quería que el mundo supiera que había sido él quien encontrara el libro. Si por casualidad alguien intentaba arrogarse el mérito de haberlo descubierto, podría citar a Josh como testigo. De hecho, decidió, valdría la pena sacar el libro legalmente, en su propio nombre, solo para que la cosa fuera oficial.

—Es *El libro de la muerte*, anónimo. Por favor, anótalo en mi ficha.

—Desde luego, señor. —Josh se puso a teclear en el ordenador mientras Sánchez observaba para asegurarse de que lo hacía bien. Al cabo de unos momentos el chico alzó la vista—. Aquí dice que ya tiene sacado un libro —comentó, frunciendo el ceño—. La *Guía del sexo anal para el hombre homosexual*.

—Es un asunto de la policía —replicó Sánchez.

Josh enarcó una ceja.

—¿Están investigando el gran caso de analismo de 1984?

—¿Hemos acabado? —preguntó Sánchez con tono firme.

—Sí. ¿Cuándo tiene pensado devolver los libros?

—Cuando haya terminado con mi investigación. Buenos días.

Con *El libro de la muerte* bajo el brazo, Sánchez se encaminó hacia la salida. Todo el proceso había resultado mucho más fácil de lo que esperaba (dejando aparte que hubiera salido a la luz lo del sexo anal). Mientras bajaba deprisa por los escalones frontales, iba pensando en lo que le diría a Jessica cuando apareciera en la Casa de Ville con el libro. Tan ensimismado andaba que apenas advirtió al enorme tipo vestido de Santa Claus que en ese momento subía. Los dos tropezaron y con el impacto a Sánchez se le cayó *El libro de la muerte*, que rebotó en el borde de un escalón y luego siguió rodando hasta el pie de las escaleras. Sánchez miró a Santa Claus, que mostraba una expresión de sorpresa en su rostro totalmente colorado. Ambos hablaron a la vez y pronunciaron exactamente las mismas palabras:

—¡Mira por dónde andas, gordo de mierda!

La verdad es que Santa Claus era bastante imponente, y Sánchez advirtió manchas de sangre en su sucia barba gris.

Percibió también el olor a alcohol rancio, un olor que conocía muy bien. Así era como olían la mayoría de sus clientes cuando llegaban al Tapioca. Teniendo en cuenta el nivel de alcohol, le sorprendió que Santa Claus estuviera despierto tan temprano por la mañana. Pero fuera cual fuese la razón, era evidente que no era de buen despertar, porque parecía a punto de arrancarle la cabeza de un mordisco. Tenía la cara congestionada de rabia tras oír el insulto. Era necesaria alguna disculpa.

—Eh... lo siento —dijo Sánchez—. No me había dado cuenta de que era usted un hombre de Dios y todo eso. —Se sacó entonces de la chaqueta su petaca de plata y se la ofreció al furioso Santa Claus—. Tenga, llevo encima algo de espíritu navideño —comentó con una falsa sonrisa.

El hombre miró primero la petaca y luego a Sánchez, con suspicacia.

—¿Qué hay ahí? —gruñó.

—Algo parecido al vino, así que seguramente le resultará familiar. Y puede quedarse con la petaca. Feliz Navidad.

Santa Claus cogió la petaca con la expresión algo menos furiosa.

—Feliz Navidad, oficial. —Y siguió subiendo por las escaleras.

Sánchez suspiró aliviado y corrió hasta abajo, donde *El libro de la muerte* había aterrizado en un charco de nieve y barro junto a las puertas. Seguramente

el barro provenía de las botas del Santa Claus gordo y furioso (quien, en opinión de Sánchez, se pondría todavía más furioso en cuanto bebiera un trago de la petaca). Cogió el libro, lo limpió un poco y salió a la calle.

Arriba, en la biblioteca, Josh intentaba dilucidar si Sánchez sería un policía auténtico o un homosexual al que le gustaba disfrazarse de miembro de los Village People, cuando se le plantó delante un Santa Claus echando humo.

—¿Puedo ayudarle en algo?

El hombre se inclinó sobre la mesa. Un desagradable olor emanaba de su aliento.

—Estoy buscando la sección de Referencia. ¿Dónde está?

—Por allí. —Josh señaló por encima del hombro derecho del gigantón—. ¿Es usted miembro de la biblioteca?

—No.

—En ese caso tendrá que rellenar la ficha para hacerse el carnet cuando haya elegido un libro.

Santa Claus frunció el labio superior dejando al descubierto unos afilados dientes. Abrió la petaca que llevaba en la mano y se quedó mirando a Josh.

—Estoy buscando *El libro de la muerte* —declaró con una voz ronca muy poco apropiada para un hombre al que todos los niños del mundo adoraban—. Me han dicho que está en la sección de Referencia. ¿Lo has visto?

Josh sabía dónde estaba, sí. Sánchez se lo acababa de llevar para la policía. ¿Por qué lo quería aquel tipo? ¿Sería un criminal? Y además, ¿qué tenía aquel libro de especial? Mientras Josh sopesaba su respuesta, Santa Claus dio un trago a la petaca. Un segundo más tarde, con unos ojos como platos, lo escupía todo sobre el rostro y la camisa de Josh. El chico retrocedió enjugándose la cara.

—Pero ¿qué coño? —gruñó, oliéndose las manos. Aquel líquido olía a pis. Normalmente habría reaccionado con furia, pero viendo la pinta de Santa Claus decidió dominarse un poco y contestar a su pregunta.

—Sánchez García tiene el libro que está buscando. Acaba de salir. Probablemente se habrá cruzado con él en las escaleras. Un tío bajo y gordo vestido de policía marica.

Santa Claus todavía estaba escupiendo entre náuseas.

—¿Qué? —ladró.

—Que el libro lo tiene Sánchez.

El gigantón le tiró la petaca, que le alcanzó la frente, y le vertió encima el resto de sus contenidos. Un olor a pis se esparció por el aire. El legendario cóctel

de Sánchez atacaba de nuevo.

—¡Lo voy a matar! —gruñó Santa Claus.

Para cuando John terminó de quitarse el pis de los ojos, Santa Claus bajaba ya las escaleras en pos de Sánchez.

Veintiocho

JD había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en la carretera. No hacía más que dar vueltas en la cabeza a los posibles finales de aquel viaje. Y tampoco dejaba de pensar en Beth. ¿Qué habría sido de ella? No tenía manera de saber si estaba viva o muerta. Lo único que sabía era que él, JD, no era el hombre apropiado para emprender ninguna misión de rescate, ni de venganza en caso de que fuera necesario. Aquel era un trabajo para Kid Bourbon, el hombre que era antes. Tal vez otros todavía siguieran viéndolo como un asesino en serie, pero él sabía que ya no era nada parecido. Ahora era un hombre con conciencia y, lo que era más importante, con alma. Y ese alma era todo lo que tenía para negociar en el Cementerio del Diablo.

El trayecto había transcurrido sin incidentes, como el paisaje, hasta que por fin se encontró en una carretera que conocía. Ya la había recorrido antes, casi diez años atrás. La autopista parecía no haber cambiado, y las planicies desérticas que la rodeaban seguían igual de desoladas. El cielo era muy azul, en marcado contraste con los nubarrones que se cernían sobre Santa Mondegá.

Mientras avanzaba a toda velocidad por el centro de la autopista, lo único que oía era el rugido del motor de su V8 Interceptor negro cubierto de polvo. Al pasar junto a un viejo coche patrulla quemado, a un lado de la carretera, supo que estaba cerca. Se acordó de una persecución policial en la que había estado involucrado en su última visita al Cementerio del Diablo. Había logrado echar de la carretera a varios coches patrulla y les disparó a placer, casi siempre haciendo blanco, ya fuera una rueda o la cara de un agente.

Unos cuantos kilómetros después dejó atrás la decrepita y abandonada gasolinera con el imaginativo nombre de GASOLINA Y COMIDAS JOE. Cuando desapareció de su espejo retrovisor, aminoró la velocidad del coche. Tenía delante una bifurcación.

El Cruce del Diablo.

Se detuvo al borde de la carretera justo antes de la ramificación y apagó el motor. No había nadie a la vista, ni un alma. Pero era sin duda el lugar adecuado. Tenía que llegar a un trato allí. Un trato como el que Robert Johnson había hecho con el Diablo en 1931. Salió del coche a la polvorienta carretera. El silencio en el Cementerio del Diablo era sobrenatural. No se parecía al silencio que podría imperar en cualquier otro sitio. Soplaban una brisa silenciosa, la notaba en la cara. Pero lo único en aquel desierto que producía algún sonido era él. El crujido de la grava bajo sus botas negras era la única evidencia de que aquello no era un sueño.

El cruce estaba tal como lo recordaba. El poste que tenía que señalar adónde llevaban las bifurcaciones no estaba, como tampoco estaba hacía tantos años. Así que, ¿dónde coño estaba el tipo con las indicaciones?

Se quedó en el centro del cruce mirando en torno a él. Si la memoria no le fallaba, el hotel Pasadena, ahora desaparecido, se alzaba entonces a unos cuantos kilómetros en la carretera de la derecha. Pero ¿adónde conducían los otros caminos? Hacia la izquierda lo único que se veía era más desierto y unas altas montañas anaranjadas a lo lejos. En realidad se veía lo mismo en las cuatro direcciones.

Mientras seguía mirando aquel abismo, oyó la voz que esperaba.

—Me preguntaba cuándo volverías.

Era Jacko. El hombre del blues. Se acercaba a él por el centro de la carretera, desde el este, con una funda negra de guitarra. El joven cantante negro seguía llevando el mismo traje negro, el sombrero y las gafas de sol que muchos años atrás le había dado Kid Bourbon para su imitación de los Blues Brothers en el concurso «Regreso de entre los muertos». No había envejecido ni un día desde entonces, y seguía siendo el músico jovencito en busca de su gran oportunidad.

—Me debes unas gafas de sol —le recordó JD.

—Yo también me alegro de verte.

—¿Sabes por qué he venido?

—Claro.

Le alivió saber que no tendría que dar explicaciones a Jacko, quien, según recordaba, podía ser un individuo bastante críptico y cansino. No le sorprendió que el chico supiera por qué había ido al Cementerio del Diablo. Siempre había sospechado que sus caminos volverían a cruzarse. Lo cierto es que ambos lo supieron en su último encuentro.

—¿Y ahora qué? —preguntó JD.

—Puedo organizar una reunión.

—Pues hazlo.

Jacko meneó la cabeza con una sonrisa.

—¿De verdad quieres acabar como yo? ¿Aquí vagando por el Cementerio durante toda la eternidad?

JD se encogió de hombros.

—La única desventaja que le veo es que tú andarás por aquí.

—No has cambiado nada, ¿eh?

—Pues la verdad es que sí. Si no hubiera cambiado, no estaría aquí.

—Estabas destinado a volver, lo único es que no sabías cuándo.

—Tú haz las presentaciones.

Jacko dejó en el suelo la funda de la guitarra.

—¿A quién quieres ver?

—¿Tú qué crees?

—No soy yo quien tengo que decirlo.

—Creo que estoy buscando a un hombre de rojo.

Una voz habló detrás de él:

—Estoy aquí. Lo único que tenías que hacer era llamarme.

JD se sacó de pronto una pistola de la chaqueta y se giró bruscamente, apuntando hacia la voz. Un negro grandón se apoyaba contra su V8 Interceptor, vestido con un traje rojo y bombín rojo, con una enorme sonrisa en la cara. Sus dientes reflejaban la luz del sol. Eran amarillos como la arena del desierto.

—¿Cómo va esto? —preguntó JD, sin dejar de apuntarle con la pistola.

El hombre de rojo tendió la mano para que JD se la estrechara. ¿Qué otras opciones le quedaban llegados a ese punto? Ninguna. De manera que se guardó la pistola. Había ido hasta allí para cerrar un trato, de manera que como poco tendría que estrechar aquella mano. Lo hizo despacio, mirándolo a los ojos. Fue un apretón firme, pero JD estaba ansioso por acabar con él, de manera que en cuanto el otro aflojó un poco, JD retiró la mano. El hombre de rojo se apoyó contra el coche otra vez y se sentó cómodamente sobre el capó, con el sol reflejándose en su hombro derecho.

—Hace mucho tiempo que quería conocerte —declaró—. La última vez que estuviste aquí no te quedaste el tiempo suficiente para que nos viéramos.

—Esta vez tampoco tengo mucho tiempo para charlar. ¿Me puedes ayudar o qué?

—Claro que puedo. Pero cualquier cosa que haga por ti tendrá su precio.

—Si lo que buscas es mi alma, es toda tuya. No la necesito.

El hombre de rojo sonrió todavía más. Era un gran negociador, sobre todo cuando jugaba con ventaja. Era evidente que ofrecería un trato leonino. Enarcó la ceja antes de contestar.

—JD, puede que te sorprenda, pero no quiero tu alma. Tienes algo que para mí vale muchísimo más.

Aquello no formaba parte del guión. JD había esperado que aceptara su alma, pero a pesar de todo, no había llegado hasta allí para marcharse sin aceptar los términos del contrato, por muy poco razonables que pudieran ser.

—Dime qué es.

Pero el de rojo negó con la cabeza.

—Primero dime qué quieres de mí, y luego te diré mi precio.

—Lo único que quiero es volver a ser el que era.

—¿El que eras la semana pasada?

—Sí. Quiero volver a ser un cabrón asesino. ¿Te vas a poner a ello o vas a seguir ahí sentado dándotelas de listo y soltando gilipolleces?

El otro lanzó una risa falsa pero resonante.

—¡Jajaja! Yo también quiero que vuelvas a ser aquel hijo de puta. Eras mucho más interesante entonces. Últimamente, si no te importa que te lo diga, eres un auténtico muermo. Una cosa sosísima.

—Sí, es lo que pasa por tener alma y conciencia. Pero esa mierda no es para mí.

—Me alegra oírlo.

—Así, ¿qué? ¿Lo puedes hacer?

El tipo se echó hacia atrás, apoyado con las dos manos en el capó del coche, con las piernas cruzadas. Entonces se quitó el bombín y lo dejó en su regazo, dejando al descubierto una densa mata de pelo negro y rizado.

—Pues claro que sí. Verás, tú y yo compartimos un interés común.

—¿Cuál?

—Los prófugos del infierno.

—¿Qué?

—Los prófugos del infierno.

—Ya te había oído. ¿Eso qué coño es?

—Los vampiros. No puedo soportar a esas comadreja, que se han evadido del infierno. Los hombres lobo también. Y sobre todo, sobre todo, ¡esa puta

momia! ¿Sabes? Ramses Gaius se pasó siglos colgado en el Purgatorio hasta que tú levantaste la maldición que pesaba sobre él. De verdad pensaba que algún día iba a ser mío. Y te digo una cosa, todavía estoy deseando tenerlo en mi mesa.

—Me alegro por ti.

—Pero la número uno... esa es Jessica. —El hombre de rojo pareció animarse muchísimo al hablar de Jessica. Era evidente que le despertaba pasiones—. Me ha estado eludiendo desde que tengo memoria. Y ha habido ocasiones en las que casi, casi, me la has puesto en bandeja. ¡Ay! Sinceramente, me ha evitado ya tanto tiempo que es prácticamente un milagro.

A JD le sorprendió aquella revelación, pero se alegró de oírla.

—¿Así que me vas a ayudar a matarla? —preguntó.

—Te devolveré lo que tenías, e incluso te daré algo más. Pero no puedo ayudarte a matarla. Eso está todo en manos del destino.

—No será el destino el que la mate. Seré yo.

El hombre de rojo meneó la cabeza.

—Si fueras a matarla tú, ya lo habrías hecho.

—¿Eso qué coño significa?

—Tú piénsalo cuando vuelvas a enfrentarte a ella.

—Déjate ya de gilipolleces crípticas. ¿Qué quieres de mí a cambio?

JD oyó a Jacko a su espalda.

—Será algo que no te guste —advirtió.

El hombre de rojo se volvió a poner el bombín y bajó del coche para acercarse a JD.

—Al contrario, te va a encantar.

—¿Qué es?

—Todo a su tiempo —contestó el otro, poniéndole una mano cálida en el hombro—. Pero lo primero, antes de darte lo que quieres, te voy a pedir una cosilla. Un depósito por adelantado, por así decirlo. No reembolsable, por supuesto.

—Muy bien.

—Tu carro.

JD lo miró con suspicacia.

—¿Mi coche? Si te doy mi coche, ¿cómo coño voy a volver a Santa Mondegá?

—Ay, hijo mío, ¡yo te puedo llevar más deprisa que cualquier coche!

—Vale. —JD se sacó del bolsillo las llaves y se las tiró—. Pero antes tengo

que coger unas cosas del maletero.

El otro contestó sonriendo:

—No necesitas nada de ese coche. Todo lo que necesitas lo encontrarás por esa carretera —indicó, señalando un poste junto al cruce. El poste con sus cuatro paneles de madera blanca que señalaban en distintas direcciones había vuelto a aparecer donde debía estar. Ahora tenía un destino pintado con letras negras en el cartel que señalaba hacia el Oeste: PURGATORIO.

JD se volvió hacia el hombre de rojo.

—¿Qué coño hay en Purgatorio? —preguntó.

—Una especie de prueba. Mientras yo redacto el contrato para que lo firmes, tú ve a pasar esa prueba.

JD miró la carretera desierta.

—¿Dónde es la prueba esa?

Pero en lugar de una respuesta, solo oyó el ruido de la portezuela del coche. Se giró y vio compungido que el hombre de rojo ya se había sentado al volante. Al cabo de un segundo el motor cobró vida con un rugido. El de rojo le guiñó un ojo y aceleró unas cuantas veces antes de dejar que el coche saliera disparado derrapando, escupiendo arena y polvo en todas direcciones. JD lo vio alejarse hacia la zona donde en otros tiempos se alzaba el hotel Pasadena.

Por fin se volvió hacia Jacko, que había sacado la guitarra de la funda y ahora la tenía colgada de los hombros, lista para tocar. Rasgueó un acorde y comenzó a cantar:

—*Down to the crossroads...*

JD se sacó de nuevo la pistola de la chaqueta para apuntarle a la cara.

—Calla. La puta. Boca —le espetó.

Jacko dejó de tocar y señaló el cartel de PURGATORIO.

—Sigue andando hasta que te veas preparado para empezar otra vez.

Con *El libro de la muerte* metido bajo el brazo, Sánchez caminaba por la nieve hacia el coche patrulla, que había aparcado detrás de la esquina, en un sitio para minusválidos a pesar de que había aparcamientos más cerca de la biblioteca. Había demasiada gente en la ciudad con permisos de minusválidos que no merecían, de manera que ahora que era policía y podía aparcar donde le diera la gana, había ido derecho al sitio reservado. Claro que ahora empezaba a arrepentirse de tal decisión, porque el aire era helador. No recordaba que hubiera hecho jamás tanto frío en Santa Mondegá. Y encima todavía estaba oscuro de cojones. El único consuelo era que con las farolas encendidas y la alfombra de nieve, por una vez el aspecto del lugar era bastante festivo. No es que Sánchez fuera muy forofo de las navidades, que no suponían más que una excusa para que la gente pidiera dinero o para que le incordiaran por la calle suplicando donativos para los sin techo, que por lo visto sufren más de lo habitual durante esa época. Sánchez no veía por qué, puesto que durante todo el año conseguían cosas gratis y en Navidad todavía más. Aún le irritaba que a los vagabundos les dieran sopa gratis en los refugios mientras que a él solo le permitían olerla de lejos.

La sopa de esa mañana era de pollo, a juzgar por el apetitoso aroma que salía del vaso de poliestireno del que bebía un vagabundo sentado en la esquina. Era un viejo con una gabardina verde hecha jirones y unos pantalones grises rotos. No llevaba zapatos, solo unos gruesos calcetines grises por cuyos agujeros asomaban los dedos. Sánchez fingió no verlo, con la esperanza de poder pasar de largo sin que le pidiera limosna. No lo consiguió.

—¿Tiene una moneda, oficial? —preguntó el viejo al verlo pasar—. Para un café.

—Lo siento, no llevo nada.

El sin techo le agarró los pantalones y tiró de tal manera que Sánchez estuvo a punto de perder el equilibrio. Tenía bastante fuerza para ser un viejo. Sánchez intentó quitárselo de encima como se habría sacudido a un perro rijoso que quisiera follarle la pierna. Pero aquel cabrón no pensaba rendirse sin luchar.

—Escucha, apestoso —saltó Sánchez—. Como no me sueltes la pierna, te detengo.

El vagabundo ignoró la amenaza.

—Solo necesito para un café. Me estoy muriendo de frío. No querrás que un pobre viejo se muera de frío, ¿no?

Sánchez suspiró y se metió la mano en el bolsillo para ver si tenía alguna moneda. Tenía un montón, pero en ese bolsillo llevaba un mechero Zippo y la página que había arrancado de *El libro de la muerte*. Esa página tenía que destruirla en algún momento, de manera que se le ocurrió una idea.

—Tengo algo para que te calientes.

Los ojos grises y apagados del sin techo se iluminaron de pronto. El hombre le soltó los pantalones, mirándolo como un cachorro excitado que esperase una golosina. Sánchez se sacó el mechero del bolsillo y lo abrió junto a la cara sucia del vagabundo. De pronto saltó una llama considerable. El vagabundo todavía parecía ansioso, esperando tal vez que le regalara el mechero, que valdría unos cuantos dólares. Por fin Sánchez se sacó la página de *El libro de la muerte*, la alisó lo mejor que pudo, todavía sosteniendo el libro bajo el brazo. El vagabundo frunció el ceño, sin saber muy bien qué esperar. Sánchez entonces acercó a la llama la esquina del papel, que prendió de inmediato.

—Toma —dijo, ofreciéndole la página en llamas—. Con esto te puedes calentar.

El viejo apartó la mano.

—Es todo lo que tengo —insistió Sánchez, dejando el papel a los pies del vagabundo. El hombre arrugó el ceño, pero luego tendió las huesudas manos hacia la llama, con la esperanza de caldeárselas un poco.

—Miserable —masculló.

—Gracias. —Sánchez se volvió a guardar el mechero y siguió su camino hacia el coche, satisfecho al pensar que había realizado su buena acción del año.

De pronto, algo helado le golpeó la cara y el pelo, salpicándole agua en los ojos. Y la oreja se le quedó entumecida de frío. Mientras se secaba la cara, se dio cuenta de que alguien le había tirado una bola de nieve, y con muy buena puntería además. Miró en la dirección de la que procedía y vio al otro lado de la

calle a una anciana con un abrigo largo azul marino y un bastón. Le resultaba familiar. De hecho, cuando la mujer le hizo un gesto grosero con el dedo y le gritó: «¡Cabrón!», la reconoció al instante. Era la vieja que se había caído en la calle cuando él había conectado la sirena del coche de policía para impresionar a Jessica. Era obvio que la vieja bruja no sabía aceptar una broma. Pero en ese momento Sánchez no tenía ni tiempo ni paciencia para demorarse con aquello, aunque pensaba volverle a hacer la gracia de la sirena a la menor oportunidad.

Tal era el estado del hielo y la nieve en la calle, que el impacto de la bola de nieve podía haberle hecho caer, de manera que con eso en mente, puso mucho más cuidado en cubrir el resto del trayecto, levantando mucho los pies al andar y plantándolos con firmeza en el suelo. Cuando por fin llegó al coche patrulla, dejó *El libro de la muerte* en el techo junto a la sirena y se buscó las llaves en el bolsillo. Al sacárselas, se engancharon con el mechero y el Zippo salió volando y aterrizó en una densa y sucia pila de nieve.

—¡Putra mierda!

Se agachó para sacarlas de aquel fango, intentando no poner la rodilla en el suelo. Ya hacía bastante frío para encima mojarse el uniforme. El mechero había caído debajo de un coche, casi fuera de su alcance. Mientras tanteaba buscándolo, advirtió que una sombra se cernía sobre él. A la luz mortecina de las farolas, la sombra se veía grande y muy negra. Sánchez volvió la cabeza hacia ella. Y se encontró con el Santa Claus con el que se había cruzado en la biblioteca. Una aparición bastante imponente.

—¿Quieres algo? —preguntó Sánchez, incorporándose.

Santa Claus abrió la boca de par en par, dejando al descubierto unos grandes colmillos. El cabrón era un puto vampiro. Un vampiro enorme, además. Siseó con furia, echando un aliento fétido que parecía provenir del fondo de su estómago. Sánchez retrocedió instintivamente ante lo que le pareció el olor de un kebab podrido. Santa Claus se lanzó hacia el libro en el techo del coche.

—¡Dame eso! —gruñó.

—¡Ni hablar! —gritó Sánchez.

Se las apañó para echar el guante al libro antes que el vampiro. Con sus dedos regordetes y helados lo cogió del techo del coche y lo estrechó contra su pecho, cuidando de mantener los codos bien tiesos hacia fuera para mantener a raya a su oponente.

Santa Claus se le pegó a la espalda y lo rodeó con los brazos tratando de llegar al libro, pero Sánchez se retorció y escapó. Si conseguía tirar al suelo a

aquel gordo, tal vez tendría tiempo de entrar en el coche. Por desgracia mientras estuviera agarrando *El libro de la muerte* con todas sus fuerzas le resultaba difícil hacer cualquier otra cosa. Pero de ninguna manera pensaba soltar aquel libro (y la recompensa de cincuenta mil dólares) para que se lo arrebatara un Santa Claus gordo, torpe y no muerto. Claro que en cuanto a fuerza y agilidad, Sánchez no era rival para aquella masa colosal vestida de rojo. Santa Claus agarró el libro con una mano. Los dos se enzarzaron un rato en un tira y afloja como dos niños peleando por un osito de peluche. Pero mientras Sánchez tiraba con todas sus fuerzas, Santa Claus de pronto lo sorprendió empujando con tal fuerza, que desequilibró a su oponente. Sánchez se resbaló en el hielo y cayó hacia atrás. Pero como se negó a soltar el libro, consiguió echarse encima al obeso vampiro.

Ninguno de ellos conseguía quedarse con el libro, pero cada vez era más evidente que Sánchez no tenía muchas oportunidades de salir vencedor. El vampiro tenía una mirada de loco en sus ojos inyectados en sangre, y si bien al principio solo se concentraba en recuperar el libro, de pronto advirtió la piel del cuello de Sánchez, enrojecida por el frío. Para un vampiro debía tener el aspecto de un jugoso filete.

Cuando se lanzó a morder, Sánchez tiró del libro con la esperanza de usarlo como escudo. Y efectivamente logró subirlo bruscamente y golpear al Santa Claus en el mentón, apartándole la cabeza justo cuando estaba a punto de hincarle el diente.

Para salir de aquel embrollo iba a hacer falta una drástica acción evasiva. Por fortuna Sánchez poseía un instinto de supervivencia que habría sido la envidia de cualquier comadreja. Tiró de la barba de Santa Claus, que tal como sospechaba iba sujeta por una banda elástica. La apartó todo lo que pudo y la soltó de pronto. La barba golpeó al vampiro en la cara, cubriéndole la boca y, lo que era más importante, los colmillos. Pero Santa Claus no pareció inmutarse y más bien aprovechó la ocasión para tirar con más fuerza del libro, olvidándose de morder nada de momento. Solo tardó dos segundos en arrancarle a Sánchez el libro de las manos. Se sentó entonces triunfalmente a caballo sobre su enemigo, sonriendo como un enajenado. Tiró el libro al suelo junto a él y se colocó la barba mirando a Sánchez.

—¡Hora de morir, gordo! —siseó, sacándose de la chaqueta roja una petaca de plata—. Yo ya he probado la tuya, ¡ahora te toca a ti probar la mía!

—No, gracias. —Sánchez tanteaba frenético en la nieve con la mano libre.

Y mientras Santa Claus quitaba el tapón de su petaca, Sánchez puso en marcha la Operación Comadreja. Por fin notó el frío metal del Zippo en los dedos. En un instante lo encendió y lo tiró contra la barba de Santa Claus, que ni se lo vio venir. Ante la jubilosa mirada de Sánchez, la barba estalló en llamas.

—¡MIERDAAAAAAAAAAAA! —chilló el gordo.

Se tiró a la nieve, dejando caer la petaca, para rodar boca abajo intentando apagar el fuego de la barba. Sánchez no desaprovechó la oportunidad. Cogió la petaca plateada. Estaba abierta y un líquido verde se vertía en la nieve. Imaginándose que sería alcohol y sin duda inflamable, pensó en echárselo a Santa Claus en la barba para avivar las llamas antes de que el gordo pudiera extinguirlas. Calculó el momento a la perfección. Santa Claus se giró boca arriba justo cuando Sánchez le vertía el líquido sobre la barba y la cara. El gordo abrió espantado unos ojos como platos. El fuego de la barba se había apagado, pero todavía se alzaba una nubecilla de humo negro que le hizo toser y escupir.

Sánchez se dispuso entonces a recrear su llave favorita de lucha. El Chapuzón. Dio un salto y se arrojó sobre Santa Claus como había visto hacer en televisión a su luchador favorito, Terremoto. Aterrizó a horcajadas de su víctima y encendió de nuevo el Zippo.

Santa Claus ya no se debatía, se había quedado yerto en el suelo. Sánchez estaba ocupado felicitándose por la efectividad de su técnica con el Chapuzón cuando algo le llamó la atención. Advirtió unas manchas verdes en los labios del vampiro y se acordó del asesino de niños que paralizaba a sus víctimas con un veneno verde. ¿Podría ser aquel vampiro el culpable de la muerte de un montón de niños indefensos? Pues bien, ahora era él el indefenso.

Perfecto. Era hora de regodearse un poco y soltar unas frasecitas en plan Schwarzenegger.

—Deberías desengancharte de esa cosa verde. Te va a dejar parálítico.

Santa Claus no contestó. No podía. La parálisis ya lo había invadido, pero sus ojos decían todo lo que Sánchez necesitaba saber. Estaba aterrado. Por una vez Sánchez tendría oportunidad de descargar una buena venganza en nombre de todas las víctimas de un despiadado asesino. Se le había presentado una oportunidad auténtica de ser un héroe y vengar las muertes de muchos inocentes. ¿Qué podía salir mal?

Miró la llama del Zippo, y luego de nuevo al vampiro.

—¡Tienes que animarte, hombre! —sonrió con sorna, pensando que era una lástima que no hubiera nadie allí para apreciar su ingenio—. Venga, suelta un «¡Ho ho ho!».

El vampiro parecía de verdad aterrado, pero no ofreció resistencia. Sánchez vertió algo más del líquido inflamable en la ropa de Santa Claus y se apartó de él. Volvió a tapar la petaca y se la metió en el bolsillo, pensando que sería una buena sustituta de la que había perdido antes. Luego encendió de nuevo el mechero y acercó la llama a aquel cabrón. Le invadía una fuerte sensación de poder. Lo único que tenía que hacer era tirar el mechero sobre la barba del vampiro y al cabo de unos segundos aquel psicópata sería una pila de cenizas. Pero primero tenía que regodearse un poco más.

—No mola nada estar ahí tirado mientras alguien amenaza con matarte, ¿eh? —Y le lanzó una patada a las costillas.

Aquello estaba resultando ser una gran diversión. Sánchez le dio otra patada, esta vez más fuerte. Y justo cuando alzaba el mechero dispuesto a tirárselo encima, oyó de pronto un grito a sus espaldas. Era la voz de una niña, seguramente de no más de diez años:

—¡Eh, mirad! ¡Ese hombre le está dando una paliza a Santa Claus!

Sánchez volvió la cabeza y vio al otro lado de la carretera a una tropa de Niñas Girasol, el equivalente en Santa Mondegas a la sección femenina de los Boy Scouts, pero con serios problemas de comportamiento. Todas llevaban jerséis verdes y faldas azules con peludos gorros con pompones para protegerse del frío. No es que fuera una visión aterradora, pero es que eran treinta. Y estaba también la líder del grupo, una señora de unos cuarenta años bastante voluminosa, con cara de jirafa y media melena. Por suerte estaba detrás de las niñas. Sánchez tenía que preocuparse sobre todo de la que estaba delante del grupo, señalándolo con el dedo. Y lejos de mostrarse angustiada, más bien parecía furiosa. De pronto se sacó algo del calcetín. Era una navaja, con la que apuntó a Sánchez. Entonces miró en torno a la tropa y gritó:

—¡A POR ÉL!

En un instante treinta Niñas Girasol de diez años se lanzaron contra él chillando. La de la navaja encabezaba el asalto, gruñendo y enseñando los dientes como un pit bull. La líder iba en la retaguardia, blandiendo el puño con furia, con pinta de estar verdaderamente horrorizada por lo que Sánchez le había hecho a Santa Claus.

—¡No es lo que parece! —le gritó él a la turbamulta.

Pero fue en vano. Ninguna de las niñas habría podido oírlo por encima del estrépito de sus propios gritos. Sánchez echó un último vistazo al vampiro tirado en el suelo y dejó caer sobre él el Zippo.

¡FLOOOSH!

En cuanto el mechero hizo contacto con el líquido verde inflamable todo su cuerpo estalló en llamas. Esto frenó en seco el asalto de las niñas, que se quedaron mirando boquiabiertas a Santa Claus ardiendo. Solo se oían exclamaciones. Sin duda la imagen quedaría indeleblemente grabada en sus memorias, traumatizándolas de por vida. Por desgracia, una vez pasada la inicial conmoción, se pusieron todavía más furiosas. Sus gritos alcanzaron un nivel muy superior de agresión. Sánchez se agachó a recoger *El libro de la muerte*, y para cuando se incorporó, Santa Claus era una bola de fuego de un metro de altura. Las llamas se extendían hacia el coche patrulla, impidiendo que Sánchez llegara hasta él. De manera que, sin tiempo que perder, echó a correr por la calle helada, rezando por no resbalarse.

Y treinta Girasoles salieron corriendo tras él, sedientas de sangre.

JD caminaba por el polvoriento camino hacia el horizonte. El sol caía a plomo desde el cielo azul, pero él no notaba el calor. La temperatura, así como la brisa, habían quedado totalmente neutralizadas. Durante lo que se le hizo una eternidad, tuvo la sensación de estar andando en el sentido opuesto de una cinta transportadora. El paisaje no cambiaba y el horizonte nunca parecía más cerca. A su alrededor solo se veían los páramos desérticos del Cementerio del Diablo. Y todo parecía relumbrar bajo una pátina tan blanca que resultaba cegadora. El único ruido perceptible era el de sus pasos. Hasta su respiración era silenciosa.

Por fin, después de un tiempo indeterminable, vio algo a lo lejos en el camino, a la derecha. Era un enorme edificio con el tejado de paja. Y en ese mismo instante el tiempo pareció acelerarse. El horizonte se precipitó hacia él y las nubecillas blancas surcaron a toda velocidad el cielo. Y de pronto se encontró a la puerta de un bar de carretera. Desde fuera no se distinguía mucho de cualquier bar de Santa Mondegá. ¿Sería aquel lugar una fantasía suya? Parecía el típico *saloon* del oeste, una mezcla entre el Tapioca y el Chotacabras, pero diez veces más grande y todavía menos atractivo. Pero sin duda aquel era el sitio, y tendría que entrar.

El nombre del bar relumbraba en letras de neón rojas sobre un enorme cartel: PURGATORIO.

Se encaminó por un sendero de grava y tierra hacia las típicas puertas batientes de un bar del oeste. Con cada paso el ruido de murmullos del interior se hacía más fuerte, hasta convertirse en un sonoro zumbido de voces.

JD se acercó, cada vez más inquieto. No tenía ni idea de lo que encontraría allí, pero parecía la clase de local donde Kid Bourbon encajaría. Por desgracia de momento seguía sintiéndose como JD. A lo mejor eso cambiaba una vez entrase. Lo que sí sabía casi con certeza era que había muchas posibilidades de tener que

matar a alguien. Se acercaba el momento de poner a prueba sus viejas aptitudes de asesino.

En las puertas se detuvo un momento. Por encima de ellas veía un enorme ventilador en el techo sobre la barra, y las cabezas de una multitud de parroquianos, en su mayoría hombres, de todas las edades, formas y tamaños. Por fin abrió las puertas empujando con las manos y entró.

En cuanto puso el pie en el local, se produjo un silencio de muerte. Todos dejaron al instante lo que hacían para volverse a mirar al recién llegado. Se habían quedado como estatuas. JD avanzó un paso más, con las manos a los costados. Las puertas de la cantina se cerraron tras él y quedaron aleteando en sus goznes un rato antes de detenerse. Nadie se había movido aún.

Justo delante de él la multitud había abierto un estrecho camino hasta la barra, donde un solitario camarero esperaba que su nuevo cliente pidiera su bebida. JD caminó despacio entre el gentío, advirtiendo las miradas furiosas de todos. Se fue fijando en algunas caras a ambos lados. Eran rostros conocidos. Los rostros de la gente a la que había matado. Había otras muchas caras que no reconoció, pero eso no significaba necesariamente que no hubieran muerto también a sus manos. Kid Bourbon había asesinado a mucha gente, y no todas sus víctimas habían sido bastante importantes para que las recordara.

Notaba las miradas de todos clavadas en su espalda al llegar a la barra. El camarero, un tipo de aspecto patibulario con el pelo desgredado caído sobre la cara, limpiaba la barra con un trapo. Al ver a JD tiró el trapo sobre un estante a su espalda. JD también lo reconoció, y no era precisamente alguien que pudiera alegrarse de verlo. Se trataba de Berkley, el camarero del Chotacabras de Santa Mondegá. Una noche Kid Bourbon le había pegado un tiro en la cara poco después de beberse una copa de su mejor *bourbon*. Recordaba bien el incidente con Berkley, porque al llegar al Chotacabras había visto el cadáver de su antiguo adversario de lucha, Rodeo Rex. Rex estaba colgado del ventilador del techo, y había recibido una seria paliza de Jessica o Archibald Somers, o tal vez de ambos. ¿A quién le importaba?

Berkeley dejó un vaso de *whisky* delante de JD y sacó una botella de *bourbon*. Teniendo en cuenta que la última vez que se vieron, JD le había abierto un agujero tremendo en mitad de la cara, aquel resultaba un gesto de lo más indulgente. La herida ahora había desaparecido, y el camarero estaba exactamente tal como JD lo recordaba. Todavía llevaba el pelo largo, oscuro y sucio, y había mantenido idéntico su aspecto de vagabundo disfrazado de

camarero. La camisa blanca parecía sin lavar y en gran parte estaba convenientemente oculta bajo un chaleco negro.

—Sírreme una copa —pidió JD, apoyándose contra la barra para echar un vistazo a toda la gente a su espalda. Seguían con la mirada clavada en él. Cientos de personas, y ni una sola parecía contenta de verlo. Claro que no era de extrañar.

Berkley abrió la botella de *bourbon* y lo sirvió en el vaso de *whisky*, pero solo lo llenó una cuarta parte. JD se quedó mirando el vaso mientras el camarero volvía a poner el corcho en la botella.

—Voy a querer bastante más *bourbon*.

—¿Cuánto más?

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

—No.

Berkley llenó el vaso hasta arriba y se apartó de la barra. JD se quedó mirando la copa. Aquel era un momento muy serio. Si tomaba un sorbo de aquel *bourbon* su trato con el diablo estaría cerrado. No habría vuelta atrás. Sería de nuevo el que había sido antes. Un hombre sin alma. Un hombre capaz de matar a todo el mundo en aquel tugurio de mierda. Un hombre que seguramente ya los había matado a todos anteriormente. Y que tendría que volver a matarlos si esperaba salir vivo de allí.

Una gota de sudor se deslizaba por el vaso. Sudor de verdad. En ese momento oyó una voz, una voz grave, como suele pasar:

—¿Qué haces en nuestro bar, forastero? ¿A qué has venido?

JD dejó el vaso, sabiendo quién le hablaba. Era Ringo, un gordo cabrón al que había matado hacía unos años en el Tapioca. Y, efectivamente, apareció entre el gentío a su derecha, apartando a empujones a cualquiera que le cerrase el paso. Tenía exactamente la misma pinta que entonces: un canalla corpulento, grasiento, con unos pantalones marrones sucios y una camiseta grandona manchada de sudor. Por fin llegó hasta JD y le clavó una mirada torva.

JD suspiró.

—No vengo buscando problemas.

Ringo esbozó una amenazadora sonrisa.

—¿Ah, no? Pues yo soy un problema y me parece que me has encontrado —gruñó.

El camarero se apartó todavía más de la barra, al tiempo que cerraba la botella de *bourbon*. JD meneó la cabeza y miró fijamente a Ringo a los ojos.

—Tú no aprenderás en tu puta vida, ¿verdad?

Ringo le apretó con fuerza el hombro mientras con la otra mano sacaba una pistola de una funda escondida en su costado. Con ella le apuntó a la cara.

—Hemos oído rumores de que Kid Bourbon iba a venir por aquí. Y tú estás bebiendo *bourbon*, ¿no? ¿Eres Kid Bourbon?

JD respiró hondo.

—Tú sabes por qué lo llaman Kid Bourbon, ¿verdad?

—Yo lo sé —terció una voz masculina muy aguda entre el gentío—. Dicen que cuando Kid bebe *bourbon* se convierte en una puta bestia parda, un psicópata chalado que mata a todo el que se le pone por delante. Dicen que es invencible y que solo puede matarlo el mismo Diablo.

—Eso es —contestó JD—. Kid Bourbon mata a todo el mundo. Lo único que necesita es un sorbo de *bourbon* para volverse majara y cargarse al bar entero. Y lo sé muy bien porque lo he visto unas cuantas veces.

Ringo amartilló la pistola.

—Pues vamos a hacer una prueba. Bébetelo el *bourbon*.

JD cogió el vaso y miró el contenido. Parecía un licor bastante bueno.

—Camarero, ¿es *bourbon* de verdad? —le preguntó a Berkley.

—Pues claro —contestó el otro desconcertado—. ¿Por qué no iba a serlo?

—No, por nada. Era por asegurarme.

JD se llevó el vaso a los labios. Todos lo miraban, apenas capaces de soportar la tensión. Como para atormentarlos, JD no bebió de inmediato. Se quedó esperando un momento, como sumido en sus pensamientos. ¿De verdad quería volver a aquel camino? Pensó en disculparse por lo que estaba a punto de hacer. Pero la idea se esfumó de inmediato y JD sonrió para sus adentros. Y entonces, como quien hace una semana que no bebe nada, apuró todo el *bourbon* y descargó el vaso sobre la barra.

Y definitivamente era *bourbon* auténtico.

Resultó que escapar de una turbamulta de niñas *scouts* furiosas no era tan fácil como podía parecer. Con el voluminoso *El libro de la muerte* bajo el brazo, Sánchez llevaba todavía más peso del habitual. Y después de una pelea a muerte con un vampiro disfrazado de Santa Claus ya se encontraba bastante cansado. La adrenalina era lo único que lo mantenía en pie. Jadeando como loco mientras corría por la calle helada miró atrás por ver si las niñas estaban tan cerca como sus gritos sugerían. No le sorprendió ver que acertaban distancias. Una morena con toda la pinta de ser futura medallista de oro en lanzamiento de peso encabezaba la persecución, y se acercaba muy deprisa. De hecho, tan cerca estaba que Sánchez le vio hasta las primeras fases de un bigote que parecía estarse dejando.

Tenía que idear algún plan, y deprisa. ¿Cómo coño iba a esquivar a aquella furiosa turbamulta? Desde luego corriendo no. Lo que necesitaba era una vía de escape. Esperaba ver algún taxi, preferiblemente alguno en marcha al que pudiera subirse de un brinco antes de que las niñas lo alcanzaran. Las calles de Santa Mondegá solían estar plagadas de taxis, de manera que apartó la vista de la niña bigotuda para ponerse a buscar uno sin dejar de correr por la resbaladiza y peligrosa acera. Pero no pasaba un solo coche. La nieve tenía a todo el mundo encerrado en casa.

De pronto tomó una súbita decisión. Una calle a la izquierda llevaba a la parte más ajetreada de la ciudad. Incapaz de aminorar la velocidad al acercarse a la esquina, intentó girar, pero solo logró resbalarse en un charco de hielo negro. Sus pies se elevaron por los aires, y mientras la cabeza le caía hacia atrás, instintivamente bajó los brazos para intentar frenar con ellos la caída. *El libro de la muerte* rebotó en el suelo al mismo tiempo que su culo aterrizaba en una losa de hielo particularmente fría. Y este hielo también estaba resbaladizo, de manera

que antes de darse cuenta de lo que estaba pasando se deslizaba por la acera en una especie de carrera delirante contra *El libro de la muerte*. Su culo lo seguía a poca distancia. Lo único bueno de aquella situación era que ahora se movía algo más deprisa que cuando iba corriendo. Su mayor problema era que ya no tenía control sobre la dirección en la que iba. Se deslizó de culo fuera de la acera hasta la mitad de la carretera, y entonces por fin oyó el ruido de un coche. El asfalto no tenía tanto hielo como la acera, de manera que su impulso se vio reducido considerablemente. Al final acabó frenando de golpe en mitad de la carretera y vio horrorizado que *El libro de la muerte* rebotaba por los aires en rumbo de colisión con el vehículo que se aproximaba. Se oyó un estampido enorme cuando el parachoques se estrelló contra el libro lanzándolo de nuevo por los aires. Las páginas se abrieron y el volumen aterrizó boca abajo en un charco de nieve y hielo. El conductor del coche pegó un frenazo y se detuvo derrapando.

Sánchez consiguió incorporarse hasta quedar sentado en la carretera. Por muy tentador que fuera quedarse allí para aclarar las ideas y comprobar lo dolorido que iba a tener el culo, sabía que la primera de las niñas furiosas no tardaría en caer sobre él (siempre que tuviera permitido cruzar la calle sin la compañía de un adulto, claro). Mientras intentaba ponerse en pie, advirtiendo que tenía los pantalones chorreando, oyó abrirse la portezuela del coche.

—¡Sánchez! ¡Sube, deprisa!

Era Copito, y el coche que había atropellado *El libro de la muerte* era su Volkswagen Escarabajo, que ahora mismo estaba delante de él, con la puerta del pasajero abierta, mientras Copito le hacía señales. No necesitó que se lo dijeran dos veces. Sánchez se subió de un brinco casi a la vez que cerraba la puerta, justo cuando la más grande de las niñas Girasol se estrellaba contra ella.

Sánchez echó el pestillo y le sacó la lengua, mientras Copito pisaba a fondo el acelerador.

—¡Espera! —gritó él—. Acércate al libro.

Copito condujo dando bandazos por el hielo hasta el charco donde yacía el libro. Sánchez abrió la puerta y se inclinó, listo para cogerlo. Copito redujo la velocidad y logró pararse justo al lado. A pesar de que en apariencia era una auténtica nulidad al volante (en opinión de Sánchez), había acertado de manera espectacular. El camarero lo agarró por la cubierta y se lo echó sobre el regazo.

—¡Vale! ¡Ahora acelera a fondo!

Copito no se hizo de rogar. El coche salió disparado desde en medio de la carretera hacia el centro de la ciudad, dejando atrás a las niñas exploradoras.

—¿Estás bien? —preguntó ella, sin apartar los ojos de la carretera—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué te perseguían esas niñas?

Sánchez inspeccionó el libro que tenía en las manos. Las tapas estaban dañadas, rotas y arañadas en varios sitios, pero lo peor de todo era que la mayoría de las páginas estaban chorreando.

—Maldita sea, Copito —gimió—. El libro está destrozado. Tu mala conducción puede haberme costado el dinero de la recompensa. Y a Jessica no le va a hacer ninguna gracia.

—Lo siento, no era mi intención. Es que parecía que tenías problemas, así que no había tiempo para ir con mucha precaución.

—No necesitaba ninguna ayuda.

Sopló con fuerza sobre algunas páginas en un vano intento por secarlas. Copito no respondió, y después de hojear un rato el libro y chasquear la lengua, de pronto Sánchez se dio cuenta de que igual se había pasado un poco con ella. Cosa que se confirmó cuando la oyó sorber por la nariz. La miró de reojo. Estaba a punto de echarse a llorar. Estaba claro que intentaba ocultarlo, o contener el llanto, pero se le escapaba algún sollozo.

Sánchez suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Rick ha muerto. Alguien lo mató para echarle mano a ese libro.

Sánchez se quedó horrorizado. Le había dado a Rick una botella de alcohol el día anterior. ¡Qué desperdicio! ¿Y quién coño estaba dispuesto a matar por hacerse con el libro?

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Sabes quién ha sido?

—No. Pero su vecina, Annie *la Loca* dijo que anoche oyó algo.

—¿Annie McFanny?

—Sí. La he visto esta mañana. Estaba muerta de risa.

—¿Por qué? ¿Qué te contó?

—Que oyó cómo torturaban a Rick toda la noche.

—¿Y eso tiene gracia?

—Ninguna. Dijo también que el asesino andaba buscando un libro.

—¿*El libro de la muerte*?

—No lo sé, pero es el único libro que Rick tenía, de manera que se me ocurrió que igual iban luego a la biblioteca, y entonces ibas a tener problemas.

—¿Vio Annie al asesino?

—La verdad es que no lo sé. Según Annie, era Santa Claus y sus duendes.

—¡Joder! ¿Santa Claus, me has dicho?

—Sí. En fin, ya sabemos que Annie está chiflada. La mitad de lo que dice son tonterías. Solo que a veces es difícil distinguir qué mitad, ¿sabes?

—Pues creo que en este caso podría tener razón.

—¿En qué? ¿En lo de Santa Claus?

—Sí.

—¿De verdad?

—Pues sí. Un puto vampiro como un camión, vestido de Santa Claus, ha intentado robarme el libro. Y llevaba encima una petaca de líquido verde. De ese que causa parálisis.

Copito lanzó una exclamación.

—¡Ay, Dios mío! Rick tenía los labios verdes cuando lo encontré. ¿Dónde está ahora ese Santa Claus?

—Le di a probar su propia medicina.

—¿La cosa verde?

—Sí. Luego le prendí fuego a la barba y estalló en llamas. Estoy bastante seguro de que está muerto.

Copito frenó al acercarse a un semáforo en rojo en un paso de peatones. El coche derrapó sobre el hielo y atravesó patinando el cruce, esquivando por los pelos a un adolescente que cruzaba en ese momento. Copito aceleró de nuevo.

—Rick estaría contento —comentó, enjugándose una lágrima de la mejilla.

—Sí. Pero las niñas esas no estaban muy agradecidas que digamos.

—Ah, ¿por eso te perseguían?

—Sí. Hijas de puta.

Copito giró a la derecha.

—Formamos un gran equipo, ¿eh?

—¿Cómo?

—Bueno, tú acabas de encontrar el libro desaparecido.

Sánchez asintió con la cabeza.

—Eso es verdad.

—Y acabas de matar al Santa Claus que creemos que era el asesino de niños.

—Sí. —Era cierto, tenía que felicitarle. Lo había hecho de maravilla—. Pero ¿tú qué has hecho? —preguntó.

—Yo acabo de salvarte de la paliza que te iba a dar una niña.

—Gira ahí a la izquierda.

—¿Por qué? ¿No deberíamos ir a la comisaría? Tendríamos que informar de

todo esto al capitán Harker. Se va a alegrar un montón. Y además llegamos tarde al trabajo.

—Quiero pasarme por el Tapioca, a ver si puedo arreglar el libro que tú te has cargado.

—Ah, vale. —Copito giró el volante y el coche derrapó en torno a la calle que Sánchez había señalado—. ¿Necesitas ayuda para arreglarlo?

—No, gracias. Tú ya has hecho bastante.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Ya lo sé —suspiró él—. Tú déjame en el Tapioca, que ya iré yo luego a la comisaría cuando termine.

—Vale.

—Pero no le digas a nadie que lo tengo, ¿eh?

Copito frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque seguramente tendré al puto reno de Santa Claus pegado a los talones.

—¿Eh?

—Es obvio que hay gente dispuesta a matar por conseguir el libro.

—No me sorprende —declaró Copito—. Al fin y al cabo es un libro muy peligroso. ¡Y no se te ocurra escribir ningún nombre en él!

—No creo que pudiera ni aunque quisiera. Las páginas están chorreando. Esto se va derecho al radiador en cuanto llegue a casa. No puedo devolvérselo a Jessica en este estado.

Copito respiró muy hondo.

—¿Tú conoces bien a Jessica?

—Bastante bien. Cuidé de ella hasta que se recobró, después de que Kid Bourbon intentara matarla. ¡Dos veces!

—Sí, pero ¿qué sabes de ella?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno... ¿Has considerado la posibilidad de que sea una de esas personas que están dispuestas a matar para conseguir ese libro? La verdad es que no me cayó demasiado bien cuando se pasó por la comisaría. Hay algo en ella que no me gusta nada.

Sánchez no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cómo puede no gustarte Jessica?

—Pues porque parecía un poco arpía, la verdad.

—¡Oye! ¡A ver a quién estás llamando arpía! Si ni siquiera la conoces.

—Perdona, Sánchez. Pero es que no me fío de ella. Deberías tener cuidado. Vamos, si encima vive en un sitio que se llama la Casa de Ville. Suena a sitio maligno, ¿no?

Sánchez meneó la cabeza.

—Así que no te gusta Jessica porque vive en un sitio con un nombre maligno. ¡Qué tontería! —Y entonces se volvió a mirar por la ventana durante el resto del trayecto, para que Copito tuviera bien claro lo enfadado que estaba.

Cuando llegaron al Tapioca, Sánchez salió y le dio las gracias de mala gana por el viaje. Su prioridad era ahora adecentar *El libro de la muerte* y llevárselo a Jessica a la maligna Casa de Ville.

—«Maligna» —rio entre dientes.

Copito era tonta perdida. La Casa de Ville sería sin duda un lugar de lo más acogedor.

El suelo del Purgatorio estaba alfombrado de los cadáveres humeantes de más de cien personas. Tras un trago de *bourbon*, JD se había desvanecido para dar paso a su *alter ego*, Kid Bourbon. Matar a todos los presentes había sido de lo más fácil y tonificante. Volvía a ser él, y estaba listo para ir a Santa Mondegá y acabar de una vez por todas con los no muertos. Sin dejar ni un solo cabo suelto.

Esta vez no quedaría ni uno con vida.

Berkley era el único que seguía en pie. Le sirvió a Kid otro vaso de *bourbon*, hasta el borde, sin esperar a que lo pidiera. Kid se sentó en el taburete y se sacudió el polvo, reflexionando sobre lo bien que se sentía ahora que volvía a ser el de siempre. Mientras los cadáveres del suelo comenzaban a desaparecer convertidos en nubes de humo, oyó que se abrían detrás de él las puertas del bar, que matraquearon un momento al cerrarse aleteando. A continuación, el ruido de unos pasos que se acercaban a la barra, y una grave y estentórea voz masculina:

—Camarero, una botella de Mono Cagón.

Kid reconoció la voz y reconoció también que su dueño no se alegraría precisamente de verlo. Solo se habían visto una vez, y el encuentro no fue precisamente alegre.

Berkley abrió una botella de Mono Cagón y la dejó sobre la barra. El recién llegado se sentó a la izquierda de Kid Bourbon, bebió un largo trago y lanzó un satisfecho «¡aaah!» para indicar lo mucho que le había gustado. Tras unos segundos de incómodo silencio, se dirigió a su vecino.

—Por fin volvemos a vernos.

Kid Bourbon lo miró. Su rasgo más notable era su mano derecha, hecha de acero macizo. Solo un hombre en el mundo tenía una mano así.

Rodeo Rex.

Rex era un cazador de recompensas que sostenía trabajar para Dios. Era también un cabrón como un armario ropero. Llevaba el pelo castaño por los hombros, tocado con un sombrero Stetson blanco. Un chaleco tejano azul dejaba ver sus abultados bíceps con todo un despliegue de tatuajes, con palabras como MUERTE y ELEGIDO. Llevaba también unos vaqueros azules muy ajustados. No le quedarían ajustados a nadie, pero cuando se tienen las piernas como troncos de árbol, cualquier cosa queda algo apretada.

—Tienes mucho mejor aspecto —comentó Kid, refiriéndose a la última vez que se habían visto. En aquella ocasión Rex era poco más que un cadáver sanguinolento dando vueltas y vueltas en un ventilador del techo del Chotacabras.

—Hice un trato con el hombre de rojo —contestó el otro, dando otro trago a la cerveza—. Me gustaba tanto mi trabajo de acabar con los no muertos, que cuando me ofreció la oportunidad de seguir, pero trabajando para él, no pude rechazarla.

—¿Y te tiene muy ocupado?

—El número de prófugos del infierno no se acaba nunca. Los cabrones no hacen más que multiplicarse. Y justo ahora hay una revolución precisamente en tu ciudad.

—No me digas.

—Así que el hombre me ha enviado para mostrarte el camino. —Rex bebió de nuevo y alzó la botella para brindar con Kid—. ¡Muerte a los vampiros!

Kid Bourbon hizo chocar su vaso contra la botella de Rex.

—Muerte a todo —replicó.

Apuró el *bourbon* y descargó sobre la barra el vaso vacío para que Berkley volviera a llenarlo.

Mientras tanto, Rex se giró en su taburete hacia la entrada. Se llevó la mano que no era metálica a la boca y lanzó un fuerte silbido. Un momento después aparecía en la puerta un hombre alto y oscuro, con un enorme tupé en el pelo. Kid Bourbon también lo reconoció. Se habían visto, si bien muy brevemente, en varias ocasiones. Era el mercenario más conocido de Santa Mondegá. El Rey. El hombre al que llamaban Elvis.

Vestía un traje blanco con ribetes dorados y unas grandes gafas de sol de montura dorada también. En la mano derecha llevaba una funda de guitarra. Se acercó a ellos con paso seguro, como si caminara por un escenario delante de un

público imaginario de fans femeninas. Cuando llegó a la barra dejó sobre ella la funda de la guitarra.

—Buenas tardes, amigos —saludó, mientras abría la funda, de la que sacó una hoja en blanco de papel que colocó delante de Kid—. Aquí está tu contrato. Lo lees y lo firmas en la línea de puntos.

En el papel se detallaban todas las formalidades de su pacto con el Diablo. Todo lo que él había pedido se constataba al principio, seguido de las que serían sus obligaciones. Rodeo Rex le tendió un bolígrafo y Kid Bourbon firmó.

—Has hecho un buen trato —comentó Rex, mientras se guardaba el papel en el chaleco.

—Bueno, ¿dónde está lo mío? —quiso saber Kid Bourbon.

Elvis le dio unas palmaditas en el hombro.

—Elige. —Y le dio la vuelta a la funda abierta para que Kid pudiera ver el interior. Era un verdadero arsenal—. Aquí tenemos todo lo que puedas necesitar y más todavía.

Rex señaló una pequeña ballesta de plata en el mástil de la funda.

—Prueba con algún arma más silenciosa —sugirió—. Será de lo más efectiva para lo que necesitas.

Kid lo miró un momento.

—No necesito consejos tuyos.

—Nos ha jodido que sí. Puede que seas un cabronazo de cuidado, pero si vuelves a Santa Mondegga para enfrentarte a los vampiros y los hombres lobos con tu estilo habitual, te van a dar para el pelo.

—Lo dudo.

—Si consiguen *El libro de la muerte* no podrás hacer nada. Ahora conocen tu auténtico nombre. Como Gaius recupere el libro, estás listo de papeles, colega.

—*El libro de la muerte*, ¿eh? ¿Y ahora dónde está, lo sabes?

—Lo último que supe es que estaba otra vez en la biblioteca municipal, en la sección de Referencia. Pero ese libro no suele quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Tu prioridad debería ser encontrarlo y destruirlo si puedes.

—¿Mi prioridad? De eso nada.

—Hazle caso a Rex, tío —terció Elvis—. Intenta ayudarte a recuperar a tu chica.

—¿Qué sabes tú de ella?

—Sé que sigue viva.

—¿Estás seguro?

—Sí, tío. Por lo menos de momento. Pero como llegues allí a lo bestia, disparando a diestro y siniestro, la van a matar sin que puedas evitarlo.

Kid Bourbon se quedó pensando en esto un momento.

—Te sorprendería ver de lo que soy capaz cuando estoy de humor.

Rex se levantó del taburete.

—Bueno, es decisión tuya. Pero tanto si decides ir con sigilo o con descaro, solo tienes hasta medianoche. Entonces se acabó tu tiempo. Entonces será el momento de pagar al hombre de rojo.

Berkley había terminado de llenarle de nuevo el vaso y había guardado la botella de *bourbon*. Kid se quedó un momento mirando su reflejo en el cristal antes de apurar la copa. Luego fue a coger un arma de la funda de la guitarra.

—¡Eh, camarero! —gritó—. ¿Cuál es tu color favorito?

Berkley se giró bruscamente y masculló una palabra:

—Mierda.

Kid sacó una Desert Eagle dorada con visor de láser. La notaba pesada en la mano, un buen peso. Apuntó con ella al desafortunado camarero y el punto rojo del láser apareció en mitad de su frente.

¡BANG!

La cabeza de Berkley explotó, salpicando de sesos la pared a su espalda, y su cuerpo cayó hecho un guiñapo al suelo. Elvis se asomó por encima de la barra.

—¿Por qué ha dicho mierda? —preguntó desconcertado—. Mierda no es en realidad un color, ¿no?

Kid Bourbon no le hizo caso.

—Armas silenciosas por los cojones —comentó, mirando la pistola—. Dame munición para este cacharraco.

—Debería haber dicho marrón —insistió Elvis, meneando la cabeza—. El marrón sí es un color, no la mierda. La mierda es una cosa, o una situación.

Rex dejó sobre la barra una caja de balas.

—Muy bien, hazlo a tu manera. Pero luego no digas que no te avisé.

Elvis se metió detrás de la barra mientras Kid Bourbon rebuscaba entre las armas de la funda, cogiendo todas las que le apetecían. Rex le iba ofreciendo municiones para cada una. El tío tenía unos bolsillos hondísimos llenos de todo tipo de cosas. Al cabo de cinco minutos Kid tenía todo un despliegue de armas y

municiones sobre la barra. El único problema era cómo iba a transportar todo aquello. Su chaqueta de cuero tenía algunos bolsillos, y también había cogido unas cuantas pistoleras de la funda de guitarra, pero iba a resultar difícilillo esconder las armas.

Elvis apareció de pronto con la solución al problema. Le tiró un largo manto con capucha.

—Se aproxima una verdadera tormenta de mierda sobre Santa Mondegá. Esto te irá bien.

Kid se quitó la chaqueta de cuero y se la tiró a su vez a Elvis. El manto sería perfecto para ocultar un pequeño arsenal. Comprobó que le sentaba de maravilla, y sin perder un momento comenzó a cargarse de armas y municiones, utilizando todos los bolsillos secretos y pistoleras de la prenda. Cuando terminó se volvió hacia Rex.

—¿Y ahora qué?

—Ahora sales de aquí y estarás de vuelta donde empezaste. Buena suerte.

Kid hizo un gesto con la cabeza a Rex y Elvis.

—No necesito suerte.

Al llegar a las puertas del salón las abrió de un empujón y salió al tiempo que se ponía la capucha.

Ramses Gaius llegó a la biblioteca municipal de Santa Mondegá de un humor de perros. No había tenido noticias de Santa Claus con respecto a *El libro de la muerte*, y ahora aquel puto monstruo asesino de niños ni siquiera contestaba el teléfono. Por lo visto había tenido la sensatez de marcharse de la ciudad antes que enfrentarse a las iras del Señor de los No Muertos.

Gaius subió los escalones de dos en dos e irrumpió en la recepción. Sentado tras el mostrador había un adolescente de pelo oscuro desgreñado y una camisa blanca que estaba pidiendo a gritos un buen planchado.

—¿Dónde está Ulrika Price? —preguntó Gaius, obviando cualquier saludo.

El chico alzó la vista.

—No ha venido hoy. Yo la estoy sustituyendo.

Gaius se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta plateada.

—¿Eres Josh? —le preguntó, clavándole una mirada torva.

—Eh... sí. ¿Cómo lo sabe?

—Tú eres el que le dio *El libro de la muerte* a un socio de la biblioteca la otra noche, ¿no?

—¿*El libro de la muerte*?

—Sí. ¿Sabes de qué libro hablo?

Josh tragó saliva.

—Pero yo no se lo di a nadie —contestó nervioso—. Yo solo lo puse en un estante, como me había pedido la señorita Price.

Gaius se inclinó sobre el mostrador para invadir su espacio personal.

—Pues llévame donde está —gruñó.

—No puedo. La policía se lo llevó esta mañana.

—¿Qué?

—Vino un policía y se lo llevó. Decía que lo necesitaba para un asunto oficial.

—¿Qué policía?

—Sánchez García. Antes era el camarero del Tapioca.

—¡Me cago en la puta leche!

—Todo el mundo anda buscando ese libro hoy —comentó Josh, alzándose de hombros.

Gaius frunció el ceño.

—¿Quién más ha venido preguntando por él?

—Un Santa Claus gordo. Vino justo después de Sánchez. Y me salpicó todo de pis.

Gaius olfateó en el aire.

—Sí, lo huelo.

Josh bajó la cabeza sonrojado para olisquearse la camisa y alzó la cabeza bruscamente al percibir el rancio olor a pis.

—¿Puedo ayudarle en algo más? —preguntó.

—Pues sí. ¿Podrías enseñarme en qué estantería colocaste el libro la otra noche?

—Sí, vale.

Josh alzó una solapa de madera del mostrador y salió.

—Es por aquí. —Y echó a andar hacia un pasillo de libros en la sección de Referencia.

Gaius seguía respirando hondo por la nariz, intentando desesperadamente dominar la rabia que le quemaba por dentro desde que averiguó que ahora *El libro de la muerte* estaba en manos de la policía. Josh le guiaba por un alto pasillo lleno de gruesos volúmenes de tapas duras, hasta que se detuvo y señaló una hilera un poco más abajo del nivel de la vista.

—Lo puse ahí —aseguró con orgullo—. En la A de Anónimo.

Gaius señaló un grueso tomo de lomo verde en el estante inferior.

—¿Podrías sacarme ese libro verde, por favor? —preguntó con cortesía.

Josh se encogió de hombros.

—Claro.

En cuanto el joven bibliotecario se agachó para coger el libro, Gaius lo agarró de los pelos, lo levantó de un tirón y con el mismo impulso le estrelló la cara contra la dura estantería de madera. Se oyó un espanto chasquido al romperse la nariz. El chico apenas tuvo tiempo de gritar de dolor antes de que

Gaius lo estampara contra la estantería tres veces más. La sangre le manaba de la nariz y la boca, ahora con los dientes rotos. Gaius lo tiró luego de narices contra el suelo y se cernió sobre él. El chico intentó incorporarse y ponerse de rodillas, pero Gaius le dio un fuerte golpe en las costillas, tirándolo ahora boca arriba. Los ojos de Josh estaban llenos de lágrimas, y su rostro ensangrentado mostraba una expresión de puro terror. Le temblaban las manos y parecía a punto de echarse a llorar en cualquier momento.

Gaius apoyó la rodilla izquierda sobre el pecho de su víctima.

—Esto te pasa por darle el libro a la policía —bramó, alzando el puño. Josh dio un respingo y apartó la cabeza, temiendo el impacto. Tuvo tiempo de sollozar solo una vez antes de que Gaius le estrellara el puño contra la cara, haciéndole añicos el pómulo como si fuera de cristal.

Durante casi un minuto le estuvo dando de puñetazos. El chico seguro que estaba ya muerto después del tercer o cuarto golpe, pero Gaius estaba disfrutando demasiado de la violencia para detenerse ahora.

Una vez calmada la adrenalina, Gaius se quedó mirando los puños ensangrentados, maravillado de su poder. Bajo su mirada, la hinchazón y el dolor de los nudillos fueron remitiendo. El Ojo de la Luna, alojado en la cuenca del ojo derecho, sanaba casi de inmediato cualquier dolor o herida que sufriera.

Volvió a ponerse a continuación las gafas de sol y llamó por el móvil a su hija. Jessica contestó al primer timbrado.

—Dime, padre.

—De momento no he recuperado *El libro de la muerte*. Lo tiene el idiota de Sánchez García.

—¿Lo tiene Sánchez?

—Te lo acabo de decir.

—Entonces no te preocupes. El muy imbécil me lo traerá directamente. Seguramente viene ya de camino con él.

—¿Tú crees?

—No me cabe ninguna duda.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque el gilipollas está enamorado de mí. No te preocupes, padre, si Sánchez tiene el libro, pronto estará en nuestro poder. Empieza a poner en marcha tus planes, que yo te podré entregar el libro de aquí a nada.

—Por fin alguna buena noticia —exclamó Gaius triunfal—. En ese caso, haz llegar a todo el mundo el mensaje de que ha llegado la hora de tomar la ciudad.

Diles que salgan a las calles a matar a quien quieran, incluidos los niños.

—¿Incluidos los niños? —se sorprendió Jessica—. ¿Y ese súbito cambio de opinión?

Gaius se limpió la mano libre en la camisa blanca de Josh, en un esfuerzo por quitarse algo de sangre de los nudillos.

—Acabo de aplastarle los sesos a un chaval —contestó, respirando hondo—, y tengo que decir que ha sido de lo más estimulante. Creo que en un momento dado hasta ha llamado llorando a su madre.

Casi pudo percibir al teléfono la sonrisa de aprobación de su hija.

—Voy a avisar a todo el mundo —dijo ella—. La mayoría ya viene hacia aquí de todas formas. ¿Tú vas a volver ahora?

—No, todavía no. Tengo primero una cita en el museo. Un par de personas más a las que matar.

Treinta y cuatro

—Nada —dijo Kacy—. No contesta.

Dante, sentado en la cama en su habitación de La Ciénaga, con su cazadora de las Sombras sobre una camiseta blanca y unos tejanos azules, se frotó la frente exasperado. Kacy llevaba toda la tarde intentando localizar a Kid Bourbon. Pero el muy hijo de puta no contestaba.

—Bien. Pues déjale un mensaje. Pero mándale también un texto. No podemos pasar de él sin saber por qué no contesta.

Kacy se sentó en la cama junto a él, con el móvil pegado a la oreja. Al oír la señal dejó su mensaje:

—Hola, soy Kacy, la novia de Dante. Solo queríamos que supieras que esta noche vamos al museo con Vanidad. No estaremos en la Casa de Ville. Vanidad dice que Ramses Gaius va a ir al museo para que le pulan el ojo o algo así. Así que vamos a ir nosotros también para intentar quitárselo cuando se lo haya sacado de la cara. Si quieres venir con nosotros, llámame. Vanidad está de nuestra parte, de manera que si apareces no lo mates ni nada de eso. Vale, gracias. Adiós.

Dante le frotó la espalda.

—Buen mensaje. Pero mándale también un texto. Por si acaso.

Kacy le tendió el teléfono.

—Mándaselo tú. Yo tengo que ir a cambiarme.

—¿Qué tiene de malo lo que llevas puesto?

Era una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos de algodón.

—Si nuestro plan funciona, acabaremos siendo humanos otra vez. Y tal vez tengamos que escapar a toda prisa. Y con la nieve y el granizo que está cayendo, creo que necesito algo un poco más apropiado.

—Pero es que así estás supersexy.

—El informe meteorológico dice que ahí fuera hace tres grados bajo cero.

—Cobardica.

—Vale. Pues lleva tú los pantalones cortos si quieres.

Dante la agarró de un brazo, tiró de ella y le plantó un beso en los labios.

—Yo lo único que digo es que así estás tremenda.

Kacy le devolvió el beso y luego fue a un rincón a coger algo de ropa de la maleta que tenía abierta en el suelo, mientras Dante tecleaba el mensaje en el móvil. Le iba a costar una eternidad, y no solo porque no fuera capaz de escribir bien las palabras más básicas, sino porque en general era un desastre con los teléfonos. Kacy lo dejó intentando dilucidar el sistema de textos del móvil y se dedicó a rebuscar entre la ropa, alzando de vez en cuando alguna prenda en busca de su aprobación. Dante asentía a cualquier cosa que dejara al descubierto carne en abundancia, y arrugaba la nariz ante cualquier cosa medio sensata. Pero era divertido. Kacy sabía que le encantaba verla desnudarse, y a ella a su vez le gustaba probarse ropa delante de él. Era una de las muchas razones por las que hacían tan buena pareja. Y Kacy esperaba con toda su alma que siguieran siendo una pareja al final del día. Si cualquier cosa salía mal, lo cual era altamente probable, no podía soportar la idea de tener que separarse de él. Todavía se acordaba con nitidez de cuando lo mordió una vampiro en Halloween. El rato en que le estuvo sosteniendo la cabeza mientras la sangre le manaba de la herida en el cuello donde la perra aquella le había mordido fue el peor momento de su vida. Le daba terror la idea de tener que volver a pasar otra vez por algo parecido.

Se había quedado en ropa interior, un conjunto de bragas y sujetador de color rosa, con Dante totalmente prendado de ella, cuando de pronto Vanidad irrumpió en la habitación. Parecía nervioso, pero al ver a Kacy medio desnuda se frenó en seco y enarcó una ceja detrás de las gafas de sol. Después de mirarla un poco más tiempo del necesario, reveló la razón de su intrusión.

—Grandes noticias, chicos. Parece ser que Gaius ha dado la orden de que salgan todos a cara descubierta. Las calles están llenas de vampiros. A partir de este momento, estamos en guerra con el mundo entero. Hay vampiros por todas partes, matando a cualquier humano que no esté encerrado en su casa. Es una puta carnicería. Y todo el mundo se dirige a la Casa de Ville.

Kacy hizo una mueca.

—Allí es a donde va Kid Bourbon.

Vanidad asintió con la cabeza.

—Por eso van todos para allá. Gaius sabe que aparecerá.

—¿Quieres decir que es una trampa?

—Pues claro. Y probablemente la razón principal de que Gaius se haya largado de allí para ir al museo, como precaución, en caso de que algo salga mal.

—¿Qué podría salir mal? —quiso saber Kacy.

Dante contestó:

—Kid Bourbon podría matarlos a todos. Sospecho que es muy capaz.

—¿De matar a todo un ejército de vampiros?

—No me extrañaría.

Vanidad sonrió.

—Es muy bueno, es cierto. Pero Gaius tiene cubiertas todas las posibilidades. Cuando Kid llegue, no solo se va a encontrar con todos los vampiros, sino también con un ejército de hombres lobo.

—¿Tú cómo sabes todo eso? —preguntó Kacy.

—Tengo gente dentro, ¿no te acuerdas? Estoy bien conectado. Por eso sé que Gaius ya ha salido de la Casa de Ville y se dirige ahora mismo hacia el museo. Es nuestra oportunidad.

De pronto se oyó un espantoso chillido en la calle.

—¿Qué coño ha sido eso? —saltó Dante.

Vanidad se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, los vampiros están tomando las calles. Es una auténtica masacre.

Dante se levantó de un brinco de la cama.

—Joder. Vamos a echar un vistazo.

Kacy se puso unos vaqueros mientras Vanidad la miraba con una sonrisa irónica. Dante corrió a la sala de billar para echar un vistazo por las ventanas. Volvió al cabo de un momento, mientras Kacy se ponía una sudadera negra. Se le veía preocupado, una expresión muy poco habitual en él.

—Vanidad tiene razón. Joder, joder. Hay vampiros por todas partes. Acabo de ver a un grupo de Niñas Girasol perseguidas por las calles. Los vampiros se las están cargando una a una. ¡Es espantoso!

—¿Niñas Girasol? —Kacy no pudo disimular su horror al imaginar a un grupo de niñas aterradas en manos de vampiros sedientos de sangre—. ¡Tenemos que hacer algo!

Se precipitó también a la sala de billar para mirar la calle. Efectivamente, imperaba el caos. Un grupo de niñas aterradas corrían entre gritos. Los vampiros

atacaban a todo el que podían y arrastraban a sus víctimas en portales y callejones para atracarse con su sangre. Las niñas se habían mantenido unidas, pero pronto irían a por ellas. A Kacy se le revolvió el estómago y se precipitó a ponerse las zapatillas deportivas.

Dante reconoció su expresión.

—¿Quieres intentar detenerlos?

Kacy asintió.

—Deberíamos. Son unas pobres niñas.

Vanidad agarró a Dante por el hombro.

—No podemos hacer nada por ellas. Gaius ya ha salido hacia el museo. Tenemos que irnos ya, o la oportunidad pasará de largo.

Kacy miró suplicante a Dante.

—Pero tenemos que intentar salvar a esas niñas, ¿no?

—Sí. Venga, vamos.

Kacy se puso las zapatillas y corrió a la sala de billar detrás de Dante. Vanidad no parecía tan ansioso. De hecho, se le veía más bien exasperado.

—¡No podéis salvar a esas niñas! —les gritó—. Sois vampiros. Lo único que conseguiréis es asustarlas más. Y tal vez os maten.

Pero sus palabras cayeron en saco roto, porque Dante y Kacy ya habían salido al rellano y habían saltado tres tramos de escaleras hasta llegar abajo.

Dan Harker se había pasado gran parte de la mañana mirando la pantalla del ordenador de su mesa, revisando los archivos previamente secretos del anterior capitán, Michael De La Cruz. Prácticamente todos se referían bien al asesino de niños, bien a Kid Bourbon. Los asesinatos de niños jamás se habían investigado. Todos habían quedado archivados como víctimas de Kid Bourbon. Aquello no era solo una negligencia policial, sino pura y descarada corrupción. Había empezado Archibald Somers, y De La Cruz había seguido. Pero ¿por qué estaban tan decididos a achacar todos los asesinatos a Kid Bourbon? ¿Sencillamente porque era un blanco fácil? ¿O más bien sería un enemigo personal? ¿Un enemigo de los no muertos?

Después de pasarse una hora repasando incontables archivos que contenían unos datos casi idénticos, Harker encontró el informe de De La Cruz sobre la muerte de Archie Somers. Y resultaba de lo más interesante.

Era el único caso en el que existía alguna evidencia que demostrase que Kid Bourbon había asesinado a la víctima en cuestión. Había también un enlace al vídeo de una cámara de seguridad. Harker lo pulsó y acercó la cara al monitor para ver de cerca las borrosas imágenes. En el vídeo, Kid Bourbon aparecía en la comisaría y mataba a tiros a todos los agentes de servicio. La única superviviente, inicialmente, era una recepcionista llamada Amy Webster. La cámara mostraba la expresión de terror de la señorita Webster mientras seguía las instrucciones de Kid. Por desgracia no había audio, de manera que solo podía imaginar lo que estaban hablando. Parecía que Kid le estaba dictando a la recepcionista lo que debía decir al teléfono. Por fin, cuando colgó, le dio otra orden. Amy cerró los ojos y un segundo después recibió un disparo en mitad de la cara. Tal vez aquella era la actitud por la que Somers y De La Cruz habían

decidido cargarle con cualquier asesinato sin resolver. Al fin y al cabo, era obvio que se trataba de un asesino inclemente.

Hizo avanzar deprisa veinte minutos de grabación en los que no pasaba nada. Volvió a poner la velocidad normal cuando Archie Somers apareció en la comisaría para enfrentarse a Kid. Resultaba fascinante. Harker tuvo que rebobinar varias veces para asegurarse de que sus ojos no lo engañaban. Tras un minuto de acalorada discusión entre los dos, Somers se transformó en vampiro y se arrojó volando hacia Kid Bourbon. Cuando cayó sobre él le hundió los colmillos en el cuello. Kid se abrazó a él, estrechándolo con fuerza, y entonces venía la parte más extraña. Entre los dos apareció una nubecilla de humo. Intercambiaron más palabras y Somers retrocedió tambaleándose. Tenía un libro grande, de tapas duras, pegado al pecho, y debajo salía humo. Somers tiró de él, intentando arrancárselo, pero aquello estaba bien pegado. Y allí se quedó, humeando un rato hasta que de pronto Somers estalló literalmente en una bola de fuego, manoteando frenético y chillando. Un momento después se había desintegrado, convertido en un montón de cenizas. Así pues, Somers el vampiro había encontrado un final espantoso. Pero ¿de qué iba Kid Bourbon? ¿Era una especie de cazavampiros? Y en ese caso, ¿por qué mataba también gente inocente, como Amy Webster?

Mientras cavilaba sobre una multitud de preguntas, oyó que llamaban al despacho. En la puerta de cristal, con una larga bata blanca, estaba Bill Clay, del departamento de policía científica. Harker le hizo una señal para que entrase y Clay empujó la puerta unas cuantas veces sin resultado, hasta que al final le dio una patada por abajo y la desatascó. Cerró a su espalda de otra patada y se volvió hacia el capitán.

—¿Qué hay, capitán? ¿Cómo va todo?

—¿Qué puedo hacer por ti, Bill?

—La centralita está como loca ahí abajo. Copito no puede atender a todas las llamadas.

—Que la ayude su amigo Sánchez.

—¿No crees que lo único que hará es irritar a la gente?

—Sí —contestó Harker indiferente—. Y así colgarán. Es perfecto.

Clay sonrió.

—Bueno, solo hay un pequeño problema. Sánchez no ha aparecido hoy. De hecho, Copito acaba de llegar.

—Los muy vagos.

—Sí. Pero su tardanza tiene un motivo.

—Más vale que sea bueno.

—No está mal. Copito dice que esta mañana se tropezaron con tu asesino de niños.

—¿Qué?

—Por lo visto Sánchez acaba de matarlo.

—¿Cómo dices?

—Copito dice que Sánchez se enfrentó a un vampiro disfrazado de Santa Claus en la biblioteca esta mañana. Por lo visto Sánchez le vertió encima el veneno verde que llevaba el tipo y le prendió fuego.

—¡Joder! ¿Y dónde está ahora Sánchez?

—Metido en mierda hasta las cejas, creo.

—¿Eh?

—Según copito, ha encontrado *El libro de la muerte*. Ya sabes, el libro ese desaparecido. Y se dirige ahora mismo a devolvérselo a su dueña.

Harker se rascó la cabeza.

—Joder. Yo pensaba que Sánchez era un idiota, y ahora parece que se ha convertido en una especie de Elliot Ness.

—Más bien un Frank Drebbin.

—Aun así. Quién se lo iba a imaginar.

—Yo desde luego no.

—No, ni yo. Mira por dónde, hoy todo parecen ser buenas noticias.

Clay hizo una mueca.

—Bueno, esas son todas las buenas noticias.

Harker suspiró.

—Ay, Dios. ¿Ahora qué ha pasado?

—La centralita. Está colapsada de llamadas. Por lo visto los vampiros están atacando a la gente por toda la ciudad. La radio local ya está advirtiéndolo a los oyentes que no salgan de casa. Yo creo que se han acabado los días en los que los vampiros solo atacaban de noche y en callejones. Estos nubarrones sobre la ciudad no son casuales. Parecen formar parte de un plan. Los vampiros andan sueltos por las calles, y se dirigen a la Casa de Ville. Está pasando algo gordo. Esto podría ser el principio del fin del mundo.

—Por favor, dime que estás exagerando en plan teatral.

—Me temo que no. Tu plan de filtrar a los medios el caso del asesinato de niños nos ha explotado en la cara pero a lo bestia. Ha sacado a todos los

vampiros de las sombras.

—Gracias. Me hacía mucha falta oír eso.

—Lo siento, capitán. Pero creo que deberíamos evacuar la ciudad. Volver a aparecer en las noticias para decir a todo el mundo que salga de aquí cagando leches.

—¿Lo dices en serio? Eso haría cundir pánico.

Clay señaló con la cabeza la ventana que había detrás de Harker.

—Echa un vistazo. Ya está cundiendo el pánico.

Harker se levantó para mirar la calle a través de las cortinas. Al principio no parecía pasar gran cosa. Pero a medida que se le acostumbraron los ojos a la oscuridad de fuera, vio que Clay tenía razón. Al otro lado de la carretera tres vampiros vestidos de negro hacían pedazos a un joven que trabajaba en un puesto de fruta y verdura.

—¡La leche!

Clay asintió.

—Me parece que vamos a morir todos.

—Y una mierda —saltó Harker desafiante—. Nos pagan por proteger a la gente de esta ciudad. Vamos a tener que salir ahí fuera y enfrentarnos al problema cogiendo al toro por los cuernos.

—¿Y cómo coño vas a luchar contra todo un ejército de vampiros? No nos quedan policías ni para rescatar a un gato de un árbol.

—Eso es trabajo del departamento de bomberos, los muy vagos.

—Aun así. Si, como tú dices, tenemos la responsabilidad de proteger a la gente de esta ciudad, entonces deberíamos advertir a todos que salgan corriendo como alma que lleva el diablo. Copito acaba de atender a una llamada de una líder de las Niñas Girasol. Por lo visto sus niñas y ella andan escondidas por los callejones intentando que no las vean los vampiros.

—¿Niñas Girasol? —Harker metió la cabeza entre las manos—. Mierda. Deben de estar aterradas.

—Y ya llevaban un día de perros. La líder confirmó la historia de Copito, de que Sánchez había prendido fuego a Santa Claus.

—¿Que prendió fuego a Santa Claus delante de un grupo de Niñas Girasol?

—Pues sí.

—¡Será cretino!

—Pues sí. Cuando Copito indicaba a la líder que se dirigiera a la iglesia local, se cortó la línea. Así que, por lo que sabemos, los vampiros igual las han

localizado. Las niñas podrían estar ya muertas.

Harker volvió a sentarse y se estremeció.

—Espero que consigan escapar. Si logran meterse en una iglesia, estarán bastante seguras. Tendrán cruces y agua bendita y mierdas de esas para defenderse. Y además no creo que a ningún vampiro se le ocurra entrar en una iglesia.

—¿No deberíamos enviar a alguien, para asegurarnos de que están bien?

—Podríamos mandar a Sánchez.

—¿El tío que acaba de prender fuego a Santa Claus delante de ellas?

Sí, algo de razón llevaba. Sánchez era seguramente la última persona a la que querrían ver aquellas niñas traumatizadas.

—Joder. Pues nada, esperemos que la iglesia las proteja.

Yo tendré que volver al plató del informativo para avisar a todos de que se encierren en casa o salgan de la ciudad.

Clay parecía enormemente perturbado.

—Esta puta ciudad es de locos. Si no es Kid Bourbon asesinando a todo cristo, son los putos vampiros. ¿Por qué iba a querer nadie vivir aquí?

Harker frunció el ceño.

—Bajos impuestos. Trabajo de sobra. Buen tiempo, por lo general.

—Aun así. Ni siquiera sé por qué estoy yo todavía aquí.

—Estás aquí porque te gusta tu trabajo y eres un buen tipo que se enorgullece de proteger a los ciudadanos.

Clay sonrió.

—¿Me estás citando el Manual de Oficiales?

—Me lo sé de memoria.

—Pues eso no nos va a salvar, ¿no?

—No. Pero sé de algo que sí podría salvarnos. Mira, echa un vistazo — sugirió, señalando la pantalla.

Clay rodeó la mesa para mirar por encima del hombro del capitán.

—¿Qué es?

Harker utilizó el ratón para rebobinar el vídeo hasta el momento en el que Somers y Kid se enfrentaban. Los dos se quedaron viendo en silencio cómo Kid convertía a Somers en una bola de fuego. Luego Harker paró el vídeo y alzó la cabeza hacia Clay para ver su reacción.

—Qué cosa más rara.

—Sí. Rara de cojones, ¿eh? Cómo estalla el tío en combustión espontánea,

así por la cara.

Clay parecía totalmente desconcertado.

—No me refería a eso.

—¿No? ¿Entonces a qué te refieres?

—A Kid Bourbon. Ese no es el mismo tío que mató a Bertram Cromwell.

Harker se fijó en el hombre de la pantalla, con la cazadora oscura y la capucha echada sobre la cabeza.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Pon en la pantalla el vídeo del museo. Es otro tío.

Harker rebuscó en la base de datos hasta dar con el vídeo del asesinato de Bertram Cromwell. Clay y él tuvieron que ver otra vez como lo hacían pulpa. El asaltante era un hombre encapuchado, sí, pero el psicópata del machete que cortaba en pedazos al profesor tenía una complexión totalmente distinta a la del hombre que había prendido fuego a Archie Somers. El asesino del profesor era alto y delgado, mientras que Kid Bourbon en el vídeo de Somers era ancho de hombros y algo más bajo.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Clay.

Harker se quedó reflexionando un momento. Era evidente que se trataba de dos asesinos distintos.

—Que llevas razón. Tenemos dos Kids Bourbon.

—¿Crees que siempre ha habido dos?

—No lo sé. Lo único que sé es que uno de estos tíos mata vampiros, y que se le da de miedo. No sé muy bien quién será el segundo tipo, el que mató a Cromwell. Pero el que mató a Somers podría ser un poderoso aliado.

—¿Estás pensando en pedir ayuda a Kid Bourbon?

—¿Por qué no? Sería el único que podría impedir que los vampiros tomen la ciudad. El problema es que antes hay que encontrarlo.

Clay no parecía muy convencido.

—Te mataría antes de que tuvieras ocasión de hacerle una oferta.

—No estoy tan seguro. Míralo así: Somers era un vampiro. El último capitán de la policía, De La Cruz, era un vampiro, igual que sus tenientes. Yo creo que Kid Bourbon bien podría ser el héroe que esta ciudad necesita.

—Kid Bourbon es una catástrofe. Nos hace la misma falta que una plaga de langostas.

—Puede ser, pero yo te digo que Kid Bourbon es capaz de matar hasta el último vampiro de esta ciudad antes de que se dé cuenta siquiera de que está

muerto.

Clay arrugó el ceño.

—Eso ni siquiera tiene sentido.

—Es posible que no, pero en mi cabeza sonaba mejor.

—Mira, capitán, lo que estás diciendo es...

Pero Harker lo interrumpió levantándose bruscamente.

—¡Oye! Si pudiera hacer una llamada en la cadena de noticias locales, a lo mejor lo recluto para nuestra causa.

—Estarás de coña, ¿no?

Harker agarró su gabardina marrón del perchero junto a la puerta y procedió a ponérselo a toda prisa.

Clay le hizo un gesto para que se calmara.

—Capitán, si estás pensando en hacer una llamada a Kid Bourbon en las noticias, te vas a convertir en el enemigo público número uno de la ciudad. Es opción política fatal. Ten en cuenta que todo el mundo ha perdido a algún familiar a manos de Kid Bourbon.

Harker se subió el cuello de la gabardina.

—Cuando la gente de esta ciudad se entere de que en realidad Kid Bourbon los ha estado protegiendo desde el principio, me apoyará.

Clay meneó la cabeza.

—No es solo la gente de la ciudad la que debería preocuparte. Están además los vampiros, que te matarán antes de que acabe el boletín.

Harker abrió la puerta del despacho.

—Pues esperemos que Kid Bourbon llegue antes —replicó, saliendo ya.

—En ese caso —gritó Clay a su espalda—, ¡supongo que nos veremos en el infierno!

Treinta y seis

El aterrado grupo de Niñas Girasol corría por las nevadas calles de Santa Mondegga pegando alaridos. No era de extrañar. Unos payasos vampiros se las iban llevando una por una, arrastrándolas entre gritos y patadas a los callejones más oscuros. Cuando salieron esa mañana eran un grupo de treinta, pero ahora solo quedaban unas quince. Después del horror de ver a un policía gordo quemar a Santa Claus, el día no había hecho más que empeorar. La líder del grupo fue una de las primeras en caer, luchando en vano por protegerlas.

Ahora las que quedaban se acercaban a la iglesia, esperando encontrar allí un refugio contra los no muertos. En ese momento, uno de los payasos, uno especialmente espantoso con un pelele de rayas rojas y blancas y una vistosa peluca blanca, se lanzó por los aires y aterrizó sobre la espalda de una de ellas. La niña, que no tendría más de diez años, cayó desplomada bajo él, con la cara enterrada en la nieve, incapaz de gritar pidiendo ayuda.

El payaso se sentó a horcajadas sobre ella mientras dos de sus camaradas seguían corriendo en pos del resto de las Niñas Girasol. Sin hacerles caso, el payaso le dio la vuelta a la niña para verle bien la expresión de terror y le pasó un dedo largo y huesudo por la mejilla, sintiendo el calor de la sangre que fluía bajo la piel.

—Hola, preciosa. Tienes una piel adorable. —Le quitó la diadema del largo pelo rubio y le apartó de la cara unos mechones de pelo—. Solo te va a doler un momento.

Abrió las fauces mostrando unos enormes colmillos de vampiro y la niña cerró los ojos lanzando un grito.

¡PLAF!

Dante llegó justo a tiempo. Justo cuando el payaso se inclinaba para morder el cuello de la niña, se estrelló contra él con la velocidad y la fuerza de una tren expreso. El vampiro y él rodaron por la nieve, pero Dante tenía a su favor el elemento sorpresa. Detrás de él, Kacy levantó a la niña rubia. Y de pronto Vanidad pareció materializarse de la nada. Pasó corriendo en persecución de los otros payasos, que corrían a su vez detrás de las niñas exploradoras en dirección a la iglesia.

Dante se removió encima del payaso al que había tirado, y la peluca roja de su enemigo se cayó, dejando a la vista un pelo marrón castaño muy corto. Por desgracia, Dante no había pensado mucho su plan para rescatar a las Niñas Girasol. Había actuado a golpe de impulso, como siempre. Sabía que había hecho lo correcto, lo único es que no sabía muy bien qué hacer a continuación. El payaso había sido tomado por sorpresa y tenía una expresión de miedo en los ojos, de manera que Dante alzó el puño y se lo descargó en la cara. Se oyó un fuerte chasquido y Dante se estremeció al sentir el fuerte dolor en los nudillos.

Kacy estaba gritando algo. Dante alzó la cabeza y la vio meter a las niñas en la iglesia. Detrás de ella, Vanidad había conseguido tirar a otros dos payasos al suelo y hacía todo lo posible por mantenerlos inmovilizados.

El payaso que yacía debajo de Dante habló con voz angustiada.

—¡Ay! Me has roto la nariz.

Efectivamente, la nariz roja de plástico que llevaba se había partido por la mitad, revelando debajo una enorme nariz verrugosa. Dadas las circunstancias, Dante solo podía hacer una cosa, y era darle otro puñetazo en la cara para romperle esta vez la nariz auténtica. Pero justo cuando procedía a ello, el payaso se sacó la mano derecha del costado. Empuñaba una pistola y le apuntaba con ella a la cara.

Dante se la quedó mirando boquiabierto, mientras el payaso apretaba el gatillo. Se oyó un suave chasquido y un chorro de agua caliente le alcanzó los ojos. Típico payaso, con una pistola de agua en plan efecto cómico. Sin esperar una segunda broma, Dante le lanzó otro puñetazo a la cara, esta vez mucho más fuerte. El chasquido de la nariz rota fue más sonoro también. La sangre le salpicó toda la cara, y el payaso se quedó debidamente aturdido, probablemente con una conmoción cerebral.

Dante se incorporó y salió corriendo hacia Vanidad y los otros dos payasos. Vanidad había dejado a uno inconsciente, pero el otro se estaba poniendo en pie,

dispuesto a luchar. Dante le hizo la misma maniobra de antes: estrellarse contra él para volver a tirarlo contra la nieve. Su cabeza golpeó contra el hielo.

—¡Deprisa! —gritó Vanidad, agarrándolo del brazo—. Vamos dentro. ¡Vienen más!

Dante miró hacia atrás. Una caterva de vampiros payasos que habían visto lo sucedido se lanzaban hacia la iglesia, algunos armados con machetes y otros con pistolas. En cualquier caso no servía de nada quedarse allí para que los hicieran picadillo aquellos cabrones sin gracia, de manera que Dante y Vanidad entraron en la iglesia y cerraron las grandes puertas de madera justo a tiempo. Un par de payasos se estrellaron de cabeza contra ellas, mientras Vanidad corría un enorme cerrojo metálico.

Kacy estaba en mitad del pasillo central, y las niñas se agrupaban en los bancos a ambos lados, aterradas.

—¿Cuántos hay ahí fuera? —quiso saber Kacy.

—Unos cinco —contestó Vanidad, acercándose a ella—. Como se les meta entre ceja y ceja entrar aquí, estamos jodidos. Voy a la parte de atrás, para asegurarme de que no hay otras entradas.

Y echó a correr como alma que lleva el diablo. Cuando llegó al altar miró a ambos lados un instante y salió disparado hacia la izquierda, perdiéndose de vista.

Dante, advirtiendo las expresiones de terror de las niñas, intentó calmarlas.

—No os preocupéis por él. No os hará ningún daño.

La pequeña rubia a la que Dante había rescatado fue la primera en hablar.

—¿Vosotros sois vampiros también?

Dante miró a Kacy.

—¿Te encargas tú de contestar, mientras yo ayudo a Vanidad a buscar otras entradas?

—Vale.

Mientras Dante ya se marchaba, oyó a Kacy que intentaba explicarse:

—No somos vampiros auténticos, digamos. Somos vampiros buenos. Protegemos a las niñas de los vampiros de verdad. Los payasos.

Dante tuvo que admirar su aptitud y su paciencia con las niñas. Al llegar al final del pasillo no vio señales de Vanidad por ninguna parte. La iglesia estaba fría y oscura, y la única luz provenía de unas pocas velas en las paredes. De pronto, mientras buscaba alguna pista de Vanidad o alguna puerta que pudiera

atraer a intrusos no deseados, oyó a sus espaldas un tremendo estrépito de cristales rotos. Esto hizo estallar a las niñas de nuevo en gritos.

Se dio la vuelta bruscamente a tiempo de ver a cinco payasos entrar por la vidriera rota por encima de las puertas, provocando una lluvia de cristales sobre el suelo de piedra, donde se terminaron de hacer añicos.

Cuatro de los payasos aterrizaron entre los bancos en los que se escondían las Niñas Girasol. El quinto cayó detrás de Kacy, la agarró y se la llevó a rastras por el pasillo hacia la entrada. Los otros cuatro atraparon cada uno a una niña para sacarlas de debajo de los bancos mientras las otras lloraban y chillaban.

La reacción instintiva de Dante fue lanzarse hacia Kacy, pero apenas había dado un paso cuando el payaso que la tenía presa, un capullo con una peluca verde y una sonrisa malvada, se sacó un machete de la manga y se lo pegó al cuello. Luego le dio un lametón en la cara y le habló al oído:

—¿Por qué ayudas a estas niñas? —gruñó desdeñoso.

—Porque son niñas —contestó Kacy nerviosa.

A Dante se le hizo un nudo en el estómago. La hoja del machete presionaba el cuello de Kacy. Una mala decisión, y le rebanaría el gaznate. Se sentía del todo impotente. Y Kacy parecía tan aterrada como las niñas a las que solo un momento antes se esforzaba por tranquilizar. ¿Y dónde coño estaba Vanidad?

El payaso del machete parecía el líder. Era evidente que los otros, metidos entre los bancos, cada uno con una niña prisionera, aguardaban una señal para dar comienzo a la carnicería.

—¡Has roto el código vampiro al ponerte de parte de estas niñas! —le gritó a Dante—. Y no deberías haberlas traído a la iglesia. ¡La maldita iglesia no os va a salvar a ninguno!

Dante no supo qué contestar. Pero por suerte no le hizo falta, porque entre las sombras a su espalda oyó una conocida voz grave:

—La iglesia tampoco os va a salvar a ninguno de vosotros.

El payaso se quedó petrificado, escudriñando las sombras para ver a quién pertenecía aquella voz.

—¿Quién hay ahí? —gritó.

Dante tenía la mirada clavada en el machete contra el cuello de Kacy. Un punto de luz roja había aparecido sobre él hacía un momento, y ahora se movía lentamente por el cuello del payaso y hasta su cara. Cuando le recorrió el mentón y la nariz, el payaso pareció advertirlo también. Era el visor láser de un arma. El

punto rojo vino a pararse por fin entre los ojos del vampiro, que se puso bizco intentando seguir su trayectoria. Y entonces empezó la carnicería.

¡BANG!

La cabeza del payaso explotó. La bala que le atravesó la frente le había pulverizado el cráneo, salpicando sangre y sesos por todas partes. Kacy, con media cara totalmente cubierta de pulpa roja, se agachó, probablemente gritando, aunque era difícil saberlo con seguridad, porque todo el mundo en aquella iglesia parecía estar pegando alaridos. Unos alaridos que no tardaron en quedar ahogados por otros cuatro estentóreos disparos que sonaron en rápida sucesión. Con cada uno, una cabeza de payaso explotaba y una Niña Girasol caía gritando al suelo cubierta de sangre y sesos.

Dante vio la oscura figura de Kid Bourbon salir de entre las sombras detrás del altar. Llevaba el rostro oculto tras una capucha negra, como solía ser el caso cuando andaba matando gente. En la mano izquierda empuñaba una pistola de gran calibre que guardó en una funda dentro de la cazadora. Dante lanzó un hondo suspiro de alivio.

—Has aparecido justo a tiempo. Gracias, tío.

Kid Bourbon pasó de largo por el pasillo.

—De nada —masculló entre dientes.

Dante lo siguió.

—Gaius ya no está en la Casa de Ville.

—¿Dónde está?

—De camino al museo, en el centro de la ciudad. Tenemos que ir allí si queremos recuperar el Ojo de la Luna.

Kid se frenó en seco y se volvió hacia él.

—Primero tengo que ir a un par de sitios. Quedaos aquí un rato. Nos vemos más tarde en el museo.

—No sé si podemos esperar. Se supone que Gaius iba a llevar allí el Ojo para que lo limpiaran o algo.

Kacy, mientras tanto, organizaba una especie de abrazo de grupo con las niñas exploradoras en un intento por calmarlas y limpiarles la sangre. Kid se la quedó mirando.

—Tu novia no está todavía dispuesta a dejar a esas niñas. Dentro de una hora o así las calles estarán limpias de vampiros. Luego podéis dejar aquí a las niñas y

marcharos al museo. Me reuniré allí con vosotros después de hacer un par de paradas.

—Pero ¿dónde más tienes que ir, aparte de la Casa de Ville? —quiso saber Dante.

—Primero tengo que limpiaros las calles. Luego tengo que pasarme por la biblioteca y la comisaría.

—¿Para qué?

—Para buscar unos libros y cargarme a algunos polis.

Dante se rascó la cabeza.

—¿Por qué matar polis?

—Por tradición.

Sin decir otra palabra Kid pasó junto a las niñas y Kacy, que se apartaron de él asustadas. Los payasos ya habían resultado aterradores, pero aquel tipo era mucho más peligroso.

Por fin corrió el cerrojo metálico y abrió una de las puertas. Cuando ya había salido se volvió para echar un vistazo a la carnicería de la iglesia.

—Es mejor que volváis a cerrar bien.

Kacy se apartó de las niñas y corrió por el pasillo hacia él.

—Ya cierro yo.

Kid Bourbon se desvaneció en las calles nevadas, dejando la puerta abierta. En todo aquel caos, Dante se había olvidado por completo de Vanidad, pero en ese momento su compinche volvió a aparecer desde la parte izquierda de la iglesia, saludando con la mano.

—He cerrado la puerta que da al sótano. Ahora estamos seguros. —Y entonces miró en torno a él. La iglesia estaba totalmente distinta de la última vez que la había visto. Había varios cadáveres de payasos y todo el mundo estaba cubierto de sangre. Y luego estaba la menudencia de las vidrieras hechas añicos —. Pero ¿qué coño ha pasado aquí?

Dante se encogió de hombros.

—Los payasos entraron volando por las ventanas, atraparon a Kacy y a un puñado de niñas. Luego apareció Kid Bourbon, se los cargó a todos y se largó.

—¿Pero si solo me he ido un minuto! —se sorprendió Vanidad—. ¿Me lo dices en serio? ¿Kid Bourbon ha estado aquí?

—Sí. Supongo que ya ha vuelto del Cementerio del Diablo.

—¿Qué había ido a hacer allí?

—Ni idea. Pero fuera lo que fuese, vuelve a ser el mismo de antes.

Vanidad frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Dante no tuvo necesidad de contestar. En las calles era claramente audible el estrépito de los gritos y los disparos. Al final del pasillo, Kacy se había asomado a la calle antes de cerrar la puerta. Vanidad se encaminó hacia ella, seguido de Dante.

—¿Ese hombre de la capucha está matando a todos los vampiros? — preguntó una niña.

Kacy la miró, y luego a Dante y Vanidad. Su rostro, todavía medio cubierto de sangre, mostraba una expresión preocupada. Cerró bien la puerta y se volvió hacia la niña que había hecho la pregunta.

—Nos vamos a quedar aquí, cariño. Estaremos más seguros.

En el exterior, los disparos sonaban cada vez más frecuentes, y los aullidos angustiados de las víctimas de Kid Bourbon, más estentóreos. Algunas voces suplicaban clemencia, y eran acalladas a balazos. Vanidad repitió la pregunta de la niña:

—¿Está matando a todos los vampiros?

Kacy temblaba mientras corría el pestillo de la puerta.

—No. Está matando a todo el mundo.

Beth volvió en sí a finales de la tarde. Se encontraba en un cuartucho con un par de corpulentos soldados que se habían presentado como Tex y Cuchilla. Los conocía por la breve parada que había hecho en el Tapioca en Halloween. Lo que no recordaba muy bien era la cadena de sucesos que la había hecho acabar con ellos en aquel cuarto. Y le dolía la cabeza como si le hubieran dado un golpe con un bate de béisbol.

No le habían dado mucha información ni le habían dicho por qué estaba prisionera, solo que tenía algo que ver con JD o, como les gustaba llamarlo, Kid Bourbon. Iban a utilizarla como cebo en una trampa para matarlo. Beth intentó explicarles que JD y ella ya no estaban juntos, pero habían hecho oídos sordos a sus palabras. A los soldados no les interesaba nada que pudiera decirles, y tampoco habían sido muy claros en cuanto a lo que le esperaba.

Estaba en el sofá viendo las noticias en una enorme pantalla de televisión colgada en la pared. Debajo había una serie de monitores de cámaras de seguridad. Tex, el más alto de los dos, los observaba con atención sentado a una mesa. Llevaba el pelo rapado casi al cero por detrás y por los lados, y en la nuca se le veía una desagradable multitud de puntos rojos. El otro tipo, Cuchilla, que tenía una cicatriz en la cara el doble de grande de la de Beth, se había sentado demasiado cerca de ella para ver las noticias.

A primera hora de la tarde, el presentador había llamado la atención de todo el mundo con un boletín de última hora:

—Nos vamos con Sally Feldman, que se encuentra en estos momentos con el capitán Dan Harker, del departamento de policía de Santa Mondegá, y nos contará en directo lo último del caso de Kid Bourbon.

En la pantalla apareció Dan Harker sentado a una mesa en el plató del informativo junto con Sally Feldman, una periodista rubia de mediana edad,

vestida con un elegante traje rojo. Justo antes de que comenzara la entrevista, se abrió una puerta de la habitación y apareció Toro, el más veterano de los soldados.

—¿Qué hay, tíos?

—Calla. —Tex señaló la pantalla—. Tenemos noticias de última hora sobre Kid Bourbon.

En ese momento Dan Harker contestaba la primera pregunta de Sally Feldman.

—Han salido a la luz nuevas pruebas referentes al caso de Kid Bourbon —comenzó, mirando muy serio a la cámara—. Creo poder demostrar que Kid no asesinó a Bertram Cromwell esta mañana. De hecho es muy posible que no sea culpable de la mayoría de los asesinatos que se le imputan. Tengo más bien la sospecha de que últimamente Kid Bourbon ha estado protegiendo a esta ciudad de un grupo de oficiales de policía corruptos y un gran ejército de lo que parecen ser vampiros.

Toro se había quedado con la boca abierta.

—¡Pero qué coño!

Delante de él, junto a los monitores, Tex lanzó una risotada.

—¡Ese tío es un suicida!

Toro entonces esbozó una sonrisa irónica.

—A este idiota se lo van a llevar a rastras los loqueros antes de llegar siquiera a los anuncios.

Pero Harker proseguía con sus espectaculares declaraciones.

—En esta ciudad hay vampiros. No es un rumor. No es una broma. Y con la oscuridad que se cierne sobre Santa Mondegga en los últimos días, estas criaturas han tomado las calles. Son los vampiros los culpables de los disturbios y los atracos que ahora mismo se denuncian por toda la ciudad. Aconsejo a todo el mundo que se quede en su casa hasta nuevo aviso. Algo o alguien está causando esas nubes oscuras que penden sobre nuestras casas. Y por último, tengo que hacer una petición. Esto es para Kid Bourbon. Si estás viendo esto, la ciudad te necesita. Por favor, ven a verme. Estoy de tu lado. O si lo prefieres, tú sigue matando vampiros. No voy a enviar a la policía a por ti. Tienes nuestra bendición para acabar con todos. Por favor, estés donde estés, vuelve y salva nuestra ciudad.

La conexión volvió al presentador del plató, que miraba la pantalla con unos ojos como platos y las cejas enarcadas.

—Bueno, muy... interesante, ¿no les parece?

Beth había oído al capitán Harker tan estupefacta como todo el mundo. ¿Podía ser posible que Kid Bourbon fuera después de todo un héroe? Probablemente no, pero estaba matando vampiros. Se había apresurado al juzgar a JD en la conmoción de verlo matar a Silvinho. Pero ahora por lo visto era la única posibilidad que tenía Santa Mondegá de sobrevivir a la oleada de ataques vampíricos. Beth lamentaba profundamente haberle tirado el paño de Casper.

Toro se volvió hacia ella como leyéndole el pensamiento.

—No te creas esas chorradas —le dijo—. Tu novio ha matado a cientos de personas inocentes, no solo vampiros. Ese idiota de Harker no tiene ni puta idea de lo que habla.

—Creo que tienes razón —replicó ella—. Pero ¿y tú? Me tienes prisionera por cuenta de una banda de vampiros que planean matarme en cuanto haya servido a mi propósito. Eso no te convierte exactamente en un héroe, ¿no?

Toro se quedó algo sorprendido por aquel inesperado estallido. Era evidente que no estaba acostumbrado a que le faltaran así al respeto.

—Escúchame, so idiota —le espetó—. Mis hombres y yo nos hemos pasado años protegiendo a la gente como tú. Hemos luchado en guerras para que pudierais disfrutar de esa libertad que dais por sentada. Hemos tenido que asomar la cabeza cuando vuelan las balas por todas partes. Hemos realizado misiones tras las líneas enemigas. ¿Y todo para qué? Por un país lleno de gente como tú que nunca se ha molestado ni en darnos las gracias. La única razón de que estés viva es porque hay gente como nosotros. Tu novio asesinó esta mañana a un héroe de guerra. Silvinho murió en un pasillo de una mierda de bloque de apartamentos. Esa no es manera de morir para un soldado, y menos después de todo lo que hizo por este país. Así que cuando quieras juzgarme, cuando quieras juzgarnos —añadió, señalando a Tex y a Cuchilla—, acuérdate de esto: es tu novio el que anda por ahí matando por diversión, no nosotros ni los vampiros. Los no muertos no van matando gente inocente por diversión. Matan por supervivencia, porque necesitan la sangre para vivir, igual que tú y yo necesitamos comida y agua. Y nos están pagando muy bien por luchar para ellos. Y no juzgan nuestros métodos. Y si tú, jovencita, tienes que ser sacrificada por el bien común, pues me parece estupendo. Contigo como cebo, podemos acabar con Kid Bourbon. Y te aseguro que eso salvará las vidas de miles de personas que, de otra forma, habrían acabado asesinadas por él.

—Los vampiros matarán a mucha más gente de la que él podría matar —

replicó Beth.

—Es cierto. Pero los que mueran a manos de los vampiros lo harán por una razón. Todo forma parte de la cadena alimentaria. Cuando tu queridísimo Kid Bourbon mató a mi padre, lo hizo por despecho. Ha matado a miles de personas inocentes sin motivo ninguno. En eso no hay ningún honor. Los vampiros matan para sobrevivir. Eso sí es honorable.

—¿Honor? ¿Eso es lo que te cuentas para acallar tu conciencia?

—Deberías tener más cuidado con tus palabras, guapa.

En la televisión aparecía en ese momento la imagen de JD detrás del presentador de noticias. Beth se la quedó mirando un momento antes de contestar a Toro.

—No me da miedo lo que puedas hacerme.

Toro sonrió.

—No deberías tenerlo, preciosa. Te prometo que tendrás una muerte rápida. No tienes nada que temer.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti.

—¿Cómo dices? —preguntó Toro ofendido, con un tono hosco—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan gallita?

—Desde que supe que mi novio es Kid Bourbon.

—Ese desde luego no es motivo para ponerte chula.

—¿Ah, no? Porque me juego lo que sea a que no voy a morir. Mi novio lleva años matando vampiros, y sigue vivo. Ahí está, en la tele. Y a vosotros no os veo en la tele. Nadie habla de cuánta gente habéis matado, excepto vosotros, claro. Tenéis que espabilaros y daros cuenta de algo muy importante.

A Toro se le estaba hinchando la vena del cuello. Definitivamente Beth lo estaba poniendo de los nervios.

—¿Y qué es? —le espetó.

—Que vais a morir todos.

Toro se la quedó mirando un momento, claramente sorprendido ante aquella confianza en sí misma, y sin duda también bastante mosqueado. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Cuchilla, que reaccionó de manera inmediata: con un certero rechazazo a la sien, la dejó sin sentido.

Treinta y ocho

—Copito, has hecho un magnífico trabajo —la felicitó Bill Clay, dándole unos golpecitos en el hombro.

La centralita de la comisaría había estado colapsada con las llamadas de los aterrados ciudadanos, y Copito había hecho todo lo posible por tranquilizarlos y ofrecer consejo. Se habían producido todo tipo de extrañas llamadas, incluida la de una niña de nombre Caroline que sostenía que la había perseguido hasta la biblioteca un vampiro, al que luego mató Kid Bourbon. Copito no podía distinguir las llamadas auténticas de las de los bromistas, de manera que fue un alivio para ella cuando Clay bajó para dictarle un mensaje para el contestador. En cuanto lo grabaron, desviaron todas las llamadas entrantes al mensaje automático.

—Me vendría bien un café, después de todo esto —comentó Copito.

—Desde luego te lo has ganado. Yo en tu lugar me marcharía a casa.

Copito miró a través de las puertas las calles oscuras.

—Creo que me voy a quedar, si no te importa.

—Lo entiendo. Tenemos unos sofás muy cómodos en las plantas superiores. Voy a ver si te encuentro alguna manta.

—¿Y tú? ¿Te quedas también?

—No. Yo tengo que reunirme con el capitán esta noche en el museo.

—¿Dónde está ahora el capitán?

—En el informativo de televisión, dirigiéndose a toda la ciudad, de manera que seguramente ya esté muerto. ¿Se sabe algo de Sánchez?

—No. No ha vuelto a aparecer.

—Vaya por Dios. Vente arriba, que te busco unas mantas.

Pero Copito quería atender un par de asuntos de los que no le apetecía nada hablar con Clay.

—Ahora subo en un rato. Es que primero tengo unas cosillas que hacer.

—Tú misma. Nos vemos luego.

Mientras Clay tomaba el apestoso ascensor, Copito sacó un café de la máquina y volvió a su mesa. Imperaba un silencio fantasmagórico que le hizo echar de menos a Sánchez. Había prometido pasarse por la comisaría antes de dirigirse a la Casa de Ville con *El libro de la muerte*. Copito tenía el horrible presentimiento de que iba a correr peligro yendo solo a la Casa de Ville. Parecía tener a Jessica en muy alta estima sin ninguna razón. Pero a Copito no le gustaba nada esa Jessica. Se comportaba casi siempre como una auténtica bruja, pero hiciera lo que hiciese, Sánchez siempre se mostraba comprensivo.

Ahora que por fin tenía un momento libre, abrió el último cajón de la mesa y apartó unos cuantos objetos. Al fondo, debajo de todo el revoltijo, estaba *El libro sin nombre*. Lo sacó y no tardó en encontrar la página donde había dejado la lectura el día anterior. Bebió un sorbo del café y se puso a hojear el libro con la esperanza de encontrar algún dato sobre los vampiros y los libros malditos.

No tardó mucho en dar con algo de información, muy poco precisa, sobre *El libro de la muerte*. Se describía como un volumen grande, negro y de tapas duras, como el que se había estrellado contra su coche. Se mencionaba también al dueño del libro, un hombre poderoso llamado Ramses Gaius. El nombre le sonaba, pero no recordaba dónde lo había oído.

Llevaba una media hora leyendo algún que otro pasaje y analizando algunas de las ilustraciones cuando por fin dio con algo que le aceleró el corazón: una fotografía de cuatro hombres y una mujer. Era una foto antigua, pero los rostros se veían con total nitidez. Y la mujer era perfectamente reconocible. Jessica. El pie de foto rezaba:

El oscuro lord Xavier y su familia, supuestamente residentes en
Santa Mondegá, una ciudad del Nuevo Mundo.

Beth reconoció también al Señor Oscuro Xavier. Ella lo había conocido como Archibald Somers, un policía obsesionado durante toda su carrera con encontrar a Kid Bourbon. En la página se indicaba que las personas de la foto practicaban las artes oscuras. No era de extrañar, cuando uno de ellos ostentaba el título de Señor Oscuro.

Siguió leyendo y comenzó a darse cuenta por qué todo el que leía *El libro sin nombre* acababa muerto. El libro identificaba a todo un grupo de vampiros de

alto rango, uno de los cuales era Jessica. Era evidente que Sánchez no sabía nada de esto. Y se dirigía a la Casa de Ville con *El libro de la muerte*. Tenía que detenerlo.

Copito se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Sánchez. Sonó dos veces y la llamada se desvió al contestador.

«Buenos días —se oyó la voz de Sánchez—. Este es el buzón de voz del detective Sánchez García, de la policía de Santa Mondegá. Estoy probablemente ocupado atrapando delincuentes, de manera que, por favor, deje un mensaje después de la señal». Copito aguardó un momento a que sonara la mencionada señal, y de inmediato barbotó un frenético mensaje:

—Sánchez, soy Copito. ¡No vayas a la Casa de Ville! Tu amiga Jessica es una vampira. Lo dice en *El libro sin nombre*. Creo que te va a matar en cuanto haya recuperado *El libro de la muerte*. ¡Llámame en cuanto oigas esto!

Esperando que Sánchez oyera el mensaje antes de que fuera demasiado tarde, y que no lo desestimase pensando que era una tontería, Copito se guardó el móvil, sin saber muy bien qué hacer. Tenía el estómago hecho un nudo y en su mente daban vueltas varias opciones. ¿Y si Sánchez no la llamaba? ¿Y si no oía el mensaje?

En un intento por mantener la cabeza ocupada, siguió leyendo *El libro sin nombre*. Pero no le sirvió de gran cosa. Lo único que podía pensar era el lío en el que estaba metido Sánchez. Tenía que dar con la manera de ayudarlo. Si la situación fuera la contraria, estaba segura de que Sánchez haría lo mismo por ella.

Cerró de golpe el libro y se quedó mirando su gastada tapa marrón, acordándose del momento en el que había matado a Ulrika Price. ¡Pues claro! Tenía a su disposición un arma que mataba vampiros.

El libro sin nombre.

Lo único que tenía que hacer era ir a la Casa de Ville y encontrar la manera de darle con él a Jessica un golpe en la cabeza, como había hecho con Ulrika Price. En el peor de los casos, así le demostraría a Sánchez que Jessica era una vampira. Pero ¿cómo conseguiría acercarse lo suficiente a ella?

—¡Venga, Copito, piensa! —se dijo en voz alta—. ¿Qué haría Sánchez, de estar él aquí y yo en la Casa de Ville con los vampiros?

Y de pronto se le ocurrió una idea. Se puso a rebuscar de nuevo entre el batiburrillo de cosas del cajón de la mesa. Había allí algo que podía resultar útil:

un *spray* de pintura negra. Cuando por fin dio con ella, lo sacudió para comprobar que quedaba bastante para lo que quería.

A continuación cerró *El libro sin nombre* y algo nerviosa disparó la pintura negra sobre la tapa. La cosa quedó bastante bien, y parecía que podría secarse bastante deprisa. Sopló sobre ella un poco y la tocó con el dedo. Seguía húmeda, pero no manchaba demasiado. El dedo se le había quedado un poco negro, pero en general la pintura parecía haber penetrado en el libro como un tatuaje. Con un poco de cuidado, cubriendo los bordes de las páginas para no mancharlas, *El libro sin nombre* podía parecer *El libro de la muerte*. Bueno, por lo menos de lejos.

Todavía había esperanza para Sánchez. Su plan era imprudente y ni mucho menos infalible, algunos hasta dirían que era una mierda, pero era el único que se le había ocurrido, así que tendría que apañarse con él.

Copito se pasó los siguientes veinte minutos realizando un excelente ejercicio de camuflaje de libros. La tapa marrón y gastada se tornó de un color negro azabache, irreconocible. Cuando estuvo segura de que no asomaba nada de marrón, dejó el libro de pie en la mesa delante de un viejo y polvoriento ventilador, con la esperanza de que se secara deprisa. Mientras tanto, reconsideró los riesgos de su plan para acabar con Jessica. Sería mucho más fácil si pudiera evitar una confrontación.

Echo un vistazo a los menús de su móvil. No tenía llamadas perdidas ni mensajes recibidos. Respiró hondo, y volvió a llamar a Sánchez. Esta vez ni siquiera sonó, fue directamente al contestador. Pero ahora habló una voz de mujer.

«El número al que llama no está disponible o está fuera de cobertura. Por favor, intente llamar más tarde». Copito colgó antes de que el mensaje se repitiera.

—Casa de Ville, allá voy —dijo en voz alta, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón.

Había estado tan ocupada planeando su misión de rescate, que no se había dado cuenta de que un hombre había entrado en la comisaría. No había hecho ningún ruido, y ahora su sombra se cernía sobre la mesa. Copito alzó la cabeza despacio y se encontró con un tipo vestido todo de negro, con una capucha negra sobre la cabeza que ocultaba casi todo su rostro. Tragó saliva. Era Kid Bourbon, el hombre que solía pasarse por la comisaría para matar a todos los agentes, por lo habitual también a la recepcionista, como evidenciaban las placas

conmemorativas, en la sala de personal, de las recepcionistas previas, Amy Webster y Francis Bloem.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó nerviosa.

Kid Bourbon respondió con una voz grave que parecía provenir de las mismísimas profundidades del infierno.

—Estoy buscando un libro marrón que estaba en los vestuarios del sótano. ¿Tú sabes algo?

Copito estaba muy nerviosa. El libro al que se refería estaba sobre la mesa, delante de sus narices. Solo que ahora era negro en vez de marrón. Mientras sopesaba su respuesta, Kid se sacó de la cazadora una escopeta recortada con la que le apuntó a la frente.

—Si me mientes lo sabré —amenazó—, así que elige con cuidado tus palabras.

Copito sabía que la mataría sin pensárselo dos veces, de manera que tenía que darle una razón para no matarla, antes de contestar directamente la pregunta. Respiró hondo.

—Utilicé el libro para matar a una vampira en los vestuarios ayer por la mañana.

—¿Y ahora dónde está?

—Ahora mismo iba a...

—¡QUE DÓNDE ESTÁ AHORA!

Copito notó que no le sostenían las piernas. Aquel tipo no le iba a permitir ganarse su confianza antes de decirle dónde estaba el libro. Por fin señaló hacia la mesa.

—Está aquí —masculló nerviosa, temiendo oír en cualquier momento un disparo.

Kid Bourbon bajó el arma, cogió el libro con la mano libre y lo abrió sobre la mesa. Pasó unas cuantas páginas antes de cerrarlo. Luego pasó el dedo sobre la tapa recién pintada y se lo miró. Copito seguía esperando, pero él se limitó a mirar los otros objetos sobre la mesa. El ventilador zumbaba suavemente y junto a él se veía el *spray* de pintura. Por fin Kid Bourbon se volvió hacia Copito con expresión de pasmo.

—¿Por qué lo has pintado de negro?

—Quería hacerlo pasar por *El libro de la muerte*. Pensaba llevarlo a la Casa de Ville para matar a la vampira Jessica.

—¿Y por qué querías hacer eso?

—Para salvar a mi amigo Sánchez. Ha ido allí con el verdadero *Libro de la muerte*. Pero no sabe que Jessica es una vampira.

El rostro en sombras de Kid Bourbon no revelaba nada.

—Yo no me preocuparía por Sánchez. Probablemente ya esté muerto.

—¡Pero puede que todavía no haya llegado! —exclamó Copito desesperada.

Kid volvió a subir el arma para apuntar a la nariz de Copito.

—Cierra los ojos —gruñó.

—¿Por qué?

—Porque esto te va a escocer.

Copito obedeció. Igual aquello no iba en serio, ¿no?

¡BANG!

Igual sí.

Treinta y nueve

Jessica miraba el jardín desde la entrada de la Casa de Ville. Todo estaba en su sitio. Los vampiros y los hombres lobos escondidos en cada árbol, estatua y matorral. Si Kid Bourbon entraba por la verja principal al final del camino particular (y sospechaba que era tan terco como para intentarlo), no llegaría muy lejos antes de que todo un ejército de no muertos le cayera encima.

Los únicos dos vampiros a cara descubierta eran Lionel y Nate, del clan panda, que hacían guardia en la verja para dar la impresión de que todo transcurría con normalidad en la Casa. Pero detrás de ellos aguardaba un ejército de más de mil vampiros, todos ocultos en la oscuridad.

Jessica volvió a entrar en el edificio y cerró las grandes puertas dobles. En la mesa de recepción del vestíbulo se encontraba una vampira del clan panda. A Jessica no le gustaba mucho, para ser sinceros. Estaba ridícula allí sentada con una vistosa gorra roja de béisbol y esos manchurroneos negros en torno a los ojos. No muchas mujeres se unían al clan panda, justo por el espantoso maquillaje.

—Eh, Chica Panda —la llamó Jessica.

—Sí, señora.

—Si me necesitas, estoy en el despacho de mi padre.

—Sí, señora.

La chica se quedó mirando a Jessica subir por las escaleras hasta que desapareció de la vista en un momento. Tampoco a ella le caía bien Jessica. Ya le irritó la primera vez que la llamó Chica Panda, pero encima es que luego la llamó así tantas veces, que ahora todo el mundo usaba ese apodo.

Jessica solo se había marchado hacía un minuto cuando sonó el teléfono de la recepción. En lugar de coger el auricular, Chica Panda pulsó un botón para responder en manos libres.

—Aquí recepción, ¿quién es?

—Lionel, de la puerta. Tengo aquí a un policía llamado Sánchez García, que dice que viene a ver a Jessica.

—Ahora mismo no recibe visitas. Dile que vuelva mañana.

—Espera.

Chica Panda oyó las voces apagadas de Lionel y otra persona más.

—Este tal Sánchez asegura que le ha traído un libro que está buscando — dijo por fin Lionel.

—¿Es *El libro de la muerte*?

—No quiere decirlo.

—¿Qué pinta tiene el tipo?

—Una versión en gordo del tío ese de la serie *CHiPs*, solo que viene en coche, no en moto.

La chica panda suspiró.

—Vale, que entre. Dile que aparque por la parte de atrás y entre por la puerta principal. Ya me encargo yo de él.

—Muy bien.

La chica panda llamó a continuación al despacho de Ramses Gaius. Al ver que saltaba el contestador, dejó un mensaje:

—Jessica, soy Chica Panda, de recepción. Tengo a un tal Sánchez García entrando en la casa. Lionel, de la verja de entrada, dice que te ha traído un libro. Llámame cuando oigas esto.

Al cabo de un par de minutos, se oyeron unos golpes en la puerta. Chica Panda se levantó y fue a echar un ojo por la mirilla. Se trataba de un tipo regordete con el uniforme de la policía de carreteras. Encajaba a la perfección con la descripción de Lionel. Llevaba sobre el hombro derecho una bolsa negra.

—¿Eres Sánchez García? —le preguntó.

—Sí, gracias.

—¿Tienes algo para mí?

—No. Tengo algo para Jessica.

—¿De qué se trata?

—Es *El libro de la muerte* —aclaró Sánchez por fin, alzando la bolsa.

—En ese caso, me lo puedes dejar a mí.

Sánchez meneó la cabeza.

—Soy amigo personal de Jessica, y se alegrará de verme. Además, me dijo que había una recompensa de cincuenta mil dólares por la devolución de este libro.

Chica Panda suspiró.

—Vale. Entra.

—Gracias, buen hombre —dijo Sánchez, pasando bruscamente por delante de ella.

Ella cerró la puerta a su espalda.

—¡Me llamo CHICA Panda! —exclamó.

—Pues claro. ¿Dónde puedo encontrar a Jessica?

Chica Panda señaló un sofá escarlata al fondo del vestíbulo, junto a una puerta que llevaba a uno de los comedores.

—Espera ahí. Le he dejado un mensaje a Jessica diciéndole que estás aquí. Ya te llamará cuando esté disponible.

—Muy bien.

Sánchez se acercó al sofá admirando los cuadros de las paredes.

—Menuda choza tenéis aquí —comentó.

La otra volvió a su mesa sin hacerle ni caso, dándole la espalda. Justo cuando se sentaba sonó el teléfono. Volvió a contestar poniendo el manos libres.

—Aquí recepción.

—Chica Panda, soy Jessica. Acabo de recibir tu mensaje. ¿Dices que Sánchez está aquí?

—Sí. Y te ha traído *El libro de la muerte*.

—¿Sí? —Jessica parecía sorprendida.

—Yo no lo he visto, pero dice que lo lleva en su bolsa.

—¿Quién se lo hubiera imaginado? —exclamó Jessica con una carcajada—. El muy idiota ni siquiera ha deducido todavía que soy una vampira, pero se las ha apañado para encontrar *El libro de la muerte*. Genial. Seguro que ni siquiera ha advertido a los vampiros y los hombres lobo del jardín, ¿no?

Chica panda bajó la voz, sabiendo que Sánchez podía oírla.

—Pasó con el coche por delante de todos.

—Menudo gilipollas.

—¿Quieres que te lo mande para arriba?

Se produjo una breve pausa.

—No —contestó Jessica por fin, después de pensarlo—. Se perdería. Mejor tráemelo tú. Cuando tenga el libro, es todo tuyo.

—Vale. Te veo en un momento, Jessica.

Ya se estaba imaginando el gustazo que se iba a dar bebiendo la sangre del jugoso cuello de Sánchez. Ahí había carne de sobra para hincar el diente. Pero cuando se dio la vuelta, el sofá escarlata al fondo del vestíbulo estaba vacío. Sánchez había huido.

La panda olfateó. El olor de Sánchez, y el de alitas de pollo a la barbacoa, todavía flotaba en el aire. No tardaría mucho en encontrarlo.

—Sánchez. Sánchez. Sal, sal, que te voy a encontrar igual —canturreó.

—¡Esto es peor que el puto Polo Norte! —gritó Lionel por encima del aullido del viento.

—¿Tú cuándo has estado en el Polo Norte, eh? —replicó Nate.

—¿Eh?

El puesto de guardia en la verja principal de la Casa de Ville era un trabajo de mierda en las mejores circunstancias, pero en una tormenta de nieve como la que ahora caía, peor no podía ser. El frío lo aguantaba bien, siendo un vampiro no tenía problemas con eso. Pero el viento en las orejas y la capa de nieve bajo sus pies resultaba en extremo irritante. Y encima era difícil de cojones oír a su colega Lionel con la ventisca. Y tampoco era tan fácil verlo a través de la cortina de nieve. El punto álgido del día, de momento, había sido abrir las puertas para que entrara Sánchez a ver a Jessica. Aparte de eso, la tarde había transcurrido con absoluta tranquilidad. Su tarea consistía en tener los ojos abiertos por si aparecía Kid Bourbon, si es que era tan subnormal como para presentarse allí a cara descubierta, claro.

—Digo que cuándo has estado tú en el puto Polo Norte —repitió Nate, gritando un poco más.

Su camarada panda, Lionel, era famoso por su absoluta falta de entusiasmo en cualquier tarea que emprendiera. De manera que aunque Nate también estaba cabreado con aquel puesto, era bastante seguro pensar que Lionel todavía lo odiaría más.

Detrás de ellos, todos los sobrevivientes de los habitantes no muertos de la ciudad estaban escondidos detrás de árboles, arbustos o estatuas en el jardín, listos para caer sobre Kid Bourbon en emboscada.

—Bueno, no, no he estado nunca en el Polo Norte —chilló Lionel en respuesta. Se quitó la gorra de béisbol para sacudirle la nieve antes de volver a

encasquetársela en la cabeza—. Pero lo he visto en la tele. ¡Y allí hay nieve para cagarse!

Los dos habían recibido instrucciones, como todos los demás, de llevar ropa negra para camuflarse mejor en la oscuridad, pero contra el telón de fondo de la nieve el camuflaje era más bien redundante. Nate se sacó de la gruesa cazadora un paquete de tabaco.

—¿Un pito? —ofreció a su compañero.

—No, gracias.

Nate tuvo que rebuscarse en el bolsillo hasta dar con el mechero y ponerlo bajo la visera de la gorra para protegerlo de la nieve. Era un mechero rojo cutre, no recargable, que le había quitado a una de sus víctimas unos días antes. Necesitó cuatro intentos para que aquella mierda se encendiera, y cuando lo logró la llama era patética. Después de chupar con fuerza cuatro o cinco veces el cigarrillo, logró encenderlo. La llama del mechero osciló y se apagó un segundo después.

En ese momento Lionel asomaba la cabeza entre los barrotes de la verja para mirar hacia la carretera.

—¿Has visto algo? —le gritó Nate.

Lionel se volvió hacia él.

—Solo nieve. Y más nieve.

El ruido de alguien moviéndose a su espalda distrajo a Nate por un segundo. Oyó que algunos de los vampiros y hombres lobo se agitaban en sus escondrijos, hablando entre ellos.

—Por lo menos nosotros estamos en el camino —le dijo a Lionel—. Parece que todos los demás están metidos hasta las rodillas en un cenagal de nieve.

Lionel se apartó de la verja y se encogió de hombros.

—A los hombres lobo probablemente hasta les gusta.

—Pero seguro que los payasos lo odian.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los zapatones esos que llevan se inundan de barro y los calcetines se les joden.

—No sabía que los payasos llevaran calcetines —se sorprendió Lionel.

—Algunos los llevarán, digo yo. Yo hoy estreno calcetines, así que me alegro de estar aquí en la verja. Además, seguramente es el lugar más seguro.

—¿Y eso?

—Piénsalo. Si de verdad Kid Bourbon va a venir, aparecer por la puerta

principal sería de gilipollas, ¿no?

—Sí. Lo veríamos venir por la carretera mucho antes de que llegara a la verja —comentó Lionel, mirando una vez más entre los barrotes.

—Te apuesto cinco pavos a que ni siquiera viene.

—Paso de esa apuesta. Por supuesto que no vendrá. Y yo no estaría fuera de casa con este tiempesito si dependiera de mí.

Nate dio una honda calada al cigarrillo y exhaló en el frío aire de la noche una nube de humo que se difuminó al instante entre la cortina de copos de nieve.

Lionel tenía razón. Lo único era que aunque casi todo el mundo preferiría quedarse en su casa con la que estaba cayendo, Kid Bourbon no era como todo el mundo. Era un puto psicópata que no le tenía miedo a nada ni a nadie. Unos copos de nieve no le iban a impedir presentarse, si era lo que tenía pensado.

—¿Has oído eso? —le gritó Lionel.

—No. ¿El qué?

—Creo que he oído algo ahora mismo.

Nate dio otra calada al cigarrillo.

—Pues yo no he oído nada. ¿Qué has oído tú?

Lionel señaló una hilera de matorrales que corría a lo largo de la tapia del jardín, a su derecha. Se acercó unos pasos hacia ellos, dándole la espalda a Nate.

—¡Eh! ¡Espera un momento! —le chilló Nate—. ¡Quédate aquí! ¡Esto no es un puto campamento! No puedes irte solo a investigar un ruido. Te quedas aquí donde yo pueda verte. Y donde las cámaras de seguridad te vean también. Nadie podrá ayudarte si haces una gilipollez como largarte por ahí tú solo.

Lionel, todavía de espaldas a Nate, estiró el cuello sobre los arbustos, intentando ver al otro lado.

—En estos matorrales no se ve una puta mierda —se quejó—. ¿No deberíamos tener linternas o algo aquí abajo?

—Deja de lloriquear. Si alguien se acerca, los tíos que están vigilando los monitores del circuito cerrado encenderán los putos focos. Pero si te da por meterte detrás de un matorral, fuera del alcance de las cámaras, yo no pienso seguirte, que lo sepas.

Lionel se volvió hacia él.

—¿Y si necesito mear?

—¡Pues meas a través de los barrotes! —replicó el otro, dando otra calada al cigarrillo—. Pero no tienes ganas de mear, ¿no?

—No, era por saberlo, nada más.

Nate echó atrás la cabeza para exhalar hacia el cielo otra nube de humo. Esta vez pudo verlo ascender en forma de serpiente.

La nevada remitía. El viento había amainado también un poco, pero seguía silbando. Los nubarrones comenzaban a abrirse, dejando ver un mínimo atisbo de luz de luna. Nate dio la última calada al cigarrillo y tiró la colilla a la nieve. Mientras oía el siseo que hacía al apagarse, alzó la cabeza de nuevo y se alegró al ver que por fin había dejado de nevar. Todavía flotaban en el viento algunos copos, pero eso era todo. «Por fin —pensó—. Gracias a Dios».

—Parece que Gaius está haciendo salir la luna para los hombres lobo —le comentó a Lionel, con una voz de pronto mucho más audible ahora que se había calmado el viento.

Lionel no respondió. Estaba inmóvil, mirando a través de la verja.

—Digo que por lo visto Gaius está haciendo salir la luna para los hombres lobo.

Nada.

Nate solo veía a su compañero de costado, y no podía saber si lo había oído o no.

—¿Lionel? ¿Me estás escuchan...?

Antes de que Nate pudiera terminar la frase, las piernas de Lionel se doblaron por las rodillas y su cuerpo cayó al suelo como a cámara lenta. Era como el momento en que Charlton Heston cae de rodillas delante de la Estatua de la Libertad al final de *El Planeta de los Simios*, pensó Nate. Mientras reflexionaba sobre el significado de todo aquello, se llevó un buen susto.

La cabeza de Lionel cayó hacia delante. Y siguió cayendo, hasta separarse de los hombros y aterrizar con un suave golpe, boca abajo, en la nieve. El resto de su cuerpo siguió arrodillado. Un surtidor de sangre roja salió disparado en todas direcciones, como si alguien hubiera puesto en marcha un aspersor de jardín entre sus hombros. La nieve detrás del cuerpo decapitado estaba salpicada de rojo, y un charco oscuro se extendía rápidamente hacia Nate. Por fin el resto del cuerpo de Lionel se desplomó al lado de su cabeza.

Nate contempló todo esto en un conmocionado estupor, hasta que de pronto recuperó el juicio y reaccionó.

—¡Mierda! —Se llevó la radio a la boca y apretó el botón para hablar, pero antes de que pudiera pronunciar ni una palabra notó una hoja afilada como una cuchilla contra su nuez de Adán. Hizo lo posible por no tragar saliva. Lo último que quería era que la hoja le rebanara el cuello por su propia culpa. Un cuerpo

presionaba contra su espalda, y le llegó a la oreja el aliento cálido de un hombre. Una mano apareció en la oscuridad para arrebatarse la radio.

—¿Cuántos vampiros hay en el jardín? —preguntó un grave susurro.

Nate tomó algo de aire.

—Cientos —contestó sensatamente. La hoja presionó más contra su cuello —. Posiblemente miles —añadió.

—¿Y hombres lobo?

—Lo mismo.

La hoja entonces se apartó de su cuello y Nate suspiró aliviado.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

El otro no contestó. Sin saber muy bien si su atacante seguía a su espalda, Nate intentó razonar con él.

—No diré que te he vis...

Pero un espantoso ruido de desgarró interrumpió sus palabras. Notó un dolor terrible en la espalda, que rápidamente le atravesó también el vientre. Intentó respirar, pero boqueaba sin llegar a tomar oxígeno, como el niño que trata de morder una manzana colgada de una cuerda. De pronto agachó la cabeza, puesto que los músculos del cuello ya no se la sostenían. Y entonces vio la hoja de un afilado cuchillo sobresaliendo de su vientre. Estaba cubierta de sangre.

Su sangre.

Se le doblaron las piernas igual que a Lionel y cuando comenzó a caer, una mano le agarró la cabeza para impedir su trayectoria. La sangre le subía de los pulmones a la boca, y unos gruesos grumos se deslizaron por su lengua para salir entre sus labios. Veía la sangre salpicar la nieve blanca. Y entonces el cuchillo en su vientre se movió de nuevo, hacia arriba, a través del estómago en dirección al tórax. La hoja hendió en dos el corazón del vampiro, abriéndole el pecho. Al exhalar su último aliento, Nate vio sus propias tripas caer sobre la nieve.

Cuarenta y uno

Después de un día especialmente estresante y agotador, Elijah Simmonds por fin podía relajarse. El museo había cerrado ya, de manera que ahora podía deambular por las exposiciones y decidir los cambios que haría. En primer lugar, pensó, había demasiados cuadros aburridos. Desde luego hacían falta más desnudos. De momento había expresionistas para hartarse. Simmonds no soportaba el expresionismo. Lo único bueno que tenía era que esos cuadros valían mucho dinero, de manera que cabía la posibilidad de vender unos cuantos y conseguir unos cientos de miles de dólares, o a lo mejor más.

De hecho, se dijo, toda la sala de los expresionistas podía ser sustituida por algo más entretenido, como un miniteatro con una pantalla de cine. Si en el museo se pasaban películas sobre los expresionistas, en lugar de colgar sus aburridas obras, generaría muchos más ingresos. Mientras paseaba por las salas comenzó a sentir una verdadera ilusión por el proyecto que tenía delante. Transformar el museo en algo mucho más moderno lo haría quedar como un visionario.

Casi nadie de la ciudad visitaba ya el museo, porque se había tornado en un verdadero muermo bajo la dirección del fallecido Bertram Cromwell. Un buen cambio traería de vuelta las visitas.

De camino hacia la sala principal en la planta baja, se encontró con la exposición preferida de Cromwell, la Tumba de la Momia Egipcia. Un año antes aquel monumento había sido salvajemente destruido, y la momia robada. Cromwell había gastado ingentes cantidades de dinero del museo para restaurarla, en contra de la opinión de Simmonds. Pero ahora que estaba él al mando acariciaba la idea de convertirla en una especie de Casa del Terror, tal vez situada en una gigantesca pirámide de plástico. Podría incluso haber una atracción en miniatura con momias y otras criaturas aterradoras.

Y mientras reflexionaba delante de la tumba, la tarde de Simmonds cobró un giro inesperado. Oyó unos pasos en las escaleras, al otro extremo de la sala. Al volverse vio a James, el guardia de seguridad, seguido de un grupo de hombres. Uno en particular destacaba entre los demás. Un tipo grande con la cabeza afeitada, un elegante traje plateado y unas gafas de sol. Los otros cuatro que lo flanqueaban, dos a cada lado, iban vestidos de negro con las caras prácticamente ocultas tras unos pañuelos negros. Parecían ninjas.

James saludó a Simmonds con la mano.

—Señor Simmonds, estos caballeros quieren verlo.

Simmonds suspiró. Por lo visto la jornada no había concluido, después de todo. El grupo se acercó a él y James le presentó al del traje.

—Este es el señor Gaius. —Se volvió entonces hacia él—. Y este es Elijah Simmonds.

Simmonds tendió la mano.

—Hola. Soy el director. —Era estupendo decirlo en voz alta.

Gaius le estrechó la mano.

—Yo soy el nuevo propietario.

—¿Cómo dice?

—Que soy el nuevo propietario de este museo. Me alegro mucho de conocerlo, señor Simmonds. Soy un gran admirador de su trabajo.

Simmonds no podía disimular su pasmo.

—¿Cómo ha...? Quiero decir... eh... ¿seguiré siendo el director?

Gaius le echó el brazo por los hombros para apartarlo del resto del grupo, llevándolo a un rincón donde había un piano grande con un maniquí vestido como Ludwig van Beethoven sentado ante él.

—¿Ha visto alguna vez tocar a Beethoven? —preguntó Gaius.

—Eh... no.

Ramses alzó la mano izquierda y un suave resplandor emanó de sus dedos. Los movió despacio en varias direcciones, como si manejara una marioneta, y esto pareció afectar a la figura de madera con el traje morado y la peluca gris. Beethoven cobraba vida, comenzando a moverse de manera torpe. Alzó la cabeza y los dedos comenzaron a pulsar las teclas del piano.

—¿Reconoce la melodía?

A Simmonds le resultó vagamente familiar, pero no sabía muy bien dónde la había oído.

—¿Es *Gracias por la música*, de Abba? —dijo por fin.

—No, es el concierto número cinco, capullo ignorante.

Gaius le apretó el hombro mientras veían tocar al pianista. Al cabo de unos treinta segundos, Simmonds oyó el ruido de un cristal resquebrajándose a su espalda y volvió la cabeza. Los cuatro ninjas pateaban por turnos la cubierta de cristal en torno a la tumba, con los pies descalzos. El cristal tenía un grosor de centímetros y no era de los que se rompían fácilmente, pero los cuatro ninjas lo patearon repetidamente hasta que al cabo de unos segundos toda la estructura se desmoronó. James miraba impotente a Simmonds, como esperando instrucciones.

—Pero ¿qué coño? —barbotó el director del museo—. No pueden hacer eso.

Gaius lo hizo volverse de nuevo hacia la figura de madera de Beethoven, que seguía tocando. Se inclinó y le susurró al oído:

—¿Fue sencilla la muerte de Cromwell?

—¿Qué?

—Cuando mataste a Bertram Cromwell, ¿cómo te sentiste?

—¿De qué me está hablando?

Gaius sonrió. No es que fuera una sonrisa amable, ni muchísimo menos, pero al menos era una sonrisa.

—Sé que lo mataste tú. Pero no estoy enfadado. Al final resulta que me hiciste un favor. Cromwell jamás me hubiera permitido bajar aquí a trastear con su preciosa tumba, ¿no crees? Pero tú, Simmonds, posees la sabiduría de un hombre mucho mayor. No te importará que mis chicos se pasen aquí un ratito arreglando la tumba, ¿verdad?

—Pues... eh...

—Eso pensaba. Tenemos cosas que hacer aquí esta noche, ¿sabes? Voy a hacer momificar a un par de chicos y condenarlos al infierno por toda la eternidad. Creo que los conoces: Dante Vittori y Kacy Fellangi.

—Sí, los conozco —contestó Simmonds, acordándose del poco tiempo que Dante había trabajado en el museo—. El hijo de puta de Dante me rompió una vez un jarrón en la cabeza.

—Bien. —Gaius le dio un palmetazo en la espalda—. Entonces estás de acuerdo, ¿no?

—Eh... supongo.

El vampiro volvió a rodearle los hombros con el brazo y lo hizo girar hacia el centro de la sala, y luego lo encaminó hacia las escaleras.

—¿Y qué? ¿Encontraste lo que buscabas al final? —le preguntó.

—¿A qué se refiere?

—A la combinación de la caja fuerte de Bertram Cromwell, por supuesto. Debe de haber sido una de las razones para que lo mataras. Guarda ahí mucho dinero, ¿no?

—Eso yo no lo sé.

—Elijah, querido amigo, si quieres seguir vivo y dirigir para mí este museo, vas a tener que empezar a ser un poco más honesto conmigo. Nunca tuviste la garantía de que tendrías el trabajo de Cromwell para siempre, ¿no? Pero si pudieras echarle el guante al dinero de la caja, tampoco importaría mucho, ¿verdad?

Simmonds sonrió. Era evidente que Gaius se había informado bien.

—Es imposible forzar esa caja —dijo por fin—. Cromwell se llevó la combinación a la tumba.

Gaius se rio de buena gana.

—Mi querido Elijah, déjame que te demuestre de lo que soy capaz. Mientras mis amigos preparan la tumba, ¿por qué no vamos tú y yo arriba, y te enseño cómo se abre una caja fuerte?

Cuarenta y dos

Desde la sala de control en la torre este de la Casa de Ville, Toro miraba el jardín por la larga y estrecha ventana. La nevada comenzaba a remitir, pero la humedad condensada en el cristal le obstaculizaba un poco la vista. Aunque era difícil distinguir gran cosa en la oscuridad con el impedimento añadido de la nieve, era de admirar lo bien que se habían escondido los vampiros y los hombres lobo entre los matorrales. Esas criaturas eran verdaderos camaleones. De vez en cuando le parecía ver a alguno moverse, pero cuando intentaba fijarse, el movimiento cesaba de inmediato, como si la criatura en cuestión pudiera saber que la estaba mirando. Aunque también era cierto que Kid Bourbon podía entrar y salir de las sombras con gran habilidad, como bien sabía Toro. Era capaz de mimetizarse con su entorno igual de bien que una criatura de la noche.

Detrás de él, Beth acababa de recobrar el sentido, después del golpe que Cuchilla le había asestado en la sien. Ya no se la veía tan animada, ahora que tenía un chichón amoratado del tamaño de un huevo, que cada vez se le hinchaba más sobre el ojo. Cuchilla estaba a su lado, con el brazo estirado en el respaldo del sofá, listo para arrearle de nuevo un golpe si intentaba siquiera moverse sin pedir permiso.

Tex seguía delante de los monitores, en el otro extremo de la habitación, atento a cualquier indicativo de intrusos en la casa. Todas las cámaras del perímetro enviaban la señal a la sala de control. Debería ser de todo punto imposible entrar sin ser visto en la Casa de Ville.

A través de la ventana se vio un rayo de luz plateada filtrarse entre las nubes. Por fin aparecía la luna. Era un signo. Había llegado la noche, y en Santa Mondegga la llegada de la noche solía significar el comienzo de la carnicería.

La nevada remitió de prisa hasta cesar del todo, permitiéndole ver el jardín con más claridad.

—Tengo algo para ti, jefe —dijo Tex a su espalda.

—¿Qué es?

—Un mensaje de Jessica. —Tex estaba leyendo un correo electrónico en uno de los monitores—. Dice que Kid Bourbon se dirige hacia aquí. Una de sus fuentes asegura que acaba de volver del Cementerio del Diablo.

—¿El Cementerio del Diablo?

—Sí. ¿Habías oído hablar de eso?

—Es solo una leyenda. Se supone que es un sitio donde va la gente para hacer pactos con el diablo, a vender el alma a cambio de la inmortalidad y cosas de esas.

—¿Tú crees que habrá hecho eso?

Toro se encogió de hombros.

—No le iba a servir de nada. Tenemos aquí a todo un ejército de inmortales. ¿Algo más?

—Solo una cosa más que deberías saber —contestó Tex.

—¿Qué es?

—Ha dejado de nevar.

—Sí, eso ya lo veo.

—Bueno, pues ahora es muchísimo más fácil ver lo que está pasando ahí fuera. ¿Qué tal se ve todo desde la ventana?

—Podría estar mejor. Pero alcanzo a ver ahora la verja de entrada.

—Pero no llegará por la verja principal, ¿no?

Toro escudriñó el jardín desde la ventana.

—Pues yo estoy convencido de que sí.

—Pero sería una estupidez, ¿no? Kid Bourbon no es tan tonto, ¿no?

—Es un tío astuto, sí —convino Toro—. Pero también es terco y un chulo. Le gusta enfrentarse a todo un ejército a cara descubierta. Tú no apartes la vista de los monitores, y yo ya estaré atento a la ventana.

Tex miró el monitor donde aparecía la verja de entrada.

—En la puerta no pasa una mierda, jefe. Están solo los dos pandas, uno de ellos fumándose un cigarrillo.

—Fumando, ¿eh? No me extraña que sean una especie en extinción —comentó Toro.

Pero Ted no se rio, sino que gritó:

—¡MIERDA! ¡Hemos perdido a un hombre!

Toro se giró bruscamente.

—¿Qué? ¿Dónde? —exclamó.

Tex señalaba el monitor.

—Hemos perdido a un panda. No, espera, espera. —Escudriñó entonces el monitor, intentando descifrar lo que estaba viendo. Al cabo de un momento añadió—: Ahora hemos perdido a dos pandas. Los guardias de la puerta han caído.

Toro miró por la ventana, pero era difícil ver con claridad lo que estaba pasando.

—¿Qué coño les ha pasado? —preguntó, esperando que Tex le aclarase algo.

—Han caído. Permanentemente.

—¿Muertos?

—Sí, señor.

—Entonces ya está. Kid Bourbon está aquí.

Tex seguía escudriñando los monitores.

—A uno lo ha decapitado. Al otro creo que lo ha partido por la mitad.

—¿Cómo dices?

—Que lo ha rajado por la mitad. En dos pedazos, vamos. Lo ha cortado como mantequilla.

—¡Joder!

—Sí. Ha tenido que dolerle.

Toro no podía confirmar nada de lo que Tex le decía mirando por la ventana. Pero confiaba en su compañero, y sabía que tenía que reaccionar con rapidez.

—Vale, Tex, enciende los focos centrales. A ver qué es lo que estamos viendo.

Tex obedeció al instante. Pulsó un interruptor bajo el banco de monitores y de pronto el cielo se iluminó al encenderse un foco en el jardín. Tex tenía los controles del foco en los dedos, y fue guiando la luz hacia la verja, observando el proceso en las pantallas.

Toro contemplaba desde la ventana el enorme rayo de luz de seis metros de diámetro, que dejaba ver las siluetas de algunos vampiros y hombres lobo antes invisibles, mientras recorría el terreno en busca del asesino de los dos guardias.

—¡AHÍ ESTÁ! —gritaron de pronto Tex y Toro a la vez.

Tex detuvo el foco sobre un hombre vestido todo de negro, en el camino particular. Llevaba un largo manto negro con la capucha echada. Tex lo vio en el

monitor, y Toro por la ventana. Detrás de ellos, Cuchilla preguntó:

—¿Es Kid Bourbon?

—¿Quién si no? —respondió Toro.

—No sé. Pensé que a lo mejor no venía.

—Tú vigila a la chica —ordenó Toro—. Es la razón de que haya venido.

Abajo en el jardín, Kid Bourbon se mantenía inmóvil bajo el foco. Los dos pandas muertos junto a la verja yacían a unos seis metros detrás de él. Toro se fijó un momento en los cadáveres rodeados de nieve roja, y de pronto vio que algo se movía.

—Ha puesto en marcha la verja —masculló, casi para sus adentros, sin entenderlo del todo. Hasta que por fin se dio por vencido y alertó a los demás—. ¡La verja se está abriendo! ¿Qué coño está haciendo?

—No entiendo nada —se pasmó Tex—. ¿Para qué abre las puertas estando ya dentro?

—A lo mejor pretende escapar —sugirió Cuchilla—, ahora que sabe que lo hemos visto.

Toro negó con la cabeza.

—No sin la chica. No se marchará sin ella. ¿A qué coño está jugando?

—¿Hago sonar la sirena? —preguntó Tex.

—Sí. En cuanto los vampiros la oigan, caerán sobre él. —Se volvió entonces hacia Beth—. Me imagino que a tu novio le quedan unos diez segundos de vida. ¿Quieres venir a verlo?

—No, ya lo veo en los monitores desde aquí, gracias.

Tex pulsó un botón en la mesa de control y una sirena ensordecedora comenzó a aullar en el jardín. En los monitores se veían las hordas de vampiros y hombres lobo salir de sus escondrijos entre los árboles y matorrales. Eran muchos. Muchísimos. Y todos se dirigían hacia Kid Bourbon.

—¡Y ahora las luces! —ordenó Toro.

Tex pulsó unos interruptores y al instante todo el jardín estalló en luz. Beth contemplaba toda la escena en la pantalla. Miles de vampiros y hombres lobo avanzaban hacia Kid Bourbon, que ya no era el único iluminado por un foco. Permanecía inmóvil, enfrentado a todo un ejército de no muertos.

—Atentos —dijo Toro—. En cualquier momento hará algo.

—¿Algo como qué? —quiso saber Cuchilla.

—No sé, pero estad atentos, porque en cuanto se mueva, lo van a hacer pedazos.

Los vampiros y hombres lobo seguían acercándose a Kid, que evidentemente los había visto, pero no reaccionaba. Los primeros vampiros por fin se detuvieron a solo unos metros de él. El ejército en pleno se paró entonces como un solo hombre, cubriendo toda la extensión del jardín, aguardando a que Kid se moviera o a que Toro les diera una señal.

Beth se permitió esbozar una media sonrisa.

—Tienes razón —dijo por fin—. Vais a necesitar bastantes más de tres mil para que sea una pelea justa.

Toro siguió mirando por la ventana sin hacer caso.

Aunque Beth no estaba muy segura de lo que estaban viendo en la pantalla, oyó de pronto un grito de Tex, alto y claro:

—¡GRANADAS!

En uno de los monitores estalló una enorme bola de humo en torno a Kid Bourbon, haciéndolo desaparecer por completo de la vista.

—¡Mierda! —exclamó Toro—. ¡Son bombas de humo!

Beth mantenía la vista clavada en la pantalla, pendiente de lo que le podía haber pasado a JD. El ejército de vampiros y hombres lobo comenzó poco a poco a formar un perímetro en torno a la bola de humo.

—Pero ¿qué hace? —preguntó Toro perplejo—. ¿Por qué no dispara o algo? ¿A qué coño espera?

—¿Todavía no lo has adivinado? —dijo Beth desdeñosa.

Toro se giró bruscamente. Todos los demás tenían la mirada fija en los monitores. Tex y Cuchilla se fijaban en ese momento en uno de la izquierda, donde aparecía la enorme bola de humo, pero no había señales de Kid Bourbon.

—Sigue ahí dentro del humo, ¿no? —preguntó Toro.

—Sí —contestó Tex, escudriñando la pantalla.

Beth carraspeó para llamar su atención.

—Os estais equivocando de monitor.

Toro la miró sin poder disimular su creciente irritación.

—¡Qué dices! —le espetó.

Beth señaló el monitor de la derecha.

—Es ese.

Sus tres captores se volvieron hacia la pantalla en cuestión, donde aparecía el terreno al otro lado de la verja, de manera que no le habían prestado ninguna atención una vez que Kid Bourbon había aparecido dentro del jardín.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Tex, dando voz a la perplejidad de todos. Desde su lugar en la mesa era el que mejor veía la pantalla. Toro corrió a su lado, y Cuchilla se levantó de un brinco del sillón para unirse a ellos.

Era evidente que algo enorme se movía detrás de la verja. De hecho era un gran movimiento. Provenía del bosque al otro lado de la carretera, como una ola gigantesca que se cerniera sobre la Casa de Ville. Los tres hombres miraban horrorizados.

Y cuando empezaron a darse cuenta de lo que sucedía, Toro habló por todos: —¡La madre que me parió! —susurró—. ¡Que Dios nos pille confesados!

Cuarenta y tres

Tras huir del vestíbulo de la Casa de Ville, Sánchez había entrado en un gran comedor. Era un lugar impresionante, muchísimo mejor que su propio comedor. Probablemente había albergado muchos banquetes a lo largo de los años o los siglos. En el centro había una larga mesa de roble pulido, rodeada de lujosas sillas de respaldo alto. Las estanterías de las paredes estaban adornadas con objetos decorativos de aspecto caro, de los que valdría la pena llevarse alguno si lograba salir de allí de una pieza. Pero, de momento, lo mejor de aquella sala, en opinión de Sánchez, era el hecho de que estaba desierta. La noticia de que Jessica era una vampira y de que tenía un ejército de no muertos acechando en el jardín había sido una auténtica conmoción para él. Y a juzgar por la forma en la que había hablado en el teléfono, era obvio que no le tenía el menor aprecio, como no fuera a modo de aperitivo. Necesitaba ayuda, y mucha. Se sacó el teléfono del bolsillo y lo encendió. Tenía dos llamadas perdidas, ambas de Copito, que además le había dejado un mensaje. Acudió al buzón de voz para escucharlo.

«Sánchez, soy Copito. ¡No vayas a la Casa de Ville! Tu amiga Jessica es una vampiro. Lo dice en *El libro sin nombre*. Creo que te va a matar en cuanto haya recuperado *El libro de la muerte*. ¡Lláname en cuanto oigas esto!». ¡Mierda!

¿Por qué no le habría hecho caso antes? Copito era muy lista. Y él, muy tonto, y no al revés como estúpidamente había pensado antes. Tal vez le debía una disculpa, en su momento. Por ahora Copito era la primera persona a la que llamar para que lo sacara de allí, ¡y de prisa! Marcó el número y se llevó el móvil a la oreja. Estuvo sonando lo que le pareció una eternidad, antes de que contestaran. La voz de Copito se oyó alta y clara.

«Hola, soy Copito. Ahora mismo no puedo atender tu llamada. Por favor, deja un mensaje después de la señal. Del pitido. Porque es un pitido, ¿no? No lo

tengo muy claro. En fin, de cualquier manera, deja un mensaje. Después de la señal». Vale, tal vez fuera un poco tonta. Pero Sánchez le dejó un mensaje de todas formas. Habló en susurros, por si alguien le oía:

—Hola, Copito, soy Sánchez. Acabo de oír tu mensaje. Tenías toda la razón. Siento muchísimo haber dudado de ti. El caso es que estoy metido en un comedor de la Casa de Ville, y hay vampiros y hombres lobo por todas partes. Todavía tengo *El libro de la muerte*, pero no puedo salir de aquí. A ver si puedes mandar a la policía, que envíen a todas las unidades. Aquí se está cociendo algo gordo. Eh... —Se dio cuenta de que estaba parlotando sin saber muy bien qué quería decir, pero pretendía dejar bien claro su mensaje—. Si vienes, ten cuidado con los vampiros y los hombres lobo del jardín. Creo que pretenden acabar con Kid Bourbon, que también anda por aquí. Si lo ves, ni te acerques, es peligroso y te mataría solo por diversión. Espero de verdad que te llegue este mensaje. Te echo de menos. Adiós.

Sánchez se quedó pensando en lo que acababa de decir. No solo se había disculpado por dudar de Copito, sino que la había advertido de los peligros del jardín y luego le había dicho que la echaba de menos. Esto último era particularmente alarmante. Probablemente porque era cierto. Era verdad que la echaba de menos cuando no estaba. ¿Cómo había llegado a pasar eso? Todo el tiempo que se había pasado obsesionado con Jessica, Copito había sido como una roca para él. Qué demonios, la chica le había salvado el pellejo cuando Ulrika Price intentó matarlo, y luego había acudido en su rescate cuando las Niñas Girasol lo perseguían. Y lo más importante, sabía cómo le gustaban las salchichas. En ese momento, si tuviera que elegir entre salir con Jessica o con Copito, elegiría a Copito sin pensárselo. Claro que ahora no tenía ninguna garantía de que ella quisiera salir con él. Lo cierto es que se había portado un poco como un cabrón últimamente, echándole la culpa de haber atropellado *El libro de la muerte* y todo eso. Se prometió que si Copito conseguía sacarlo de aquel atolladero, incluso dejaría de darle de propina dólares falsos cuando lo atendiera en el Olé Au Lait.

Se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo y consideró sus opciones. Necesitaba encontrar un escondrijo.

Pero ¿dónde?

No había ningún sitio adecuado en aquella habitación, que no fuera debajo de la mesa. En el otro extremo había una puerta negra con un reluciente pomo de bronce. Con algo de suerte conduciría a alguna salida, o al menos a un cuarto de

baño con cerrojo. Si pudiera encontrar un baño, se encerraría a esperar la llamada de Copito.

Se apresuró hacia la puerta, que se abría hacia dentro a un largo y angosto pasillo. Por fortuna desierto también. Estaba flanqueado de puertas, cada diez metros más o menos. ¿Serían dormitorios? ¿Cuartos de baño? Solo había una manera de averiguarlo. Corrió a asomarse a la primera puerta. Era una habitación con una cama doble en el medio, una mesilla y no mucho más, aparte de un vestidor y una puertecita en un rincón. Miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que no venía nadie y se metió en la habitación. Corrió entonces a la puerta del rincón. Tenía que ser un baño, ¿no? Asomó la cabeza y se alegró de ver que por una vez tenía razón. Había al fondo una enorme bañera azul marino, y un retrete y un lavabo a juego. La cortina de ducha era de un color azul claro.

Sánchez cerró la puerta con pestillo y se puso a pensar en la conversación telefónica que había oído entre la chica panda y Jessica. La vampira había afirmado que Sánchez ya no le serviría de nada una vez que tuviera el libro en sus manos. Menuda zorra. Después de todo lo que había hecho por ella. El libro era lo único que lo mantenía con vida. En cuanto lo soltara, sería pasto de los inmortales.

En aras de mantenerse vivo, tomó una rápida decisión.

Escondería *El libro de la muerte*.

Dejó la bolsa en el suelo y sacó el libro. La cubierta seguía un poco húmeda, y los bordes de las páginas se veían un poco quebradizos, gracias a que Copito le había dado un golpe con el coche y lo había tirado en la nieve. Lo puso con cuidado en la bañera. No quería que nadie se enterase de que lo estaba escondiendo allí, y con la esperanza de que fuera razonablemente difícil de encontrar, corrió la cortina de ducha para ocultarlo de la vista de cualquiera que entrara a cagar. No era el mejor plan del mundo, desde luego, pero era un plan. Si tropezaba con Jessica podía fingir que se había olvidado de traerlo y que tenía que volver al Tapioca para sacarlo de la caja fuerte.

Mientras se felicitaba por haber ideado un plan medio decente, oyó que se abría la puerta del dormitorio. ¿Ya habían dado con él? Se oyeron unos pasos que se acercaban al baño. Luego alguien sacudió el pomo, intentando abrir la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz apagada.

A Sánchez le entró el pánico.

—¡Un momento! —exclamó aturullado, intentando ganar algo de tiempo.

No tenía sentido comportarse como si tuviera algo que ocultar, de manera que tiró de la cadena, se echó la bolsa al hombro y salió del baño con toda la calma posible dadas las circunstancias.

Al otro lado de la puerta estaba la chica panda, con una expresión fiera, su estúpido maquillaje del antifaz y la gorra de béisbol.

—Ya estoy. —Sánchez sacudió la mano delante de su nariz y añadió—: Yo que tú no entraría en un rato.

La chica panda miró primero la bolsa de Sánchez y luego a él.

—¡La bolsa está vacía! —gruñó—. ¿Dónde está el libro? ¿Qué has hecho con él?

Cuarenta y cuatro

Toro habló por todos.

—¡La madre que me parió! —susurró—. ¡Que Dios nos pille confesados!

Corrió a la ventana y sus ojos confirmaron lo que había visto en los monitores. Un auténtico enjambre de zombis, hambrientos de carne, entraba por la verja abierta para extenderse por el jardín. Y parecía haber un número infinito de ellos en el bosque frente a la Casa de Ville.

Ted lo confirmó verbalmente:

—¡Putos zombis! —exclamó, con la vista clavada en los monitores—. Los hijos de puta. ¡Son miles! Pero ¿de dónde han salido?

—Del Cementerio del Diablo, imagino —contestó Toro.

Los zombis habían entrado a la carga, y ahora había estallado en el jardín una batalla en toda regla. Los zombis superaban enormemente en número a los vampiros y hombres lobo, que se veían totalmente superados por aquel ataque.

Toro había visto bastante violencia en sus tiempos. Había estado metido en zonas de guerra muy serias junto con el resto de su equipo, pero viendo aquella masacre, sabía que estaba siendo testigo de algo que no se parecía ni remotamente a nada que hubiera visto en su vida. El ruido que llegaba hasta la ventana de la sala de control era para revolver el estómago. Huesos rotos, carne rasgada, chillidos animales. Aquel no era un sitio donde le apeteciera mucho estar. Lo único que él quería era a Kid Bourbon, pero con la explosión de las bombas de humo y la llegada de miles de zombis, ahora era imposible ver al asesino en serie por ninguna parte. Su búsqueda de venganza no transcurría según lo planeado.

Tex seguía pegado a su asiento, comentando los eventos a medida que se iban desarrollando en los monitores. Cuchilla volvió a su puesto junto a Beth. Se había sacado la pistola de la funda y la apuntaba con ella, por si se le pasaba por

la cabeza intentar escaparse. De los tres soldados, era el que estaba más nervioso. Era un hombre acostumbrado a seguir órdenes, y cuando no se le gritaba ninguna, le daba ansiedad.

—¿Qué vamos a hacer, jefe? —preguntó.

—Estoy intentando distinguir a Kid entre esta muchedumbre —contestó Toro, estirando el cuello para ver mejor—. Espera, veo algo.

—¿Qué es? —quiso saber Cuchilla—. ¿Es él?

—Es un puto coche. Alguien está conduciendo un coche entre los zombis y vampiros, hacia la puerta principal.

—¿Es Kid Bourbon? —insistió Cuchilla.

—No lo sé.

—Kid ya está dentro del edificio —interrumpió Tex—. ¡Mirad! —exclamó, señalando uno de los monitores de la hilera superior, el que correspondía a la cámara de uno de los pasillos exteriores de la Casa de Ville.

Toro reconoció al instante la figura en la pantalla.

—¿Cómo coño ha entrado?

—Debe de haber roto una ventana o algo.

Tex presionó unos botones de la mesa de control, mostrando en el monitor otro ángulo de la cámara. Ahora aparecía Kid Bourbon de espaldas, andando hacia una puerta grande y negra al fondo de un pasillo.

—¿Dónde está exactamente? —preguntó Toro.

—Esto es un pasillo del ala Este —contestó Tex—. Se dirige hacia el vestíbulo.

Toro se sacó la pistola y comprobó dos veces que la tenía cargada. Ya lo había comprobado hacía menos de una hora, y no la había utilizado desde entonces, pero tenía que recordar exactamente de cuántas balas disponía.

A continuación le dio unos golpecitos a Tex en el hombro.

—Venga, vamos al salón principal. Allí hay un grupo de guardaespaldas personales de Jessica. Podemos mandarlos al vestíbulo para que se encarguen de Kid Bourbon.

Tex no parecía muy convencido.

—¿Cuántos son?

—Unos diez, en su mayoría hombres lobo, creo.

—En ese caso probablemente Kid los mate a todos, ¿no?

Toro asintió.

—Pues sí, lo más probable. Pero así lo entretendrán un rato. Para cuando

llegue a esta planta, tú y yo estaremos escondidos en el salón principal, esperándolo armados hasta los dientes. Acabaremos con él antes de que se dé cuenta siquiera de lo que está pasando.

Cuchilla, junto a Beth, seguía muy nervioso.

—¿Y yo? —preguntó.

—Tú te quedas aquí con ella. No dejes de apuntarle a la cabeza con la pistola. Y vigila los monitores. Si ves que caigo, le metes una bala en la cara, ¿entendido?

—Entendido, jefe.

Cuarenta y cinco

Kacy hacía todo lo posible por mantener tranquilas a las niñas exploradoras. Después de que Kid Bourbon asesinara básicamente a todo el mundo que estaba en la calle alrededor de la iglesia, les pudo asegurar que ya no entrarían más vampiros por la ventana en una buena temporada. Las había sentado a todas en los primeros bancos e intentaba improvisar un discurso sobre cómo el buen Dios las iba a salvar a todas. Se lo iba inventando sobre la marcha, porque no es que fuera una persona muy religiosa, que digamos. Cuando ya se le empezaron a acabar las historias, las niñas fueron perdiendo el interés y una de ellas le hizo una pregunta:

—¿Por qué Kid Bourbon se dedica a matar?

Kacy hizo una mueca. Era una pregunta peliaguda que había que abordar con tacto.

—Bueno —comenzó—. A Kid Bourbon lo ha enviado Dios para que nos proteja a todos. Cuando vinimos a la iglesia y le pedimos a Dios que nos ayudase, nos envió a Kid Bourbon, y todo salió muy bien, ¿no?

—¿Eso significa que es como Jesús? —preguntó otra niña.

—Sí, eso es. Es exactamente como Jesús.

Era mentira, por supuesto. Pero con ello las niñas parecieron sentirse mucho mejor. Algunas incluso tenían pinta de habérselo creído. Desde que Kid había terminado de matar a todo lo que se movía en la calle, la situación se había quedado bastante tranquila.

Dante la ayudó explicándoles a las niñas que mientras Kid Bourbon estuviera vivo, a ellas no les iba a pasar nada. Hasta les contó que una vez había visto a Kid meterle una escopeta por el culo a un vampiro en un ascensor. Las niñas se echaron a reír, seguramente porque pensaron que era una broma.

Vanidad parecía más nervioso que nadie. Estaba constantemente con el móvil en la mano, enviando mensajes o charlando en un rincón de la iglesia donde nadie lo oía. Tras una llamada especialmente larga volvió a reunirse con Dante y Kacy. Se lo veía preocupado.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Dante.

—Acabo de hablar con Cornamenta. Dice que Gaius se marchó de la Casa de Ville hace media hora. Seguramente ya está en el museo. Tenemos que irnos ya, si queremos pillarlo con el ojo quitado. Vamos a tener que dejar a las niñas aquí.

—Ni hablar —se opuso Kacy—. No pueden quedarse solas. No es seguro.

Vanidad se volvió hacia Dante.

—Pues algo tenemos que hacer. Si de verdad queréis volver a convertirnos en humanos alguna vez tenemos que irnos ya.

Dante hinchó las mejillas.

—Tiene razón —dijo, frotándole la espalda a Kacy—. ¿Qué quieres hacer, cariño?

Kacy se fijó en las expresiones preocupadas de las Niñas Girasol. Le había costado casi una hora calmarlas. Como ahora anunciara que las iba a dejar solas, volverían a echarse a llorar.

—Yo me quedo. Iros vosotros dos. Si conseguís quitarle a Gaius el Ojo de la Luna lo traéis a la iglesia, ¿vale?

—No es mala idea —convino Dante—. Aquí estarás a salvo. Además, si la cosa con Gaius se pone fea prefiero que no estés allí. Vanidad y yo podemos ir solos. ¿Verdad, Vanidad?

Vanidad no parecía muy convencido.

—Pues yo creo que deberíamos ir los tres. Seremos más fuertes.

—No puedo abandonar a las niñas —insistió Kacy.

Vanidad se encogió de hombros.

—¿Entonces por qué no te las traes?

—Menuda idea de bombero —saltó Dante de inmediato—. ¡Son Niñas Girasol, no Ewoks!

—Vale —cedió por fin Vanidad—. Nos vamos los dos solos. Pero tenemos que marcharnos ya.

Kacy, convencida de que Dante necesitaba saber que estaría bien sin él, le rodeó la cintura con el brazo e inclinó la cabeza sobre su hombro.

—Haz lo que tengas que hacer con Vanidad. No me necesitas. Le mandaré un texto a Kid Bourbon para decirle lo que pasa. Con algo de suerte irá también

para ayudarlos.

Dante la besó y le pasó la mano por el largo pelo oscuro.

—Esto va a ser pan comido —aseguró—. Estaremos de vuelta antes de que te des cuenta.

—Eso espero.

Vanidad interrumpió el momento de ternura.

—Venga, vámonos —apremió, señalando con la cabeza hacia las puertas.

Dante le dio un beso a Kacy en la frente.

—Nos vemos pronto, cariño.

Vanidad echó a correr, seguido de Dante. Kacy se preguntó por un terrible momento si volvería a verlos. Se había mostrado tranquila para que Dante no se preocupase, pero en el fondo estaba aterrada. Tampoco tenía muy claro que Vanidad fuera de fiar. ¿A qué venían tantos secretitos con el móvil? ¿De verdad había estado hablando con su amiga Cornamenta? Y, en ese caso, ¿por qué se había alejado para que nadie pudiera oírlo?

Cuando Dante y Vanidad ya salían a la calle, gritó:

—¡Te quiero!

Dante se detuvo y se volvió hacia ella.

—¡Yo también te quiero, churri!

Mientras cerraba la puerta, Kacy le pidió una última cosa que seguramente Dante no oyó:

—¡Intenta que no te maten esta vez!

Cuarenta y seis

A Toro le sudaban las manos. Había estado en situaciones mucho más peligrosas que aquella y no había perdido en absoluto la calma. Pero esto era diferente. Se encontraba en un gigantesco salón de la Casa de Ville, aguardando la conclusión de un plan que llevaba esperando más de media vida: la oportunidad de vengar la muerte de su padre. En un par de ocasiones previas había estado cerca de lograrlo. Dos días atrás incluso había decapitado a un tipo para luego descubrir que sus hombres y él habían sido engañados y se habían equivocado de víctima. Pero esta vez sería distinto. Con el caos y la carnicería que imperaban ahí fuera la situación tenía un aire definitivo. Todo acabaría esa noche. Por desgracia, de momento el resultado no estaba muy claro. O bien mataba a Kid Bourbon o moriría intentándolo.

Mantenía la mirada fija en las puertas en el extremo del salón. En cualquier momento su archienemigo irrumpiría en la habitación. Por eso se alegraba de tener a Tex con él. Tex era un especialista en contrainteligencia, y tendría cualquier posible ruta de entrada grabada en la cabeza. Desde la más obvia, las puertas, hasta la más rebuscada, como los conductos de aire, si es que había alguno. Y Tex tenía sus propias razones para querer matar a Kid Bourbon: para vengar la muerte de Silvinho.

Toro estaba escondido tras una columna blanca de cemento a la izquierda de la sala. Tex se encontraba a unos metros de distancia, detrás de una enorme y horrorosa estatua de un centauro, situada al lado de las escaleras que llevaban a la sala de control, donde Cuchilla seguía vigilando a Beth.

Apuntaba constantemente con la pistola hacia las puertas, y, en aquella espera, cada minuto se le antojaba una eternidad. Solo apartó un instante la vista para mirar a Tex, que movía constantemente la cabeza, alerta a todo el entorno. Sería imposible que nada ni nadie se acercara a ellos sin ser visto. Sus miradas se

cruzaron un instante. Habían cruzado miradas como aquella muchas veces en el transcurso de su carrera. Era una mirada de confianza y respeto mutuo. Toro se volvió de nuevo hacia las puertas, seguro de que tenía con él a su mejor hombre, cubriéndole la espalda.

Y en un terrible momento, todo el escenario cambió. El salón quedó sumido en una oscuridad absoluta.

Toro analizó la situación rápidamente. O bien se había ido la luz de toda la casa, o alguien había apagado solo la luz del salón. Escuchó con atención. Por desgracia los únicos sonidos venían de muy lejos. La guerra de no muertos en el jardín seguía su curso, pero en el salón la situación era muy diferente. No se movía nada. No se oía nada.

Las luces llevaban apagadas casi treinta segundos cuando por fin se oyó algo. A su espalda, un ligero golpe seguido de una apagada exclamación. Se dio media vuelta al instante, sobre las puntas de los pies, pero solo se veía la negrura. Sin embargo, no había perdido la orientación. Sabía exactamente a qué distancia estaba cada columna, cada estatua y cada pared. Pero ¿seguía Tex con él?

—Tex —susurró—. ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Toro no era tonto y supo de inmediato cuál era la situación. Lo más seguro era que Tex hubiera muerto. Eso explicaría el apagado grito. Kid Bourbon estaba en el salón. En la oscuridad.

Otro ruido hendió aquel silencio de muerte. Esta vez provenía de arriba, al otro extremo de la sala. Parecían cristales rotos. Un segundo más tarde se oyeron ruidos idénticos en distintas zonas del gigantesco salón. Toro no tenía elección. Necesitaba algo de luz. En la pared a su espalda había un interruptor. Solo tenía que llegar hasta él antes de que Kid Bourbon se le echara encima. Con toda la experiencia de sus misiones tras las líneas enemigas, se movió sin hacer un ruido, con la mano libre estirada, hasta tocar la pared con los dedos. Tanteó el terso yeso, en busca del interruptor, sin dejar de apuntar con la pistola hacia la sala, con el dedo en el gatillo, dispuesto a disparar al más mínimo ruido.

Cuando por fin dio con el interruptor, el súbito resplandor lo dejó cegado un segundo. A medida que se le acostumbraban los ojos a la luz iba escudriñando la sala buscando alguna señal de su enemigo. Lo primero que vio fue el cuerpo de Tex hecho un guiñapo en el suelo detrás de la estatua del centauro. Solo tardó un segundo en darse cuenta de que tenía el cuello partido. Pero no tenía tiempo de darle muchas vueltas al tema. Siguió barriendo la habitación con la mirada, a

toda prisa. Veía estatuas, escaleras, columnas y todo tipo de cosas en el vestíbulo. Pero ni rastro de Kid Bourbon.

De pronto exhaló con fuerza. Llevaba conteniendo la respiración un buen rato. Al inhalar otra vez, una sombra parpadeó ante sus ojos.

Venía de arriba.

Y, en un instante, Kid Bourbon apareció justo delante de él, surgido de la nada. Antes de que pudiera reaccionar, su pistola se estrelló contra la pared y la nariz se le rompió por gentileza de un cabezazo de su enemigo. La cabeza y los nudillos golpearon también la pared y el arma se le cayó de las manos. La velocidad de aquel asalto lo aturdió, y para cuando pudo reaccionar e intentar un contraataque, Kid Bourbon le apretaba el cuello con la mano.

Toro, por puro instinto, quiso darle un puñetazo en las costillas, pero en ese momento advirtió la pequeña ballesta de plata que le apuntaba. Kid la tenía en la mano derecha, y la alzó despacio hacia su cara hasta detenerse justo debajo de la nariz, con un perno de plata casi metido en la fosa nasal.

Toro había visto antes esa clase de armas. Era una ballesta ligera semiautomática de diseño especial, un arma silenciosa que podía ocultarse fácilmente en una manga amplia. Un arma perfecta para la oscuridad o para la discreción.

Y en el rostro del hombre que tenía delante vio al asesino de su padre. La capucha ensombrecía su rostro, pero aun así era fácilmente reconocible.

—¿Cómo has acabado en el bando de estos vampiros de mierda? —preguntó una voz grave.

Toro, medio asfixiado por la mano de Kid, apenas atinó a balbucear su respuesta.

—Puestos a elegir entre ellos y tú, me quedo con los vampiros sin pensarlo.

Kid señaló con la cabeza el cuerpo de Tex detrás de él.

—Y ahora tus hombres están muertos. ¿Te gusta cómo le he partido el cuello a ese? De lo más simbólico, ¿no te parece?

Aflojó un poco la presa del cuello para dejarle tomar una bocanada de aire. Toro entonces contestó sin apartar la vista de la ballesta que tenía en la nariz.

—Eres una puta mierda, tío. Yo no te había hecho nada —resolló—. Tú eres quien mató a mi padre. Debería ser yo quien te matase a ti, no al revés. No me merezco esto.

—Deja de lloriquear y dime dónde está la chica.

Toro miró hacia la escalera en mitad del salón.

—Está arriba, en una de las habitaciones. En cualquier momento vas a oír un disparo. En cuanto mi compañero en la sala de control te vea matarme en los monitores, se la cargará. Y sin pensárselo dos veces. Ya le ha dado hoy un puñetazo en la cara.

Kid Bourbon esbozó una media sonrisa.

—¿Y te crees que por decirme esto no te voy a matar, por si tu amiguito lo ve en los monitores?

—Pues sí. Sería una estupidez matarme. Si me matas, ella muere. ¿Estás dispuesto a correr el riesgo?

Kid volvió a apretarle el cuello.

—Puesto que me he cargado todas las cámaras, sí, estoy dispuesto a correr el riesgo.

Toro cayó de pronto en la cuenta de lo que había sido el ruido de cristales que oyó antes. Las tres cámaras de seguridad del salón estaban rotas.

—¿Y si has fallado alguna? —preguntó, con cierto tono de desesperación.

—Yo nunca fallo.

Y con ese comentario Kid Bourbon le metió la ballesta en la nariz y apretó el gatillo. El perno se desvaneció, atravesándole el ojo y el cerebro. La afilada punta asomó por la parte superior del cráneo, provocando una rociada de sangre como la erupción de un volcán.

Antes de dejar que su cuerpo cayera al suelo, Kid Bourbon volvió a apagar la luz, sumiendo el salón de nuevo en las tinieblas. Seguro de que nadie había visto nada, por fin soltó el cuello de Toro.

Oculto en un balcón varias plantas más arriba, Jessica, la reina de los vampiros, había contemplado con interés la escena. De momento todo iba exactamente como esperaba. Kid estaba justo donde ella quería. Ahora por fin podría vengarse por todo el daño que había hecho a los vampiros. Había llegado el momento de poner en marcha la última fase de su plan: ejecutar a Beth ante los ojos de Kid.

Cuarenta y siete

Dan Harker llevaba treinta minutos aparcado en frente del museo, esperando que William Clay lo llamara. Le había dejado tres mensajes en el móvil y también había llamado a la comisaría muchas veces. Pero Copito ya no contestaba en la centralita. Tal vez su aparición en las noticias había sido más bien contraproducente. ¿Y si los vampiros habían tomado la comisaría? Era imposible saberlo.

Media hora rumiando sus opciones era más que suficiente. No le quedaba otra, tendría que ir al museo sin refuerzos y detener a Elijah Simmonds como sospechoso por el asesinato de Bertram Cromwell. Arrestar a un sospechoso de asesinato él solo era una violación del protocolo, y por una buena razón: era peligroso. Sobre todo cuando el sospechoso en cuestión estaba acusado de un asesinato tan brutal.

Cuando salió del coche no había ni un alma a la vista. Harker fue andando por la nieve hasta la puerta principal del museo. Llamó al timbre tres veces, y justo cuando estaba a punto de dejarlo y buscar otra entrada, le abrió la puerta James, el guardia de seguridad al que conoció en su anterior visita.

—Hola, ¿le importa que pase un momento? Tengo que hablar de un asunto con el señor Simmonds.

—Claro, pase.

James se hizo a un lado para dejarle entrar y luego cerró bien las puertas.

—¿Hace tanto frío ahí fuera como parece? —preguntó.

—No recuerdo que en esta ciudad hiciera tanto frío nunca.

—¿Quiere quitarse el abrigo?

—No, no. Solo dígame dónde puedo encontrar al señor Simmonds.

—Está en su despacho. ¿Quiere que le acompañe?

—No, no hace falta.

—Muy bien. Le voy a llamar para decirle que va usted para allá.

Harker dio un paso hacia el pasillo que llevaba al despacho de Simmonds, vaciló un momento y se volvió hacia el guardia.

—En realidad, ¿le importaría no llamarlo? Tengo noticias para él y me gustaría darle una sorpresa.

—¿Seguro que son buenas noticias?

—Segurísimo.

—Pues buena suerte, capitán.

En cuanto estuvo fuera de la vista del guardia de seguridad, Harker aceleró el paso. Si James decidía ignorar su petición y llamar a Simmonds a pesar de todo, perdería el elemento sorpresa. Al acercarse a la puerta negra al fondo del pasillo, con el nombre de «SIMMONDS» en letras plateadas, se sacó la pistola.

Se detuvo junto a la puerta, planteándose llamar, pero en el último momento se decidió en contra. Necesitaba toda la sorpresa posible. Giró el pomo rápidamente y empujó la puerta de golpe, con la pistola lista. Justo delante de él se encontró a Elijah Simmonds, sentado a su mesa en su gran butaca negra, contando dinero. Un montón de dinero. La mesa era una gigantesca montaña de billetes, pilas de fajos de billetes de cincuenta dólares. Simmonds se llevó un buen susto.

—¡Capitán Harker! —exclamó—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Harker entró apuntándolo con la pistola.

—Le tengo que pedir que se levante y se ponga las manos en la cabeza.

Simmonds alzó las manos en gesto defensivo, con expresión nerviosa.

—No dispare. Esto no es lo que parece.

—De pie —repitió Harker, avanzando hacia la mesa.

—Vale, vale. —Simmonds comenzó a levantarse despacio, con mucho cuidado de no hacer movimientos bruscos. Harker se quedó mirando los fajos de billetes. Nunca había visto tanto dinero junto—. ¿Qué significa todo esto? —preguntó.

Simmonds no respondió. En cambio, lo siguiente que Harker oyó fue un portazo a su espalda. Se giró bruscamente y vio a un gigantón con un traje plateado, la cabeza afeitada y unas gafas de sol puestas.

—Así que usted es el capitán Harker —dijo el recién llegado—. El listillo que ha salido en las noticias advirtiendo a la gente de que los vampiros iban a tomar la ciudad.

—Así es. ¿Y usted quién es?

—Soy Ramses Gaius, el líder del ejército de no muertos cuyos planes ha intentado destrozar.

Harker notaba el dedo a punto de apretar el gatillo.

—Bien, señor Gaius, voy a tener que pedirle que se ponga de rodillas. Está usted detenido.

—No lo creo.

Gaius alzó la mano derecha y su palma comenzó a emitir un fuerte resplandor azul. Parecía estar generando una fuente de energía eléctrica, y, tras las gafas, un similar resplandor azul apareció en torno a su ojo derecho. Harker decidió arriesgarse y apretó el gatillo.

¡BANG!

El disparo resultó ensordecedor en el espacio reducido del despacho. La bala atravesó el pecho de Ramses Gaius, pero el hombre no cayó. Lejos de eso, esbozó una sonrisa con la mano todavía brillante.

¡BANG!

Harker volvió a disparar al pecho, de nuevo sin más efecto que el de ensanchar la sonrisa de Gaius.

—Mi turno —gruñó este último.

Harker vio aterrado que la luz azul de la mano de Gaius formaba una esfera del tamaño de una bola de bolos. Con un gesto de la muñeca el vampiro lanzó un rayo láser desde su palma, que alcanzó a Harker en el pecho con tal fuerza que lo estrelló contra la pared de estanterías. Con el impacto, varios libros cayeron de los estantes superiores sobre su cabeza.

Algo cegado y seriamente aturrido por el golpe, Harker respiraba con gran dificultad. Era como si los pulmones le hubieran colapsado y la vista le fallara. Parpadeó deprisa intentando aclarar la visión y ver lo que le caería encima a continuación. Tanteó el suelo con la mano derecha, en busca de la pistola que se le había caído.

Cuando se le recuperó un poco la vista, la cara de Elijah Simmonds apareció sobre él, con una sonrisa de desprecio. Tenía el arma de Harker y ahora la

blandía burlón delante de su cara. Simmonds, que un momento antes parecía aterrado, ahora se mostraba arrogante y peligroso.

—¿Busca esto? —sonrió.

Harker abrió la boca para contestar y al mismo tiempo inhaló una enorme bocanada de aire. Simmonds aprovechó la oportunidad y se lanzó sobre él al instante. Lo agarró del cuello y le metió el cañón de la pistola en la boca.

—Ya no se lo ve tan duro, ¿eh, capitán?

Harker lo miró suplicante, esperando y rezando porque Simmonds no tuviera agallas para apretar el gatillo. A pesar del cañón en la boca, logró barbotar un apenas audible «no, por favor». Pero la súplica cayó en oídos sordos. Simmonds disparó y le voló la tapa de los sesos.

Cuarenta y ocho

Desde que Dante y Vanidad se marcharon hacia el museo, a Kacy le había resultado muy difícil estar allí con las niñas exploradoras. Su mayor problema consistía en dominar sus fuertes instintos vampíricos. Cada una de las niñas empezaba a parecer el aperitivo ideal, y Kacy tenía más hambre a cada momento.

Una de ellas, una niña muy pequeña cuyas oscuras y largas trenzas salían de debajo de su gorro azul con pompón, había ido a buscar un servicio. Kacy se quedó con las otras, intentando entretenerlas con juegos y charadas. Lucy, la jefa Girasol de las trenzas rubias, expresaba con mímica el título de una película. Kacy animaba a las demás a adivinar la respuesta. Durante los últimos cinco minutos se habían quedado atascadas y solo tenían las palabras «dos hombres y un». Y no había forma de que dieran con la que faltaba a partir de las acciones de Lucy. Kacy se moría de ganas de gritar: ¡«Dos hombres y un destino», joder!, pero la determinación de las niñas de averiguarlo ellas solas las mantenía ocupadas, y por tanto distraídas de los horrores que habían contemplado anteriormente.

Y luego surgió otro problema. Verónica, la niña que había ido al baño, volvió con expresión preocupada. Y además venía dando saltitos de un pie a otro, lo cual quería decir que todavía no había encontrado ningún servicio.

—¿Qué pasa, guapa? —le preguntó Kacy.

—Hay un hombre en el servicio —contestó Verónica—. Está encerrado y no quiere salir.

—¿Qué? —Kacy se levantó, le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos—. ¿Te ha dicho quién es?

—No.

—Vale, espera aquí, no tardo nada.

Kacy echó a andar hacia la zona donde Vanidad se había esfumado anteriormente, cuando supuestamente andaba cerrando bien cualquier puerta y ventana para impedir que nadie entrara en la iglesia. La puerta que indicaba SERVICIOS se encontraba a la derecha. Se acercó a ella volviendo la cabeza hacia las niñas con una sonrisa tranquilizadora. Se habían vuelto a agachar todas entre los bancos.

Kacy llamó a la puerta.

—¿Hay alguien ahí?

—¿Quién es? —se oyó una voz masculina.

—Me llamo Kacy. ¿Tú quién eres?

—El sacerdote, el padre Papshmir.

—¿Y por qué se ha encerrado en el baño?

—Me encerré cuando llegaron los vampiros. ¿Se han ido ya?

—Sí, están todos muertos.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Solo estamos aquí un grupo de Niñas Girasol y yo.

—¿Se ha marchado Vanidad?

Kacy frunció el ceño.

—¿De qué conoce a Vanidad?

—¿Se ha ido?

—Sí, se ha ido.

Se oyó entonces el pestillo de la puerta y al momento asomó el rostro un anciano sacerdote.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

—Hola. —Kacy se apartó para dejarlo salir—. Me vendría bien aquí un poco de ayuda. Las niñas están aterrorizadas y no les vendría nada mal en este momento un poco de guía divina.

El cura se la quedó mirando.

—¿Eres una vampira?

Kacy se sonrojó. Era evidente que la había calado, y siendo sacerdote, podría llevar encima un crucifijo, de manera que decidió que era mejor decir la verdad, por si decidía utilizarlo.

—Sí, pero no le voy a hacer daño a nadie. Mi novio, Dante, se ha ido con Vanidad a buscar una cura para volvernos humanos otra vez.

Papshmir salió del baño y cerró la puerta. Llevaba la sotana oficial, como si estuviera a punto de soltar un sermón. Miró a Kacy de arriba abajo.

—Bueno, sí pareces inofensiva. Pero no me creo ni de lejos que Vanidad quiera dejar de ser un vampiro.

—¿De qué lo conoce? —preguntó de nuevo Kacy con curiosidad. ¿Cómo un hombre del clero podía saber tanto de la movida vampírica de la ciudad?

—¿Que de qué conozco a Vanidad? —Papshmir se echó a reír—. Me cago en la leche, el hijo de su puta madre. —Miró entonces hacia arriba y se apresuró a añadir entre dientes—: Perdóname, Señor. —Luego prosiguió—: Yo mismo lo he casado en esta iglesia en no menos de seis ocasiones. Es un asesino de esposas en serie. Así como un cabronazo de mucho cuidado. Perdóname, Señor.

A Kacy la horrorizó que Vanidad se hubiera casado tantas veces (y que un sacerdote utilizara aquel lenguaje).

—Esta tarde vi su boda en vídeo —le contó—. Con su esposa Emma. La quería de verdad.

Papshmir resopló desdeñoso.

—¿Viste la parte del convite?

—No, solo un minuto o así de la ceremonia. No me di cuenta de si el sacerdote que los casaba era usted.

—Pues sí, era yo. Y si no recuerdo mal, Emma era la esposa número cinco.

—Pero la quería de verdad, ¿no? Se le notaba por cómo la miraba en la pantalla.

—Huy, sí. La quería muchísimo. La quería tanto que él y sus colegas vampiros la mataron a ella y a toda su familia y amigos en el convite de la boda.

—¿Qué?

—Por eso se casa tantas veces. Viene a la iglesia por lo menos una vez al año y amenaza con matarme a mí y a toda mi congregación si no oficio una boda para él y quien quiera que haya decidido asesinar en su siguiente convite.

Kacy tragó saliva. Vanidad le había mentido. Si su esposa Emma estaba muerta, y encima la había matado él, no podía tener ningunas ganas de hacerse de nuevo humano para volver con ella. Y si había mentido sobre eso, cabían muchas posibilidades de que también hubiera mentido al contarles que Gaius iba a llevar el Ojo al museo para que lo limpiaran. Dante se iba a meter en una trampa.

Agarró al cura del brazo.

—¿Puede cuidar usted de las niñas? Yo tengo que ir a buscar a mi novio.

Podría estar en un buen lío.

—Claro. Me he pasado la última hora oyéndolas jugar a las películas. Seguiré jugando con ellas. Tú ve a hacer lo que tengas que hacer.

—Gracias.

Papshmir salió a la nave donde las niñas asomaban por encima de los bancos. Kacy sacó el teléfono y empezó a teclear frenética un mensaje para Dante, advirtiéndolo de que podía estar en peligro y apremiándolo para que se apartase de Vanidad y la llamara lo antes posible. Pensó en llamarle, pero al final decidió que un texto sería más discreto. No había terminado cuando oyó a Papshmir dirigirse a las niñas:

—¡Pero bueno, niñas! —bramó—. ¡Es *Dos hombres y un puto destino*, coño!

Se oyó entonces un coro de «oooohs», y Papshmir habló de nuevo, esta vez en voz mucho más baja:

—¿Qué es ese olor?

—Verónica se ha cagado en las bragas —contestó una de las niñas.

—¿Dónde?

—En su confesionario.

—¡Me cago en la puta! ¡Otra vez no!

Kacy envió el mensaje y se estrujó los sesos pensando qué hacer. Se requería una acción drástica. También podía ser buena idea mandar otro mensaje a Kid. Pero con Dante en peligro mortal y el confesionario de la iglesia lleno de mierda, decidió que lo mejor sería salir de allí y dirigirse hacia el museo lo más deprisa posible.

Cuarenta y nueve

Normalmente el museo estaba cerrado a las cinco de la tarde. Y teniendo en cuenta los asesinatos que se estaban produciendo por toda la ciudad, era más lógico que nunca que estuviera cerrado. Pero a Dante le sorprendió encontrar las puertas abiertas de par en par.

—Qué raro, ¿no? —le comentó a Vanidad.

—Yo personalmente lo llamaría un golpe de suerte —replicó el otro sin inmutarse.

—Pero los de seguridad tendrían que tener esto cerrado, ¿no crees? Vaya, cuando yo trabajaba aquí, esto se cerraba a su hora todos los días. Eran muy estrictos con eso.

—Pero ahora hay una nueva dirección, ¿no?

—Sí, supongo. Vaya putada que mataran al profesor Cromwell. Me caía bien. Y nunca llegué a pedirle perdón por haberle llamado cabrón la última vez que lo vi.

—¿Lo llamaste cabrón?

—Sí. Pero tengo que decir en mi defensa que me acababa de apuñalar.

Vanidad se mostró perplejo.

—Pues yo no me habría conformado con llamarle cabrón.

Dante se asomó por las puertas. El vestíbulo estaba desierto.

—Esto no me gusta nada —dijo—. Aquí está pasando algo.

—No me seas paranoico. Esto es un buen presagio. Lo único que tenemos que hacer es encontrar a Gaius y ya está. No podía haber salido mejor.

Dante frunció el ceño.

—Mira, yo no soy un genio, pero todo esto me resulta un poco sospechoso. ¿A ti no te parece raro? Quiero decir, ¿y si Gaius sabe que venimos? Podríamos estar metiéndonos en una trampa.

Vanidad sonrió.

—En una cosa tienes razón.

—¿En qué?

—En que no eres un genio.

—Gracias, pero tú tampoco es que seas Alfred Einstein.

—Albert.

—¿Eh?

Vanidad meneó la cabeza.

—Mira, tío, son solo paranoias tuyas. Venga, vamos abajo, a ver si Gaius anda por allí. Y deberíamos darnos prisa, no vayamos a perder nuestra oportunidad.

Vanidad parecía muy ansioso por bajar a la sala principal. Ahora Dante cayó más o menos en la cuenta de que casi todo el mundo lo consideraba un cretino. Kacy lo avisaba con frecuencia para que no se metiera de cabeza en algún lío. Y encima su instinto le decía que algo no iba bien. ¿Por qué demonios tenía que fiarse de Vanidad? A Kacy le convenció su historia de que quería volver a ser humano porque había visto el vídeo de su boda. Pero Dante no lo había visto. Lo único que él veía era que a Vanidad le gustaba matar gente y beberse su sangre. Y que era tan capaz como el mejor de dar una paliza a un payaso. Pero Dante no había visto ninguna señal de remordimiento. De hecho, era evidente que le encantaba ser un vampiro. Aquello requería una explicación.

—Vanidad.

—Venga, tío. —El vampiro volvió a señalar el pasillo al fondo del vestíbulo.

—¿Tú vas de legal?

—¿Cómo?

—Que si me la estás jugando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vanidad sorprendido.

—Pues que a mí esto me huele a gato encerrado. En realidad no te veo muy desesperado por volver a ser humano. Lo que veo es que me estás llevando a ver a Gaius. Y a ver si me aclaro, además, ¿me estás diciendo que viene al museo para que le limpien el ojo?

—Justo.

Dante se quedó reflexionando un momento. Kacy se había ilusionado tanto ante la posibilidad de conseguir el Ojo de la Luna, que Dante se había dejado llevar por todo aquello sin pensárselo mucho, bueno, ni mucho ni poco.

—No me creo que no sepa limpiarse él su propio ojo. Joder, tiene que ser

como limpiarse los cristales de las gafas, ¿no? Me cago en la leche, eso se limpia con un pañuelo.

Vanidad frunció el ceño.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—No, estoy diciendo que aquí algo no cuadra.

Vanidad se le acercó con aire ominoso.

—Me estás llamando mentiroso. Me estás acusando de tenderte una trampa. ¡Después de todo lo que he hecho por ti, pedazo de cabrón!

Dante respondió a la agresión como mejor sabía: con la misma moneda. Se lanzó hacia Vanidad y se detuvieron ambos a pocos centímetros de distancia el uno del otro.

—Pues sí, te estoy llamando mentiroso —gruñó—. ¿Qué coño está pasando aquí? ¿Eres mi puto amigo o qué? Porque en este momento tengo toda la impresión de que eres la putita de Ramses Gaius, y me estás utilizando para ganar sus favores.

Se produjo un violento silencio en el que ambos se miraron con fiereza, hasta que de repente y por sorpresa, al rostro de Vanidad asomó una enorme y radiante sonrisa. Se echó a reír entonces de buena gana y dio un palmetazo a Dante en el hombro.

—¡Jajajá! ¡Muy buena! Casi me la pegas, de verdad. Por un momento me he pensado que hablabas en serio. Anda, venga, déjate de cachondeo, que tenemos que acabar con una momia antes de que sea demasiado tarde.

Volvió a darle una palmada en el hombro y se encaminó una vez más hacia el pasillo. Dante no sabía qué pensar de todo aquello. Vanidad parecía creer que estaba bromeando, pero se equivocaba. Echó a andar tras él, sin saber si estaba cometiendo un terrible error.

Al llegar al pasillo notó el móvil vibrarle en el bolsillo. Le habían mandado un mensaje. Se lo sacó para leerlo. Era de Kacy.

VANIDAD HA MENTIDO. ALÉJATE DE ÉL. ¡CREO QUE ES UNA TRAMPA!

¡LLÁMAME!

Lo leyó dos veces para asegurarse de que no lo había entendido mal. Tenía razón. Vanidad era un mentiroso. Y un hijo de puta, además. Se detuvo y alzó la vista. Vanidad seguía avanzando por el pasillo, de espaldas a él. Eso le daba la

oportunidad de salir corriendo sin que se diera cuenta. Se guardó el móvil y se volvió hacia la entrada principal del museo.

Pero en ese momento oyó el ruido de las puertas al cerrarse. Y delante de ellas, con su reluciente traje plateado, se encontraba Ramses Gaius, con su preciosa gema azul firmemente incrustada en la cuenca del ojo derecho.

—Señor Vittori —comenzó, dando un paso hacia él—. Volvemos a encontrarnos.

—¿Perdón? —dijo Dante, fingiendo no haber oído.

—He dicho señor Vittori —repitió Gaius irritado—. Volvemos a encontrarnos.

—Lo siento, pero no le oigo. —Dante buscaba desesperadamente con la vista alguna vía de escape.

—¡Digo que volvemos a encontrarnos! —casi gritó Gaius, que seguía acercándose.

—¿Qué?

Gaius se detuvo en mitad del vestíbulo, a unos diez metros de Dante.

—Lo voy a decir de otra manera.

La momia gigante alzó el brazo derecho. En la palma de su mano apareció una fuerte luz azul. Dante se la quedó mirando, sin saber qué podía ser aquello. Y de pronto Gaius agitó el brazo y el resplandor azul se convirtió en un rayo láser que salió disparado hacia Dante y le alcanzó el pecho. La fuerza del impacto lo lanzó por los aires hasta que se estrelló de cabeza contra la pared a su espalda, con un crujido escalofriante. Todo se volvió negro y se desplomó al suelo, esperando que Kacy no fuera a buscarlo sin Kid Bourbon.

• • •

Vanidad corrió al vestíbulo y se encontró a Gaius sobre el cuerpo de Dante hecho un guiñapo. El Señor de los No Muertos parecía de lo más satisfecho consigo mismo, lo cual significaba que seguramente también estaría satisfecho con Vanidad.

—Demasiado fácil, ¿eh, jefe? —sonrió.

Gaius le devolvió la sonrisa.

—No hay nada tan fácil como acabar con un idiota, ¿eh?

—Eh... sí. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Todavía me necesitas?

Gaius miró por encima del hombro de Vanidad.

—No —dijo con frialdad—. Ya no me haces falta.

A Vanidad no le gustó nada ese tono. Se giró bruscamente para ver qué miraba su jefe y se encontró con cuatro vampiros de la Peste Negra, que se acercaban a él.

—Creí que teníamos un trato —le dijo a Gaius, sin poder disimular su preocupación.

Gaius alzó la mano derecha, con su luz azul.

—Yo no hago tratos con quien traiciona a sus amigos.

—Mierda.

Beth notaba la pistola de Cuchilla clavada en la base de la espalda. Delante veía la silueta de Jessica, que los llevaba a la oscura sala principal.

Para cuando llegaron a la parte superior de las escaleras, a Beth se le habían acostumbrado los ojos a la penumbra y logró distinguir la forma de varias estatuas y columnas. No había señales de JD, pero sabía que tenía que andar cerca.

—Está aquí —dijo Jessica de pronto, como leyéndole el pensamiento—. ¡Da la cara! No puedes ocultarte de mí en la oscuridad.

Lo que siguió fue el ruido de una puerta al abrirse, al fondo de la sala, bastante alejada. Luego unas voces apagadas, y de súbito todas las luces se encendieron a la vez. Beth barrió la habitación con la mirada, buscando a JD. Pero lo único que vio fue a Sánchez, el camarero, al que una vampira panda llevaba a empujones. Iba vestida toda de negro con la excepción de la gorra de béisbol roja en la cabeza. Bajo el brazo izquierdo llevaba un grueso libro negro de tapa dura.

—¿Es eso *El libro de la muerte*? —le preguntó Jessica.

—Sí. Lo ha traído este tipo.

Jessica terminó de bajar las escaleras.

—Así que has encontrado mi libro —le siseó a Sánchez—. Mira qué detalle. Sánchez se encogió de hombros.

—Bueno, no ha sido nada. Si me puedes dar la recompensa, yo ya me marcho, ¿eh?

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó Jessica con una sonrisa malévola—. ¿Por qué no te quedas un rato? Estamos dando una fiesta, y tu amigo Kid Bourbon ha venido también. Está a punto de aparecer, de un momento a otro.

A Sánchez no parecía apetecerle mucho la idea.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer —replicó, volviéndose hacia la puerta. Pero la chica panda no pensaba dejarlo marchar tan fácilmente. Lo agarró del brazo con brusquedad y le dio un fuerte empujón hacia el centro de la sala.

Jessica se acercó a él, mirando alrededor, sin duda esperando ver aparecer a Kid. Cuchilla presionó con más fuerza la pistola contra la espalda de Beth, para que siguiera a Jessica.

La chica panda empujó de nuevo a Sánchez, esta vez con más ferocidad, e hizo un gesto a Jessica con la cabeza.

—No pensaba darte el libro para nada —le acusó—. Ha descubierto que eres una vampira y cambió de opinión. Cuando lo encontré, estaba encerrado en un cuarto de baño, intentando esconder el libro.

—Sí, suena típico de Sánchez —se burló Jessica con desprecio—. Ya nos encargaremos luego de él. Por ahora creo que ha llegado el momento de llamar a nuestro invitado misterioso. —Miró en torno a ella una vez más buscando señales de Kid Bourbon, y dijo en voz muy alta—: Pues muy bien. ¡Cuchilla, mata a la chica!

A Beth se le hizo un nudo en la garganta. Cuchilla apartó la pistola que tenía clavada en su espalda. A pesar de tenerlo detrás, vio de reojo que movía el brazo. Iba a pegarle un tiro en la cabeza. Beth cerró los ojos, esperando el momento de la verdad. ¿Revelaría su presencia JD antes de que Cuchilla apretase el gatillo?

Oyó el chasquido del seguro del arma...

—¡ESPERA! —exclamó una voz grave detrás de ellos.

Beth giró la cabeza. Cuchilla también, apuntando con la pistola en la dirección de la voz. Y Kid Bourbon salió de entre las sombras de las muchas estatuas de la sala, con el manto negro característico, la capucha echada.

Cuchilla le apuntó, y Kid alzó las manos en gesto de rendición.

—Eh, no dispaes —dijo con calma—. He venido a hacer un trato.

Jessica corrió al lado de Beth con tal velocidad que fue como si hubiera aparecido de la nada. La muy perra era rápida.

—¡Suelta las armas! —le ordenó a Kid.

Kid señaló a Cuchilla sin hacer caso.

—Baja la pistola —insistió.

Pero Cuchilla tenía sus propios planes. Sus tres mejores amigos habían muerto a manos de Kid, de manera que no pensaba dejar pasar la oportunidad de vengarse.

—Ni de coña. —Y sin esperar permiso de nadie apretó el gatillo y sonó un estampido ensordecedor. Beth dio un respingo, tapándose las orejas.

JD se había apartado del camino de la bala antes de que Cuchilla disparase siquiera. Y su respuesta al ataque fue instintiva. Rodó hacia un lado, apuntando con el brazo derecho en la dirección de Beth. Un perno de plata salió disparado de su manga, y antes de que ella tuviera ocasión de moverse, pasó a toda velocidad junto a su cadera, a menos de un centímetro, para clavarse en la entrepierna de Cuchilla. El soldado se dobló y cayó al suelo aullando de dolor, agarrado al perno.

Detrás de ella Sánchez resumió los eventos en una exagerada expresión:

—¡JOOOOOOODER! ¡Acaba de pegarle un tiro en toda la polla!

Dándose cuenta de que de pronto estaba libre de la presa de Cuchilla, Beth dio media vuelta para huir. No tenía ni idea de hacia dónde, pero para empezar, lejos de Jessica. Por desgracia Jessica esperaba tal reacción, y la agarró por el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás. Un momento después Beth notaba unas uñas afiladas como cuchillas contra su cuello.

—¡Eso ha sido un error! —siseó Jessica a Kid Bourbon.

Kid se levantó y habló con calma.

—Suéltala. Esto es entre tú y yo. A ella no la metas.

—¡Tira esa puta ballesta que llevas en la manga!

—Vale.

Kid bajó los brazos, y de su manga derecha cayó al suelo una miniatura de ballesta de plata, que rebotó contra el duro suelo de mármol.

—¿Llevas más armas? —preguntó Jessica—. Porque ahora es el momento de soltarlas.

Kid se abrió el manto, bajo el cual llevaba una sencilla camiseta negra con unos pantalones de combate negros también.

—No llevo nada más. Y ahora suéltala.

—Quítate el abrigo y ponte de rodillas.

—¿Y soltarás a Beth?

—¡De rodillas!

Kid se quitó el manto y lo tiró al suelo. Pero en lugar de arrodillarse, hizo un rápido movimiento con el brazo y se sacó una pistola que llevaba a la espalda. El punto rojo de un visor láser apareció en el centro de la cara de Jessica. Pero la vampira era más veloz que el rayo, y justo cuando Kid iba a disparar, tiró de la

cabeza de Beth para interponerla en la línea de fuego. Kid intentó volver a apuntar a Jessica varias veces, pero en cada ocasión ella se las apañaba para poner a Beth en la línea del láser rojo.

Detrás de ellas, Cuchilla gemía. Kid también se distrajo un momento con ello. Apartó la vista de Jessica un instante, apuntó a Cuchilla y disparó.

¡BANG!

Aunque Beth no vio lo que había sucedido, sí oyó el desagradable ruido de la sangre salpicar el suelo de mármol. Y de nuevo el láser rojo apuntaba a Jessica, y la danza ritual dio comienzo una vez más. Kid intentaba en vano apuntar limpiamente a la Reina Vampira, que no se lo ponía nada fácil.

Tras numerosos intentos fallidos, se dio por vencido. Obviamente Jessica era demasiado rápida. Pegarle un tiro era muy arriesgado, de manera que Kid bajó el arma.

—No tienes ninguna intención de dejarla ir, ¿verdad?

Jessica sonrió.

—Quiero que veas esto. Voy a convertir a tu querida Beth en vampira. Va a ser mi nueva esclava. Y tú serás su primera víctima, a menos que prefieras matarla, claro. Ya sabes, como hiciste con tu madre.

—Y como le hice a Archie Somers. Deberías haberlo oído gritar. Un escándalo.

Beth notó que Jessica le apretaba más el cuello. Sus uñas como garras estaban a punto de hacerle sangre.

Pero Kid permanecía impasible.

—Sabía que acabaríamos así. Deja de perder el tiempo y hazlo ya. ¿A qué esperas?

Jessica abrió la boca sedienta de sangre, dejando ver unos enormes colmillos. Beth miró suplicante a JD, y fue entonces cuando por fin lo supo: JD no había acudido en su rescate. Aquel era Kid Bourbon, a quien nadie le importaba.

Y en ese momento los colmillos de Jessica hendieron la piel de su cuello y se clavaron hondos en su carne.

Cincuenta y uno

Kid volvió a subir el arma para apuntar a la nariz de Copito.

—Cierra los ojos —gruñó.

—¿Por qué?

—Porque esto te va a escocer.

Copito obedeció. Igual aquello no iba en serio, ¿no?

¡BANG!

Igual sí.

Había disparado, sí, tal como ella esperaba. Pero seguía viva. O por lo menos eso le parecía. A su espalda, cerca de los ascensores del fondo del vestíbulo, se oyó desplomarse un cuerpo. Kid había matado a alguien, pero Copito no sabía a quién. Tal vez la siguiente bala sería para ella, pensó, tensándose mientras la esperaba.

Y siguió esperando.

¿Acaso Kid obtenía un perverso placer en prolongar aquella agonía? Tras lo que se le antojó una eternidad, aunque seguramente no habían sido más de cinco segundos, oyó un traqueteo. Era un ruido familiar para ella que reconoció al instante. Duró unos tres o cuatro segundos nada más, y fue seguido de un siseo. Luego notó algo en los párpados y el puente de la nariz. Pero ¿qué coño le estaba haciendo aquel pervertido? Un espray le salpicaba la parte superior de la cara, desde la nariz hasta casi la frente. El renombrado psicópata, Kid Bourbon, le estaba rociando la cara con el espray de pintura negra.

Cuando se acabó la pintura, Copito se atrevió a formular una pregunta con voz chillona.

—¿Qué estás haciendo?

—Disfrazarte de vampira.

Copito abrió los ojos y parpadeó varias veces.

—Cierra los ojos.

Volvió a cerrarlos con fuerza. La pintura emanaba un fuerte vapor que le había escocido al abrirlos.

—¿Esto qué es? ¿Alguna perversión?

—¿Tú no querías ayudar a tu amigo Sánchez?

—Sí.

—Bien, pues si vas a entrar en la Casa de Ville tendrás que parecer una vampira. Hay un clan que se llama los Pandas, y se pintan la cara de negro. Puedes hacerte pasar por un miembro del clan.

Copito hizo una mueca sin abrir los ojos.

—¿Y no hay mejor manera de hacerlo que con un espray de pintura? — intentó razonar.

—He tenido que improvisar. Era esto, o darte un puñetazo en los dos ojos.

—Prefiero esto.

Kid estuvo trasteando un rato más, hasta que por fin la agarró del brazo para subirle la manga. Relativamente convencida de que no pretendía matarla, Copito apartó el brazo.

—¿Y ahora qué haces?

—Te voy a inyectar un suero que te baja la temperatura de la sangre, para que puedas mezclarte con los no muertos sin que te detecten. Podrás andar libremente por la Casa de Ville.

A Copito no le entusiasmaban las inyecciones.

—Ah —suspiró—. ¿De verdad hace falta? Mi médico se pasa siempre un buen rato para encontrarme la vena cuando me pone una inyección, y el brazo se me pone morado con facilidad.

—Abre los ojos.

Copito parpadeó unas cuantas veces, por si el escozor era aún demasiado fuerte. Tenía delante la cara de Kid, que blandía una jeringa grande en la mano y mostraba una expresión muy seria.

—Sí que hace falta. Si no los vampiros sabrán de inmediato que no eres una de ellos, y te comerán viva.

Copito se enfurruñó como una adolescente.

—De verdad que el brazo se me pone morado. ¿No hay otra manera de hacerlo?

—Sí. Bájate los pantalones, inclínate sobre la mesa y te pongo la inyección en el culo.

Copito supo por su expresión que no bromeaba, de manera que se subió más la manga.

—Debajo del codo seguramente está bien —indicó.

Mientras Kid le presionaba el brazo buscando el mejor punto para inyectarla, Copito se preparó para el inevitable dolor y el moratón que seguirían a la aguja. Al apartar la cabeza para no verlo, dio con el cadáver de William Clay, despatarrado en el suelo junto al ascensor, en un charco de su propia sangre, que manaba de una herida abierta en la cabeza. Era obvio que Clay había llegado en el peor momento. Fue el pobre diablo que recibió el disparo que ella había oído con los ojos cerrados. Dadas las circunstancias, ahora consideraba que los ojos negros y un brazo amoratado no estaban nada mal, tratándose de Kid Bourbon. De hecho algunos dirían que había sido muy indulgente con ella.

Cincuenta y dos

El trayecto hasta la Casa de Ville no fue exactamente una excursión de placer. Copito iba en el asiento del copiloto, agradecida de seguir viva, y Kid Bourbon conducía el Ford Mustang negro que seguramente sería robado. Mantenía la capucha sobre la cabeza, ocultando así su rostro durante todo el viaje, mientras le explicaba con todo detalle exactamente por qué iban hacia allí y lo que esperaba de ella al llegar. Copito asentía con la cabeza, colaborando de vez en cuando con un «vale». El resto del tiempo transcurrió entre incómodos silencios durante los cuales se miraba con frecuencia en el espejo del quitasol. Realmente estaba rarísima con la pintura negra en la cara.

Por fin Kid se detuvo en la cuneta, no lejos de la entrada de la enorme Casa de Ville, apagó el motor y se volvió hacia ella.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

Y antes de que pudiera añadir nada más sonó el teléfono.

—Apaga eso —ordenó Kid.

Copito se rebuscó en el bolsillo, sacó por fin el móvil y echó un rápido vistazo a la pantalla.

—Es Sánchez.

—Me da igual. Apágalo.

—Pero podría...

—Que lo apagues.

El teléfono dejó de sonar, desviando la llamada al buzón de voz. Sin esperar a oír el mensaje, Copito apagó el móvil y se lo guardó de nuevo.

—Bien. —Kid dio unos golpecitos en el volante—. La llave está en el contacto. Una vez veas las puertas abiertas, espera a que entre la marea de zombis y luego pasas tú con el coche hasta la entrada principal.

—¿Dónde están exactamente los zombis?

—Se dejarán ver en cuanto abra la verja. Están esperando en el bosque, al otro lado de la carretera. Cuando llegues al edificio, sal del coche y asegúrate de llevar el libro. Es todo lo que tendrás para defenderte de los vampiros.

—¿Y cómo entro en la casa?

—Llamas al timbre.

—¿Y tú? ¿Dónde vas a estar?

—Voy a estar donde tengo que estar.

—¿Y si te matan? ¿Cómo voy a saber qué hacer?

Kid Bourbon lanzó un hondo suspiro.

—¿Si me matan? ¿A mí? ¿Lo dices en serio? Tú preocúpate por ti. Cuando conduzcas hacia la entrada, no te detengas por nada. Si un vampiro o un zombi o cualquier otra cosa se te pone delante, lo atropellas y en paz.

—Eso sí sé hacerlo —aseguró Copito, algo más segura. Su habilidad al volante era decente, y no tenía miedo de pisar a fondo el acelerador cuando hacía falta.

Kid salió del coche.

—Buena suerte —dijo—. Te veo al otro lado.

—¡Buena suerte a ti también! —gritó Copito, pero Kid ya había cerrado la puerta y lo más posible es que no la hubiera oído.

Cuando se desvaneció entre las sombras, Copito se pasó al asiento del conductor y se agachó para recoger *El libro sin nombre*, que estaba en el suelo al otro lado. Lo dejó en el asiento y consideró su situación. Estaba a punto de entrar en una guerra entre varios miles de vampiros, hombres lobos, zombis y Dios sabía qué más, y sus únicas armas eran un libro, un poco de pintura en la cara y un Ford Mustang. «Debo de estar loca —reflexionó—, pero Sánchez está ahí dentro». Tal como Kid había dicho, la gran verja de hierro de la finca comenzó a abrirse y varias luces se encendieron en los jardines de la Casa de Ville. Todo el lugar quedó profusamente iluminado. Y al cabo de un segundo vio la llegada de los zombis. De pronto, en el espeso bosque al otro lado de la carretera, empezaron a surgir en masa de entre los árboles.

Y eran miles.

Comprobó que todas las puertas estaban bien cerradas y se quedó mirando incrédula las hordas de grotescas criaturas que pasaban de largo hacia la verja. Su llegada al jardín provocó el caos, tal como Kid había predicho. Y entre gritos y aullidos dio comienzo la batalla.

Cuando por fin la mayoría de los zombies había pasado ya la verja, Copito puso en marcha el coche.

—Allá vamos —murmuró.

Pisó a fondo el acelerador y entró a toda velocidad, atropellando a varios zombies rezagados. Uno o dos rebotaron en el capó del coche y salieron disparados por los aires. Para cuando recorría ya el camino particular, Copito se lo estaba pasando como nunca. Eso de ir atropellando transeúntes por pura diversión era algo que la mayoría de las personas solo consigue hacer en videojuegos. Pues esto era lo mismo, solo que con víctimas reales, y encima era perfectamente legal y moral.

Al llegar a la enorme mansión, frenó de golpe. Un hombre lobo que iba aferrado al techo del coche salió disparado hasta caer en un arbusto. Se oyó un fuerte golpe cuando se estrelló de cabeza contra la pared de detrás.

Copito no tenía tiempo que perder reflexionando sobre ello ni sobre lo que sucedía a su alrededor, de manera que apagó el motor sin más dilación y sacó la llave. A continuación cogió el libro y salió del coche. Había varios vampiros cerca de la entrada, casi todos vestidos de negro. Retrocedían ante un ejército de zombies, aunque la mayoría de ellos no había llegado tan lejos. El estruendo de la batalla era brutal. Horripilantes y agudos chillidos de los vampiros, aullidos de los hombres lobos y gruñidos de los zombies, puntuados por los chasquidos de miembros rotos y de dientes hendiendo la carne.

Con el libro bien aferrado contra su pecho, Copito cerró la portezuela del coche de una patada y subió a la carrera los escalones de la entrada. Nadie parecía prestarle mucha atención, cosa nada sorprendente teniendo en cuenta que seguramente la prioridad en aquel momento para todo el mundo era la propia supervivencia. Y además, claro, ella misma parecía una vampira, y le habían inyectado (en el brazo, muchas gracias) el suero del frío. Por fin tocó el timbre, y en lugar de una campanilla se empezó a oír a todo volumen en la casa el *Saturday Night* de Whigfield. No era precisamente el tono más apropiado para un timbre, pero Copito tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Dio la espalda a la puerta para asegurarse de que nadie se le echaba encima mientras esperaba a que abrieran.

Las luces de los focos iluminaban la batalla campal entre los no muertos. La sangre manaba y salpicaba en todas direcciones, y brazos y piernas volaban por los aires. También se habían producido unas cuantas bajas debido a su conducción. Todavía se veía la pierna de alguien en el techo del Mustang.

Estremecida ante los horrores que estaba contemplando, oyó que la puerta se abría detrás de ella y se volvió, esperando que alguien la invitase a pasar. Se encontró con una mujer con el mismo aspecto que ella. Una de las vampiras panda. Iba toda de negro con una gorra de béisbol roja. Abrió la puerta de par en par y miró ceñuda a Copito.

—¿Y tú quién coño eres?

—Una de los vuestros —contestó ella nerviosa.

—Y una mierda —replicó Chica panda—. Conozco a todos los pandas, y tú no eres de los nuestros. ¿Y por qué vas vestida de poli?

—Soy nueva. —Copito intentó entrar, con el libro bien agarrado contra el pecho—. Y acabo de matar a un policía para conseguir este uniforme.

Chica panda meneó la cabeza.

—Tú no entras —siseó.

Copito estaba a punto de entrar por la fuerza cuando justo a tiempo vio aparecer a la espalda de Chica panda a Kid Bourbon. Kid agarró a la desprevenida vampira con una mano en torno a la cintura y la otra en torno al cuello, la arrastró para apartarla de la puerta y con un rápido gesto le partió el cuello con un fuerte chasquido.

Copito entró a toda prisa y cerró de un portazo. Una vez amortiguado el estrépito de la carnicería del jardín lo único que se oía era la irritante voz de Whigfield cantando. Kid Bourbon había arrastrado el cuerpo de Chica panda hasta una puerta al fondo del vestíbulo. La abrió de una patada y entró de espaldas.

—Por aquí —le indicó a Copito.

Ella se apresuró a seguirlo. Kid tiró al suelo el cadáver junto a una serie de mesas y sillas. Copito cerró la puerta. No los había visto nadie. O por lo menos eso esperaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Quítate la ropa.

—¿Qué?

—Que te quites la ropa.

—¿Tú estás obsesionado con verme el culo o qué?

—Te quitas la ropa —repitió él de nuevo, señalando a la vampira muerta— y te pones la suya. Tienes que parecerle a ella.

—Ah, ya. Perdona.

—Nos vemos arriba cuando estés lista. No tardes mucho.

—¿Cómo voy a saber dónde encontrarte?

—Iré matando a todo el que vea por el camino. Puedes ir siguiendo el rastro de cadáveres.

Y con estas palabras Kid se dirigió hacia la puerta en el otro extremo de la habitación y desapareció por ella.

Copito dejó el libro en el suelo y procedió a quitarle la ropa a la panda muerta. Luego se quitó también la suya a toda prisa, esperando que no la interrumpiera ningún vampiro que pasara por allí.

La ropa le venía casi a la perfección. Se puso por fin la gorra de béisbol y se metió el pelo debajo, como lo llevaba Chica panda. Pero ¿resultaría convincente? No sabía muy bien cuál sería su aspecto, cosa que la tenía algo nerviosa. Tenía que mirarse a un espejo, pero también tenía que subir al salón principal como le había indicado Kid Bourbon.

Cogió de nuevo *El libro sin nombre* y salió apresuradamente por la misma puerta que él. En el largo pasillo que encontró había por lo menos diez puertas a cada lado. Agarró el pomo de la primera, que se abrió con facilidad. Solo esperaba encontrarse dentro un espejo y no una pandilla de vampiros.

Se trataba de un dormitorio bastante pequeño. En un rincón había otra puerta, seguramente un baño. En la habitación no había ningún espejo, de manera que lo mejor sería probar en el servicio, si es que los vampiros tenían espejos en sus casas. Tiró *El libro sin nombre* sobre la cama y fue a abrir la puerta del cuarto de baño. Estaba echado el pestillo. Tenía que haber alguien dentro. ¿Sánchez tal vez?

El ruido de la cisterna le confirmó que se trataba efectivamente de un cuarto de baño. Copito se apartó de la puerta, sin saber muy bien qué esperar, y tuvo que recordarse que parecía un vampiro (o más le valía parecerlo) y que por tanto no tenía nada que temer.

—¿Quién hay ahí? —preguntó algo vacilante.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que se abriera la puerta y saliera Sánchez como si nada.

—Ya estoy —dijo. Copito se lo quedó mirando pasmada. Parecía tan tranquilo. Antes de que pudiera decir nada, Sánchez comenzó a aletear con las manos delante de la nariz—. Yo que tú no entraría en un rato —añadió.

Fue un alivio verlo vivo, pero Copito advirtió que la bolsa que llevaba al hombro estaba vacía. ¿Ya le habría dado a Jessica *El libro de la muerte*?

—¡La bolsa está vacía! —resolló—. ¿Dónde está el libro? ¿Qué has hecho

con él?

Sánchez se quedó con la boca abierta.

—¿Copito? ¿Eres tú?

—Sí.

—¿Eres una vampira?

—No, so tonto. ¡He venido a salvarte el culo!

Sánchez frunció el ceño.

—Ah. ¡Vaya! Gracias. —Señaló entonces hacia el baño—. *El libro de la muerte* está ahí. —Y de pronto vio un libro idéntico encima de la cama—. ¿Y entonces eso qué es?

Copito lo agarró de la mano.

—Tenemos que ir a ayudar a Kid Bourbon —dijo, cogiendo *El libro sin nombre*—. Vamos, te lo explico por el camino.

Pero Sánchez la retuvo.

—¿No me lo puedes explicar aquí?

Cincuenta y tres

Aunque Sánchez tenía unas ganas locas de irse a su casa, o incluso de volver a encerrarse en el baño, tenía el presentimiento de que más le valía quedarse con Copito. Antes de salir al pasillo le había explicado el plan, que, según afirmaba, había ideado junto con Kid Bourbon, un «tío bastante guay», a pesar de que le hubiera pegado un tiro en la cara a William Clay cuando se pasó por la comisaría. Sánchez escuchó con atención hasta que terminó de explicarle lo que tenían pensado y el papel que a él le tocaría desempeñar. Sánchez se lo caviló un rato, antes de dar voz a sus pensamientos.

—Es un plan de mierda —declaró, mientras se apresuraba por el pasillo detrás de ella.

Copito se detuvo junto al cadáver medio descompuesto de un payaso y se volvió hacia él.

—¿Se te ocurre a ti alguno mejor?

—Sí. ¡Largarnos de aquí cagando leches!

Copito pasó por encima del payaso y le dio una bofetada a Sánchez. Y bastante fuerte. Una agresión sin motivo ninguno, pensó él.

—¡No me seas gallina, Sánchez, por Dios! —le espetó—. Tenemos la oportunidad de matar a Jessica. Es una vampira, y, por lo que parece, la peor. Si podemos ayudar a Kid Bourbon a acabar con ella, me parecería una tontería no hacerlo.

—Pero es más bien peligroso, ¿no? —protestó Sánchez—. Un trabajo para la policía, creo yo.

—¡Nosotros somos la policía, idiota!

—Mierda.

Copito echó a andar de nuevo.

—Venga, date prisa. O te vienes conmigo o te las apañas con los miles de vampiros y zombis de ahí fuera. Tú mismo.

No le faltaba razón. Y lo que era más importante, advirtió Sánchez, llevaba *El libro sin nombre*. Y ese puto trasto mataba vampiros. Allá donde fuera ese libro, iría él también.

Recorrieron el pasillo pasando de vez en cuando por encima de los restos de algún vampiro u hombre lobo muerto. Parecían estar siguiendo un rastro de cadáveres. Subieron por unas escaleras a la planta siguiente, que era parecida a la anterior, más putos pasillos y más putos cadáveres. Copito correteaba de un lado a otro, abriendo y cerrando puertas. Por lo visto no sabía exactamente adónde iba, y aunque Sánchez estuvo tentado de señalarlo, tuvo la impresión de que se iba a ganar otro grito, o peor aún, otra torta.

Después de comprobar más o menos todas las habitaciones de la segunda planta, llegaron a otro tramo de escaleras sembrado de cadáveres. A esas alturas Sánchez iba jadeando. Ya era una putada tener que correr de aquella manera, pero es que encima había que ir sorteando cadáveres y pilas de cenizas humeantes. No estaba acostumbrado a esa clase de ejercicio. Por suerte la siguiente planta era totalmente distinta. No había pasillos, para empezar. Al final de las escaleras había un pequeño rellano y unas gigantescas puertas dobles de madera, con un par de estatuas espantosas de hombres desnudos a cada lado.

—¡Seguro que es aquí! —exclamó Copito.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque no hay más cadáveres. Y son las únicas puertas de esta planta, por lo que parece. Tiene que ser el final del rastro. Sígueme. Y acuérdate de que eres mi prisionero.

Sánchez suspiró.

—No veo cómo va a resultar esto creíble —gimió—. Tú nunca podrías hacerme prisionero.

—A ti te haría prisionero hasta una Niña Girasol. Y además parezco una vampira, ¿recuerdas? ¡Y ahora calla y ponte en tu papel!

Giró con cuidado el pomo de una puerta, que se abrió hacia afuera con un crujido. Sánchez se asomó por encima de su hombro. Al otro lado había un enorme salón, pero estaba muy oscuro. Obviamente se les había olvidado encender las luces.

—Parece que aquí no hay nadie —comentó—. ¿Nos vamos ya a casa?

Copito lo agarró del brazo y tiró de él hacia el salón. Cerró la puerta a sus

espaldas, haciendo que la oscuridad se espesara todavía más. Sánchez tanteó la pared en busca de algún interruptor, dio con varios y los pulsó todos a la vez. La sala quedó de pronto profusamente iluminada por varias lámparas de araña colgadas del techo. Y de inmediato se hizo evidente que no estaban solos. Al otro lado del salón Jessica bajaba por unas escaleras, junto con un soldado grandullón al que Sánchez reconoció como Cuchilla, uno de los cuatro paramilitares que se habían pasado por el Tapioca en Halloween. Cuchilla llevaba bien agarrada a una chica que lucía un vestido azul y mostraba una expresión más bien angustiada. Era Beth *la Chiflada*.

Copito volvió a tirarle del brazo y luego le dio un buen empujón hacia el centro del salón. Ciertamente lo estaba tratando como a un prisionero. De lo más humillante, pensó Sánchez. Estaba a punto de exigirle que se dejara de tanto empujón, cuando Jessica habló.

—¿Es eso *El libro de la muerte*?

Copito asintió con la cabeza.

—Sí. Lo ha traído este tipo.

Jessica llegó al pie de las escaleras.

—Así que has encontrado mi libro —le siseó a Sánchez—. Mira qué detalle.

Sánchez se encogió de hombros.

—Bueno, no ha sido nada. Si me puedes dar la recompensa, yo ya me marcho, ¿eh?

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó Jessica con una sonrisa malévola—. ¿Por qué no te quedas un rato? Estamos dando una fiesta, y tu amigo Kid Bourbon ha venido también. Está a punto de aparecer de un momento a otro.

Y de repente Sánchez vio sin ningún lugar a dudas que Jessica era una malvada zorra vampira. No se imaginaba cómo no se había dado cuenta antes. A lo mejor cegado por la pasión. De cualquier forma, ya no le apetecía nada salir con ella.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer —replicó, volviéndose hacia la puerta. Pero Copito le empujó fuertemente hacia el centro de la sala.

Jessica se acercó a ellos mirando a su alrededor, sin duda esperando ver aparecer a Kid. Detrás de ella venían Cuchilla y su rehén.

Copito empujó de nuevo a Sánchez, con más fuerza de la necesaria.

«Menuda zorra», pensó Sánchez tontamente.

—¡ESPERA! —Era Kid Bourbon. Sánchez reconoció aquella voz grave al instante. El asesino en serie salió entonces de entre las sombras bajo la enorme escalera.

Y durante unos veinte segundos o así, Kid se dedicó a intercambiar insultos con Jessica y Cuchilla, y a intentar convencerlos para que soltaran a Beth. Sánchez dio un leve codazo a Copito, señalando con la cabeza *El libro sin nombre* que ella llevaba bajo el brazo.

—¿Lo vas a hacer ahora? —susurró. Copito hizo una mueca.

—No lo sé muy bien. Estoy esperando alguna especie de señal.

—¿Como qué?

—No sé. Kid dijo que cuando llegara el momento, lo sabría.

Sánchez abrió de pronto unos ojos como platos.

—¡JOOOOOODER! —chilló instintivamente—. ¡Le acaba de pegar un tiro en toda la polla!

Kid Bourbon había disparado una ballesta en miniatura, y el perno había alcanzado a Cuchilla en sus partes, dejándolo por completo fuera de combate.

En la consiguiente confusión, Beth intentó escapar, pero en vano, porque Jessica la agarró antes de que pudiera dar dos pasos. La Reina Vampira le rodeó el cuello con una mano larga y huesuda, y sus uñas se alargaron hasta convertirse en unas garras de desagradable aspecto, y además afiladas como cuchillas.

—¿Tú crees que esa era la señal? —preguntó Copito.

—Podría ser. Vas a tener que hacer algo pero ya, o se va a cargar a Beth *la Chiflada*.

Jessica y Kid seguían intercambiando insultos. Pero Jessica parecía llevar las de ganar, porque Kid tiró la ballesta que llevaba en la manga. ¿Se estaría rindiendo?

—¿Llevas más armas? —preguntó Jessica—. Porque ahora es el momento de soltarlas.

Kid se abrió el manto. Debajo llevaba una sencilla camiseta negra y unos pantalones de combate.

—No llevo nada más. Y ahora suéltala.

—Quítate el abrigo y ponte de rodillas.

—¿Y soltarás a Beth?

—¡De rodillas!

Kid se quitó la cazadora y la tiró al suelo. Pero en lugar de arrodillarse hizo un rápido movimiento con el brazo y se sacó una pistola que llevaba a la espalda. El punto rojo de un visor láser apareció en el centro de la cara de Jessica. Pero la vampira era más veloz que el rayo, y justo cuando Kid iba a disparar, tiró de la cabeza de Beth para interponerla en la línea de fuego. Kid intentó volver a apuntar a Jessica varias veces, pero en cada ocasión ella se las apañaba para poner a Beth en la línea del láser rojo.

En mitad de todo esto, el tío con el perno de plata clavado en los huevos lanzó un suave gemido. Esto distrajo a Kid, que apartó los ojos de Jessica un segundo y...

¡BANG!

La cabeza del tipo del suelo explotó, salpicando sangre y sesos por todo el mármol. «Si eso no se limpia pronto, la mancha luego no sale», pensó Sánchez, recordando un incidente similar que había ocurrido en el Tapioca.

Kid volvió entonces a Jessica, intentando una vez más encontrar una línea limpia de tiro. Era imposible, Jessica se movía con demasiada rapidez. Pero mientras la tenía distraída, le dio la oportunidad a Copito de acercarse con *El libro sin nombre*. Cuando ya estaba casi a su lado, Kid bajó el arma y se dirigió a la vampira.

—No tienes ninguna intención de dejarla ir, ¿verdad?

Jessica sonrió.

—Quiero que veas esto. Voy a convertir a tu querida Beth en vampira. Va a ser mi nueva esclava. Y tú serás su primera víctima, a menos que prefieras matarla, claro. Ya sabes, como hiciste con tu madre.

—Y como le hice a Archie Somers. Deberías haberlo oído gritar. Un escándalo.

Beth notó que Jessica le apretaba más el cuello. Sus uñas como garras estaban a punto de hacerle sangre.

Pero Kid permanecía impassible.

—Sabía que acabaríamos así. ¡Deja de perder el tiempo y hazlo ya! ¿A qué esperas?

Y Copito se lanzó contra Jessica. Sánchez contemplaba la escena horrorizado. La mujer de la que había estado enamorado casi seis años abrió unas fauces enormes, mostrando sus colmillos, sedienta de sangre. Y los hundió

en el cuello de Beth justo en el momento en que Copito le pegaba *El libro sin nombre* a la espalda.

Jessica y Beth gritaron a la vez de dolor. Era difícil saber hasta dónde la vampira le habría hincado los colmillos, pero en cuanto Copito la golpeó con el libro, la Reina Vampira retrocedió con la espalda en llamas. Unas llamas de la leche. Sánchez notaba el calor incluso a lo lejos. En cuestión de segundos Jessica había explotado en una descomunal bola de fuego que devoró también a Copito.

A Sánchez se le heló la sangre en las venas al oírla gritar. Se lanzó hacia ella, la agarró de la cintura y tiró con todas sus fuerzas, logrando apartarla del fuego y del libro, que se había pegado a la espalda de Jessica. Con el impulso se cayeron los dos al suelo, Copito encima de él.

Kid Bourbon apartó a Beth de las llamas, aunque a diferencia de Sánchez, él no perdió el equilibrio. Dejó a Beth en el suelo y una vez más apuntó con la pistola. Esta vez sin dificultades, puesto que Jessica no tenía con qué escudarse. Disparó una serie de balas tan deprisa que Sánchez perdió la cuenta. Pero cada una se hundía en el pecho de Jessica, que se retorció de dolor dentro de las llamas. La última le alcanzó la cara, entonces cesaron los gritos y su cuerpo pareció hacer implosión. Toda la carne desapareció en un fugaz destello de luz. Kid se apartó y Sánchez contempló alucinado los restos de Jessica, que se iban encogiendo en el suelo, los huesos convirtiéndose en ceniza.

Hasta que desapareció. Esta vez para siempre.

El fuego todavía llameó ligeramente en el suelo, antes de extinguirse por completo, dejando solo un montoncito de polvo gris. Kid Bourbon se había agachado junto a Beth, que estaba hecha un ovillo en el suelo al pie de las escaleras, y la sangre manaba de las marcas de colmillos en su cuello.

Copito se soltó de Sánchez, que la tenía agarrada con todas sus fuerzas, y corrió al lado de Kid. Sánchez por fin se puso en pie.

—¿Cómo está Beth? —preguntó Copito—. ¿He llegado demasiado tarde?

Sánchez no podía ver bien a Beth para saber en qué estado se encontraba, pero Kid lo resumió en una frase:

—O se muere o se convierte en vampira.

—Ay, Dios mío. ¿Y no podemos hacer nada?

Kid Bourbon cogió a Beth poniéndole un brazo bajo las rodillas y otro bajo los brazos. Su cabeza colgaba yerta. Estaba inconsciente o muerta. Kid la miró con auténtica preocupación.

—Tenemos que llevarla al museo.

—¿Qué hay en el museo? —quiso saber Copito.

—No gran cosa —contestó Sánchez—. Yo fui una vez, y casi todo son cuadros y estatuas viejas. Una mierda, la verdad.

Kid se dirigió hacia las puertas dobles sin hacerle caso.

—En el museo está el Ojo de la Luna. Voy a necesitarte al volante, Copito. ¿Te vienes?

Copito cogió *El libro sin nombre* del suelo y sacudió de las tapas la ceniza de Jessica.

—Desde luego.

—¡Yo también! —gritó Sánchez, por si se habían olvidado de él.

Echó un último vistazo a lo que había sido Jessica. ¿Cómo habían llegado a esto? Jessica estaba muerta y ahora él se dirigía a un museo con Kid Bourbon.

Cincuenta y cuatro

Kacy tardó menos de veinte minutos en atravesar la ciudad a la carrera hacia el museo. Para cuando llegó, se encontraba en un estado de pánico. Dante todavía no había contestado a su mensaje. Incluso había intentado llamarlo mientras corría por las calles desiertas, pero el hombre tenía el móvil apagado. Desesperada, había probado el número de Kid Bourbon, que tampoco contestaba, de manera que le dejó un mensaje, bastante ininteligible y totalmente absurdo, pero esperaba que al menos entendiera de qué iba. Tenía que mover el culo al museo a toda castaña.

Cuando llegó, inspeccionó los alrededores buscando el coche de Kid. No se veía por ninguna parte, ni tampoco había un rastro de cadáveres que llevara a la entrada, lo cual era un fiable indicador de que todavía no había llegado. Estaba sola.

Le temblaban las rodillas de nervios. Las puertas de la entrada estaban abiertas, y el vestíbulo desierto. O por lo menos eso parecía desde fuera, pero nada más entrar vio un cadáver tirado en el suelo y lo reconoció de inmediato. Era Vanidad.

Tras mirar a un lado y otro por si había algún enemigo al acecho, se apresuró hacia él. Alguien se había ensañado a base de bien. Tenía los ojos hinchados y la cara amoratada y ensangrentada, su atractivo desaparecido para siempre. Curiosamente, Kacy esperaba que hubiera sido Dante quien le diera aquella paliza al líder de las Sombras. Pero lo cierto es que lo dudaba. Su intuición le decía que, aparte de lo que hubiera podido pasarle a Vanidad, Dante estaba en peligro. Si es que seguía vivo.

Tocó al vampiro en el pecho, por ver si estaba consciente, y estuvo segura de que lo vio respirar, aunque de manera muy débil.

—Vanidad —susurró—. ¿Estás vivo?

Al ver que no respondía, le dio con el dedo en el pecho. De pronto Vanidad abrió los ojos bruscamente y le agarró la mano con fuerza. Kacy se llevó un buen susto, pero al cabo de un momento recordó que Vanidad estaba prácticamente muerto y no suponía amenaza alguna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Dónde está Dante?

Vanidad entreabrió los labios. Tenía los dientes llenos de sangre, y la perilla también. El vampiro la miró con unos ojos casi sin vida.

—¿Kacy? —dijo con voz rota.

—Sí. ¿Dónde está Dante?

Vanidad tosió un poco de sangre que le goteó por la barbilla.

—Lo siento. Lo tiene Gaius.

—¿Dónde? ¿Adónde han ido?

—Abajo. —El vampiro tragó sangre antes de balbucear unas pocas palabras—: Lo van a enterrar en una tumba.

Kacy fue a levantarse para salir corriendo a por él, pero Vanidad la agarró con todas las fuerzas que le quedaban.

—Espera. Son demasiados. Vas a necesitar esto.

Y le puso un pequeño objeto sólido en la mano. Entonces la soltó y dejó caer los brazos a los costados.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

Vanidad tragó saliva y sangre una vez más. Se acercaba su hora. Respiró bruscamente y musitó:

—Usarlo...

—¿Usarlo para qué?

Vanidad jadeó, y al exhalar prosiguió:

—Usarlo para...

—¿Para qué? ¿Usarlo para qué?

—Usarlo para... —Pero no pudo terminar la frase. Exhaló un último aliento y su cabeza cayó a un lado.

Kacy le apretó las mejillas y le volvió la cara hacia ella.

—¿Usarlo para qué? —insistió suplicante—. ¿Para qué sirve?

Vanidad no respondió.

—¿Para qué es? —repitió ella—. ¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Para qué sirve esto?

Era en vano. Vanidad ya no respiraba. Había muerto. Kacy no sabía muy bien quién o qué lo había matado, pero no tenía ni tiempo ni paciencia para

preocuparse por ello. Se incorporó y corrió a las escaleras que llevaban a la tumba de la momia egipcia.

Mientras bajaba, notó el móvil vibrarle en el bolsillo. Se lo sacó y miró la pantalla.

NUEVO MENSAJE DE TEXTO

Era de Kid Bourbon, y solo constaba de tres palabras, pero eran exactamente las que Kacy necesitaba:

«Voy para allá».

Respiró aliviada. Pero el respiro solo duró un momento, porque en cuanto llegó al pie de las escaleras vio a Ramses Gaius. Se encontraba en mitad de una sala enorme, de espaldas a ella. Y delante de él había tres vampiros del clan Peste Negra, vestidos de negro de arriba abajo, en plan ninja. En el suelo estaba Dante, evidentemente inconsciente o muerto. Los ninjas lo habían envuelto en vendas desde los pies hasta la cintura. La ropa que le habían quitado estaba en el suelo junto a la entrada de la tumba. Vanidad tenía razón, se disponían a enterrarlo vivo, vendado como una momia.

Se escondió deprisa tras una gran estatua de Napoleón Bonaparte. Había que decidir deprisa un curso de acción. ¿Tenía tiempo para esperar a Kid Bourbon? ¿Podría rescatar a Dante ella sola? Mientras sopesaba sus opciones, oyó la voz de Ramses Gaius, que ni siquiera había vuelto la cabeza, pero era consciente de su presencia.

—Señorita Fellangi, qué detalle venir a reunirse con nosotros.

Kacy fingió no haberlo oído, y siguió detrás de la estatua. Ninguno de los cuatro vampiros ninja la veían.

—Por favor, salga de detrás de Napoleón —pidió Gaius.

Era evidente que la había descubierto. Kacy salió de su escondrijo. Su única opción consistía en distraer a Gaius el tiempo suficiente para que llegara Kid y con algo de suerte enderezase la situación.

—¿Está vivo Dante? —preguntó.

Gaius se volvió despacio hacia ella, se quitó las gafas de sol y se las metió en el bolsillo de su chaqueta plateada. Kacy se fijó en su ojo derecho. Era el Ojo de la Luna. Estaba claro que no había ido a que se lo limpiaran. El vampiro alzó la

mano derecha, apuntándola con la luz azul que brillaba en su palma. Kacy intuyó que de ahí no podía salir nada bueno, y se metió disparada otra vez detrás de la estatua.

El rayo láser azul impactó en el suelo justo donde estaba ella un segundo antes. Luego rebotó y desapareció de la vista por las escaleras. Gaius parecía irritado. Volvió a apuntar, esta vez hacia la estatua de Napoleón. Otro rayo se estrelló contra la cabeza de piedra, con tal fuerza que tiró la estatua del pedestal de granito. Kacy, viendo que se le venía encima, intentó esquivarla, pero la cabeza de Napoleón le alcanzó la suya y la tiró al suelo.

Aturdida y desorientada debajo de Napoleón, oyó a Gaius hablar de nuevo. Pero esta vez no se dirigía a ella, sino a los cuatro vampiros ninja.

—Agarradla —ordenó—. La vendáis y la tiráis a la tumba con el idiota de su novio.

—Sí, señor —contestó uno.

Un par de manos frías la levantaron del suelo. El móvil se le cayó del bolsillo, pero como seguía viendo las estrellas, no tenía ni idea de adonde había ido a parar. Mientras un ninja la arrastraba, otro declaró:

—Eh, Gaius, según el móvil de esta zorra, Kid Bourbon viene para acá.

Cincuenta y cinco

Sánchez abrió la puerta principal de la Casa de Ville y se asomó al jardín. Tal como temía, todavía estaba plagado de vampiros, zombis y hombres lobo que se hacían pedazos unos a otros, salpicando sangre y tripas sobre la nieve. Lo más preocupante es que había varios de ellos en el espacio que lo separaba del coche patrulla que Copito había aparcado cerca de los escalones de cemento. Llegar hasta él iba a ser difícil y peligroso.

Se volvió para ver dónde estaban los otros. Al fondo del vestíbulo, Copito abría una puerta para que Kid pasara con Beth en brazos. Él le sostenía la cabeza con el bíceps izquierdo para que no se le doblara hacia atrás. Aquella mujer tenía los minutos contados, pensó Sánchez. Apenas estaba consciente y no se enteraba de nada. La muy suertuda.

Copito soltó la puerta y corrió hacia él.

—¿Cómo está la cosa ahí fuera?

—No demasiado mal —contestó Sánchez—. Mira, yo sostengo la puerta mientras tú vas a poner en marcha el coche.

—Vale. Buena idea.

Y con esto Copito salió al jardín. Llevaba *El libro sin nombre* bajo el brazo, de manera que Sánchez pensó que estaba bastante a salvo. Copito corría hacia el coche sosteniendo el libro por delante, por si alguien se le echaba encima.

Sánchez advirtió que Kid llegaba ya a la puerta.

—Copito está poniendo en marcha el coche —informó—. Está justo aquí delante. Sal tu primero, y yo te cubro la espalda.

Kid se asomó a la carnicería del jardín.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lleve en brazos a ti también?

Una oferta tentadora, pero Sánchez intuyó que era solo sarcasmo.

—Yo estoy bien. Venga, vamos.

Kid salió con mucho cuidado de no golpear a Beth contra el marco de la puerta. Sánchez se sacó la porra del cinto y lo siguió.

Copito ya había puesto el coche en marcha y retrocedía hacia los escalones para hacerles el trayecto lo más corto posible. Encendió las luces, lo cual atrajo la atención de algunas criaturas no muertas. Sánchez empujó a Kid Bourbon en la espalda para apresurarlo, por si a alguno de los vampiros u hombres lobo les daba por atacar. Kid bajó deprisa. La mayoría de las criaturas sabían quién era y se cuidaron de mantenerse apartadas. Sánchez aprovechó la situación, pegándose bien a Kid y deteniéndose solo para dar un porrazo a un zombi sin piernas.

Llegaron sanos y salvos al coche y Sánchez se precipitó delante de Kid para meterse en el asiento trasero antes de que se acercara cualquier vampiro. Pero al abrir la portezuela, se resbaló en el suelo helado y se cayó de culo. Kid, mientras tanto, dejó con cuidado a Beth en el asiento de atrás, se subió junto a ella y cerró la puerta.

Sánchez se levantó a trompicones y vio que un hombre lobo descomunal venía por el camino en dirección a él. Era una enorme bestia peluda que había asumido la forma de un perro lobo. Seguramente sería un pura raza, nacido ya hombre lobo bajo una luna llena. La peor clase. Tenía grandes colmillos y unos ojos voraces clavados en él. No tenía sentido quedarse allí esperando a que el cabrón se acercara. Pero mientras se precipitaba hacia el coche la criatura se lanzó por los aires con las fauces abiertas, dispuesto a arrancarle la cara de un mordisco.

Por suerte Copito lo había visto todo. Se inclinó para abrir la puerta del copiloto y golpeó con ella al lobo en el morro, produciendo un espantoso crujido. La bestia cayó al camino con un aullido de dolor.

Sánchez no necesitó más invitación, se metió de un brinco en el vehículo y cerró con firmeza.

—¡Vámonos de aquí cagando leches! —gritó.

No tuvo que decírselo dos veces. Copito pisó a fondo el acelerador y el coche salió disparado, derrapando por el camino helado, atropellando vampiros, zombis y hombres lobo, que rebotaban en el capó.

—¿Estás intentando atropellarlos a todos? —preguntó Sánchez, cuando una cara panda se estrelló contra el parabrisas justo delante de sus narices.

—Es un poco difícil esquivarlos —replicó Copito, maniobrando con el volante.

Sánchez miró hacia atrás. Kid Bourbon tenía a Beth en el regazo. Le

apartaba el pelo de la cara y presionaba un trapo blanco contra su cuello para detener el flujo de sangre de la herida que le había infligido Jessica.

—¿Cómo está, tío? —preguntó.

—No está bien. Tenemos que llegar al museo en cuestión de minutos, si queremos tener una posibilidad de salvarla.

—¡Son ya las once y media! —exclamó Copito.

—Entonces solo tengo media hora. Pisa a fondo, Copito.

—Tú lo has dicho.

Sánchez se acomodó en el asiento mientras el coche salía por la verja y giraba dando un bandazo en la carretera.

—Joder, Copito, Stevie Wonder conduce mejor que tú.

—Y toca el piano mejor que tú, así que te callas.

Sánchez ignoró la pulla. Era un alivio ver que la carretera que llevaba a la ciudad estaba libre de monstruos no muertos. No es que nunca le hubiera hecho mucha gracia la manera de conducir de Copito. Por lo visto tenía la costumbre de darse con algo cada treinta segundos, ya fuera un vampiro, un hombre lobo, un zombi o sencillamente un libro. Por lo menos cuando Sánchez atropellaba algo, como un muñeco de nieve, era intencionado. Con Copito al volante no le quedaba más remedio que aferrarse al salpicadero con las dos manos y esperar que no pasara nada. De puro milagro, Copito no se estrelló contra nada más durante el resto del trayecto, a pesar de las carreteras heladas y la velocidad de vértigo a la que conducía.

Después de diez minutos de montaña rusa por las calles de la ciudad, detuvo el coche a la puerta del museo.

—¡Hemos llegado! —le gritó a Kid.

Pero Kid ya estaba saliendo del coche. Cerró la portezuela y, en lugar de correr hacia el museo, dio unos golpecitos en la ventanilla de Sánchez. El camarero la abrió unos centímetros.

—¿Qué hay? —preguntó.

Kid se asomó todo lo que le permitía la pequeña apertura.

—Copito, cuida de Beth por mí. Volveré lo antes posible.

—Claro. ¡Buena suerte!

En cuanto Kid Bourbon entró en el museo, Sánchez subió la ventanilla y se volvió hacia el asiento trasero. Beth estaba tumbada, inconsciente. Apenas respiraba. Era del todo posible que se muriera o se transformara en vampiro en cualquier momento.

—Mejor nos quedamos aquí delante, ¿eh?

Copito lo miró ceñuda.

—Se está muriendo, joder. Me voy atrás con ella, para asegurarme de que está bien.

—Bueno, vale. —Sánchez se agachó para recoger *El libro sin nombre*, que Copito había tirado al suelo a sus pies cuando se metió en el coche—. Me quedo con el libro, por si se transforma y tenemos que matarla.

Copito acababa de abrir la portezuela para salir, pero ahora vaciló mirando el libro que tenía Sánchez en las manos.

—¡Mierda! —exclamó con ojos como platos—. ¡Kid ha entrado en el museo sin el libro! ¡Ve corriendo y se lo llevas!

—¿Qué?

—Yo le prometí que me quedaría con Beth. Así que más vale que corras para llevárselo. ¡Sin él no podrá conseguir el Ojo de la Luna!

Sánchez miró por la ventanilla. Las puertas del museo estaban abiertas. Si quería alcanzar a Kid antes de que se enfrentase a Ramses Gaius, tenía que ponerse en marcha ya. Se metió el libro bajo el brazo y salió del coche, mientras Copito corría a sentarse en la parte trasera. Pero vaciló un momento y agarró a Sánchez del brazo para atraerlo hacia ella.

—¿Y ahora qué? —dijo él.

—Quería darte las gracias por sacarme antes del fuego.

—Ah, sí. —Sánchez se sonrojó al pensar en aquel momento—. Bueno —masculló—, es que me tienes que llevar casa.

Copito le dio un golpe de broma en el vientre.

—Anda, que te necesitan ahí dentro —dijo, señalando el museo—. Ve a ser un héroe otra vez. Buena suerte.

Cincuenta y seis

Kacy todavía estaba totalmente aturdida por el golpe del bicornio de cemento de Napoleón. Y encima tenía náuseas y se había quedado transitoriamente ciega, pero sí oía voces. Eran los vampiros ninja que la habían arrastrado hasta la tumba, donde yacía Dante en un estado todavía peor.

—¡Eh! Déjanos algunas vendas. Tenemos que hacer a la chica.

—Quitadle la ropa, ya la vendo yo.

—¿Y por qué la tienes que vendar tú, a ver?

—Porque yo tengo las vendas, so cretino.

—Yo te ayudo a desnudarla —terció una tercera voz.

—Vale. Levántala para que le quite los pantalones.

—Pero date prisa. Parece que va a recobrarse ya mismo.

Al oír que le iban a quitar los pantalones, Kacy, en efecto, hacía todo lo posible por aclararse la cabeza. Notó unas manos en las axilas que la levantaban del suelo. Otro ninja se inclinó delante de ella para desabrocharle el botón. Y se dio mucha prisa, porque al cabo de un momento le habían bajado los pantalones.

—Joder, menudas piernas.

Kacy parpadeó unas cuantas veces y comenzó a recuperar la visión, si bien algo borrosa. Le habían bajado los tejanos hasta los tobillos, y un ninja intentaba frenético quitarle las zapatillas deportivas.

Mientras tanto, el que la sostenía por detrás le subió la sudadera hasta la cabeza, donde se quedó atascada, cegándola de nuevo. Ahora la manoseaban y tiraban de ella en todas direcciones dos vampiros a los que no podía importar menos cómo se sintiera. Aun sin estar aturdida, habría resultado difícil defenderse.

Le quitaron las deportivas y un momento después los pantalones. Notó las manos frías y huesudas del vampiro subirle por las piernas hacia las bragas (un

diminuto tanga de color rosa que Dante le había regalado, con las palabras ENTRADA LIBRE bordadas por detrás en letras negras). El otro ninja todavía forcejeaba con la sudadera, sin poder quitársela de la cabeza.

Justo cuando el primer vampiro tiraba hacia abajo de sus bragas, se oyó un estampido. Los dedos helados se aflojaron, y luego las manos se apartaron, dejando las bragas en su sitio, si bien de puro milagro.

El otro ninja dejó de tirar de la sudadera.

—¿Qué coño? —preguntó perplejo.

¡BANG!

Kacy notó el aire de una bala pasando junto a su cabeza. El tipo que la agarraba la soltó, y ella se cayó hacia atrás dándose un buen golpe en la cabeza. Pegó un respingo de dolor y se quedó allí tirada, más aturdida que antes, sin saber qué estaba pasando. Pero al cabo de un momento recuperó el sentido, recordó su situación, y fue a bajarse la sudadera para cubrir al menos parte de su cuerpo.

El disparo todavía resonaba en sus oídos. Mientras forcejeaba con la sudadera, oyó otros dos tiros, seguidos de los golpes de dos cuerpos cayendo al suelo. A continuación, unos momentos de silencio, y luego la inconfundible voz estentórea de Ramses Gaius.

—¡Da la cara, cobarde hijo de puta!

Kacy logró por fin asomar la cabeza por el cuello de la sudadera. Respiró hondo y miró alrededor. Todavía tenía la vista nublada, pero al menos pudo hacerse una idea de la situación. Dante yacía en el suelo a unos metros de distancia. Esperaba ver también a Kid Bourbon, que sin duda tenía que estar en la sala, puesto que los resultados de su labor eran evidentes: un par de vampiros muertos, uno a cada lado de Dante, ambos con heridas fatales en la cabeza por gentileza de la puntería de Kid. Y otros dos vampiros en el suelo no lejos de ella, uno con el cuello partido y el otro con solo media cabeza.

Mientras seguía evaluando la carnicería en torno a ella, se vio súbitamente cegada por un destello de luz azul. Gaius estaba disparando rayos láser con ambas manos, apuntando ciegamente en todas direcciones. Pero ¿dónde estaba Kid Bourbon? Había numerosas estatuas y pedestales tras los que fácilmente podría esconderse, y por lo visto Gaius no era capaz de localizarlo.

Como si los rayos láser y los disparos no fueran suficiente, uno de los rayos de Gaius había creado otro problema: unas cortinas rojas habían estallado en

llamas. De manera que además de estar encerrada en una sala con una momia furiosa, un asesino en serie, un novio inconsciente, y a todo esto en bragas, ahora encima se había declarado un incendio.

Logró incorporarse de rodillas y localizó sus tejanos y sus zapatillas deportivas, que habían aterrizado no muy lejos del piano antiguo con el maniquí de Ludwig van Beethoven. Respiró hondo y comenzó a gatear aturdida hacia la ropa.

Detrás oía a Ramses Gaius maldiciendo y lanzando rayos láser a diestro y siniestro. De vez en cuando sonaba un disparo a modo de contestación. Gaius y Kid conversaban a base de tiros, pero mientras que el Señor de los No Muertos estaba en campo abierto, Kid permanecía oculto entre las sombras.

Kacy alcanzó por fin los tejanos con los dedos, justo en el momento en que un rayo azul rebotaba en el suelo junto a ella y pasaba volando a pocos centímetros de su nariz. Obviamente no tenían mucho tiempo. Los pantalones estaban casi vueltos del revés, debido a las prisas con las que se los habían quitado los vampiros. Cuando los levantó del suelo, algo se cayó de uno de los bolsillos. Era el pequeño objeto que le había dado Vanidad. «Úsalo», le había dicho.

Cincuenta y siete

Sánchez bajó vacilante las escaleras hasta la sala principal. Abajo se oían disparos y todo tipo de ruidos de cosas rotas, una señal indudable de que Kid Bourbon ya se estaba enfrentando a Ramses Gaius, y sin *El libro sin nombre*. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Al pie de las escaleras vio la acción que acompañaba a la banda sonora. Y además, unas cortinas habían prendido fuego y las llamas se extendían. Había varios cadáveres por el suelo, lo cual tampoco es que fuera nada inusual. Junto a una vitrina rota yacía el cuerpo de Dante, envuelto en vendas desde los pies a los hombros. Estaba también la curiosa presencia de una chica castaña bastante atractiva, de veintipocos años, que gateaba por el suelo vestida con una sudadera negra y unas braguitas rosa con las palabras ENTRADA LIBRE en el culo. En otras circunstancias Sánchez habría inspeccionado rigurosamente la ortografía, pero no era el momento.

La enorme figura de Ramses Gaius se encontraba en el centro de la sala, de espaldas a él. Disparaba con las manos rayos azules a diestro y siniestro, y los rayos rebotaban en el suelo y las paredes destrozando estatuas y vitrinas. Todo lo que alcanzaban se partía en dos o estallaba en llamas. Era destructivo, aquel cabrón.

Sánchez vio de reojo a Kid Bourbon, escondido detrás de una cortina negra que cubría la estatua de un gordo medio en pelotas. Empuñaba una enorme pistola. Kid lo vio a su vez, le hizo gesto con la cabeza y se desvaneció entre las sombras. A continuación sonó un fuerte disparo que atrajo el fuego de Gaius. La momia gigante lanzó un rayo a las cortinas.

Sánchez no tenía ni puta idea de por qué Kid le había hecho aquel gesto, pero suponía que se trataría de una señal. Seguramente significaba que tendría que hacer algo importante. Algo valiente. Kid había apartado la atención de Gaius de

las escaleras, de manera que Sánchez podía entrar sin ser visto. Era su gran momento. Gaius estaba a unos veinte metros delante de él. Había llegado la hora de ser un héroe, como había dicho Copito.

Avanzó de puntillas lo más deprisa que pudo, apartando la vista de la espalda de la momia solo el tiempo justo para echar un último vistazo al culo de la chica de las bragas rosa, por si jamás volvía a tener la oportunidad.

Cuando estaba a menos de un metro de Gaius, alzó *El libro sin nombre* sobre su *cabeza* para estamparlo contra el cráneo de la momia. Por desgracia, justo en ese momento Gaius se dio la vuelta. Sánchez ya no tenía tiempo para interrumpir el ataque, ni Gaius para esquivarlo. De manera que el libro se estrelló contra su cara, golpeándolo en el puente de la nariz.

Sánchez recordó el momento en que Copito había golpeado a Jessica con el libro. La reina de los vampiros había estallado en llamas casi al instante. Pero no podía decirse lo mismo de Ramses Gaius. Durante lo que pareció una eternidad, Sánchez se quedó paralizado, apretando el libro contra la cara de la momia. Pero Gaius no estalló en llamas, el muy cabrón, sino que se limitó a alzar las manos, coger el libro y estrellarlo contra la cara de Sánchez. El impacto fue inmenso, y el camarero cayó despatarrado al suelo, con los pies por lo alto, y rodó hacia atrás hasta detenerse bruscamente con la cabeza casi encajada entre sus propias nalgas. Cuando consiguió sentarse, vio que el libro no había afectado a Gaius en absoluto. La momia tampoco tenía en él el más mínimo interés. Se lo tiró a Sánchez como si nada. Él se apartó para esquivarlo, alzando las manos para parar el golpe, esperando un violento asalto de los rayos azules.

Pero lo que vio fue más bien un rayo de esperanza. Kid Bourbon había salido de entre las sombras y apuntaba a la nuca de Gaius con la pistola. El punto rojo de un visor láser brillaba precisamente detrás de la cuenca del ojo donde estaba insertado el Ojo de la Luna. Cuando Gaius se disponía a acabar con Sánchez, Kid disparó.

¡BANG!

Un tiro certero de cojones, pensó admirado Sánchez, que lo estaba viendo todo como a cámara lenta. De la nuca de Gaius salió algo de sangre cuando la bala le perforó el cráneo. A esto siguió un chasquido cuando la bala alcanzó por detrás el Ojo de la Luna, y luego, como en un sueño, la gema azul se le cayó de la cuenca salpicando sangre.

Pero la alegría de Sánchez duró poco. Ramses Gaius tenía unos reflejos tan rápidos como los rayos láser que lanzaba con los dedos. Alzó veloz la mano izquierda y atrapó la piedra justo cuando salía disparada de su cara, sin dejarla alejarse más de medio metro. Se la quedó mirando con el ojo bueno y por un momento Sánchez creyó verlo sonreír. El momento pasó muy deprisa, y Gaius se volvió para enfrentarse a Kid Bourbon. En la nuca de la momia Sánchez vio el agujero de entrada de la bala, que se cerró rápidamente, gracias a los poderes curativos de el Ojo de la Luna.

«Me cago en la leche —pensó el camarero—. Este cabrón es invencible».

—Tú ya has disparado —le gruñó la momia a Kid—. ¡Ahora me toca a mí!

Alzó la mano derecha y disparó un rayo a la figura encapuchada. El rayo alcanzó a Kid en el pecho y lo levantó del suelo para lanzarlo siete metros por los aires hasta estrellarlo contra la tumba egipcia.

¡La leche puta!

Sánchez estaba pasmado ante el poder de Ramses Gaius. Aquel tío era el Hombre de Hierro, Superman y el Increíble Hulk todo en uno. Por suerte la momia parecía haberse olvidado de él y ahora avanzaba a zancadas hacia Kid Bourbon, dispuesto a terminar con él.

Si Gaius lograba acabar con Kid, no tardaría en volver su atención hacia Sánchez y la chica medio desnuda. Uno de los dos sería el siguiente en morir. Por lo menos Sánchez llevaba puestos los pantalones, con lo cual era menos probable que fuera el primero en llamar la atención de Gaius.

Pero la única esperanza que tenían de sobrevivir residía en Kid Bourbon y su afamada destreza. Sánchez tenía que idear alguna manera de distraer a la momia antes de que matara a Kid. Tenía que darle algo de tiempo, porque justo en ese momento el asesino encapuchado parecía aturdido, tirado junto a la tumba.

Sánchez vio que la chica cogía algo del suelo, un pequeño objeto junto a sus tejanos, y que se disponía a lanzarlo. Lo de tirarle cosas a Gaius era una idea relativamente inane, pero era probablemente la única opción de la que disponían en ese momento. Copito le había dicho que fuera un héroe. El único problema era que Copito no estaba allí ahora para indicarle cómo. De manera que sin ninguna idea decente a mano, Sánchez decidió unirse a la de tirar cosas. Se sacó del bolsillo del pecho la petaca. Si la abría por lo menos podría empapar a Gaius de pis, y tal vez eso lo distrajera un poco, o a lo mejor hasta se electrocutaba o algo.

Cuando la chica apuntaba, Sánchez le vio por fin la cara. Era Kacy, la novia

de Dante, y antigua empleada de uno de los hoteles de la ciudad. Decidió que sería mejor dejarla tirar primero, así vería cómo reaccionaba Gaius. Y de verdad esperaba que su puntería fuera tan impresionante como su culo. Sánchez le deseó suerte mentalmente. Kacy echó el brazo atrás y lanzó el pequeño y oscuro objeto con todas sus fuerzas. Sánchez había visto lanzar a otras chicas, y la verdad es que nunca le habían impresionado nada, pero es que la puntería de Kacy era particularmente horrorosa. Aquella cosa falló a Gaius pero de lejos. De hecho, el objeto había salido disparado hacia la cabeza de Kid Bourbon. «Es inútil», pensó Sánchez.

Kid Bourbon se estaba poniendo de rodillas cuando se vio llegar aquella cosa. Reaccionó deprisa y la agarró al vuelo. Era una cosa rectangular, con la forma de un naipe. A lo mejor Kid podría tirársela a Gaius con algo más de fuerza y puntería... si tenía tiempo.

Gaius se detuvo a pocos metros de él y alzó de nuevo la mano. Aquel era el momento de la verdad. Con una fuerza increíble lanzó el brazo hacia Kid, soltando un rayo láser. A continuación todo sucedió muy deprisa. En el momento en que el rayo salía de la mano de Gaius hacia la cabeza de Kid Bourbon, el asesino alzó el extraño naipe y le dio la vuelta. Mientras que una de las caras era negra, la otra brillaba. Era un pequeño espejo de mano.

El rayo láser alcanzó el espejo, se reflejó en él, un destello azul cegador inundó la habitación y el rayo salió disparado hacia la cara de Ramses Gaius. El impacto lo cogió totalmente por sorpresa, y la fuerza formidable de su propio ataque lo lanzó por los aires. El Ojo de la Luna se le cayó de la mano y rebotó en el suelo. Sánchez vio con ojos como platos que el culo de la momia volaba justo hacia él. Por suerte el Señor Oscuro aterrizó de espaldas algo más adelante y se deslizó por el pulido suelo de mármol hasta detenerse con la cabeza en el regazo de Sánchez.

La momia parpadeaba furiosamente con su ojo bueno, obviamente aturdida. Pero aquello no duraría mucho. Efectivamente, al cabo de unos segundos dejó de parpadear y pareció fijar la mirada en Sánchez.

«Oh, oh —pensó Sánchez—. Este se levanta otra vez».

No había otra cosa que hacer. Su única arma era la petaca. Le quitó la tapa y vertió todos sus contenidos sobre Gaius, intentando apuntar a la cuenca vacía del ojo. Pero cuando el pis se vertió, Sánchez se sorprendió al ver que era verde. Qué raro. Su orina era por lo normal de color amarillo oscuro, de vez en cuando un poco marrón, a veces incluso bastante clara. Pero verde, no. Y de pronto se

acordó de que después del altercado con Santa Claus ese mismo día, le había quitado la petaca. Aquel era el líquido verde que causaba parálisis. Vertió todo lo posible sobre la cara de Gaius, algo en la cuenca del ojo y algo en la boca. El veneno le cayó a la lengua y por la garganta. Por la expresión en su ojo bueno era evidente que le estaba provocando un efecto bastante negativo.

El rostro de Gaius se fue entumeciendo poco a poco, como el de Santa Claus. Y Sánchez reconoció de nuevo la expresión de terror en el ojo de su víctima. Gaius logró toser solo una vez, pero fue la última función que realizó su cuerpo. De pronto, todos sus movimientos cesaron. Y sin el Ojo de la Luna no iba a recuperarse muy deprisa. Al darse cuenta de que Gaius estaba indefenso, a Sánchez ya no le importaba nada sostener la cabeza del Señor Oscuro mientras esperaba refuerzos.

Junto a la tumba, Kid Bourbon se puso en pie y se acercó por fin tambaleante. Tenía muy mal aspecto, la verdad. Los rayos láser de Gaius le habían pasado factura. Se agachó para recoger el Ojo de la Luna y se lo tiró a Kacy por encima de unas llamas que todavía ardían en el suelo. Ella le dio rápidamente las gracias y comenzó a gatear hacia Dante.

A continuación Kid se acercó a Sánchez y prácticamente se desplomó sobre el pecho de Gaius. Sánchez se apartó hacia atrás, queriéndole dejar sitio para que hiciera cualesquiera que fueran las cosas horribles que tenía planeadas. Kid agarró la cara del Señor Oscuro y le apretó con fuerza las mejillas.

—Vi lo que le hiciste al chico de la biblioteca —gruñó.

—¿Qué le hizo? —quiso saber Sánchez.

—Le aplastó la cabeza. Se lo pasó de miedo, a costa del pobre chaval.

Sánchez hizo un gesto asqueado.

—Bueno, ya sabes lo que se suele decir.

—No, ¿qué se suele decir?

—Que todo es diversión hasta que alguien pierde un ojo.

Kid asintió.

—Muy cierto. —Dejó de apretar las mejillas de Gaius para mirar a Sánchez. Le goteaba sangre de la boca.

—¿Qué había en esa petaca?

—Ponche de huevo, creo.

—Eso es fatal.

Kid volvió su atención hacia el rostro aterrado de Ramses Gaius, apretó el puño derecho y lo alzó sobre su cabeza. Miró entonces a la momia al ojo,

asegurándose de que tenía toda su atención. Y entonces respiró hondo.

—Esto va por el chico de la biblioteca.

Cincuenta y ocho

Dante notó la mano de Kacy en la mejilla y abrió los ojos. Pocas cosas había tan estupendas en la vida como despertarse y ver a Kacy mirándolo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Dante intentó mover los brazos, pero los tenía firmemente pegados al cuerpo. De hecho no podía mover nada de los hombros para abajo. Yacía boca arriba en el suelo. Estiró el cuello para verse el resto del cuerpo. Estaba envuelto en vendas desde los pies hasta casi el cuello.

—¿Ahora qué coño me has hecho? —gruñó.

—No he sido yo, tonto.

—¿Entonces por qué leches estoy disfrazado de gusano gigante?

Kacy lo miró desconcertada.

—¿Tú cuándo has visto un gusano así?

—En los dibujos animados porno.

—Ya hablaremos de eso.

De pronto Dante advirtió algo de reojo.

—¡El puto suelo está ardiendo! ¿Tú has visto eso? ¡El puto suelo arde!

—Ya.

—Pero ¿qué coño...?

Kacy parecía notablemente serena, teniendo en cuenta las llamas de un metro que ardían a un tiro de piedra de ellos.

—Anda, ven, que te ayudo. —Kacy le levantó los hombros del suelo para incorporarlo.

Dante miró alrededor. Detrás de Kacy, a la derecha del fuego, estaban Kid Bourbon y Sánchez, inclinados sobre el cuerpo de Ramses Gaius. Kid se dedicaba a cortar el cuerpo de la momia con un cuchillo de mango de hueso. También se veían por allí otros cadáveres.

—Vale, no me acuerdo de una mierda. De verdad, ¿qué ha pasado esta vez?
—Entonces se fijó mejor en Kacy—. ¿Y por qué vas en bragas?

—Me han quitado los pantalones. Y antes de que digas nada, deberías saber que tu ropa está también en el suelo, detrás de ti.

—¿Toda mi ropa?

—Sí.

Dante bajó la voz.

—¿Nos hemos puesto a follar aquí?

—No. Te desnudaron los vampiros. Querían joderte bien.

—¿Me querían follar?

—No. Te querían convertir en una momia. Una momia, ya sabes. Para eso eran las vendas. Estate quieto, que te las voy a quitar.

Kacy procedió a desenrollar la venda en torno a sus hombros. Estaba muy apretada. Mientras tanto, Dante intentaba desesperado acordarse de cómo había acabado en aquella ridícula situación. Pero por más que se concentraba, no daba con ello.

—¡Date prisa, joder! —saltó, al ver que el fuego se extendía hacia ellos.

—Si quieres que me dé prisa, estate quieto.

—Estoy quieto.

—Vale, pues entonces cállate.

En cuanto Kacy le liberó los brazos, él mismo se arrancó el resto de los vendajes. Había llegado hasta la rodilla cuando Sánchez se acercó corriendo y agarró a Kacy del brazo.

—¿Todavía tienes el Ojo de la Luna?

—Humm... sí. —Lo cogió del suelo, junto a Dante—. Aquí está. ¿Lo necesitas?

—Sí. Tenemos a una chica medio muerta fuera en el coche.

Kacy le tiró la piedra.

—No la huelas —advirtió—. Dante acaba de sentarse encima de ella.

Sánchez echó un vistazo al cuerpo desnudo de Dante e hizo una mueca de asco.

—¿Y por qué coño la iba a oler?

—No sé. Pareces de esos.

—Sí, ya. Por cierto, tus pantalones están ardiendo.

—¡Mierda!

Tenía razón. Junto al piano de Beethoven, los pantalones de Kacy se habían

prendido. Y las llamas se acercaban también a las zapatillas deportivas. Y empezaba a hacer un calor de cojones.

Kacy se precipitó a coger sus deportivas antes de que desaparecieran como sus tejanos, y Sánchez salió corriendo con el Ojo de la Luna hacia las escaleras, esquivando unas llamas que parecieron lanzarse deliberadamente contra él. Dante se quitó las últimas vendas de los pies y cogió su ropa. Consiguió ponerse los vaqueros y los zapatos, y se iba a poner la camiseta negra cuando advirtió a Kid Bourbon, que arrastraba el cuerpo de Ramses Gaius hacia la tumba hasta que por fin dejó caer a la momia a los pies de Dante. El autoproclamado Señor de los No Muertos tenía ahora las dos cuencas de los ojos vacías, y un enorme agujero en la cara donde antes estaba la nariz. Su cuerpo estaba empapado en sangre y mostraba algunos cortes muy profundos, por gentileza del cuchillo de Kid. Mientras Dante se ponía la camiseta, saludó a Kid alzando el pulgar.

—Ey, tío, gracias por volver a por nosotros.

—Dale las gracias a tu chica. La verdad es que ha dado la cara.

—Sí, Kacy es guay para esas cosas.

Dante agarró a Kacy de la cabeza para atraerla hacia él. No tuvo que tirar mucho. Sus labios se unieron durante varios segundos antes de que Dante se apartase.

—Te quiero, Kacy.

—Yo también te quiero. Y ahora vámonos de aquí a toda leche.

Kid Bourbon agarró a Dante.

—Oye, necesito ayuda para vendar a este cabronazo.

—¿Para qué?

—Tenemos que meterlo en la puta tumba.

—Pero ¿no está muerto ya? —preguntó Dante.

—El tío lleva muerto cientos de años. Tiene que volver a la tumba, si queremos asegurarnos de que no va a volver.

—¿Con el fuego y todo?

—¿Me quieres hacer caso de una puta vez?

—¿Tenemos tiempo? —terció Kacy.

Dante le dio un beso en la mejilla.

—Oye, ¿por qué no te vas tú? Yo salgo en un momento.

—¿Estás de coña?

—No. Anda, vete. A mí no me va a pasar nada.

—¡Sí, hombre! Las últimas dos veces que te dejé solo conseguiste

convertirte en un vampiro y en una momia. Si te dejo otra vez, fijo que acabas de zombi o de hombre lobo.

Kid Bourbon cogió unas vendas a los pies de Dante.

—Como no espabiléis los dos, acabaremos siendo ceniza. Dejad de discutir y ayudadme a vendar a este capullo.

Kacy alzó los pies de Gaius para que Dante y Kid pudieran comenzar a vendarle las piernas. Para cuando tenían todo el cuerpo ya vendado, las llamas se habían extendido hacia las escaleras al otro extremo de la sala, y comenzaba a faltar el oxígeno por la enorme cantidad de humo que se alzaba hacia el techo.

Por fin alzaron el cuerpo de la momia hacia el sarcófago de la tumba, la misma tumba de la que había escapado un año antes. Había llegado el momento de enviarlo de vuelta. Kid lo mantuvo erguido y entre los tres lo metieron en el sarcófago.

—Encaja a la perfección —observó Dante—. Como si se lo hubieran hecho a la medida.

—Y así es —contestó Kacy.

—¿De verdad?

—Ya te lo explico luego.

Un fuerte estrépito a sus espaldas les recordó que no disponían de mucho tiempo. Las patas del piano de Beethoven habían cedido, engullidas por las llamas, y el fuego iba prendiendo rápidamente en otros objetos de la sala.

—¿Hemos terminado? —gritó Dante por encima del jaleo.

Kid asintió.

—Salid de aquí. Yo voy a ponerle la tapa al puto sarcófago.

Kacy tiró del brazo de Dante y echó a andar hacia las escaleras al fondo de la sala. El fuego se extendía con tal rapidez que la única vía de escape pronto quedaría bloqueada. Dante echó un último vistazo a Kid.

—¡Date prisa, tío! ¡No queda mucho tiempo!

Kid estaba cerrando la tumba, aprisionando una vez más a Gaius para toda la eternidad, o hasta que el fuego lo alcanzara. Se volvió hacia Dante y le hizo un gesto.

—Me queda una persona por matar —gritó.

—¿Qué? ¿Quién?

—Elijah Simmonds. Está arriba.

—¿Estás chalado? El tío se habrá largado hace ya rato. Y además no hay tiempo. ¡Aquí te vas a achicharrar!

Kid miró por última vez la tumba de la momia y se echó la capucha sobre la cabeza.

—Siempre hay tiempo para matar a uno más.

Cincuenta y nueve

Había sido un gran día para Elijah Simmonds. Después de matar al capitán de policía se había pasado veinte minutos metiendo todo el dinero de la caja fuerte de Cromwell en un par de maletas. Ahora, muy satisfecho en la antigua mesa de Cromwell, bebiendo un *whisky* doble, calibraba sus opciones. Podía quedarse como director del museo, un puesto que siempre había ambicionado, o sencillamente podía largarse de la ciudad con toda la pasta. La vida era estupenda.

Ya se había tomado dos largos *whiskies* mientras esperaba que James, el guardia de seguridad, llamara para informarle de que Ramses Gaius había terminado de momificar a Dante y Kacy. Era casi medianoche cuando oyó el teléfono. Lo dejó sonar tres veces antes de contestar.

—¿Diga?

—Hola, jefe. Soy James.

—¿Han terminado?

—No. La situación se ha jodido.

Simmonds lanzó un hondo suspiro.

—Mierda. ¿Qué ha pasado?

—Gaius y sus colegas vampiros están fritos. Kid Bourbon se los ha cargado a todos. Y esto está en llamas.

Simmonds se incorporó bruscamente en su butaca de cuero negro.

—¿Qué?

—Que están todos muertos. Lo he visto todo en los monitores que tengo delante. Yo digo que nos larguemos de aquí a toda castaña, jefe. El fuego se está extendiendo. Y he perdido de vista a Kid Bourbon.

—Joder. Llama a los bomberos. ¡Y luego subes de inmediato!

—¿Está de coña? ¡Yo me largo! Nos vemos. Y buena suerte.

James parecía aterrado, lo cual no era de extrañar en realidad. Kid Bourbon ya le había partido la nariz en su encuentro anterior. Normal que ahora quisiera estar lo más lejos posible de él.

—¡James, no cuelgues! —chilló Simmonds—. Tengo aquí cien mil pavos para ti. Sube. No te vayas sin mí. Podemos irnos juntos, será más seguro para los dos. ¿James? ¿Jimmy? ¿Estás ahí? ¿Jim?

La línea se cortó. Esperaba que James lo hubiera oído. Sin duda cien mil dólares serían incentivo suficiente para que subiera a su despacho, ¿no?

Echó un vistazo al cadáver del capitán Dan Harker, en el suelo a su izquierda junto a las estanterías. Había tenido agallas para reventarle la tapa de los sesos. La prueba estaba esparramada por toda la pared. ¿Podría matar otra vez, de ser necesario? Metió la mano en el cajón superior de la mesa, donde guardaba la pistola con la que había matado a Harker. La sacó para mirar el cargador: todavía quedaban cuatro balas. Se metió el arma en los pantalones, a su espalda, y cogió las dos maletas. Al alzarlas sobre la mesa advirtió que pesaban bastante. Aquello era todo un dilema. Si se llevaba las dos maletas, no tendría ninguna mano libre para la pistola. Sopesó frenético qué sería lo mejor. Lo más prudente, sin duda, sería dejar una maleta y salir con el arma lista para disparar. En estas estaba cuando llamaron a la puerta. Se volvió hacia ella apuntando con la pistola con mano temblorosa.

—¿James? ¿Eres tú?

—Sí —se oyó al otro lado la voz del guardia—. ¿De verdad tiene cien de los grandes ahí para mí?

—Sí. Sí, joder. ¡Entra!

Simmonds no dejó de apuntar a la puerta mientras giraba el pomo. Por fin se abrió espacio y apareció James. Se lo veía muy nervioso.

—Mira —dijo Simmonds, señalando una de las maletas encima de la mesa—. Coge una.

James se las quedó mirando. Parecía estar a punto de echarse a llorar. Era evidente que los nervios o la conciencia le estaban jugando una mala pasada. Simmonds le tiró la maleta, que aterrizó a los pies del guardia.

—Venga, Jim. ¡No tenemos mucho tiempo!

James tragó saliva y comenzó a inclinarse despacio. Al principio parecía que era para recoger la maleta, pero pronto se hizo obvio que no tenía tales intenciones.

No podía.

Cayó de rodillas con un golpe seco sobre la maleta llena de dinero. Alzó la vista hacia Simmonds un momento, con un hilillo de sangre en la boca y a continuación se desplomó de bruces. En mitad de su espalda se veía el mango de hueso de un largo cuchillo. Simmonds se lo quedó mirando paralizado. En el umbral de la puerta, justo detrás de James, apareció la oscura silueta de Kid Bourbon. Simmonds se quedó con la boca abierta.

—Oye, no era nada personal —dijo nervioso.

Kid no respondió. Entró en la sala y se inclinó para recuperar su cuchillo de la espalda de James. No parecía haber visto la pistola en la mesa de Simmonds, y el director del museo no necesitó más. Mientras el intruso estaba ocupado arrancando el cuchillo de la espalda de su víctima, él fue a coger el arma.

Con el Ojo de la Luna firmemente agarrado en la mano izquierda, Sánchez salió disparado del museo a los escalones cubiertos de nieve. Los nubarrones comenzaban a abrirse dejando paso a algunos rayos de la luz azulada de la luna. La muerte de Ramses Gaius obraría diversos efectos, el primero de los cuales sería un rápido cambio climatológico.

Copito asomó la cabeza por la ventanilla del coche patrulla. Detrás de ella, los pies de Beth sobresalían en un extremo del asiento trasero.

—¡Sánchez, date prisa!

El camarero miró los escalones helados y decidió que sería más fácil lanzar la gema a Copito, antes que arriesgarse a resbalarse en el hielo.

—¡Toma, cógela! —le gritó.

Y lanzó el Ojo de la Luna por los aires. Se pasó un poco de fuerza, pero Copito brincó como un muelle para cogerla. Los años que había pasado atrapando en el aire las propinas que le tiraban los clientes del Olé Au Lait habían dado su fruto. Volvió a meterse en el coche y se puso a investigar cómo utilizar el Ojo de la Luna para curar la herida abierta del cuello de Beth.

Sánchez se quedó un momento en los escalones, doblado, intentando recuperar el resuello. Empezaba a darse cuenta de lo agotado que estaba después de tanto correteo.

—Sánchez, échame una mano —le pidió Copito—. ¡No sé lo que tengo que hacer con esto!

—Ya voy.

Cuando llegó hasta el coche, estaba muy mareado. Para evitar caerse, tuvo que apoyarse con la mano en el culo de Copito, que sobresalía convenientemente de la portezuela del coche. Echó un vistazo por encima de su hombro para ver lo que pasaba. Copito se inclinaba sobre el cuerpo de Beth, enjugándole la frente

con una mano mientras con la otra presionaba la relumbrante gema azul contra su pecho.

—Venga, Beth —susurró—. Aguanta.

Por lo que Sánchez podía ver, no estaba sucediendo gran cosa. Beth seguía con los ojos cerrados y no se sabía muy bien si respiraba o no.

—Intenta ponerle la piedra en la mano —sugirió.

—¿Así es como funciona?

—Creo que sí.

Copito apretó el Ojo de la Luna contra la palma derecha de Beth. Al principio no pasó nada, pero al cabo de unos segundos la gema comenzó a emitir una tenue luz azul. El resplandor se fue intensificando por momentos, y poco a poco las mejillas de Beth fueron recuperando el color. Por fin abrió los ojos, sonrió a Copito, miró a Sánchez y le sonrió también.

—¿Dónde estoy?

—En el asiento trasero de un coche —contestó el camarero.

—Un coche patrulla —aclaró Copito, apartando la mano de Sánchez de su culo—. Estás a salvo.

Beth tomó aire bruscamente y una expresión preocupada le atravesó el rostro.

—Me raptaron. Me iban a matar. Eso es lo único que recuerdo.

—Ya se ha terminado todo —la consoló Copito, acariciándole la cara—. Están todos muertos, ¿verdad, Sánchez?

Él asintió con la cabeza.

—Huy, sí. Muertos muertísimos.

—¿Lo ves? —Copito se volvió de nuevo hacia Beth—. Ya nadie puede hacerte daño.

Sus palabras tranquilizadoras parecieron obrar el efecto deseado, porque la expresión de pánico de Beth se disipó un poco.

Sánchez consideró su papel en todos los eventos. No lo había hecho nada mal.

—Sabía que todo saldría bien —comentó con aire indiferente—. El otro día escribí los nombres de los malos en *El libro de la muerte*. Por lo visto si escribes el nombre de alguien en ese libro la persona la palma. Deberían darme una medalla.

Pero Beth no parecía haberlo oído, lo cual era de lo más irritante.

—¿Y JD? —preguntó de pronto ansiosa, aferrando con fuerza la mano de

Copito—. ¿Vino a por mí? No me acuerdo.

—¿Quién es JD?

—Kid Bourbon.

Copito sonrió.

—Huy, sí, sí que fue a por ti. A lo bestia. Hay un montón de cadáveres gracias a él.

Una lágrima apareció en el ojo de Beth.

—¿Ha matado a más gente? —Era una pregunta solo a medias.

—Le pegó un tiro a un tío en la polla —apuntó Sánchez.

Copito volvió a acariciar la cabeza de Beth.

—Todos se lo merecían —se apresuró a añadir—. Lo hizo por ti.

—Ya lo sé —dijo Beth, enjugándose la lágrima—. Es solo que... en fin...

—¿Es difícil de asimilar?

—No, no es eso. Me siento un poco tonta diciendo esto. Vas a pensar que estoy chiflada.

—En esta ciudad todos están chiflados —aseguró Copito.

Beth sonrió por fin.

—Lo quiero cuando mata gente.

Copito sonrió también.

—Pues ha matado a un mogollón, así que ha de quererte a ti también.

De pronto el suelo tembló y al momento se oyó un ensordecedor estampido, como si una bomba hubiera estallado en el museo. A esto siguió el ruido de cristales rotos y una súbita ola de calor salió del edificio. Sánchez casi se cayó de espaldas. Ahora salía humo de las ventanas de la segunda planta.

—¡Hostia puta! El fuego se ha extendido muy deprisa —comentó, protegiéndose los ojos con la mano.

Copito dio unos pasos hacia la entrada principal.

—Dios mío. ¿Quién queda ahí dentro?

Pero antes de que Sánchez pudiera contestar, Dante y Kacy salieron corriendo a la calle. Los dos parecían conmocionados y tenían la cara cubierta de hollín. Y Kacy iba en bragas.

Sánchez dio un codazo a Copito.

—Tienen peor aspecto que tú.

—¿Qué?

—Quiero decir, que tienen la cara negra, ya sabes, un poco como tú, pero peor.

Copito suspiró.

—No me explico que no tengas pareja —masculló.

Antes de que Sánchez pudiera contestar, Kacy gritó:

—¡Mierda! ¡Tengo la espalda ardiendo!

La camiseta había prendido fuego, y las llamas oscilaban peligrosamente cerca de su pelo. Dante reaccionó con rapidez y la tiró al suelo para darle vueltas en la nieve. Copito se apresuró a ayudar, apagando algunas llamas que todavía ardían bajo las mangas de la sudadera.

—¡Quitádmela! ¡Me estoy quemando! —chilló Kacy.

Sánchez corrió a ayudar a Copito y Dante a quitarle la sudadera. Por suerte, antes de que llegara ya se la habían arrancado, y ahora yacía en la nieve todavía humeando. Kacy yacía en el suelo en ropa interior.

—¿Estás bien? —le preguntó Dante—. ¿Tienes alguna quemadura?

Copito la ayudó a incorporarse sentada y le quitó algo de ceniza de la espalda. Kacy se frotó los brazos.

—Creo que estoy bien. Menos mal que no siento el frío.

Dante le dio un beso en la frente.

—Tú siempre estás mejor que bien.

Una vez llegaron a la conclusión de que había salido indemne de las llamas, Kacy se puso en pie y se sacudió. Dante le echó el brazo por los hombros para estrecharla contra él y quitarle algo de nieve del pecho. Sánchez advirtió que la ropa interior estaba empapada y se trasparentaba bastante. Por pura cortesía decidió no mencionarlo.

—¿Dónde está Kid Bourbon? —preguntó Copito.

Dante se encogió de hombros.

—Fue a por el director del museo. Tenía una cuenta que saldar con él, creo.

Beth asomó la cabeza por la portezuela del coche.

—¿Ha ido detrás de Elijah Simmonds?

—Sí. Y lo atrapará, no te preocupes.

—Pero ¿y el incendio?

Otra fuerte explosión en el museo ahogó todos los sonidos. Algunas ventanas de las plantas superiores se rompieron, provocando una lluvia de cristales rotos no lejos de ellos.

Dante tiró del brazo de Kacy para sacarla a la carretera, lejos del peligro.

—Mirad —dijo, señalando el cielo—. Está saliendo la luna llena entre las nubes.

—¿Significa eso que podemos volver a ser humanos? —preguntó Kacy.

—Sí. Deberíamos hacerlo ahora. ¿Dónde está el Ojo?

Copito señaló el coche.

—Debería tenerlo Beth.

—¿Es eso? —Beth alzó la piedra azul.

—Sí —contestó Dante—. ¿Me lo quieres tirar?

Beth la lanzó y Dante la atrapó en el aire y plantó un beso en la frente de Kacy.

—¿Lista, churri?

—Claro. ¿Qué tenemos que hacer?

—Quedarnos a la luz de la luna y alzar la piedra. Te ilumina con una luz alucinante y todo el mundo te puede ver en kilómetros a la redonda. Y al cabo de un rato, vuelves a ser humano. Creo.

Kacy le dio un suave golpe en las costillas.

—¿Y no podemos hacerlo en un sitio algo más íntimo? Me siento un poco desnuda, la verdad. No sé si quiero que me iluminen para que todo el mundo me vea.

La sirena del camión de bomberos que se acercaba los ayudó a tomar una rápida decisión.

—Nos largamos de aquí —anunció Dante—. ¿Quedamos para más tarde en algún sitio?

Copito miró a Sánchez.

—¿Y si nos vemos para tomar una copa en el Tapioca? Allí podremos pensar qué historia le vamos a contar al capitán.

Sánchez se encogió de hombros.

—Muy bien. Aunque yo normalmente me voy inventando la historia a medida que la policía me interroga sobre lo que sea.

—¿Y qué tal te ha ido con eso? —quiso saber Copito.

—Tengo fama de mentiroso. Ya se lo esperan.

—Pues quedamos así —los interrumpió Dante—. Nos vamos al Tapioca cuando hayamos terminado con lo nuestro.

—Vale —contestó Sánchez—. Nos vemos allí en una hora.

Dante y Kacy corrieron a un callejón y desaparecieron de la vista justo antes de que llegara el coche de bomberos. Mientras los hombres se preparaban para apagar el fuego, Sánchez sugirió a Copito:

—Deberíamos largarnos de aquí. Probablemente tendríamos que llevar a

Beth al hospital, después de todo lo que ha pasado.

—¿No podemos esperar para ver si JD está bien? —preguntó Beth desde el coche—. Yo me encuentro perfectamente.

Copito se asomó al coche para ver mejor a Beth.

—¿Tú te has mirado al espejo?

—No —contestó Beth insegura—. ¿Tengo mal aspecto?

Copito sonrió.

—La cicatriz que tenías en la cara ha desaparecido.

Beth tragó saliva.

—¿Qué?

—Mírate en el retrovisor. Estás guapísima.

Sánchez se asomó por encima del hombro de Copito para ver si era verdad. Y, efectivamente, la cicatriz de Beth había desaparecido gracias a los poderes curativos de el Ojo de la Luna.

—Tiene razón —convino—. Estás guapísima. Una pena que lleves la camiseta llena de sangre, porque estropea un poco el efecto.

Beth se miró en el espejo y se pasó los dedos por donde antes tenía la cicatriz.

—No me lo puedo creer —susurró—. Después de tanto tiempo... ¡no está!

Estaba tan exultante ante su nueva imagen, que apenas oyó los disparos que sonaron dentro del museo.

Sesenta y uno

El agente especial Richard Williams había visto de todo durante sus veinte años en el FBI, pero el expediente que acababa de leer sobre los eventos en Santa Mondegá rayaban en el absurdo. Un antiguo colega suyo, el detective Miles Jensen, había estado destinado en aquel villorrio de mierda un año anterior y había desaparecido sin dejar rastro, entre rumores de actividades sobrenaturales.

Williams había mantenido una mente abierta sobre el asunto, pero ahora, sentado en el despacho acristalado del capitán, con los dos policías que habían cumplimentado el informe sobre la última de las muchas matanzas de la ciudad, estaba convencido de que le estaban tomando el pelo.

Los dos policías parecían medio retrasados. El primero, Sánchez García, llevaba orgulloso un uniforme de patrulla de carretera, con las gafas de sol y el sombrero Stetson todavía puestos. La otra, la oficial Copito Munroe, se tomaba obviamente en serio su papel de policía, pero parecía demasiado inofensiva. Contestaba las preguntas de Williams con gran sobriedad.

—Esos son los eventos exactamente tal como ocurrieron —concluyó.

Williams forzó una falsa sonrisa.

—Ya —dijo, reclinándose hacia atrás en la butaca—. Lo voy a resumir en voz alta, para ver si lo he entendido bien. Según ustedes, la ciudad fue tomada por una momia que creó un ejército de vampiros y hombres lobo para llevar a cabo su plan de dominar el mundo.

—Eso es —asintió Sánchez.

—Ajá. Y estos vampiros y hombres lobo son los responsables de todos los asesinatos de la ciudad.

—De la mayoría —apuntó Copito—. A muchos de los niños los asesinó Santa Claus.

Williams respiró hondo y se aflojó la corbata.

—Claro, claro. Santa Claus es el responsable de todos los asesinatos de niños. Y luego, por supuesto, está Kid Bourbon, quien, según ustedes, salvó a la ciudad de los no muertos.

—Él hizo su parte —observó Sánchez—. Pero en total fue una labor de equipo.

—Una labor de equipo, ya. —Williams dejó de jugar con la corbata y se pasó los dedos por el ralo pelo canoso. Aquello era exasperante.

—Bueno, ¿y cuál de ustedes incendió el museo?

—Esa fue la momia —contestó Sánchez—. Con unos rayos láser que lanzaba con las manos.

—Rayos láser, claro, claro. —Williams se lo quedó mirando. Aquel imbécil vestido de patrullero de carretera había mantenido la cara seria durante todo el interrogatorio—. Me parece interesante eso que dice también el informe: que le prendió usted fuego a Santa Claus en la calle, delante de un grupo de Niñas Girasol.

—Así es.

—Bien hecho. ¿Está seguro de que no le prendió fuego también al museo?

—Segurísimo.

Williams intentó mirarle a los ojos, pero no veía nada a través de las gafas oscuras de Sánchez.

—Muy interesante —reflexionó—. La Casa de Ville también ardió. Y allí tampoco hubo supervivientes. Y usted estuvo allí también esa noche, antes de ir al museo, ¿no es así?

—Correcto.

—Parece que los incendios le siguen a todas partes, señor Sánchez.

—Pues sí. Pero peor es que te sigan las moscas.

Williams dominó el impulso de lanzarse a su cuello. Quería a aquellos dos idiotas fuera de su despacho y fuera del cuerpo de policía lo antes posible. Se tomó un momento para calmarse antes de proseguir.

—Sostiene también que un libro llamado *El libro de la muerte*, que robó de la biblioteca, provocaba la muerte de toda persona cuyo nombre se escribiera en él.

—Sí.

—El libro ardió también en el incendio, junto con otro libro... Perdón —hizo un pausa buscando el efecto dramático—, otro libro «mágico» que, según usted, mata vampiros.

—Lo de la magia lo puedo confirmar yo —terció Copito—. Utilicé el libro para matar a la reina de los vampiros. Y a una bibliotecaria.

—No me diga. —Williams estaba convencido de que le estaban tomando el pelo, pero los dos parecían muy serios—. Y, a pesar de todo, las pruebas que podrían respaldar lo que dice este informe ardieron en los incendios del museo y la Casa de Ville. De lo más conveniente, ¿no les parece?

—Al contrario —protestó Copito—. A mí me parece de lo más inconveniente. Es obvio que no se cree usted ni una palabra del informe, así que las pruebas nos habrían venido muy bien. ¿Verdad, Sánchez?

—Ajá.

Williams cerró la carpeta abierta del informe sobre la mesa.

—Bien. A ver si dejamos esto claro. Ustedes dos declaran muy ufanos haber utilizado un par de libros para derrotar a un ejército de vampiros.

—Y hombres lobo —apuntó Sánchez.

—Y hombres lobo —repitió cansado Williams.

—Y ahora que lo pienso —añadió Sánchez—, en un momento dado también le di un porrazo a un zombi en la cabeza.

Williams ignoró esto último.

—Y dígame, ¿cuántos nombres escribió usted en *El libro de la muerte*, Sánchez?

—Solo los de la momia y la reina de los vampiros —contestó el otro con orgullo.

—Solo los de los malos, ¿eh? ¿Y el de Elijah Simmonds? ¿Escribió su nombre también en el libro?

—¿Quién es ese?

—El director del museo. En el incendio se encontraron sus restos quemados, junto con los de un guardia de seguridad llamado James Beam. Según la autopsia, Simmonds se pegó un tiro en la cabeza con una Desert Eagle, y a Beam lo apuñalaron. Aunque es difícil saberlo a ciencia cierta, porque no quedó gran cosa de ninguno de ellos después del fuego. Ninguno de ustedes dos ha mencionado nada de esto en el informe. ¿Eran Simmonds y Beam también vampiros?

Sánchez enarcó una ceja.

—¿Jim Beam está muerto?

—Sí. ¿No sabe nada al respecto?

—No.

Copito le dio un empujón de broma a Sánchez.

—Jim Beam —dijo, echándose a reír—. Quería decírtelo antes, la botella de Jack Daniel's que le diste a Rick estaba llena de Jim Beam. Anoche la probé.

Sánchez se encogió de hombros.

—Es que no me quedaba Jack Daniel's, así que cogí una botella vacía y la rellené de Jim Beam. Me imaginé que Rick no sabría distinguirlos.

Williams descargó un palmetazo sobre la mesa.

—Perdón, ¿les importa? Estoy intentando establecer lo sucedido en este caso.

—Es muy sencillo —dijo Sánchez—. Todo el mundo ha muerto. Fin.

—Usted es idiota —le espetó Williams—. No tengo ni idea de cómo les dejan llevar un uniforme.

—¿Hemos terminado?

—Todavía no. Hay una última cosa en el informe que quiero que me aclaren. ¿Qué pasó con Kid Bourbon? Según ustedes, estaba en el museo cuando se incendió.

—Eso es.

—Pues no se ha encontrado su cuerpo. Todos los cadáveres que se sacaron del fuego han sido identificados, y él es el único que falta.

Sánchez y Copito se encogieron de hombros.

—Díganme —insistió Williams—. ¿Qué ha sido de él?

Sánchez alzó una mano vacilante.

—A lo mejor todavía está en el museo.

Williams frunció el ceño.

—Una vez leí que un gato había sobrevivido seis meses en una casa que se había quemado. Por lo visto vivía a base de comerse la ceniza.

Williams ya no podía más. Quería largarse de Santa Mondegá lo antes posible. Su primera prioridad era resolver aquel caso con la máxima discreción y emplear un nuevo cuerpo de policía. Aquellos dos idiotas eran los últimos restos del antiguo régimen. Ahora forzó una radiante sonrisa.

—Muy bien, hemos terminado —declaró alegremente—. Quedan ustedes relevados. El cuerpo de policía ya no requiere de sus servicios.

Copito se sorprendió.

—¡Pero yo no tengo otro trabajo!

—Ese no es mi problema. Su puesto aquí era temporal, de todas formas. He hecho llamar a treinta oficiales con experiencia, y ellos se encargarán de todo.

Entreguen las placas en recepción al salir. La ciudad quiere darles las gracias y blablablá.

—¡Pero no es justo! —protestó Copito—. Necesito este trabajo. El Olé Au Lait va a cerrar, y yo no tengo otra cosa.

Williams se encogió de hombros.

—Pues mala suerte. Pero la vida no es justa, guapa. —Cogió el informe y lo blandió en el aire—. De todas formas creo que te has equivocado de profesión. A juzgar por el informe que has escrito, no me cabe duda de que encontrarás trabajo escribiendo horóscopos. Se trata de inventarte idioteces y esperar que la gente se las crea.

Copito fingió sonreír.

—Gracias por nada. —Se levantó para marcharse, pero no sin antes añadir —: No debería bromear con los horóscopos, ¿sabe? Ya he leído el mío esta mañana y decía que debería acostarme con mi jefe. Pero como acaba de despedirme, usted se lo pierde.

—Lo superaré.

Sánchez se animó enseguida.

—A mí me vendría bien una nueva encargada de cocina en el Tapioca.

—¿De verdad? —preguntó Copito.

—Sí. Ahora que el Olé Au Lait va a cerrar hay un nicho en el mercado para un bar de desayunos.

—¡Me encantaría! —se entusiasmó Copito.

—Bien. Pues el trabajo es tuyo. Será agradable tenerte por allí por las mañanas.

Williams estaba perplejo.

—Perdonen, ¿les importaría largarse de una puta vez de mi despacho? Acabo de despedirlos, ¿se acuerdan?

Sánchez se puso en pie.

—¿Podemos quedarnos con los uniformes?

—Sí. Y ahora largo de aquí.

Copito cerró de golpe la puerta al salir y Williams lanzó un suspiro de alivio. Pasar la mañana con un par de cretinos había resultado exasperante. Guardó el informe en el cajón superior de su mesa y sacó el periódico local, el *Santa Mondega Universal Times*. Echó un vistazo a las primeras páginas buscando los artículos sobre la última matanza. Al llegar a la página de los horóscopos sonrió interiormente. De normal no los leía nunca, pero decidió romper el hábito

después de la charla con Copito. La astróloga autora se hacía llamar «Sally Melones». «Verás qué risa», se dijo Williams. Buscó «Piscis» y leyó:

«Urano te dará la fuerza para tomar una importante decisión. Si quieres avanzar en tu carrera, atrévete y acuéstate con tu jefe. Podría ser el comienzo de algo especial». El agente del FBI se quedó boquiabierto. Copito no había hablado en broma. Por unos momentos se imaginó follándosela sobre la mesa del despacho. La chica no estaba nada mal, y seguro que también follaba de miedo. Tras un momento pensativo, meneó la cabeza y se echó a reír. Copito parecía bastante tonta, pero ni siquiera ella sería tan estúpida como para seguir un horóscopo tan al pie de la letra.

Sesenta y dos

El Rae's Diner era un hervidero de actividad por primera vez en mucho tiempo, y todos los clientes parecían estar de buen humor por primera vez. Todos se deseaban buenos días, cuando antes nadie hablaba con nadie a quien no conociera. Las cosas habían cambiado en Santa Mondegá. El sol brillaba y los días en los que los no muertos acechaban en los callejones eran un recuerdo lejano.

Kacy mordisqueaba una patata frita. Dante, sentado frente a ella en la mesa junto a la ventana, ataviado con una de sus indiscretas camisas hawaianas, engullía patatas de tres en tres y de cuatro en cuatro con una mano, mientras con la otra se llevaba de vez en cuando la hamburguesa a la boca. Dante había convertido la ingesta de comida basura en un arte. Además de engullir las patatas y la hamburguesa, bebía por una pajita de un vaso de cola grande.

—¿Qué, te gusta? —preguntó Kacy.

Dante lanzó un gruñido de aprobación y asintió con la cabeza. No se había dado cuenta de que ella apenas tocaba la comida. Aunque la hamburguesa con patatas era mucho más nutritiva que su anterior dieta de sangre, Kacy no había recuperado el apetito desde que volvió a ser humana. Todavía seguía preocupada por cosas en las que Dante ya ni siquiera pensaba. Como, por ejemplo, qué hacer con el Ojo de la Luna.

Por fin terminó la patata frita y comenzó a toquetear la piedra azul que llevaba colgada al cuello de una cadena de plata. Descansaba sobre su generoso canalillo, que asomaba por el bajo escote de su camiseta blanca.

—Creo que ya no quiero esto —dijo.

Dante se encogió de hombros.

—Pues pásamelo, que me lo como yo.

—No digo la comida. El Ojo de la Luna.

Dante dejó de engullir un momento para mirarla, con una inusitada expresión preocupada.

—¿Qué? —exclamó por fin, con la boca llena.

—Creo que deberíamos librarnos de la piedra.

—¡Pero si vale una fortuna!

—Ya lo sé, pero trae mala suerte. Mira la cantidad de gente que ha muerto por su culpa.

Dante se frotó las manos y cogió una servilleta para limpiarse la grasa de los dedos.

—Esa piedra puede evitar que te pongas enferma, y nadie te puede hacer daño mientras la lleves. ¿Por qué renunciar a ella? —Bebió otro sorbo de cola antes de proseguir—. Ninguno nos pondremos enfermos nunca más.

—Puede, pero siempre tendremos que estar alerta —razonó Kacy—, porque la gente está dispuesta a matar por ella. La Dama Mística nos lo dijo, ¿te acuerdas?

Dante se quedó pensativo un momento.

—¿Te refieres a la vieja a la que se le cayó la cabeza?

—No se le cayó. Alguien la decapitó.

—Pues ya ves. Estaba como un cencerro.

—A pesar de todo tenía razón. Mucha gente ha muerto por causa de esta piedra.

Dante cogió una patata frita, pero por una vez no se la metió directamente en la boca.

—Bueno, yo pensé que Kid Bourbon iba a venir a por ella.

—Ha pasado una semana ya. Si pensaba venir a por ella, ya lo habría hecho.

—Sí, supongo. ¿Qué quieres hacer entonces?

Kacy miró por la ventana. El restaurante estaba situado en el paseo marítimo del puerto.

—¿Y si la tiro en la punta del muelle? —preguntó, esperando que Dante no se enfadara.

Él se la quedó mirando un momento, como queriendo ver si hablaba en serio. Por fin se limpió algo de *ketchup* de la comisura de la boca y se chupó el dedo.

—Si la tiramos y te pones mala algún día, ¿vamos a venir aquí a buscarla en el fondo del mar?

—No. Los poderes curativos de esta cosa interfieren con las fuerzas de la naturaleza. Quiero que envejezcamos juntos y que nos enfrentemos a lo que la

vida nos ponga por delante.

Dante sonrió. Era su sonrisa de niño, la que empleaba cada vez que quería convencerla para hacer cualquier cosa.

—Envejecer juntos, ¿eh?

—Sí.

—¡La cuenta, por favor! —pidió Dante, antes de volverse de nuevo hacia Kacy—. Pues vamos a tirar esa puta piedra. Lo que más quiero en este mundo es envejecer contigo. Vámonos ahora mismo y la tiramos al mar.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Después de pagar echaron a andar por el paseo hacia el muelle. El sol brillaba y la nieve había desaparecido hacía mucho sin dejar rastro. Dante rodeaba los hombros de Kacy, dándole algún que otro apretón de vez en cuando. Era genial volver a estar juntos como humanos, y no correr peligro para variar. Por el paseo se veían muchas otras parejas de enamorados y familias, y todo el mundo parecía contento y despreocupado.

—¿Sabes? —comenzó Kacy—. Al final nunca fijamos la fecha para la boda, ¿no?

Dante se detuvo.

—¿Qué boda?

—Tú te declaraste justo antes de que nos metiéramos en este jaleo, ¿te acuerdas?

Dante se rascó la cabeza con expresión perpleja.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando fuimos a ver a la adivina de la feria.

—¿Eh? ¿Y entonces dónde está tu anillo de compromiso?

—No tengo ningún anillo.

Dante se metió la mano en el bolsillo de los tejanos para sacar algo.

—¿Estás segura?

A Kacy le chispearon los ojos. Lo que Dante le ofrecía era un anillo, una fina alianza de oro con un pequeño diamante rosado en forma de corazón.

—¡Ay, Dante! —balbuceó Kacy, sin encontrar palabras que describieran cómo se sentía.

Dante le cogió la mano derecha y le puso el anillo.

—Yo me arrodillaría, pero para ser sincero, la verdad es que paso un huevo de ese rollo.

Pero Kacy apenas lo oyó. Estaba mirando el anillo en su dedo. Era precioso, exactamente el que ella hubiera elegido. Y le venía a la perfección. Loca de alegría, le echó los brazos al cuello y le plantó un beso enorme en los labios. Él le puso las manos en el culo y apretó con fuerza. Al cabo de unos segundos Kacy se apartó, mirando de nuevo el anillo.

—¿Cómo sabías que me iba a gustar? —preguntó, sin poder disimular la sorpresa en su voz.

Dante se encogió de hombros.

—Es rosa, de oro y caro. Hasta ahí llego hasta yo.

—Me encanta —exclamó ella, incapaz todavía de apartar la vista de él.

—Todo es poco para mi chica.

Siguieron andando por el paseo hasta llegar al viejo muelle de madera que se adentraba en el mar. Mientras pasaban por encima de los desvencijados tablones, Kacy alzó la vista. Al final del muelle, una solitaria figura miraba el horizonte. Era Beth. Llevaba unos tejanos negros y rotos y una rebeca azul con capucha. Tenía las manos metidas en los bolsillos.

—¿Qué estará haciendo aquí? —preguntó Dante.

—Supongo que es un sitio agradable si quieres apartarte de todo para pensar un poco —opinó Kacy.

—También es un buen sitio si quieres que te atraquen.

Kacy le dio un codazo en las costillas para que bajara la voz.

—No seas así.

Beth debió de oírlos, porque se volvió hacia ellos enjugándose los ojos. Era evidente que había llorado.

—Hola, Beth —saludó Kacy con una sonrisa.

—Hola —sonrió Beth también—. ¿Qué hacéis por aquí?

Kacy tendió la mano para enseñarle su nuevo anillo de compromiso.

—¡Dante me acaba de regalar esto!

—¡Vaya! ¡Es precioso! —exclamó, acercándose para verlo mejor.

—Gracias.

Mientras las dos admiraban el anillo, Dante comentó:

—Beth, todavía tenemos el Ojo de la Luna, pero ya no lo necesitamos. ¿Lo quieres tú?

Beth negó con la cabeza.

—Esa cosa no trae más que problemas.

Kacy se soltó la cadena del cuello y tendió hacia Beth la gema.

—Estábamos pensando en tirarlo al mar.

—¿Os importa que lo haga yo? —pidió Beth.

—Todo tuyo.

—¿Quieres conservar la cadena?

—No, da igual —contestó Kacy—. No vale nada. Tíralo todo junto si quieres.

—¿Seguro?

—Sí. A tu bola. Tíralo con todas tus fuerzas.

Beth se quedó mirando el colgante que tenía en la mano. El Ojo de la Luna era una piedra maravillosa, pero había sido la causa de muchas muertes en Santa Mondegá. Y tenerla era peligroso. Se volvió hacia Kacy con lágrimas en los ojos.

—¿Sabes? La última vez que tiré un collar desde este muelle, JD volvió conmigo.

Kacy le frotó con cariño el brazo.

—Razón de más para que tires este. Podría ser la señal que te devuelva de nuevo a JD.

Las dos se abrazaron un momento, y Kacy supo, por la manera en que Beth la estrechaba, que sería una buena amiga. Por fin Beth se alejó hacia el extremo del muelle. Echó un último vistazo al Ojo de la Luna y lo lanzó con fuerza al mar. La piedra cayó con un suave ruido y se desvaneció bajo las olas. Beth no se volvió de inmediato. Se quedó mirando el horizonte, como esperando que le diera alguna respuesta.

Dante rodeó la cintura de Kacy por detrás con los brazos.

—Es como el final de *Top Gun*, ¿no? Cuando Maverick tira las placas de Goose al mar, ¿te acuerdas?

Kacy apoyó la cabeza en su hombro.

—Cariño, esto no se parece en nada a *Top Gun*.

—Que sí.

Estuvieron discutiendo un rato sobre la relevancia de *Top Gun* mientras Beth miraba el mar. Por fin los tres se marcharon del puerto y se encaminaron al Tapioca para celebrarlo.

Sesenta y tres

Seis meses más tarde

Sánchez odiaba que entraran desconocidos en su bar. Por desgracia para él, a la muy jodida de Copito le encantaba, y se pasaba la vida organizando eventos para atraer nuevos clientes al Tapioca. Sánchez se ponía de los nervios, pero tenía que admitir de mala gana que Copito había transformado el local y los beneficios habían subido gracias a sus esfuerzos. Por primera vez en la vida, en el Tapioca iba a celebrarse la fiesta de una boda: la de Dante y Kacy, que acababan de casarse en la Iglesia de la Bendita Santa Úrsula. A Sánchez le caían bien los dos, de manera que por respeto (y porque se lo había prometido a Copito) había escondido la botella de pis y solo servía bebidas auténticas para variar.

Copito estaba detrás de la barra con otra nueva empleada, Beth *la Chiflada*. Las dos habían sido damas de honor y todavía llevaban los vestidos de color rosa que Kacy había elegido para ellas, pero en lugar de disfrutar de la fiesta estaban ocupadas preparando un bufé para los demás invitados. Beth había resultado estar mucho menos chiflada de lo que Sánchez había creído. Era una chica trabajadora y se llevaba muy bien con Copito, de manera que tenía que cortarse de llamarla la Chiflada delante de Copito, si no quería llevarse un pescozón. Además, Beth le daba pena. Kid Bourbon había desaparecido y era obvio que Beth se sentía sola y estaba desesperada por saber qué había sido de él.

Dante estaba sentado en un taburete en la barra, con un elegante esmoquin, bebiendo una botella de cerveza El Mono Cagón. Charlaba con Sánchez cada vez que el camarero tenía un momento libre. Sánchez nunca lo había visto tan distinguido. Claro que Sánchez tampoco había estado tan elegante nunca. Él también iba de chaqueta, con un traje amarillo que había escogido él mismo en el mercadillo.

Dante apenas había apartado la vista de Kacy en todo el día, y Sánchez reconocía aquella mirada, porque él mismo hacía ya unos meses que miraba de la misma manera a Copito.

—Desde luego está guapísima con ese vestido de boda —comentó.

—Sí —convino Dante—. Mira qué contenta está, charlando con todo el mundo.

Kacy estaba junto a una mesa en un rincón, con un precioso traje blanco de novia y una copa grande de vino en la mano.

—¿Quiénes son esos con los que está hablando? —quiso saber Sánchez.

—Ni puta idea. Está como una cuba, colega. Cuando se pone así habla con todo cristo. Creo que esa gente ni siquiera estaba en la boda.

—¿Y aquel tío? —dijo Sánchez, señalando con la cabeza a un desconocido que acababa de entrar en el Tapioca y se encaminaba hacia la barra.

Dante se lo quedó mirando un momento.

—Espero que no sea un primo perdido o algo así. Mira qué pinta lleva.

Como todos los desconocidos en Santa Mondegá, este tenía una pinta bien rara. Debía de contar unos cuarenta y pocos años y cojeaba ligeramente. Iba sin afeitar y desaliñado, con un sucio abrigo gris que estaba pidiendo a gritos un buen lavado, y unos pantalones negros cogidos al cinto con una cuerda.

El hombre se sentó en la barra junto a Dante.

—Eh, camarero, ¿me pones un ron negro, por favor?

Sánchez se arrepintió de inmediato de haber dejado guardada la botella de pis. Cogió de mala gana un vaso limpio y sirvió un ron auténtico que dejó sobre la barra.

—Tres pavos.

El hombre se sacó del abrigo un billete de cinco.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a una tal Beth Lansbury?

En el bar se produjo un silencio, y antes de que Sánchez pudiera contestar, Beth y Copito salieron de la cocina para ver quién había hecho la pregunta.

—¿Quién quiere saberlo? —replicó por fin Sánchez.

—Yo, evidentemente. Por eso lo he preguntado.

Sánchez no era de los que se preocupan por nadie, pero sabía que cualquier enemigo de Kid Bourbon podría acudir buscando a Beth, de manera que se hizo el duro.

—¿Para qué quieres verla?

—¿Sabes dónde está?

—Eso depende de cuáles sean tus intenciones.

—Tengo algo para ella.

—Me lo puedes dar a mí, que ya se lo pasaré.

La sala permanecía en silencio. El único ruido provenía de las aspas del enorme ventilador del techo, que giraban perezosamente.

El hombre olisqueó el vaso de ron y bebió un trago.

—Tú eres Sánchez, ¿verdad? —preguntó, dejando el vaso en la barra.

—Podría ser.

—Sí, ya me dijeron que eras un capullo.

Dante se inclinó y le dio un golpe en el brazo.

—Eh, colega, cuidadito con lo que dices.

Sánchez apartó a Dante con un gesto.

—No pasa nada, me han llamado peores cosas.

El desconocido suspiró.

—Os voy a explicar por qué estoy aquí.

Sánchez sacó un trapo y comenzó a limpiar la barra para dar la impresión de no estar interesado.

—Ya estamos. Ahora nos va a contar una historia.

El hombre miró en torno a él, y viendo que todo el mundo le prestaba atención, alzó la voz para que todos pudieran oír lo que tenía que decir.

—Vengo de una pequeña comunidad en el sur. Un pueblo llamado Lakeland. ¿Alguien ha oído hablar de él?

Nadie contestó.

—Bueno, el caso es que durante años tuvimos allí un problema con un grupo de moteros. Unos tíos de cuidado. No eran Ángeles del Infierno ni nada de eso. Qué va. Eran mucho peores. Solo salían por la noche. Y por la mañana nos encontrábamos a los vecinos muertos por las calles. Bueno, eso si encontrábamos lo que quedaba de ellos. Estos motoristas hicieron cosas indescriptibles a la gente de nuestra comunidad. Canibalismo y todo. Cosas que no podéis ni imaginar. Hasta donde me llega la memoria, todos habíamos vivido siempre aterrorizados. A veces nos dejaban en paz unos meses, pero de pronto volvían. Entraban en las casas y sacaban a los niños de sus camas. Nosotros estábamos indefensos, porque cualquiera que les hiciera frente acababa muerto, después de haber sido torturado de manera ritual. A algunos incluso se los comieron vivos en la calle.

Sánchez tosió.

—Tú sabes que aquí estamos celebrando una boda, ¿verdad?

—Ah, sí. Lo siento. —El hombre alzó las manos en un gesto de disculpa y miró a Kacy—. Un vestido muy bonito.

—Gracias —dijo Kacy, radiante—. Me lo ha hecho Frank Summers especialmente para mí.

—Qué detalle. —El hombre se volvió hacia Dante y preguntó—: ¿Está borracha?

—Sí.

—Ya. Bueno, en fin —el hombre alzó de nuevo la voz—. El caso es que hace un mes llegó un hombre a la ciudad. Un tío de aspecto patibulario, de esos a los que más vale no acercarse. Y... bueno, lo cambió todo.

Beth, que había permanecido detrás de Copito todo el rato, se adelantó ahora.

—¿Cómo era?

—Es difícil decirlo. En realidad nunca dejó que se le viera mucho la cara. La llevaba oculta bajo una oscura capucha casi siempre. Pero tenía una voz muy grave.

—¿Cómo se llamaba?

El hombre se encogió de hombros.

—Nunca nos dijo su nombre. Solo lo conocíamos como el hombre que bebía *bourbon*. Por lo menos así es como lo llamábamos antes de que saliera a la calle a enfrentarse él solo a todos los moteros. Eso no lo olvidará nunca nadie del pueblo. Me estremezco solo de pensar en lo que hizo. Pensábamos que los moteros eran unos salvajes sedientos de sangre, pero aquel tío era mucho peor que todos ellos juntos. Hoy en día lo conocemos como el hombre que salvó nuestro pueblo. Lakeland es otra vez un sitio agradable para vivir. Qué demonios, hasta se puede salir de noche. —El hombre bebió otro trago de ron antes de añadir—: Aunque nadie lo hace.

Beth apartó a Sánchez para poder hablar con el desconocido.

—Yo soy Beth Lansbury.

El hombre sonrió.

—Me alegro mucho de conocerte, Beth.

—El hombre del que hablas se llama JD. ¿Sabes dónde está?

El desconocido bebió de nuevo y depositó el vaso sobre la barra.

—¿Me pones otra copa? —pidió a Sánchez.

—¿Ron?

—Sí. Esta vez que sea doble.

Sánchez sacó la botella y se apresuró a servir la copa, impaciente por oír el resto de la conversación. El hombre aceptó el vaso sin hacer ningún intento de pagar por él.

—Me contó que había hecho un pacto con el Diablo. Aquello no tenía mucho sentido, pero decía que tenía que viajar por el mundo limpiando de no muertos sitios como Lakeland. Imagino que estará haciendo un buen trabajo.

—¿Dijo si pensaba volver pronto? —preguntó Beth, con cierta desesperación en la voz.

—No en un futuro cercano. No se detendrá hasta que el último cabrón no muerto esté en el infierno, que es donde debe estar. Supongo que tiene por delante toda una vida de trabajo.

—¿Y te pidió que vinieras aquí a contarme eso? —dijo Beth, abatida.

El hombre se sacó un paño de la chaqueta.

—No. Me dijo que te diera esto, que tú sabrías lo que significa.

Beth le arrebató el paño y lo desdobló con dedos temblorosos. Sánchez se asomó por encima de su hombro para echar un vistazo. No era más que un paño marrón con un corazón rojo bordado. Dentro del corazón, con letras azules, estaban las iniciales JD. Beth se volvió, aferrando el paño contra su pecho y con los ojos llenos de lágrimas.

Sánchez comprendió lo que sentía y le ofreció unas palabras de consuelo:

—Para ser un mensaje, no es que esté muy claro, ¿no?

FIN (tal vez...)



ANÓNIMO. Durante siglos se han publicado muchos libros con el seudónimo «Anónimo». Sería imposible, además de trivial, incluir aquí una lista. Lo que sí diremos es que la comunidad de Internet sigue apuntando hacia Dan Brown, Stephen King o el mismísimo Quentin Tarantino.

¡Ni los propios editores lo saben!